JOTA LINARES

EL ÚLTIMO VERANO ANTES DE TODO

Planeta

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Dedicatoria
Cita
1. El hombre que no podía llorar
2. Laguna
3. El silencio
4. Monstruos en la pajareta
5. Feliz no cumpleaños
6. El elefante blanco
7. Volar
8. El Zapata
9. Sor Petra
10. Ronquidos
11. Verona
12. Fidelio
13. Ojos de brujo
14. Cáscaras de pipas en el escalón
15. Raúl
16. Un paseo nocturno
17. Las estrellas muertas
18. El hombre azul
19. Jero
20. El corazón delator
21. Los pecados de los hijos
22. La plaza del muerto
23. Natalia
24. Las resacas
25. Una toalla bajo la barbilla
26. La feria de agosto

27. El mar
28. Promesas para devolver
29. Cati
30. Una tormenta de verano
31. Adiós
32. Historias en invierno
33. Septiembre
34. Una visita inesperada
35. La verdad
36. La sangre
37. Ismael
38. Principios y finales
Agradecimientos
Créditos

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

Sinopsis

Ismael, un director de cine en horas bajas, regresa a su pueblo en la sierra de Cádiz para acompañar a su madre, que vive sus últimos días. Mientras procesa el dolor junto a su familia y un gato sin dueño, descubre que algo extraño se esconde tras el famoso asesinato del pantano hace dieciocho años.

Siempre hay un verano que lo cambia todo, y aquel fue el de Laguna: el verano del muerto; el mismo que lo separó de sus amigos Natalia, Raúl y el Zapata, una pandilla que perdió sus sueños después de esas vacaciones tormentosas.

Crecer significa sobrevivir entre misterios y desengaños. Ismael iniciará una batalla contra sí mismo para reconstruir ese pasado de luces rotas, que quizás no ocurrió tal como él recuerda. Atrás ha quedado la adolescencia, es el momento de buscar la verdad sobre su madre y la vida a la que ella renunció por amor a sus hijos.

Y a ti ¿cuál fue la muerte que te cambió la vida?

El último verano antes de todo

Jota Linares

A mi madre,
que me enseñó a volar
a riesgo de perder ella sus alas.

Cuando eres joven no tienes paciencia, tienes vida.

NANDO LÓPEZ,
La edad de la ira

Aunque mis ojos ya no puedan ver ese puro destello, que en mi juventud me deslumbraba.
Aunque ya nada pueda devolver la hora del esplendor en la hierba de la gloria de las flores,
no hay que afligirse.
Porque la belleza siempre subsiste en el recuerdo.

WILLIAM WORDSWORTH

1

El hombre que no podía llorar

El verano del año 2000 sería recordado siempre en Laguna como «el verano del muerto».

También fue el último que Ismael pasó en el pueblo.

Dieciocho años después, volvía y apenas le dio tiempo a apartarse de la carretera y detener su Ford Focus antes de vomitar. Abrió la puerta y arrojó su precario desayuno sobre la hierba del arcén y sus gastadas zapatillas de deporte: un café americano y media tostada masticada y tragada sin ganas. Permaneció sentado, doblado en dos, con medio cuerpo fuera del vehículo y la respiración acelerada. Le iba dando paso a ese regusto agrio en la boca que tanto odiaba, que asociaba a las noches de borracheras eternas con las que juraba terminar apenas llegaba el amanecer para volver a internarse en ellas. Una y otra y otra vez.

Pero ahora ese sabor tenía que ver con un miedo que le había asaltado a traición justo cuando estaba a punto de llegar.

El miedo a volver.

Porque él ya solo regresaba para visitas de cortesía cada vez más espaciadas.

Cerró la puerta y frotó sus zapatillas contra los hierbajos que crecían a la orilla de la carretera. Arrastrando los pies, se desplazó unos metros a través del antiguo meandro del río y se encontró de golpe con el pantano. Al fondo se veían el pueblo y sus casas encaladas de blanco, con la iglesia de la Virgen de la Montaña en el centro como un faro enorme y desvencijado que guiaba a sus poco más de cuatro mil habitantes. Y vigilando todo el valle, aún dormido, despuntaba el Cerro Alto, el punto más alto de la sierra que rodeaba Laguna.

Desde allí volaban los parapentes y alas delta a los que el pueblo

entero les debía su escasa prosperidad.

Desde la distancia, Ismael recorrió aquella tierra con la mirada hasta que detuvo los ojos verdes, heredados de un padre que nunca le reconoció como hijo, sobre las tranquilas aguas del pantano. Carraspeó para apartar una nueva arcada que le subió al recordar aquel primer verano del nuevo milenio en que el mundo de Laguna voló por los aires cuando el cadáver de Jerónimo Bodegas apareció flotando allí, con parte de la cabeza hundida a pedradas y el pelo dorado del que tanto presumía apelmazado sobre la frente por culpa de la sangre reseca. Incluso creyó volver a ver sobre la superficie en calma su cuerpo azulado con algunas partes de su hermosísimo rostro comidas por los peces.

Jerónimo, que tenía la piel bronceada, que había sido el mejor amigo de su madre.

Nadie olvida la primera vez que ve a un muerto, mucho menos si es alguien a quien quieres, alguien a quien han asesinado a golpes.

No fue consciente de cuánto tiempo estuvo inmóvil, de pie, mirando fijamente el pantano. El día clareaba ya y Laguna se presentaba ante Ismael en todo su esplendor, como recibiendo al hijo pródigo que se había ido hacía años como un paria y regresaba en 2018 como director de cine. Fracasado y humillado. Pero director de cine, al fin y al cabo.

Valoró la opción de seguir conduciendo hasta el hospital y no hacer caso de la tarea que su tía Juani le había escrito por mensaje: detenerse en el pueblo para recoger la medallita de oro de la Virgen de la Montaña que colgaba en el cabecero de la cama de su abuela. Estaba allí para velarle los sueños a cualquier durmiente.

Ismael había insistido en que no quería ese tipo de amuletos de beatos meapilas cerca de su madre, que ni ella ni él creían ya en santos curativos o rezos milagrosos que poco tenían que hacer contra una enfermedad que lo devoraba todo a su paso como un manto de oscuridad y silencio. Pero sabía que no obedecer a su tía le acarrearía una discusión para la que no tenía fuerzas después de haber conducido toda la noche. Ella era enérgica e incansable hasta el último aliento. Y, viéndolo bien, solo sería un trámite.

Arrancó maldiciendo la medalla a la que su tía le otorgaba una carrera oncológica y quiso llorar. Pero las lágrimas se habían negado a salir desde hacía demasiado tiempo. Ni siquiera acudieron cuando su

hermano Fran le llamó, más de dos años atrás, para comunicarle que habían descubierto un devastador cáncer de pulmón en Cati, su madre, fumadora empedernida desde los trece.

Lo había intentado, pero nada. Desconocía por qué, pero en lugar del llanto lo invadía la náusea. Como si fuera un mal hijo.

Dejó atrás el pantano y enfiló la carretera que entraba en Laguna. En la boca del estómago se le revolvía un odio visceral hacia ese pueblo perdido en la sierra gaditana. Lo detestaba con todas sus fuerzas. Lo odió por ser tan pequeño y hacer que los sueños de su gente también tuvieran que ser pequeños. Lo odió por todas las veces que se habían reído de él porque le gustaba el cine y de Raúl por sus gestos afeminados, de Natalia por ser una niña extraña criada por sus abuelos y del Zapata por estar atado a una profesión que le obligaba a tragarse el olor de los pies de medio pueblo.

Raúl, Natalia y el Zapata, sus amigos de la infancia y la adolescencia. Sus compañeros de batallas. Sus mitades, inseparables antes y ahora separadas en sus propias realidades.

Lo odió porque su madre ya nunca conocería otro lugar más que ese. Y ni siquiera así, enrabietado, impotente, dolorido e indefenso como un niño y odiando con toda su alma, consiguió derramar una sola lágrima.

2

Laguna

El pueblo.

Ismael siempre tuvo la sensación de que aquella reunión de casas estaba rodeada de barrotes que solo él veía. Una jaula invisible.

Casi todas las calles estaban en cuesta, levantadas en una pendiente que terminaba en la falda de la sierra que ascendía al Cerro Alto. Cuanto más se acercara uno a las casas que colindaban con la ladera, más aumentaban las posibilidades de encontrarse con boñigas de vaca, mierda de cabra o incluso con alguna culebra despistada.

Y los hogares, de una a tres plantas y fachadas encaladas siempre de blanco por ordenanza municipal, encontraban su corazón en la plaza de los Naranjos, el centro de la vida en el pueblo, una estructura ovalada flanqueada por veinte árboles de la fruta a la que debía su nombre, veinte bancos de madera, la iglesia de la Virgen de la Montaña y, a un lateral, el bar La Posada, que a fuerza de décadas de servir a los lagunenses se había convertido en otro monumento más.

El equilibrio de Laguna, como si fuera un corazón que palpitaba debajo de las calles, seguía intacto año tras año. Ismael parecía notarlo en los huesos mientras enfilaba con su coche hacia la casa donde se había criado. Notó un escalofrío al imaginar un enorme órgano que bombeaba sangre a todo el pueblo desde debajo de la plaza, oculto, invisible a todos menos a él. Pum pum, pum pum. Casi sintió cómo el empedrado de las calles se abombaba bajo su coche al ritmo de ese corazón gigante.

Esa misma sangre que bombeada desde las profundidades afectaba a los lagunenses de manera distinta y hacía que algunos perdieran la cabeza y acabaran poniendo fin a su aburrida vida. O eso le gustaba imaginar a Ismael durante parte de su infancia y adolescencia para tratar de hallarle un sentido a tanta muerte

voluntaria.

Laguna tenía uno de los índices de suicidios más altos del país. Las viejas decían que era por lo apartado del lugar, capaz de acabar con las ambiciones del hombre más cabal. Los viejos les echaban la culpa a las horas interminables de no hacer nada. Los más jóvenes se criaban con historias sobre vecinos ahorcados en los olivares o cuya documentación aparecía en los bancos de piedra del Tajo de Ronda.

Esas eran las dos formas favoritas de los lagunenses para quitarse la vida. Especialmente dolorosa la segunda, ya que implicaba conducir fríamente hasta salir de la provincia gaditana y llegar a Ronda, en Málaga. Una vez allí, si uno no se había arrepentido durante el trayecto, se asomaba al Puente Nuevo, la monumental construcción de piedra que se levantaba sobre el Tajo, una garganta atravesada por el río Guadalevín. Una caída de noventa y ocho metros acababa con el sufrimiento, no sin que antes el desdichado dejara la cartera encima de uno de los bancos de piedra para que así su familia supiera lo que había ocurrido en caso de que el cuerpo no se encontrara al fondo. El río traicionero, dependiendo de la época del año, podía dejar el cadáver destrozado entre el abrigo de las rocas o arrastrarlo lejos de allí, hasta un lugar desconocido donde terminaba el sufrimiento del muerto y empezaba el de sus afectos.

Así ocurrió con Ignacio, un ganadero arruinado del que solo se recuperó el viejo carné de identidad después de que lo hubiera perdido todo por culpa de una afición desmedida a las apuestas ilegales. O con Lourdes, una maestra del colegio que nunca superó la muerte de su único hijo, un adolescente al que un camionero borracho se lo llevó por delante cuando regresaba de la feria de agosto. No encontraron el cuerpo de la mujer, pero sí su cartera, cosida a mano por ella misma, junto al puente y con sus documentos dentro. Nono Manchado, que podría haber sido una estrella de los deportes, pero probó la heroína con veinte años y ya no la soltó hasta que saltó al Tajo con cuarenta y tres, corrió la misma suerte después de muchas entradas y salidas al centro de desintoxicación. Su padre conservó toda la vida el carné de identidad que la Guardia Civil encontró con una roca encima para que no se volara. Nadie en la zona pudo olvidar a Concepción, que saltó estando embarazada de nunca se supo quién, aunque las malas lenguas de Laguna siempre decían que parecía la novia de su padre y no su hija. Ella dejó su cartera amarrada a una

barandilla cercana.

Ismael, cuando paseaba por el Tajo en las pocas ocasiones en que visitó Ronda, siempre pensaba en los cuerpos que nunca aparecieron. ¿Adónde irían a ser olvidados?

Perdido en esos pensamientos, giró el coche al final de la calle Fuente y estacionó en el pequeño solar que los vecinos usaban a modo de parking. Iba a salir cuando se encontró con sus propios ojos en el espejo retrovisor... No recordaba haberse mirado en las últimas veinticuatro horas y lo que vio le horrorizó. Tenía treinta y seis años recién cumplidos, pero desde el espejo parecía mirarle un cincuentón enfermo. Hacía meses que no se cortaba el pelo, que le caía sobre la frente en desaliñados mechones castaños moteados por alguna hebra blanca. Su barba llevaba semanas creciendo y ya se extendía asalvajada por el cuello. Lo que más le asustó fue ver la falta de vida en sus iris verdes, bordeados de un rojo sangre de horas sin sueño.

Ismael sintió una imperiosa necesidad de beberse una copa. Lo que fuera, pero que le abrasara la garganta. Unos golpes en el cristal le devolvieron a la realidad: era Raúl, su mejor amigo desde que era capaz de recordar. Le esperaba afuera. Ismael pensó que el coche necesitaba urgentemente un lavado.

—Puedo esperar todo el día, pero tengo ganas de darte un abrazo, *descastao* —bromeó Raúl. Le sonreía a través de las cagadas de pájaro incrustadas en el cristal.

La puerta se abrió y los dos amigos se fundieron.

—¿Qué has hecho para estar así en este agujero? Aquí la gente va en caída libre y tú, mírate... Pareces un actor —dijo Ismael.

El buen estado físico de uno era todavía más llamativo en comparación con el desastroso estado del otro. Raúl medía casi metro ochenta, llevaba el pelo arreglado con un estilo atemporal, a juego con una barba recortada a diario con maquinilla al número tres; vestía un jersey que le acentuaba los brazos, esculpidos en horas de gimnasio, y el estómago, insultantemente liso para alguien que ya veía venir los cuarenta. Un discreto aro de oro le adornaba la oreja izquierda. Por debajo del jersey se asomaba el tatuaje de un pájaro con las alas extendidas que dejaban adivinar que el resto del dibujo prometía ser un disfrute sobre el pecho desnudo.

Ismael no pudo evitar acordarse del verano de hacía dieciocho años. Poco o nada quedaba de aquel flacucho de pelo corto, huesos

marcados y ojos asustados que tenía que buscarse la vida para no pasar por la plaza cuando el Maño estaba ahí, dispuesto a tirarle naranjas que acertaban con infernal puntería al grito de «¡maricón!». Pero su mirada color miel seguía siendo la misma, capaz de retener la luz y transformarla a su antojo en una expresión que nunca se podía saber si escondía ironía, fortaleza o miedo.

—¿Quieres que...? Bueno, ya sabes, puedo ir contigo sin problema al hospital, he terminado las clases y he avisado a los alumnos de que tardaré en corregir los exámenes. Quiero estar contigo —se ofreció Raúl con amabilidad.

—No, prefiero ir solo. De verdad, allí ya están mi tía y mi hermano. Solo quería avisarte de que llegaba, no hacía falta que vinieras a recibirme.

Raúl guardó unos segundos de silencio; sabía que Ismael daba por rechazada la invitación. Sin opción a cambiar de idea.

—Como quieras. Natalia me ha llamado, no tenía tu número y prefería no pedírtelo a ti para no molestarte. Pero le gustaría verte, está muy afectada por lo de tu madre.

—Sin problema, yo también tengo ganas de verla.

El propio Ismael notó la frialdad en sus palabras en cuanto las expulsó por la boca. No era capaz de recordar cuándo había sido la última vez que había hablado por teléfono con quien fuera una especie de hermana en su adolescencia.

Un nuevo abrazo todavía más fugaz. Raúl se despidió e Ismael se colgó al hombro la bolsa de deporte, que contenía un par de vaqueros, un jersey limpio y dos calzoncillos, y cruzó la calle hasta la puerta de la casa de la abuela Inés y el abuelo César. El hogar donde había crecido. Sacó sus llaves, abrió y se encontró con un zaguán sucio. Y con el silencio.

3

El silencio

Permaneció de pie en medio del zaguán a oscuras. Desde que el abuelo César había muerto, hacía catorce años, allí reinaban las palabras nunca dichas. Se imponían los olores del encierro y la humedad. La abuela Inés le había seguido poco después.

El móvil atronó en su bolsillo y llevó a Ismael de vuelta al presente. Era la tía Juani. No le costó imaginársela en la salida de emergencias del hospital apurando un cigarro mentolado y con un vaso de plástico lleno de café barato en la mano. Juani se había llevado toda la paciencia que Cati había rechazado en el reparto genético y nunca se había dado cuenta de que era la auténtica bisagra familiar, siempre conciliadora y dispuesta a absorber los problemas de los demás como suyos para que no pesaran tanto. Ella siempre manejaba como virtud lo que a Ismael le habían enseñado que era una debilidad: el buen corazón.

Hacía años que Juani no vivía en el pueblo, se había mudado a Jaén cuando se casó con Daniel, su novio de toda la vida, y él había heredado allí un bar de unos tíos. Sin embargo, incluso desde otra provincia, ella siempre se había preocupado de que nadie faltara a una reunión familiar, a una cena de Nochebuena, a algún cumpleaños especial, al estreno de la primera película de Ismael en Madrid o a la misa que todos los años pagaban a don Jorge, el cura de Laguna, por las almas de la abuela Inés y el abuelo César.

—¿Has llegado ya, cariño? —le preguntó Juani.

—Estoy en casa de la abuela. Cojo la medalla y voy —dudó en seguir hablando, pero no quiso parecer tan cobarde como realmente se sentía y le echó valor—. ¿Cómo está ella? ¿Le sigue costando...?

—Está bien. Bien... —le tranquilizó Juani al notar el miedo en la voz de su sobrino—, se pone peor por las noches, pero el médico

acaba de pasar y nos ha dicho que está estable. Le cuesta respirar, pero así lleva ya días. Eso sí, Ismael, vente preparado y con el cuerpo hecho. Está muy cambiada desde la última vez que la viste.

A Ismael le flaquearon las piernas y se sentó en el sillón orejero donde el abuelo César veía los toros en la Primera de TVE.

—Y hazme un favor —continuó diciendo Juani—. Abre las ventanas de la casa. Que entre el aire, que tiene que oler a cerrado que espanta.

—¿Ya queréis ir preparando el velatorio cuando aún respira? —La voz de Ismael se crispó, como si aquella proposición fuera la sentencia de muerte de su madre y no un simple preparativo para lo inevitable.

Casi se podía sentir a Juani, al otro lado de la línea, comiéndose su propio dolor para evitarle el enfado a su sobrino.

—Cariño..., no podemos esperar un milagro. Tu madre quiere que la velemos donde nació, y oliendo a fresco. No le vamos a quitar el gusto, es ella la que se va y no nosotros.

Se va. Como quien se marcha de vacaciones y lo quiere dejar todo listo para que los ladrones no entren en su casa.

Ismael se despidió de su tía y colgó. Tardó un poco más en encontrar la fuerza necesaria para abrir las ventanas y dejar que el aire fresco de la sierra entrara y se llevara el hedor de la soledad.

Ismael se había criado en esa casa desde que su madre lo parió, a duras penas, un caluroso mediodía de julio de 1982. Cati tenía solo diecisiete años y pegaba auténticos berridos de dolor, incapaz de expulsarlo de su vientre adolescente.

Nadie esperaba esa llegada. Nadie imaginó que Juan Manuel, el novio de Cati desde los catorce, fuera a dar la espantada como única respuesta a la noticia del embarazo jurando que ese bebé no era suyo, ni que la Peseta, la madre del cobarde futuro padre, pusiera a trabajar rauda la lengua de tienda en tienda para asegurar que su hijo no tenía nada que ver con eso y que a ella nadie le iba a pedir un duro por algo que no era asunto de su familia, que bastante les había costado ahorrar la pequeña fortuna que la había convertido en una de las marquesas sin título de Laguna. Con dinero y palabras envenenadas. Así protegió a su hijo, un cobarde, de asumir cualquier responsabilidad.

Jamás se le pidieron en el pueblo explicaciones a Juan Manuel

por el abandono, a pesar de que pocas dudas había sobre su parentesco. Tampoco nadie le preguntó a Cati cuáles eran sus sueños porque todos vieron normal que, como mujer, renunciara a ellos para ponerse a trabajar de limpiadora en casa de la beata Paula por las mañanas y en el colegio de Laguna por las tardes. Así le aportaba dinero a la abuela Inés para la crianza de Ismael, el mismo niño que ahora, ya un hombre, dejaba la bolsa de deporte sobre el viejo sofá estampado de flores y se disponía a preparar las estancias para el velatorio de su madre, que aún vivía.

Las persianas bajadas mantenían una oscuridad casi total, pero él sabía moverse entre las diferentes habitaciones. Sabía cuándo tenía que esquivar el aparador de la abuela, el butacón del abuelo, la tele que habían comprado a plazos en 1989 o el mueble bar lleno de las tarjetas de comunión de todos los nietos de todas las vecinas de la calle.

En 1995, cinco años antes de que él se marchara a la universidad, su madre se casó con un buen hombre del pueblo, Salvador, y el nuevo matrimonio se mudó a una nueva casa, en el otro extremo de Laguna, y a una nueva vida en la que Ismael decidió que no tenía cabida; prefería permanecer junto a sus abuelos. Porque si él había heredado los ojos verdes del padre ausente, no se le podía negar que de su madre se había llevado el orgullo y la cabezonería.

Cati e Ismael pasaron un año sin hablarse después de aquello y solo consintieron acercar posturas por la intervención de Jerónimo. Jero, íntimo amigo de ella desde que se fumaron su primer cigarro a los trece años en la capilla de la sierra de la Virgen de la Montaña.

—Tú todavía no lo sabes, pero el día en que tu madre te parió, supe que habías venido a Laguna solo de paso, como yo —le dijo un día Jero a un Ismael de apenas once años, en una de las pocas ocasiones en que el hombre paraba en el pueblo desde Madrid, adonde se había mudado para probar suerte como actor—. Lo sé porque te presentaste empapadito en sangre y baba, como los potrillos que pare la yegua de Paco el Cencerro, pero callado como un ratón. No consentiste en derramar una lágrima ante el médico, ni siquiera cuando te dieron de cachetes hasta ponerte rojo. No le quisiste dar el gusto y no tuviste mejor ocurrencia que mearle toda la cara. Y ahí supe que tenías cojones. Demasiado grandes para este pueblo.

A Ismael, de niño, le encantaba que Jero le contara historias

como aquella. Normalmente lo hacía cuando los dos estaban tirados en el suelo de losas rojas de la salita de la tele el sábado por la noche mientras Jero esperaba a que Cati terminara de ducharse y maquillarse. El sábado era el único día en que la abuela Inés permitía a su hija ser adolescente antes que madre y la dejaba salir con Jero y Maribel, el otro vértice del triángulo de amigos, a divertirse al pub El Oasis como hacían el resto de los jóvenes de Laguna. Y Cati, esa noche, cambiaba los cuentos de antes de dormir por cubatas de J&B con Coca-Cola, y los besos de su niño por los Ducados que encendía uno tras otro, y los peluches colocados en la cama en fila junto a Ismael por algún furtivo manoseo en los reservados del pub.

Fueron las losas rojas del suelo, ahora llenas de polvo, las que le hicieron percatarse del silencio de la casa, casi palpable, porque muy pocas veces en su infancia esa salita había disfrutado de tranquilidad. Siempre estaba llena de ruido y planes por hacer. Pero la vida avanzó, lenta e inevitable, y primero se marchó de la casa de la calle Fuente el tío Felipe, a trabajar a Francia en la recogida de fruta. Luego Juani, a servir menús del día en su propio negocio en Jaén. Más tarde Cati, cuando sorprendentemente se casó con Salva. Y la muerte se llevó a los abuelos César e Inés.

Y ya solo quedó el silencio. El silencio. Un silencio terrorífico.

4

Monstruos en la pajareta

Ismael subió a la segunda planta para abrir las ventanas del que una vez fue el dormitorio conjunto de los hermanos Cati, Juani y Felipe. Los cuartos estaban divididos por un precario tabique que el abuelo César había construido con sus propias manos. Nunca llegó a instalar puerta de separación, aunque siempre lo prometía; sus juramentos se diluían en chatos de vino y jornadas de lunes a domingo en la huerta. Cati consiguió poner una cortina en la abertura del tabique y eso fue lo que separó la habitación de Felipe, con el que se llevaba siete años, de la que ella compartía con Juani, de la que apenas la separaban dos.

Y al lado de las camas de las hermanas estaba la otra habitación. La pajareta. El lugar que había poblado de pesadillas, monstruos y fantasmas las noches infantiles de Ismael.

La pajareta no era más que una buhardilla que la familia usaba de trastero. Una pequeña puerta pintada de blanco, con un ventanuco abierto en el centro, ocultaba una amplia estancia que un techo descendente iba menguando a medida que uno se adentraba. De las vigas de madera pendían pimientos secos, huesos salados para pucheros y sogas que el abuelo César dejaba para tenerlas a mano para la huerta de la que vivía. En el suelo se acumulaban cajas de madera llenas de recuerdos que nadie echaba de menos, pero que la abuela Inés se negaba a tirar por si algún día la memoria decidía recuperarlos, como la cubierta que servía para poner debajo de la mesa de la salita el brasero de carbón con el que durante muchos años se calentó la casa en invierno y que hacía que la ropa siempre oliera a ceniza y romero.

Pero para el niño Ismael esa habitación siempre fue el hogar de fantasmas que esperaban el momento en que la familia se quedara dormida para cobrar vida y arrancarle la piel. Monstruos tan deformes

que tenían que ocultarse para poder sobrevivir lejos de las miradas de los adultos.

No fueron pocas las noches en que Ismael permaneció despierto mucho tiempo después de que las respiraciones de su madre y de su tía se convirtieran en suaves ronquidos, demasiado profundos a causa del tabaco, mientras su pequeño cuerpo permanecía tenso y alerta, la mirada fija en la pajareta.

Había noches en que creía que la puerta se había movido lo suficiente para golpear el potro de hierro con el que se bloqueaba desde fuera. Entonces apretaba la cara contra la almohada hasta quedarse dormido mientras que en su imaginación podía ver cómo algo luchaba por salir empujando la madera con desesperación.

No hubo ni un solo día, en los dieciocho años que Ismael durmió allí, en que el potro no estuviera bien fijado por las noches contra la puerta de la pajareta. Ni siquiera cuando su madre y sus tíos se marcharon de casa y el dormitorio pasó a ser de su uso y disfrute exclusivo.

A medida que se apropió del espacio, tapizó las paredes con carteles del cine de verano de los abuelos de Natalia, la que fue su mitad inseparable durante la niñez. Los desengrapaba con cuidado de sus marcos, donde originalmente se colgaban, en la esquina de la calle Mártires con la plaza de los Naranjos, para anunciar la película del día. Fue así como se hizo amigo de ella: una noche de julio, cuando él había cumplido nueve años, se acercó al cine de verano de Laguna para pedirle al señor de la taquilla que le regalara los carteles que ya no sirvieran. Y allí, detrás del pequeño ventanuco en forma de arco a través del que se vendían tiques cortados a mano, la mirada de Ismael se encontró con la de Natalia, de su misma edad y con la que nunca había cruzado ni una palabra en el colegio.

—¿Para qué quieres tú esos carteles viejos? Hay que quitarlos de las grapas con las que los clavamos y eso los deja agujereados —le advirtió Natalia.

—Me da igual, puedo recortar las esquinas rotas —contestó Ismael con voz entrecortada, avergonzado de que cuestionaran su pasión.

—Espera..., le tengo que preguntar a mi abuelo. Lo mismo los quiere él para algo, a veces envuelven con ellos el pescado.

—Si quieres puedo traeros periódicos viejos, así no tiene que

gastar los carteles para envolverlo —ofreció él horrorizado por el uso incorrecto de aquello que él tanto amaba.

Natalia, que era tan menuda que para llegar al ventanuco de la taquilla tenía que sentarse sobre el volumen A-C de la enciclopedia Espasa, estudió al crío nervioso que parecía pedir que se lo tragara la tierra mientras mendigaba carteles viejos que a nadie más le interesaban. Y sintió una inmediata simpatía hacia él por algo que un niño a esa edad es incapaz de reconocer, y es el hilo invisible que une a los diferentes, a aquellos que por azar nacen en un determinado lugar sabiendo que nunca pertenecerán a él por mucho que tengan que cumplir con el obligado tránsito de permanecer allí pocos años o toda la vida.

Ismael era un niño cinéfilo, pero solo podía ver películas en pantalla grande durante el verano, en una pared encalada en blanco y surcada por familias enteras de lagartijas que lo mismo se paraban sobre la nariz de Susan Sarandon que sobre el mentón de Maribel Verdú. Natalia era una niña silenciosa, vestida siempre con pantalones de pana, incluso en pleno agosto, que se había quedado al cuidado de sus abuelos desde que sus padres se marcharon a Argentina a buscar trabajo. Uno era hijo de madre soltera, la otra tenía que conformarse con unos padres de repuesto.

Fueron los carteles de cine los que ayudaron a Ismael a olvidar poco a poco los monstruos que vivían en la pajareta.

Ahora, la luz de diciembre dejaba ver la puerta blanca bien abierta, el potro descolgado a un lado y una negra oquedad que al Ismael adulto se le antojaba una boca que esperaba devorarlo. ¿Y si los monstruos siguieran allí, expectantes, usando el truco del silencio para que se atreviera a entrar? ¿Y si eran ellos los que habían acabado comiéndose a su madre y no el cáncer de pulmón que primero la había dejado sin pelo, luego sin movilidad y a punto estaba ya de dejarla sin vida?

Recorrió su antigua habitación con la mirada, ahora desnuda sin carteles viejos y agujereados que hablaran desde la pared a ningún niño. Fue entonces cuando el ruido de unos pasos hizo que el corazón se le subiera a la garganta.

Se volvió hacia la oscuridad de la pajareta, quieto. El ruido se repitió, claro y amenazante, casi burlón. Alguien corría dentro de un lugar a otro para, seguramente, avisar a los que dormían de que su

víctima había vuelto al fin a casa. Aquel ruido no era una pesadilla, sino la vida real. Aguzó el oído luchando por convencerse de que todo había sido producto de su imaginación cuando lo volvió a oír.

Claro y nítido.

Clac, clac, clac.

Ismael se asomó y percibió en la oscuridad los muebles viejos más cercanos a la puerta, los que permanecían dentro del espacio iluminado por la ventana del dormitorio. Reconoció la trona de bebé de su hermano Fran, nacido del matrimonio de su madre con Salvador. Alargó la mano para accionar el interruptor. El corazón le martillaba el pecho. Volvió a sentir la sensación de que, en cualquier momento, unos dedos fríos y muertos le apretarían la muñeca y lo arrastrarían para luego cerrarse sobre su garganta y arrancarle la vida.

Una bombilla pelada arrojó una insuficiente luz amarilla sobre la pajareta. Ya no había pimientos ni cuerdas colgadas de las vigas porque nadie en esa casa los necesitaba. Sí había cajas y allí estaban las sábanas que las cubrían, llenas de moho.

Volvió a oír los pasos, ahora furtivos, y vio esconderse a toda prisa un gato atigrado, flaco como un esqueleto de dibujos animados, con el pelo sucio y apelmazado. Imaginó que el animal se las habría apañado para entrar desde el patio contiguo y de ahí habría subido a la pajareta, donde al menos se aseguraba un lugar en el que pasar el frío invierno de la sierra. El animal lo observaba desde detrás de una caja de cartón, muerto de miedo, arisco y dispuesto a defenderse con zarpazos.

—No te voy a hacer nada, tranquilo —le dijo Ismael después de expulsar aliviado el aire que había acumulado en los pulmones, mientras alargaba una mano conciliadora hacia el animal.

Recibió un bufido como respuesta que lo obligó a retirarla de inmediato. El gato corrió raudo hacia el fondo de la pajareta, donde el techo casi se juntaba con el suelo en su descenso y la débil luz de la bombilla no llegaba. El territorio inexplorado de las sombras, la parte angosta donde los monstruos se ocultaban, listos para atacar el día en que los adultos olvidaran poner el potro por la noche.

Ismael avanzó consciente de que jamás había llegado tan lejos en la pajareta.

Alargó la mano y se fue adentrando en la oscuridad mientras se encorvaba para no chocar con el techo descendente. No encontró

monstruos, solo cal y vigas.

De pronto ese lugar le parecía el más seguro del mundo, mucho más que el exterior, donde los fantasmas eran reales y esperaban con paciencia a plena luz del día en forma de fracaso o de cáncer de pulmón.

Y fue allí cuando, sin darse cuenta, lloró por primera vez en mucho tiempo.

Lloraba sintiendo que el corazón iba a reventarle, con la boca abriéndosele para gemir porque la garganta amenazaba con desbordarse de saliva. Lloró hasta agotarse y caer sentado, con la cabeza apoyada en las rodillas, los mocos colgándole de la nariz y el recuerdo en la cabeza de una casa llena de ruidos donde nadie contemplaba la posibilidad de que un día tocaría morirse.

5

Feliz no cumpleaños

Un contacto húmedo, miedoso, que se acercaba a la piel en intervalos de uno o dos segundos para después desaparecer y volver a repetir la operación. Una respiración rítmica, curiosa, expectante, cautelosa. Un lametazo acompañado de una peste a rata muerta.

Ismael se quedó quieto después de levantar la mirada y comprobar que el gato estaba junto a él. No quería espantarlo porque, a pesar del hedor, la sensación era agradable.

Un cosquilleo en la pierna derecha le hizo perder el equilibrio. Se le había quedado dormida por la postura que lo había obligado a adoptar la altura de la pajareta y ese brusco movimiento asustó al animal.

Sus ojos se toparon con los del bicho, amarillos, brillantes y expectantes.

«Aquí todos estamos locos. Yo estoy loco, tú estás loca». La frase del gato de Cheshire de *Alicia en el País de las Maravillas* le acudió a la memoria, a pesar de que hacía años que no había vuelto a abrir el ejemplar que conservaba desde la infancia.

—Venga, dime que estoy dormido y que cuando despierte nada de esto habrá pasado en realidad.

El gato seguía impasible. Ismael habría jurado que cerca del felino se podían distinguir varias colas alargadas e inertes. «Un banquete demencial de ratas muertas. Su particular fiesta de no cumpleaños. ¿Quiénes podrían ser aquí el Sombrerero Loco, la Liebre de Marzo y el Lirón?», pensó.

Animal y humano guardaron un silencio prudencial, los ojos amarillos clavados en los verdes. Los dos solos, igual de perdidos. El mismo miedo dibujado en los iris.

Ismael alargó la mano:

—Ey, puedes confiar en mí. Estoy igual que tú, hecho mierda. ¿No me ves, coño?

La dejó extendida en el aire. La punta de los dedos lanzaba una declaración de paz, una invitación a la amistad de los desgraciados.

Un paso pequeño, luego otro. Las patas despeluchadas avanzaron y se detuvieron. Dudas. Y otro paso. La mano de Ismael cada vez más cerca. Tres pasos seguidos, todo un logro. El gato parecía temer que, si se excedía, pudiera acabar reventado de un puñetazo por confiar en alguien. Pero terminaron unidos cuando la tristeza de Ismael se pegó a los bigotes del gato después de que este le lamiera los dedos empapados de lágrimas. El animal le dejó al hombre algo de su soledad y su miedo al recorrerle la cara con la lengua seca y el aliento apestando a tripa de rata.

Los ojos verdes suplicando a los amarillos un poco de cariño.

Los ojos amarillos suplicando a los verdes que no lo traicionaran.

La vibración del iPhone retumbó en la pajareta y el gato volvió a huir como alma que lleva el diablo.

La palabra *Tita* en la pantalla hizo que el estómago de Ismael se encogiera al mismo tiempo que el corazón le subía a toda prisa por la garganta.

¿Había muerto ya su madre y él ni siquiera se había presentado a tiempo en el hospital porque había decidido esconderse para no enfrentarse a la realidad?

—Tita... —acertó a decir al descolgar, la voz susurrada.

—Pero ¿se puede saber dónde estás? No te habrá pasado nada con el coche, Ismael, que te conozco —dijo a cascoporro Juani, siempre capaz de situarse en el peor de los escenarios posibles—. ¿Has bebido y te has salido de la carretera... —dudó si terminar la frase o no— otra vez?

¿Es que su tía jamás iba a olvidar aquel incidente? Hacía ya unos meses de aquello y encima el alcohol no había tenido la culpa, aunque no había ayudado mucho al estado alterado en que conducía, fruto de la crítica negativa que *Cinemanía* había publicado sobre su película. Pero *el incidente*, como lo llamaba toda la familia para evitar ponerle un nombre concreto que a su vez pusiera otro nombre aún más concreto a la adicción de Ismael, todavía salía a relucir en cada conversación, en cada momento en que él no cogía el teléfono.

—No me ha pasado nada. Estoy bien, en la casa de la abuela.

Ventilando las habitaciones, cambiando las sábanas..., como tú me pediste. Perdona. —Puso el móvil en manos libres para poder mirar la hora; se sintió aliviado al ver que solo habían pasado unos minutos—. ¿Y mamá?

Esa vez no hubo silencio al otro lado de la línea, eso era bueno. Las malas noticias tardan en darse, cuesta encontrar las palabras. La rapidez en una contestación indica normalidad y rutina.

—Está despierta, con ganas de charla, y ha preguntado por ti. El médico no se explica esa verborrea, con toda la tralla que tiene en el cuerpo...

Ismael recordó la cuenta atrás que el oncólogo les había dado cuando quedó claro que aquella mancha negra que había aparecido en unas radiografías rutinarias era un billete de ida sin vuelta. Tres meses como mucho. De eso habían pasado ya dos años y medio.

—Ven ya. Pero pásate antes por La Posada para pillarles unos bocadillos a tu hermano y tu cuñada, que dicen que están hartos de la comida de aquí. Tú dile a la Rebeca que son para Fran y Marga, ella ya sabe lo que les gusta —le pidió Juani.

Ismael bajó rápido al baño, se duchó con agua helada —no había bombona ni tiempo— y decidió que afeitarse ya era echarle un pulso demasiado descarado a la suerte de llegar a una hora decente. Al menos ya no apestaba ni a bar de Madrid ni a rata muerta.

Localizó la medallita de la Virgen de la Montaña encima del cabecero de la cama de la abuela Inés. La cogió y se la guardó en el bolsillo. Había intentado rezar a muchos santos para que salvaran a su madre, pero, visto el resultado, su ateísmo había crecido hasta rozar el odio.

Ya estaba fuera, en la calle, cuando recordó algo y volvió a entrar a toda prisa. Fue directo a la cocina, al armario sobre la panera, y localizó con rapidez un táper de plástico que llenó de agua fresca. También sacó unas latas de conservas, mejillones y atún en escabeche, con las que se alimentaba el tío Felipe los cortos periodos que pasaba en Laguna, siempre de paso antes de regresar a Francia. Volcó el contenido de las latas en otro cacharro, subió los escalones de dos en dos y se limitó a dejar los dos recipientes junto a la pajareta.

Solo se detuvo una vez en la escalera para mirar rápido por encima del hombro. Le pareció que los ojos amarillos lo observaban desde el umbral de la puerta abierta.

6

El elefante blanco

Ismael atravesó la doble puerta de cristal de La Posada y tuvo la sensación de que todas las conversaciones se detenían. La hora del desayuno aún se apuraba y eran muchos, y ruidosos, los vecinos que se esparcían por el bar.

La repentina quietud del lugar, solo rota por la música de la máquina tragaperras, paralizó a Ismael cerca de la barra. No quería besos de bienvenida, besos de pésame adelantado, besos de enhorabuena por la película que había conseguido rodar y estrenar, besos de consolación por la misma película que todos habían despellejado, besos de mentira y besos de funeral. Pero sabía que era inevitable. Ya estaba preparando las mejillas cuando la voz de Raúl lo salvó.

—¡Ismael! —Apuraba un café cortado con el brazo apoyado sobre la barra e hizo un gesto que daba a entender que tenía mucha prisa por hablar con su amigo, así que los besos tendrían que esperar—. Ven rápido, que tengo que enseñarte algo urgente —mentía poniendo especial cuidado en levantar la voz.

Ismael obedeció y cruzó rápido el bar. Al otro lado de la barra estaba Rebeca, pequeña y encorvada, el pelo recogido en un moño lleno de horquillas de las que pugnaban por huir mechones rebeldes. Tenía la misma mirada color miel de Raúl, pero, al contrario que él, no se molestaba en ocultar que el cuidado físico le traía sin cuidado: sus brazos eran dos alambres trabajados por horas de llevar bandejas cargadas de raciones de papas aliñadas y cazón en adobo; no había rastro de maquillaje en su cara y solo llevaba una cadenita de oro de la que pendía una discreta cruz que su madre le había regalado cuando decidió traspasarle las riendas del negocio familiar.

—Dichosos los ojos que te ven —le dijo a Ismael sin dejar de

meter tazas sucias en el lavaplatos.

Él agradeció la frialdad de Rebeca. Sabía que formaba parte de su carácter y en aquel momento era una bendición, porque le evitaba el trago de entablar una conversación vacía.

—Me ha dicho mi tía que te pida unos bocadillos para mi hermano y mi cuñada, que tú ya me entenderías. —Él sí esbozó una sonrisa que ella también agradecería. No eran pocas las veces que la gente le pedía a gritos una cerveza y ni la miraba a la cara.

—Beicon queso para Fran, vegetal sin huevo para Marga. Te los preparo yo, que la Asun está hoy en la cama con gripe.

Asun era la hermana pequeña de Rebeca y Raúl y la otra dueña del bar. Hacía casi cien años que su familia, los Doñate, llevaban La Posada. En aquella época no era más que un establo reconvertido en bar gracias a unas cuantas mesas, algunas sillas desparejadas que la bisabuela había ido comprando tras muchos años de comerciar con tinajas de vino y unos vasos de barro cocido donde lo mismo se despachaba alcohol que caldo cocinado en el patio trasero. El bar pasó a los abuelos de Raúl, de ahí a sus padres, y ahora eran sus dos hermanas las que lo regentaban con mano firme y carácter arisco, pero disciplina germana.

La Posada se había convertido en un monumento más del pueblo, como la iglesia, la capilla de la Virgen de la Montaña o los lavaderos públicos. Cuatro generaciones de lagunenses habían madurado sentados a sus mesas de mármol blanco y allí se habían forjado historias de amor, amistad y odio entre familias, con algún que otro navajazo. Pocas cosas en Laguna habían logrado escapar al oído atento de su barra, dispuesta en forma de herradura, sobre la que muchos habían susurrado sus más íntimos secretos y deseos.

Raúl se había convertido en el primer Doñate que no trabajaba en La Posada desde su fundación. Lo había decidido siendo un niño, cuando merendaba allí después del colegio y masticaba pensativo su mollete con manteca *colorá* mientras veía trajinar a sus padres sin parar, los dos sudados y malhumorados. No entendía por qué ponían, solícitos, vasos de vino a vecinos a los que luego, en la intimidad de la casa familiar y refugiados alrededor de la mesa camilla, despellejaban vivos. ¿Por qué servir a quienes no podías ver ni en pintura? Aquella no iba a ser vida para él.

—¿Tú no quieres nada? Tienes mala cara, lo mismo un coñac te

sube algo de color —le preguntó Rebeca a Ismael mientras se dirigía a la cocina.

Él consultó el móvil, apenas eran las diez, y aunque había sido capaz de desayunar ginebra en algún que otro *after* poco recomendable de Malasaña, tuvo dudas de si sería una buena idea mostrarse allí como era en realidad.

—Pon dos, Rebeca, yo lo acompaño, que me apetece calentar el estómago —dijo Raúl captando la vergüenza de su amigo.

Ismael agradeció el gesto. Si algo necesitaba en esa situación y ese instante era un aliado.

Raúl levantó la copa y apenas se mojó los labios. Ismael pegó un trago largo que le supo a gloria. Lo invadió la tan anhelada sensación de paz que siempre sobrevenía al primer sorbo después de unas horas en sequía. El primero reclamó de inmediato un segundo, un poco más largo. El tercero no habría tardado en llegar si no hubiera sido por Raúl.

—Creía que ibas directo al hospital.

—Me ha pedido mi tía que le coja algo de comer a mi hermano, allí ya todo lo que se lleva a la boca le sabe igual.

Ismael miró a su alrededor, al ambiente del bar, y dijo:

—Hacía mucho que no venía al pueblo y no me acostumbro a estar en casa de mi abuela y que haya tan poco ruido. La calle entera está así, en silencio.

—Aquí cada vez se muere más gente sin que haya recambio. Los chavales salen por patas, ya no te digo a Sevilla o Cádiz, como antes, sino a Berlín o más arriba. Saben que si se quedan aquí solo les espera lo mismo un día tras otro: un *gin-tonic* por la tarde después del trabajo de lunes a viernes, un pollo asado donde el Esteban los fines de semana, alguna raya de coca el sábado noche y las compras en el Carrefour de Jerez. Les falta tiempo para hacer el petate cuando ven venir esa realidad. Solo se quedan los que piensan vivir de los turistas y los parapentes.

—A mí me parece una buena vida, dicho así. Sin sobresaltos, sin imprevistos... Sin aspiraciones.

Raúl observó a su amigo extrañado y curioso. Ismael buscó su tercer trago, al que siguió un cuarto ya sin disimulo. Y la copa ya vacía.

—Tú lo que tienes es mucho cuento, que siempre te ha gustado

quejarte por todo y desear lo que no tienes. Eres un culo de mal sentar. Si quieres te doy mi trabajo y tú a mí el tuyo.

—¿No estás a gusto con los chavales en el instituto? Te veía bien en los *mails* que me mandabas.

—Estoy bien. Me gusta dar clases, quién me lo iba a decir a mí cuando nos escapábamos a beber litros a la tapia del polideportivo para no verle la cara a la Lacas —contestó Raúl, la sonrisa siempre en los labios—. No es el mejor trabajo del mundo, pero me levanto todos los días con ganas de ir a enseñarles quién diablos es Laforet, lo cachondo que le puede poner a uno cómo habla del amor Lorca o lo coñazo que puede ser *La Celestina*, que tampoco quiero engañarlos como nos hacían a nosotros. Es verdad que a algunos de los chavales los ahorcaría allí mismo, pero luego hay otros que..., bueno, son como era yo, y quiero creer que los puedo ayudar a sentir que el miedo no es un buen compañero. Las cosas han cambiado aquí, aunque no te lo creas...

La pasión con la que Raúl hablaba de su trabajo despertó envidia en Ismael. Era el sentimiento del que más se avergonzaba y el que más aparecía en su vida. Miraba el brillo miel en los ojos de su amigo mientras lo escuchaba hablar de ir a un instituto de un pueblo perdido en mitad de la nada y pensaba: «¿Qué debe sentirse con esa pasión pegada a los músculos, a las tripas?». Y tuvo que hacer un esfuerzo titánico por recordar la última vez que él había sentido lo mismo.

—¿Estás bien? —preguntó Raúl.

Ismael volvió en sí y sonrió. Iba a pedir una segunda copa, pero su amigo se le adelantó:

—Mejor ahora un café doble, que imagino que al hospital irás en tu coche.

¿Tan transparente era? ¿Tan evidentes sus ganas de seguir calentando la garganta hasta que ya no pudiera tenerse en pie? ¿Tan ridículo se le podía llegar a ver?

—Claro. Y dile a Rebeca que me ponga otro para llevar, que así conduzco con el estómago caliente.

Raúl buscó a su hermana con la mirada, no logró localizarla y él mismo se metió detrás de la barra para preparar un café, que cargó más de lo habitual.

—Eh, tú, director. Que ya ni saludas a los viejos amigos. —La voz llegó desde la última mesa del bar, aquella que todo el mundo asumía

reservada para los borrachos que querían estar solos—. Di hola, al menos. Que se te han subido mucho a ti los humos en los Madriles.

Quien hablaba era un hombre encorvado sobre un vaso de tubo medio vacío, que Ismael identificó inmediatamente: J&B con agua, poco hielo. Podía estar entre los cuarenta y los cincuenta, la cara llena de manchas deudoras de muchas horas de campo y barra de bar, el pelo repeinado hacia un lado para intentar tapar una incipiente calva que reclamaba su lugar. Y dos ojos marrones que lo miraban atentamente.

Ismael sintió un antiguo escalofrío al encontrarse con ellos y no pudo evitar pensar en que así debían sentirse las ratas de la pajareta al toparse con la mirada amarilla del gato.

—Eh, Ángel, déjalo en paz, que no ha venido al pueblo por diversión. —La advertencia de Raúl llegó desde detrás de la barra junto al aroma inconfundible del café.

—Solo le he dicho hola, coño, que en esta vida hay que ser educado. Que no hay quien te tosa a ti desde que echaste músculos —farfulló el hombre intentando sonar firme, pero ya en retirada.

Ismael tardó aún unos segundos en asociar a ese hombre con el nombre que Raúl había dicho. Ángel... Ángel, Ángel... ¡¿Ángel?!

—¿Ese es...?

—Sí, el Maño. Se pasa las horas muertas ahí desde que lo echaron de la cooperativa de aceite. A mí ya me da hasta pena, hay que joderse, con lo putas que me las ha hecho pasar —contestó en voz baja.

Ismael volvió a mirarlo disimuladamente. El Maño... Raúl tenía razón, había que joderse. Ya poco o nada quedaba de la bestia que los había aterrorizado durante gran parte de su infancia y adolescencia, ese bruto que había convertido la plaza y el instituto de Laguna en su particular dictadura del terror. Ahora era poco más que un esqueleto encorvado sobre su J&B, la mirada rendida y las manos aferradas al vaso como a un salvavidas, las uñas demasiado largas y negras.

Ismael lo observó sin disimulo, escrutando cada uno de sus leves gestos de borracho, sintiendo cada una de sus arrugas derrotadas como un triunfo personal que él y Raúl compartían. «Te jodes, hijo de la gran puta», pensó infantilmente feliz por encontrarse con una vida aún más a la deriva que la suya.

—¿Sabes que en mi clase tengo a su hijo? —le dijo Raúl mientras

le servía el café para llevar.

—¿Y es tan cerdo como su padre? Porque de esos genes dudo que pueda salir nada bueno —susurró Ismael.

—Es un pobre chaval, yo no sé a quién habrá salido. Muy poca cosa, y eso que ha sacado la altura del Maño. Va siempre encorvado, con la nariz casi pegada al suelo, como queriendo desaparecer. Es increíble cómo alguien tan alto puede parecer tan bajo. No se da cuenta de que así la gente lo ve más, es como si doblaras una viga enorme. Los chavales la han tomado con él, le gritan Quasimodo y Frankenstein...

—¿Y la madre? —preguntó Ismael.

—Murió hace años. Un accidente de tráfico a la altura del puente de Tolosa. El coche se salió de la carretera y se llevó por delante el quitamiedos y la barandilla, cayó treinta metros hasta destrozarse contra el río, que estaba seco. —Raúl convirtió su voz en un susurro, elegante y discreto como él era—. Dicen que lo hizo queriendo, que estaba harta de aguantar las borracheras del Maño y las lágrimas del hijo. Mi hermana jura que la encontraron reventada en el asiento del conductor, la cara cortada por mil sitios por los cristales del parabrisas, pero con una sonrisa enorme aunque le faltaran casi todos los dientes después del golpe. Se veía como nunca nadie la había visto en el pueblo: feliz.

—Es una imagen poderosísima... —musitó Ismael.

—Eh, tú, director. No quiero ver esto en una película tuya, ¿me oyes? Son cosas de aquí, que demasiado ha sufrido ya ese pobre crío —advirtió Raúl.

Ismael iba a protestar cuando un suave olor a perfume de mandarinas, un aroma que no había cambiado nada en los últimos dieciocho años, le advirtió de la llegada de Natalia. Llegó con el pelo corto y castaño peinado hacia un lado, con sus enormes ojos negros enmarcados en unas ojeras que no indicaban malos hábitos, sino una vida donde faltaban horas al día, con los labios curvados en una sonrisa gamberra y, sobre ellos, la diminuta marca de un *piercing* desaparecido. El que hacía mucho había sido un cuerpo de líneas rectas ahora era voluptuoso, las caderas redondeadas por la maternidad y unos pechos generosos que ya habían amamantado. Natalia no tenía tiempo para cuidarse, el uniforme de enfermera que se adivinaba bajo su trenca marrón daba muchas pistas a Ismael sobre

las prioridades de su vida, también sobre lo feliz que era.

Natalia ya no era la nieta inquieta de los dueños del cine de verano que estaba obsesionada con viajar a Argentina y que trabajaba de junio a septiembre en la taquilla. Aquella adolescente que dieciocho años atrás dejó de sonreír durante meses cuando el verano llegó a su fin y que nunca les contó a sus amigos por qué algunos lagunenses juraban que la habían visto una noche de agosto desnuda delante de una hoguera en el patio trasero de su casa, mirando embelesada unas llamas que danzaban delante de su cuerpo recién estrenado de mujer.

—Pensaba que ya no te vería hasta..., bueno, hasta dentro de un día o así. Raúl me dijo que ibas para el hospital en cuanto dejaras la maleta.

—Habíamos quedado ella y yo para tomar un café rápido —explicó al momento Raúl—. No imaginé que fueras a venir a por los bocadillos...

—No pasa nada, me alegro muchísimo de verte. Han pasado..., ¿cuánto?, ¿casi cinco años? —preguntó Ismael, una sonrisa sincera asomando a su cara mustia.

—Seis. O cinco y once meses.

—Estos últimos años han sido muy locos, tengo la sensación de que han pasado como minutos. Primero, la película; luego, lo de mi madre... Cuando bajaba aquí no pisaba la puerta de la calle porque quería pasar todo el tiempo que pudiera con ella.

—Mi hija tiene ya cinco y la última vez que te vi yo no estaba ni embarazada.

—Tu hija...

—Estrella. Ya ves, yo he parido un demonio con trenzas y tú una película.

Raúl se rio, una risa familiar que borró de un plumazo años de silencio.

—Fui al cine a verla... —Natalia dejó la frase sin terminar, algo que le resultaba muy familiar a Ismael.

—Puedes decirme la verdad, no me voy a asustar después de lo que dijo *El País*. Eso inmuniza cualquier estómago.

—Es... Tranquilita, ¿no?

—¿Tranquilita?

—Sí, no hay prisas en ella. No sé, muy relajada...

La risa de Raúl volvió a atronar en el bar, alegre y desvergonzada como cuando, con quince años, se reían de sus respectivas desgracias físicas —la nariz enorme del Zapata, la pluma de Raúl, la mandíbula al revés de Ismael, el pelo de estropajo de Natalia— sentados en el Cerro Alto.

—Nunca había pensado en ella así, pero creo que es la mejor crítica que me han hecho.

—Me gustó, de verdad, es solo que ahora estoy acostumbrada a los dibujos animados. Cualquier cosa que dure más de quince minutos me exige demasiada concentración —bromeó Natalia.

Ismael sonrió y pensó en lo diferente que era su día a día frente al de Natalia, cuando en su adolescencia sus respectivas vidas habrían sido intercambiables sin esfuerzo. Las miradas de los tres se cruzaron cómplices, conocedoras de que entre ellos no se podían engañar porque todos sabían de dónde procedían.

Y entonces apareció el elefante blanco, en todo su marciano y grotesco esplendor.

Ismael siempre se acordaba de esa teoría, aprendida en las interminables clases de Filosofía de bachillerato: «Se trata de una metáfora que hace referencia a una verdad evidente, incómoda, que se quiere ignorar para no discutir sobre ella. Todos lo evitan, hacen como que no existe y desvían la mirada, aunque el inmenso elefante blanco ocupe casi toda la habitación».

Estar los tres juntos de nuevo no hacía sino evidenciar que faltaba alguien y que sin él no estaban completos: Manuel Álvarez Acuña, el Zapata.

Ismael, de pronto, vio ese elefante mirándolo de cara, plantado en el centro de La Posada, tan real que solo con mover una pata podría aplastar si quisiera la mesa del Maño y mandarlo con su mujer, la suicida sonriente. El elefante clavaba los ojillos en los de Ismael con curiosidad, retándole a que fuera el primero, y seguramente el único, en atreverse a nombrarle a recordar que él, el Zapata, estaba preso desde hacía dieciocho años en la cárcel de El Puerto de Santa María por el asesinato de Jerónimo Bodegas.

El Zapata, el cuarto amigo.

El Zapata, que debía su apodo a la simple razón de ser hijo del zapatero.

El Zapata, que quería abrir un negocio de vuelo de parapente

porque el único lugar donde había sido verdaderamente feliz había sido volando sobre Laguna.

El Zapata, la leyenda local cuyo nombre los niños se pasaban de boca en boca como si fuera un moderno hombre del saco que los esperaba por las noches debajo de la cama.

El Zapata, que puso fin al verano más importante en la vida de todos ellos cuando los dos guardiaciviles del pueblo lo arrestaron después de que confesara un homicidio que partió la vida de todos.

Ismael miró de frente al elefante blanco: el animal balanceaba la cola tranquilamente. No podía apartar los ojos de él y solo fue capaz de ignorarlo cuando Rebeca le puso delante dos enormes bocadillos envueltos en papel de plata y supo que ya no podía alargar más el momento de encontrarse con su madre.

—Salgo ya para el hospital. Os veo luego.

7

Volar

La carretera que llevaba al Hospital Comarcal de la sierra era un tortuoso camino de curvas cerradas, cuestas empinadas donde había que conducir casi en primera, avisos continuos de peligro de desprendimiento y, para compensar, unas vistas espectaculares sobre el valle donde se asentaba Laguna.

Si alguien se atrevía a desviar la mirada un segundo de la carretera, podía disfrutar de una belleza casi de cuadro de Van Gogh: el cielo surcado en los días buenos de mil manchas de colores en forma de parapentes y alas delta; las casas blancas muy por debajo de ellos y desperdigadas a lo largo de kilómetros y kilómetros de mil tonalidades de verde, desde los olivos que daban riqueza a muchos de los pueblos a los pastos de las vacas o los pinos que habían plantado en la sierra antes de que la generación de Ismael llegara al mundo; y todo ribeteado del gris de la carretera comarcal que, serpenteando entre los campos como una culebra que pedía permiso para romper la naturaleza y dejar que el progreso se colara a regañadientes en la zona, conectaba todos los pueblos con Sevilla, Málaga y Cádiz.

Ismael bajó el parasol del conductor para evitar que la luz lo cegara. Notó que un mal humor irracional, amargo, se le pegaba a la boca del estómago. Le reconcomía que hiciera un solazo justo aquel día, cuando su madre estaba postrada en la cama de un hospital. ¿Por qué la vida seguía como si nada cuando a él se le desmoronaba? ¿Por qué los coches que lo adelantaban iban conducidos por gente que reía o cantaba una canción? ¿Por qué no se paraba el mundo y todos sus habitantes lloraban, aunque solo fuera por empatía con él, que estaba a punto de convertirse en huérfano?

Mientras abría con cuidado la tapa de plástico del café, su mente voló a través de la carretera hasta el pantano de Laguna de aquel viejo

verano que había llegado prometiendo posibilidades infinitas, cuando aún no se había construido la tienda de deportes acuáticos junto a la orilla y para bañarse no había más que dejar la ropa sobre una piedra y tirarse de cabeza al agua. Y luego hacerse el muerto, flotando con la mitad de la cabeza sumergida, los oídos taponados y el sol calentando como un demonio la nariz, los ojos y la boca.

Ismael recorrió el laberinto de su memoria para llegar al día de San Juan de aquel verano del 2000, el último que viviría al lado de Raúl, Natalia y el Zapata. Los cuatro amigos habían ido en bicicleta hasta el pantano aquel viernes para permitirse el primer baño del año, todavía blancos como la leche que las más viejas de Laguna aún hervían recién ordeñada en cazos de hojalata. Ese color de piel lechosa era fruto de horas de encierro, café y apuntes subrayados con los que se habían enfrentado, hacía apenas una semana, a la selectividad. Todos no, porque el Zapata había repetido segundo de bachillerato y sus planes de irse del pueblo no pasaban por su mejor momento, quizá ni siquiera habían sido alguna vez una posibilidad en firme.

El cuarteto se secaba al sol, los cuerpos aún mojados después de haber hecho el bobo durante horas en el agua, cómodos en esa tranquilidad en la que no hacía falta hablar.

—Me ha caído algo en la cara —dijo Natalia incorporándose de pronto, los pechos marcándose en la camiseta de tirantes con la que se había bañado.

El Zapata se incorporó también y acarició de manera inconsciente el cordel rojo que siempre llevaba atado a la muñeca derecha. Miró al cielo apuntando con la enorme nariz aguileña, los diminutos ojos entornados en las pocas nubes que había ese día. Llevaba el pelo rizado revuelto e ingobernable, una cadenita de plata al cuello y nada más que unos calzoncillos de algodón viejos que amenazaban con ceder en la entrepierna de un momento a otro. No era guapo el Zapata; de hecho, era como si los rasgos de su rostro se hubieran tomado prestados de varias personas muy diferentes entre sí: unos ojos demasiado juntos, una nariz enorme, una boca casi sin labios, unas orejas despegadas y cargadas de varios aros de oro y plata... Y, sin embargo, la mezcla de todos esos elementos funcionaba, era agradable en su desbarajuste.

—A lo mejor es un vómito —aventuró el Zapata con toda la

naturalidad del mundo.

Raúl e Ismael rieron, los dos también vestidos solo con la ropa interior. Los cuatro habían decidido ir a bañarse al pantano sin planear nada y perder tiempo en pasarse por casa a por los bañadores les había parecido una estupidez.

—¿Cómo un vómito? ¿Qué dices, Zapata? ¿Los pájaros vomitan? —preguntó Natalia.

—Los pájaros no sé, pero los que van en parapente ya te digo yo que sí. ¿No ves que hoy hay muchísimos volando? Cualquiera de ellos, sobre todo si es novato, puede vomitar, y la pota baja hasta aquí como si fuera agüilla de lluvia. No notas el olor ni nada, pero es vómito de volador —explicó el Zapata. Luego se volvió a tumbar y bostezó.

Natalia lo golpeó con el pie.

—Me estás engañando —gruñó.

El Zapata le devolvió el golpe con la misma fuerza y le señaló todos los puntos de colores que volaban en el cielo.

—¿No me crees? Mira, imbécil, cuando Amadeo me invitó a volar con él tuve que hacerlo con un parapente de esos dobles que usan para los que nunca han volado. Te ponen delante del experto con un arnés, atado a él como si fueras la cría de un canguro en la bolsa. Tú lo único que tienes que hacer es correr con el instructor por el Cerro Alto y de pronto la tierra desaparece bajo tus pies, luego no tienes más que volar y dejar hacer al que sabe. Es acojonante, te sientes un puto dios ahí arriba, aunque no hagas nada... Le puedes gritar «¡hijo de puta!» a quien quieras porque nadie te va a oír, tú estás volando sobre ellos, que se quedan en tierra como unos perdedores. Tú eres Dios, joder...

—Acelera, Zapata, que te pierdes —dijo Ismael consciente de la incontinencia verbal de su amigo cuando hablaba de los escasos temas que le interesaban.

—El caso es que cuando estábamos planeando sobre el pueblo me subió una bola desde el estómago hasta la garganta que me dejó blanco. El cabrón de Amadeo notó algo, porque yo me quedé callado, concentrado en no vomitar; no quería hacer el ridículo delante de él. Y entonces me dijo: «Si vas a vomitar, hazlo a favor del viento, no en contra, porque entonces nos viene de vuelta. No tengas vergüenza, nos pasa todos los días con los novatos. Lo mejor de volar es que aquí arriba puedes ser tú mismo, sin miedos». Así que vomité a favor del

viento y Amadeo se rio al ver cómo bajaba mi desayuno hasta Laguna, como una cascada. Y me contagió la risa porque imaginé que le caía encima al cabrón del Maño y sus amigos, y los dos estuvimos así un rato, partiéndonos de la risa mientras volábamos y veíamos el pueblo como si fuera una maqueta y nosotros sus dueños.

Natalia, Raúl e Ismael callaron, la mirada clavada en el cielo surcado de parapentes de Laguna y la imaginación trabajando para decidir si lo que contaba el Zapata era verdad o no.

—Fue el mejor día de mi vida, os lo juro —sentenció el Zapata. Había tanta seguridad en su voz que a ninguno le quedó la más mínima duda de que había contado la verdad palabra por palabra.

Natalia se pasó una mano por la cara y se miró la punta de los dedos; no había más que sudor en ellos. Pero, por si acaso, se los olió, para despejar dudas.

—¿Cómo es volar, Zapata? —preguntó Raúl.

—Pues es..., no sé, es como ser inmortal. Te sientes vivo. Notas el corazón como golpeándote fuerte en el pecho porque quiere salir y hablar contigo.

—A mí me daría miedo estar ahí arriba sin seguridad. Una vez leí que si te caes desde tan alto llegas ya muerto al suelo. La palmas de un infarto o te ahogas de la bajada porque no puedes respirar. Me acordé de todos los que han tenido que morir así tirándose desde el Tajo de Ronda —murmuró Ismael.

—A ti lo que te pasa es que eres un *cagao*, que te sacan de tus peliculitas y te meas encima del susto. Pero la vida está ahí arriba, Ismael, no en las cintas de vídeo puercas que coleccionas —gruñó el Zapata, los ojos cerrados contra el sol.

—Vete a la mierda, cabrón —respondió Ismael.

Todos se rieron. No hacían falta explicaciones ni motivos. Risa porque sí, contagiosa. Los insultos para ellos eran como caricias para los enamorados.

El sol empezó a ocultarse detrás del Cerro Alto y comprendieron que era hora de regresar, ducharse y cambiarse para luego bajar a la plaza y ver cómo saltaban la hoguera de San Juan. Se pusieron la ropa, calentada por el sol encima de una de las piedras del pantano. Natalia se recogió la melena en un moño alto y se enfundó los pantalones de pana. Ismael se secó con cuidado los pies para no llenar de tierra ni sus calcetines blancos ni las J'Hayber que se le caían a

trozos, ya tres años aguantando carreras por las calles de Laguna. El esquelético cuerpo de Raúl apenas llenaba una camiseta sin mangas que él mismo se había cortado, unas bermudas compradas en Cádiz capital con sus ahorros y unas Converse negras viejas que le permitían correr en caso de encontrarse de golpe con el Maño. El Zapata se vistió solo con unos pantalones vaqueros, se calzó las chanclas baratas y se anudó la camiseta gris alrededor del torso. Y así emprendieron los cuatro el camino de vuelta a Laguna, cada uno empujando su bicicleta y hablando sobre cuál había sido el peor vómito que habían tenido en su vida.

En la entrada de la plaza se separaron Raúl y el Zapata. Ismael y Natalia se acercaron juntos a la esquina encalada de la calle Mártires; desde allí él subiría a su casa y ella se desviaría para ayudar a sus abuelos con los preparativos de la apertura del cine.

—¿Con qué película vais a inaugurar este año? —preguntó Ismael, la mirada expectante. El domingo empezaría su tradición favorita: bajar cada día para ver qué cartel colgaba el abuelo de Natalia.

—Una comedia de brujas, creo. Sale la mujer de Tom Cruise y la chica esa que conducía el autobús que llevaba una bomba. Ya sabes que los domingos toca la peli que vaya a ver más gente.

—*¿Prácticamente magia?*

—Creo que sí. ¿Te guardo el póster?

—No sé, en septiembre me quiero llevar a Málaga solo los de mis películas preferidas. Tengo que elegir bien, va a ser lo primero que vea cada mañana durante los próximos años.

Ismael daba por hecho que iba a sacar nota suficiente en selectividad como para estudiar Comunicación Audiovisual en Málaga, aunque lo normal en los jóvenes lagunenses era optar por Sevilla o Cádiz por proximidad. Pero él había decidido, quizá desde el subconsciente, elegir la ciudad más alejada del pueblo. Tal vez porque allí se aseguraba de no encontrarse a vecinos en cualquier bar del centro o en su misma facultad. O porque veía Málaga como una excitante mezcla de Sevilla y Cádiz, casi tan grande como la primera, pero con el aliciente de tener mar como la segunda. Quizá era porque en aquella ciudad, muy mal conectada con Laguna, con apenas dos autobuses diarios y ninguno en fin de semana, se aseguraba una excusa consistente para no tener que volver con frecuencia.

—Por cierto, ¿ya has decidido lo que vas a hacer? ¿Al final Sevilla? —preguntó Ismael ya enfilando el estrecho callejón que desembocaba en la calle Fuente.

Natalia se encogió de hombros y apretó los labios en un gesto que a Ismael no le pasó inadvertido.

—Ya veré. No quiero hacerme ilusiones.

—Raúl me dijo que la mejor escuela de Enfermería está en Cádiz; además, te pilla a un tiro de piedra de aquí, por si tus abuelos te quieren ir a ver.

—Bueno, ya decidiré la semana que viene cuando veamos las notas. No tengo la suerte que tienes tú, con ese cabezón prodigioso.

Ismael se dio cuenta de que la mirada de Natalia estaba fija en sus uñas mordidas hasta la sangre. Entendió que no quería seguir hablando del tema y agradeció que en ese momento llegaran a la puerta del cine de verano, situado en un amplio callejón que se abría en uno de los laterales de la calle Mártires.

Una gigantesca cancela pintada de azul era lo único que anunciaba que detrás había un cine. Todo el mundo en el pueblo lo sabía, así que no hacía falta letrero. Cuando se abría la cancela, una hora antes del inicio de la película, se accedía a un pequeño vestíbulo de tierra donde estaban la taquilla y los diferentes carteles enmarcados de los estrenos. Allí Natalia vendía las entradas y Santiago, el abuelo, las cortaba antes de subir a la cabina de proyección. Anita, la abuela, se quedaba detrás de una precaria barra de Cruzcampo tras la que apilaba bolsas de gusanitos, pipas, patatas fritas y un congelador donde guardaba los helados y los polos *flash*, diez pesetas el normal y veinticinco el de dos sabores. A modo de patio de butacas había unas veinte hileras de sillas de hierro que miraban hacia una enorme pared encalada que hacía de pantalla. Y, rodeándolo todo, una tapia también blanca, pero punteada de verde gracias a los jazmines que había plantado Anita en la base y que subían apoyándose en la pared por la que las lagartijas trepaban, espectadoras involuntarias de todas las películas.

Ismael y Natalia veían de manera muy diferente aquel cine sin techo, culpable de que los lagunenses regresaran a casa las noches de verano con los pies marrones por la tierra del suelo. Para él era un templo, el único lugar del pueblo donde sentía que encajaba. Para ella era una condena, el recordatorio de por qué sus padres, buscando un

futuro mejor que un negocio abierto solo tres meses al año, se habían marchado a Argentina y la habían dejado allí con sus abuelos.

Natalia convivía a diario con la insulina de la abuela Anita, los antiinflamatorios del abuelo Santiago para aliviar la artritis y las costumbres propias de dos sexagenarios que no entendían la ropa de una adolescente, la música que atronaba en su dormitorio desde el reproductor de CD que ella había suplicado que le regalaran, y que le imponían horarios espartanos cuando salía los sábados a tomar algo con Ismael, Raúl y el Zapata. Eso en cualquier estación que no fuera verano, porque entonces esas salidas eran impensables, condenada como estaba a trabajar en el cine mientras veía a través del ventanuco de la taquilla cómo los chicos de su edad, con sus padres normales y sus rutinas normales de familias normales, desfilaban ante ella para recordarle que fuera de aquel habitáculo existía una vida que a ella le correspondería cuando sus padres cumplieran la promesa que le hacían en todas las cartas: llevársela con ellos a Buenos Aires.

Delante de la cancela azul del cine se despidieron Ismael y Natalia, un simple gesto con la cabeza que llevaba implícita la promesa de verse después de cenar en la plaza. Eran las últimas noches de libertad de ella antes de la apertura del domingo y ya sentía alrededor del cuello la cadena que la ataría hasta septiembre. Lo que Natalia no había revelado a nadie era el secreto que dormía en el cajón de su mesita de noche, justo debajo de la ropa interior más vieja. Algo ansiado, deseado y temido, tanto que aún no había reunido el valor de contárselo a ninguno de sus amigos para que no se hiciera realidad de golpe y ya no hubiera marcha atrás.

Natalia desapareció rumiando las mentiras que le acababa de contar a su mejor amigo sobre sus planes tras el verano. Ismael empujó la bicicleta hasta su casa olvidándose al momento de esos pequeños gestos de su amiga que le habían hecho sospechar que algo no terminaba de encajar. Ninguno de los dos era ya niño ni tampoco adulto, y en la franja de madurez en la que se movían nada preocupante duraba lo suficiente como para no desterrarlo al momento por algo en lo que sí mereciera la pena pensar.

—¡Eh, tú, Kubrick! —gritó alguien.

Solo una persona usaba ese mote para llamar a Ismael, que se giró con una sonrisa, sabiendo a quién vería acercarse para darle un abrazo, un beso y dejarle en la piel un olor que mezclaba el Marlboro

con la menta de su champú del pelo.

Jero subía la calle acompañado de Cati, los dos cogidos del brazo y fumando. La madre de Ismael aún llevaba puesta la bata de limpiadora, estaba dejando listo el colegio de Laguna antes de las vacaciones y en unos días ya solo tendría que trabajar en casa de la beata Paula por las mañanas. Jero, en contraste con Cati, iba hecho un pincel: el pelo dorado perfectamente moldeado, una camisa amarilla desabrochada hasta el pecho que dejaba ver un moreno forjado con disciplina en las piscinas municipales de Madrid, unos pantalones acampanados y unas zapatillas Puma blancas y azules último modelo... Aun así, Ismael no pudo evitar fijarse en una incipiente barriga que le tensaba la camisa de marca y una tristeza nueva en la mirada.

Jero lo abarcó con los brazos.

—Estás más hombre desde el año pasado. Más hecho, Kubrick —le dijo alejándolo de sí tras abrazarlo para verlo mejor. El apodo se lo había puesto hacía años, una noche de sábado en que pasó por la casa de Cati a recogerla y vio al niño apoltronado en el sofá mientras contemplaba, ajeno al mundo, una reposición de *El resplandor* en La 2 de TVE.

—Estoy igual, lo que pasa es que la barba me hace viejo —explicó Ismael acariciándose el escaso vello facial que se le extendía a parches por la cara.

—Le he dicho mil veces que se afeite, que para llevar eso mejor no lleve nada. Y ya de paso a ver si lo convences para que se corte esas greñas, que parece *hippie* —intervino Cati mientras se encendía un nuevo cigarro con la colilla del anterior.

A Ismael el pelo le caía descuidado sobre la frente y ocultaba sus orejas de soplillo, uno de sus grandes complejos junto con la mandíbula, que mordía al revés que el resto del mundo, la parte inferior sobresaliendo.

—Déjalo, que está muy guapo así, parece americano —defendió Jero.

—No os soporto cuando os ponéis de acuerdo contra mí. A veces pienso que tenéis la misma edad los dos o las mismas ganas de dar por culo.

Jero se carcajeó, una risa estridente y contagiosa que Ismael siempre asociaba con el inicio de las vacaciones. Porque Jero solo

regresaba al pueblo en Navidad o en verano. Su presencia siempre marcaba esas dos fechas como si estas no se atrevieran a empezar hasta que el actor ponía un pie en Laguna y, casi antes que pasar por su propia casa, iba a ver a Cati y la arrastraba a tomarse una cerveza a La Posada. Ismael siempre corría a verlo en cuanto oía que había llegado, sobre todo porque Jero nunca se quedaba más de dos semanas, tres a lo sumo, y quería empaparse de todas las anécdotas que este le podía contar sobre cómo era un rodaje de verdad, cómo se hacían las películas, cómo era pasearse por Gran Vía y ver las marquesinas iluminadas de los teatros. Cómo era vivir del cine y no solo soñar con él.

—Vamos a casa de tus abuelos, que quiero ver a la Inés —propuso Jero colocándose al lado de Ismael y su bicicleta, y encendiendo su Marlboro con la llama de un Zippo dorado que tenía la inicial J grabada en la tapa.

Cati sintió de nuevo la agradable sensación de verlo junto a su hijo ocupando el lugar del padre ausente. Alguien que podía, al menos por un breve periodo, hacer que Ismael no se sintiera el marciano que el resto de los ojos del pueblo le hacía sentir.

El extraño trío continuó subiendo la empinada calle de Laguna. Las vecinas ya habían sacado las sillas a las puertas para abanicarse y hablar entre ellas al fresco de junio, toda una maraña de voces conectadas de casa en casa como una red de teléfonos que solo funcionaba las noches estivales. Los tres saludaban a su paso, rechazaban los vasos de gazpacho que les ofrecían o las invitaciones para unirse después y echar una partida al bingo tras la cena.

Nada en aquel anochecer indicaba que Jero estuviera disfrutando del final de su vida.

Dos semanas después aparecería flotando con parte de la cabeza hundida en las azules y tranquilas aguas del pantano.

8

El Zapata

La familia de Manuel Álvarez Acuña nunca quiso destacar en nada, ni siquiera en diferenciarse unos de otros. El abuelo paterno se llamaba Manuel, el padre heredó su nombre y él mismo se lo pasó a su hijo. Igual que la hermana pequeña tuvo el mismo que la madre: Inmaculada.

Su casa familiar, situada en una de las últimas calles de Laguna, colindando casi con el primer campo de olivares, era un conjunto de personas que se llamaban igual, que olían al mismo gel de oferta, que comían lo mismo todos los domingos —un pollo asado con pimientos y de postre un arroz con leche casero— y que construían su vida entera alrededor del taller de zapatería que una vez fue de Manuel abuelo, luego de Manuel padre, y estaba escrito que algún día pasaría a ser de Manuel hijo, del mismo modo que nadie en la familia dudaba que las tareas del hogar se transmitirían de Inmaculada madre a Inmaculada hija.

El negocio era una prolongación física de la casa, de la que se separaba por un pequeño patio donde siempre se podía ver dormitando al sol a Toño, el perro de la familia, pequeño y feo como una rata, gordo como una vaca y arisco como un escorpión. Desde la calle había dos entradas: una puerta de madera que daba acceso al taller y una verja de hierro que permitía pasar al patio y de ahí a la casa. Una pequeña placa atornillada a la pared que daba a la calle, llena de arañazos y manchas de óxido, anunciaba:

MANUEL ÁLVAREZ
ZAPATERO

Nada más. No hacía falta especificar el horario porque cualquier

lagunense sabía que, si iba a recoger un zapato o a llevar un par y se encontraba la puerta del taller cerrada, bastaba con llamar o asomar la cabeza entre los barrotes de la verja y pegar un grito. Entonces del patio surgía Manuel Álvarez y preguntaba qué pasaba, a qué venían esos gritos, que los zapatos ya estaban durmiendo y se iban a despertar. Siempre la misma broma y siempre la misma carcajada después de hacerla, el enorme bigote negro dando tumbos sobre el labio y la barriga, curtida con horas de cervezas y barras de pan mojadas en salsa.

Sí había algo en lo que Manuel Álvarez Acuña, el hijo, fue el primero en su familia: nadie antes en su árbol genealógico había recibido un apodo que lo diferenciara del resto. Había sido un hecho fortuito, casi lo único que tenía que agradecerle al Maño, que en un triste intento de ser ingenioso lo había llamado *Zapata* durante una discusión de patio en segundo de EGB, un insulto que, sin embargo, se convirtió en todo un golpe de suerte para él. El Maño y Manuel se pelearon en el recreo por un estuche que había desaparecido de la mochila de Raúl. A Manuel le hirvió la sangre y se le fue toda al puño derecho. Al final el Maño acabó con un ojo hinchado y Manuel con el labio inferior roto y un apodo que lo perseguiría por siempre.

Zapata. El Zapata. Así para los restos.

La puerta del taller aún permanecía abierta, y la luz de dentro encendida, cuando el Zapata regresó del pantano empujando su bicicleta en la noche de San Juan. Se asomó al interior y vio a su padre encorvado sobre una bota de caballista a la que se le había despegado la suela. Empuñaba con seguridad la lezna mientras cosía el cuero con un grueso hilo negro, toda su atención concentrada en el punzón con empuñadura de madera que al Zapata siempre se le antojaba como un arma perfecta para matar a alguien. Hasta el nombre le parecía peligroso, *lezna*. La aguja entraba y salía del cuero con facilidad, su padre las tenía de varios tamaños, pero la que usaba en ese momento era la mayor de todas y la única que podía arreglar el calzado más duro. A su lado estaba el cerote, el taco de cera de abeja del que se servía para encerar el hilo con el que cosía y que llenaba la estancia de un agradable aroma de desayuno de sábado.

Toda la atención del hombre estaba puesta en su labor, el bigote torcido en una mueca de concentración y esfuerzo. Gruesas gotas de sudor le resbalaban por la frente y le caían por los mofletes en

cascada. Sobre el mostrador había un pequeño ventilador que movía las aspas con pereza, apenas removiendo el aire caliente de la habitación. Hacía un ruido como de motor averiado que tapaba la música que emitía la radio desde el borde de una de las estanterías; en ella, desde muchos años atrás, no se sintonizaba otra emisora que no fuera Radio Guadalete, «la radio de la Sierra de Cádiz, con la mejor música a todas horas. A tu lado siempre». El transistor hacía equilibrios imposibles para no caerse porque apenas había un hueco libre en las estanterías de metal que ocupaban las paredes del taller, todas repletas de zapatos, en pares o sueltos, a través de los que se podría contar la historia entera de Laguna.

Al Zapata, cuando era pequeño, le encantaba imaginar historias para cada uno de aquellos zapatos. Un náutico solitario con dos borlas seguramente fuera de un marqués rico que pasó un día por Laguna y se enganchó el pie en una de las grietas de la calle Nueva, así que no le quedó más remedio que suplicarle a su padre que se lo arreglara en una hora a cambio de una pequeña fortuna en monedas de oro, pero luego se le olvidó recogerlo porque tuvo que salir a toda prisa a vigilar sus tierras. Y no había duda de que el par de zapatos verdes de tacón que dormían desde hacía años en la balda superior habían pertenecido a una de las muchas mujeres que hacía siglos habían quemado en la sierra por brujas. El Zapata fantaseaba con que esos zapatos habrían ido pasando de generación en generación hasta que a su actual dueña se le rompió uno de los tacones bailando en el Cerro Alto una noche de luna llena. O quizá la bota de agua rosa fuera en realidad un barco enorme en el que se refugiarían, cuando lloviera a mares, las personas diminutas que una vez leyó en un cuento que vivían bajo las calles de los pueblos, esas que salían solo cuando la gente de tamaño normal dormía. Y la zapatilla Nike descosida era de un africano capaz de saltar veinte metros de una vez, y la bota marrón sin tacón de un forajido del Oeste que vivía bajo una nueva identidad, y el zapato de baile flamenco estaba triste porque no encontraba su par y eso había hecho que su dueña perdiera la facultad de bailar, y las babuchas de cuadros marrones y grises que se habían despegado de las suelas solo querían volver a casa para despedirse de su dueño octogenario que había prometido no morirse hasta que no les pudiera decir adiós...

En las estanterías del taller estaba guardada la infancia del Zapata, aquellos días en que su imaginación volaba entre cordones y

suelas, y su padre le parecía un mago que curaba zapatos enfermos y los salvaba de la basura.

—Buenas noches, papá —le dijo desde el umbral de la puerta.

Manuel levantó la mirada de la bota y murmuró algo que su hijo no entendió. El ventilador y la radio se llevaron las palabras de un lugar a otro del taller, arrojándolas de la pared donde estaba colgado el calendario con la imagen de la Virgen de la Montaña a las estanterías donde se amontonaban los zapatos aún pendientes de arreglo. El padre bajó la vista de nuevo hacia la bota y el Zapata entendió que ya estaba todo dicho, apoyó la bicicleta en el pequeño pasillo descubierto que conducía al patio y se puso la camiseta que llevaba anudada a la cintura. Sabía que, si su madre lo veía entrar en casa a pecho descubierto, le gruñiría un «qué vergüenza, pareces un gitano de la sierra», y no tenía ganas de jaleo.

—¿Qué haces, Toño? ¿Cómo ha ido el día? —preguntó al perro al pasar junto a él. El animal estaba despatarrado al lado de la mesa de plástico que ocupaba el centro del patio. Como era habitual, su respuesta fue un gruñido.

La casa familiar era una vivienda de dos plantas sin zaguán. La puerta metálica de doble chapa solo se cerraba por la noche y el resto del día la entrada permanecía tapada solo por una cortina de esparto que se anudaba con una cuerda a la rama de una higuera que daba sombra a las ventanas de la planta inferior. Frente a la casa había un pequeño techado de uralita bajo el que se habían instalado la pila y la lavadora; también servía para dejar allí las bombonas de butano vacías y los trastos viejos que nadie quería, pero nunca se tiraban. Todo era viejo porque el taller no daba para lujos; hacía años que los lagunenses preferían comprar cada poco tiempo zapatos nuevos y baratos en el nuevo centro comercial de Jerez que remendar los que tenían demasiado vistos.

El padre ya había murmurado en alguna ocasión que debería agenciarse una máquina para hacer llaves y copias, que al menos así el negocio tendría un poco de aire, pero mientras tanto había que conformarse con lo que tenían y con que las dos Inmaculadas, madre e hija, lo dejaran todo limpio como una patena para que Manuel no se pusiera rojo de vergüenza cuando los clientes pasaran por el taller y echaran un vistazo inconsciente, o muy consciente, al patio y al techado de uralita. Viejo pero reluciente, que para eso al padre le

gustaba presumir de que en esa casa vivía gente de bien.

El Zapata apartó la cortina de esparto y entró directo a la salita. Como era habitual, la televisión estaba puesta mientras su madre y su hermana, solo once meses menor que él, trajinaban desde la cocina a la mesa para llevar una fuente de melva aliñada con pimientos y una jarra de gazpacho casi helado. Ninguna de las dos hablaba. Ambas preferían que las palabras del presentador del telediario llenaran la casa.

—Anda, sube a lavarte, que seguro que has estado bañándote en el pantano y a saber cómo hueles —dijo la madre a modo de saludo tras olisquear como un sabueso a su hijo.

Inma, la hermana, se acercó y se puso de puntillas para besar al Zapata en la mejilla. Aunque se llevaban once meses justos, hacía tiempo que él le sacaba una cabeza entera. Los dos se habían acostumbrado a lo poco que había que contarse en su familia y, como si fuera un mecanismo animal de supervivencia, sabían hablarse con la mirada y la boca cerrada. Una caída de párpados, una mueca con los labios apretados, un gesto rápido con la cabeza, un guiño en el momento oportuno... Cualquier cosa bastaba para entenderse sin emitir sonido.

Al Zapata le fastidiaba que a Inma no la animaran con los estudios y sí con las tareas de la casa. Era muy consciente de que él era un zoquete, pero no así su hermana; ella siempre había disfrutado poniendo las muñecas en corro para jugar a «los juicios». Se podía pasar fines de semana enteros así, el gesto serio puesto en su pizarra llena de dibujos a tiza y los ojos inertes de las muñecas fijos en ella, prestándole toda la atención que nadie más en Laguna le daba. Se imaginaba que era una abogada que defendía a su oso de peluche, claro inocente, de un sonado caso de robo de los pocos ahorros que tenía guardados en su hucha la muñeca Nancy, a la que le faltaba el brazo izquierdo.

Sin embargo, muy pronto, cuando la chiquilla apenas contaba diez años, la madre le cambió el juego por otros más mundanos y menos entretenidos, como aprender a cocinar, a lavar, a planchar e incluso a cambiar las sábanas de todas las camas, incluida la de su hermano. Porque si algo creía saber Inmaculada, la madre, era que si un orden funcionaba era mucho mejor no tocarlo y dejar que siguiera su curso, no fuera a ser que alterándolo la familia se echara a perder.

Y en esa casa el hombre siempre había cuidado de los zapatos y la mujer de todo lo demás. Así que a Inma, la hija, no le quedó más remedio que ir al colegio por las mañanas y aprender a ser ama de casa por las tardes. Y ella, que aquel año acababa de terminar primero de bachillerato con unas notas excelentes, era muy consciente de que nunca pisaría una universidad, como mucho algún cursillo de formación profesional que ventilarse rápido y sin tener que descuidar las tareas domésticas.

—El domingo abre el cine, ¿te quieres venir con nosotros? —preguntó el Zapata a Inma, ocupada en plegar cuatro servilletas alrededor de la mesa frente al televisor.

—No puede, el lunes temprano hay mucho jaleo, que aún no hemos guardado la ropa de invierno en el altillo —contestó la madre por ella.

—A lo mejor el siguiente. Pregúntale a Natalia si van a traer alguna comedia de la de *Pretty Woman*, que me encantan. Es la mujer más guapa que he visto nunca —dijo resignada Inma, su voz casi un susurro mal expulsado del cuerpo.

—Tú eres más guapa. Y más mujer, que lo de esas actrices es todo mentira, me lo ha dicho Ismael —le susurró al oído el Zapata.

Los dos hermanos se miraron y todo quedó dicho. En los ojos del Zapata se dibujó la promesa no pronunciada de que algún día la sacaría de allí y la ropa de invierno se guardaría sola o se iría directamente a tomar por saco. En la mirada de ella quedó el agradecimiento por preguntarle y hacerla visible. A su alrededor el orden de la casa seguía intacto e inalterable.

El Zapata se duchó en dos minutos y se vistió en apenas uno. No era él alguien que le dedicara tiempo a su aspecto físico, no como Raúl, que era capaz de pasarse horas delante de dos camisetas exactamente iguales intentando decidir cuál era la apropiada, si la azul índigo con tres botones o la azul cerúleo con dos. El Zapata simplemente abría la puerta del armario y cogía lo primero que estuviera a mano, ya fuera una camiseta con agujeros o una que su hermana le hubiera regalado por su cumpleaños tras haber ahorrado hasta la última peseta de su paga semanal.

No perdía tiempo en vestirse, pero podía pasarse las horas muertas mirando a través de la ventana aprovechando que su dormitorio era el único que daba a la parte trasera de la casa, lo que le

permitía tener vistas del campo de olivares que se extendía unos siete kilómetros desde Laguna a Robles, el pueblo vecino. Un verde que se pervertía con los puntuales toques de amarillo de los cultivos de girasoles y las tejas anaranjadas de los cortijos diseminados por la sierra y el valle, y que se acababa mezclando con el color cambiante de las aguas del pantano, siempre tranquilas, siempre perfectas en su quietud y en una metamorfosis que las hacía parecer vivas: azules cuando el sol brillaba, grises cuando había nubes, naranjas en las puestas de sol, negras como el carbón pero con los puntos brillantes de las estrellas reflejados en la superficie cuando era de noche... Todo un espectro de colores que convertía el pantano, a los ojos del Zapata, en un inmenso camaleón que dominaba Laguna en silencio.

La madre, o quizá la hermana, había dejado la ventana abierta esa noche para airear el dormitorio, y el Zapata se quedó plantado delante de ella para echar un vistazo a la noche de verano. Olía a jazmín, a naranjas y, si uno apretaba bien las fosas nasales y se esforzaba, a la fritura de pescado que alguna vecina había sacado a la puerta de la calle para cenar al fresco. El Zapata sintió en ese momento que aquella mezcla de aromas era un buen augurio de nuevos sueños para él y sus amigos. Pero sueños propios, de esos por los que merecía la pena dejarlo todo atrás. Lo supo con certeza, no había duda, y para corroborarlo se acarició el cordón rojo atado a la muñeca, su amuleto de la suerte robado a un zapato del taller y cuya historia solo él conocía.

—¡Manuel! Baja ya, coño, que te vas a arrugar de tanta agua —voceó el padre desde el piso de abajo.

El Zapata apartó las ensoñaciones de su cabeza y bajó los escalones de dos en dos. Sus padres y su hermana ya estaban sentados a la mesa, cada uno acometiendo el trabajo que sabía que le tocaba en el orden de la casa: Inma servía la melva de una fuente, la madre llenaba todos los vasos con gazpacho y el padre no apartaba la vista de un Alfredo Urdaci que lo informaba de la actualidad desde el televisor y cuya voz era lo único que llenaba la salita más allá del tintineo de los cubiertos sobre el cristal del plato.

Esa cena silenciosa marcaba el comienzo del verano en la casa de Manuel Álvarez. En julio y agosto pasarían a hacerlo al patio para soportar mejor el calor. Toño tendría que abandonar su lugar de descanso perenne durante media hora. No había opción a que ninguna

comida en esa casa durara más porque, al no haber palabras, solo se tardaba lo justo y necesario en masticar y tragar. Quizá por eso mismo le sorprendió tanto oír la voz del padre al mismo tiempo que la de Urdaci:

—Este verano te metes conmigo en el taller, que ya va siendo hora de que aprendas el negocio en condiciones y no los ratos que a ti te viene bien —graznó sin necesidad de levantar la mirada del gazpacho que sorbía.

Ni una palabra de la madre o de la hermana. Todos sabían a quién iba dirigida la orden.

Urdaci dio paso a la información deportiva.

—Quiero estudiar para las recuperaciones de septiembre, papá. Ismael y Raúl me van a ayudar con las cuatro que tengo y lo mismo...

—Lo mismo te ayudan en la plaza, ¿no? O abrís los libros en el pantano o donde el Cerro Alto mientras os quedáis embobados como subnormales viendo los parapentes.

—No. Yo solo quiero...

—En esta familia no ha habido nunca vagos y no los va a haber ahora. Si quieres estudiar para septiembre, estudia por las tardes. Pero por las mañanas te quiero conmigo en el taller desde primera hora, arrimando el hombro como hice yo con tu abuelo.

El Zapata se pensó lo que iba a decir. Las mejillas le ardían de la rabia, pero dieciocho años en aquella familia le habían enseñado lo importante que era andarse con ojo cuando tenía al padre delante.

—A lo mejor podría estar contigo día sí y día no. Tampoco hay mucho trabajo en...

El Zapata no se vio venir la bofetada. Su cara se volteó bruscamente hacia la izquierda y sus ojos se encontraron de golpe con los de Urdaci. Así permaneció un rato, la respiración agitada y el aceite de la melva que estaba masticando chorreándole por la barbilla.

—Y que sepas que no me gusta que andes con el hijo de la Encarni, que en el pueblo van a pensar que eres tan maricón como él. No quiero que seas una niña, que ya tengo una y no quiero más.

Nadie dijo nada. El Zapata contó mentalmente cinco segundos en la cabeza hasta que volvió a oír el tintineo del tenedor de su padre apurando los últimos restos de comida.

—Inma, trae la fruta. Y mi navaja, que está en la encimera, que estos cuchillos no cortan ni el papel.

La hija se levantó rauda y veloz hacia la cocina. Al ponerse en pie apoyó la mano en la mesa y le rozó levemente el dedo a su hermano, solo una fracción de segundo, lo suficiente para que el Zapata se contuviera las ganas de devolver la bofetada con intereses incluidos.

—Y que sepas que el poco trabajo que hay es lo que te pone un plato de comida cada día en la mesa, desagradecido —sentenció el padre, de nuevo la mirada fija en el televisor.

Inma llevó el frutero y lo dejó en el centro del mantel de hule. El Zapata se quedó mirando una mosca que saltaba de un plato a otro frotándose las patas y recreándose en los surcos que el aceite de la melva había dejado. No dijo nada, pero deseó con todas sus fuerzas ser esa mosca y poder salir volando de allí sin que nadie lo viera, aunque tuviera que alimentarse, como ella, de mierda el resto de su vida.

9

Sor Petra

El nuevo Hospital Comarcal de la Sierra de Cádiz tenía treinta años de vida, pero aún no había conseguido quitarse la coletilla de «nuevo». Era una enorme mole gris, sin personalidad, con la que la Junta de Andalucía había sustituido al anterior centro, mucho más pequeño y que llevaba abierto desde los años cuarenta. Aquel había vivido una lenta decadencia hasta convertirse en una sombra de lo que fue, un conjunto de edificios conectados entre sí por unos pasillos de suelos enlosetados y paredes desconchadas repletas de cuadros de santos y vírgenes. Tras su cierre, a principios de los noventa, se había reconvertido en unas colonias infantiles abiertas del uno de julio al treinta y uno de agosto.

Era muy común que los niños que pasaban las vacaciones allí se retaran en un juego que consistía en escapar de la vigilancia de los monitores para intentar acceder a las partes cerradas del antiguo hospital, como la capilla o la que un día fue sala de descanso para los enfermeros y, allí, realizar una sesión de *ouija* que ellos mismos habían dibujado en las páginas arrancadas de sus cuadernos. Había corrido el rumor de que el espíritu de una monja, sor Petra, se paseaba por los pasillos de lo que fuera su lugar de trabajo y se la podía ver por las noches si se la invocaba con *ouija* o entonando una oración que corría como la pólvora de una litera a otra:

Ven, sor Petra, que ya es de noche,
ven, sor Petra, que ya nadie se esconde.
Tú moriste al final de una escalera,
y en esa misma sala gritamos tu nombre.

Varias generaciones de niños de Laguna y alrededores llevaban

grabada a fuego en la memoria esa canción y la historia que evocaba: la de que la monja había sido hallada una noche muerta al final de la escalera principal, con la cabeza del revés, como si alguien con una fuerza sobrehumana se la hubiera volteado como lo haría un niño con un muñeco de plastilina.

Muy pocos sabían la verdad, que la tal sor Petra simplemente fue una monja enfermera que vivió allí como tantas otras de su congregación, en un ala del edificio destinada a las religiosas, y que su único desmérito fue despertar una noche de tormenta con unas ganas terribles de orinar que la llevaron a los aseos, al final del pasillo principal de su ala, con tan mala suerte que no vio el charco que se había originado por las goteras que se producían cada vez que llovía. Un resbalón le rompió el cuello en dos segundos. Cuando sus compañeras la encontraron al día siguiente, tumbada sobre el suelo del pasillo, los ojos sin vida, abiertos de par en par, miraban al techo asombrados. Se le habían llenado del agua de las goteras. Parecía que su cuerpo seguía llorando aun después de haber abandonado su morada terrenal. Su austero camisón blanco estaba manchado en la entrepierna con un gran círculo amarillento y la cadenita con el crucifijo que le había regalado su padre cuando hizo los votos se le había enroscado en el cuello como una serpiente que la abrazaba con devoción.

La verdad sobre su muerte resultaba tan ridícula que se olvidó en favor de otras retorcidas teorías. Así, para todos los niños que pasaron por allí, sor Petra pasó de ser una pobre desgraciada sin suerte a un fantasma que clamaba venganza por los pasillos del antiguo hospital tras haber sido asesinada por un hombre que hizo que su cara mirara a su espalda.

Ismael aminoró la marcha del coche al pasar junto a las colonias infantiles, cerradas en esa época del año, y no pudo evitar acordarse de la monja. La tapia blanca de las colonias estaba surcada de dibujos de niños que jugaban a volar cometas, montar en bici o nadar. Ismael pensó en lo alejadas que estaban esas ilustraciones, inocentes y cursis, de la realidad que los críos vivían dentro de aquellos muros. Él había pasado una quincena de un verano allí, a los once años, y sabía a la perfección que las actividades preferidas de los chicos no eran las pintadas en la tapia. Las más comunes eran las pajas conjuntas a medianoche cuando los monitores ya dormían, las primeras caladas a

un cigarro detrás del edificio del comedor, los rápidos vistazos a alguna revista porno que alguien había llevado de casa escondida en el forro interior de la maleta... Y, sobre todo, las visitas clandestinas en grupo al ala clausurada para invocar el cadáver desnucado de sor Petra.

Cati había dejado a su hijo en aquel lugar hacía veintiséis años. Había comprado un billete para irse de vacaciones dos semanas con su amigo Jero a Tenerife y pensó que a Ismael, siempre tan extraño e imprevisible, le vendría bien relacionarse con más chavales de su edad, más allá de sus tres inseparables del pueblo. Se sentía mala madre, mala mujer, mala persona y cualquier extensión de maldad con que se juzgaba entonces a las mujeres que se atrevían a pensar por un momento en su comodidad. Así que cumplió rápido con el trámite, dejó al niño en las colonias y se volvió a Laguna en el autobús llorando como una magdalena. Regresó a por él dos semanas después sintiéndose igual de culpable, pero más bronceada y liberada y habiendo mantenido su primera relación sexual en meses con un camarero asturiano que trabajaba en su hotel, un secreto que Jero le guardaría hasta que, borracho como una cuba y acodado en la barra de La Posada, se lo contara a Ismael la Nochevieja de 1999, la última que disfrutaría el hombre antes de aparecer muerto en el pantano el verano siguiente.

Las dos semanas que Ismael pasó en las colonias infantiles grabarían a fuego en su memoria la fascinación por las historias que circulaban de litera en litera sobre las apariciones nocturnas de sor Petra. El niño disfrutaba, al amparo de la oscuridad del dormitorio común, mientras mentalmente construía un retrato robot de la santa mujer, creaba la figura misteriosa que le había roto el cuello e incluso era capaz de reproducir los compases de una precaria banda sonora. Él inventaba y fabulaba mientras los demás dormían o se masturbaban bajo las sábanas.

Ismael nunca se dio cuenta de la importancia que aquella monja muerta había tenido en su vida hasta que, durante la promoción de su primera película, tuvo que responder decenas de veces a la misma pregunta: en qué momento exacto decidió que quería ser director de cine. Y una noche, después de regresar a casa tras una jornada de promoción, con la boca pastosa por los vinos que se había tomado para sepultar los nervios, la angustia en el estómago por las primeras

y desoladoras críticas, y la nube negra sobre la cabeza, que le hacía dudar permanentemente de su talento, se fue directo a la cama, apagó la luz y se quedó horas mirando el techo de su dormitorio de Madrid. Entonces sor Petra, en la que no había vuelto a pensar, apareció sin previo aviso trepando por la pared y se agarró a la lámpara. Se limitó a estar allí, agarrada con las uñas podridas a la pared, la cabeza completamente dada la vuelta y el cuello retorcido. Ismael tampoco se atrevió a abrir la boca, la observó hasta que las primeras luces del día se colaron por la persiana entreabierta para hacerla desaparecer, orgullosa de haber cumplido su objetivo: hacerle recordar que la primera vez que había dirigido una película había sido en su mente y gracias a ella, durante aquellas noches de verano en las colonias infantiles a las que lo había llevado su madre.

Cati. Todo en la vida de Ismael acababa conduciendo a ese nombre. La mujer abnegada que limpiaba la casa de una beata por las mañanas, un colegio por las tardes y que, aun así, se sentía culpable por querer marcharse de vacaciones sin su hijo y follar con un camarero en una isla. La muchacha que perdía los nervios con la misma facilidad pasmosa con la que luego se arrepentía, pedía perdón y se metía bajo la manta de Ismael a hacerle cosquillas.

Cati. Mamá. Catalina, que en ese momento dormía, sin pelo y con cuarenta kilos por encima de su peso habitual por culpa de la cortisona, en una habitación individual de la gran mole gris que apareció tras el último desvío de la carretera. Ismael había conducido hasta allí como un autómata. Ni se había dado cuenta, pero ya estaba apagando el motor y saliendo a estirar las piernas. Delante de él, un edificio de seis plantas construido en lo alto de una pequeña loma sin nada más a su alrededor que un bosquecillo de pinos y una parada techada para los autobuses y los taxis.

La ausencia de bares cercanos le hizo recordar los bocadillos que había llevado para su hermano y su cuñada. Volvió a abrir el coche y cogió del asiento trasero la bolsa de plástico. Se dio cuenta de que dentro había algo más que los dos trozos de pan envueltos en papel plata; a su lado se veía un papel doblado en dos que al principio había confundido con el tique de compra. Pero no podía ser eso, era mucho más grande, más ancho...

Iba a coger la nota cuando un grito le hizo olvidarla:

—¡Tú, hijo de puta! Ya era hora, coño.

Su hermano y él siempre se saludaban como si fueran a iniciar un combate cuerpo a cuerpo. Cuanto más insultante era el saludo, más revelaba las ganas que tenían de verse. Un «hijo de puta» ya era el culmen, no había muestra de afecto mayor entre ellos que llamarse así. Eran capaces de convertir esas tres palabras en un saludo conmovedor.

—Vengo de Madrid, cabrón. Que llegar al culo del mundo desde allí no es cosa de una hora. Tú, como no has salido de este agujero en tu puta vida, no tienes ni idea —sonrió Ismael a su hermano.

Fran fumaba en uno de los laterales del hospital cuando vio llegar el coche. Se secó las lágrimas como pudo. No tenía pañuelo, así que se limpió los mocos con el dorso de la mano y luego se frotó esta en el chándal del Cádiz CF que no se había quitado en dos días. Sentía cada músculo del cuerpo agarrotado después de haber pasado tantas noches durmiendo en el sillón abatible de la habitación de hospital. Tiró el cigarro —sabía que Ismael odiaba el tabaco— y cruzó las dos filas de coches que lo separaban de su hermano simulando una despreocupación que no sentía y que se fue a la mierda en el momento en que los dos se abrazaron.

El simple contacto físico quitó las máscaras que se habían puesto. La piel no engaña, y cuando los dos hijos de Cati juntaron las suyas, el dolor traspasó las venas y salió fuera como el sudor, pasándose de un cuerpo a otro y uniéndolos en un abrazo que hizo que la pérdida cayera de golpe sobre ellos. A Fran le vino acompañada de la aterradora certeza de que él, que apenas había superado los veinte años, viviría más tiempo de su vida sin su madre que con ella. Y a Ismael se le transformó en rabia, una ira que le subió por la garganta como bilis solo de preguntarse por qué su madre estaba agonizando allí dentro mientras su padre, que los había abandonado sin más castigo que alguna mirada de reproche de un vecino hacía treinta y seis años, se paseaba insultantemente vivo y sano por las calles de Laguna.

Ismael rodeó a su hermano con los brazos. Su rabia se tornó en tristeza en cuanto sintió que el pecho de Fran subía y bajaba apretado contra el suyo. Estaba llorando, la cara oculta contra el hombro, el cuerpo entero moviéndose en pequeños espasmos. Un jadeo que crecía y crecía sin control.

Fran era mucho más alto que Ismael. No compartían genes

paternos; el primero era moreno de ojos negros como un gitano del Albaicín y el otro castaño de ojos claros al que no pocas veces habían confundido con un inglés de pura cepa. Pero en ese momento, abrazados en mitad del parking, Fran no era más que un chaval de veintiún años asustado, encorvado sobre su hermano mayor, igual de aterrado que él, pero que luchaba para dejar su dolor a un lado y priorizar el del pequeño.

No eran más que dos hijos que sabían que se quedaban sin la fuente de vida que los había parido al mundo.

10

Ronquidos

De los labios agrietados de Cati salía un ronquido que a Ismael le recordó a un desagüe que intenta con desesperación tragar el agua acumulada. Era una respiración ronca, agitada y ruidosa. La televisión por monedas anclada a la pared emitía una reposición de *La ruleta de la fortuna* y la anacrónica alegría de la voz del presentador retumbaba por toda la habitación a un volumen excesivamente alto. Ismael supuso que había sido su tía la que había intentado tapar con el sonido del concurso la respiración de Cati, pero ni aun así lograba disimular la angustiosa ronquera del cáncer.

—Está tranquilita —le informó la tía Juani.

Tenía razón, dormía y su pecho subía y bajaba bajo las sábanas blancas con una lentitud que a Ismael se le antojó exasperante.

—Le han dado un diazepam hace un momento y se ha quedado frita —siguió explicándole su tía—. Su médico no da crédito, hace horas que... —La frase se quedó sin terminar en su boca. No se atrevió.

Ismael supo que no hacía falta que la acabara, el final era obvio, tanto como el panel de la ruleta en la televisión:

DICHO POPULAR:
_ QUIEN M_DRUG_,
DIOS LE _YUD_

El concursante falló y se llevó el abucheo cruel del público. «Debe de ser ateo. O gilipollas», dedujo Ismael. No había que ser un superdotado para saber la solución del panel, igual que uno no necesitaba más que escuchar el ronquido de Cati para terminar la frase de la tía Juani:

«Hace horas que debería... HABER MUERTO».

Bravo. Diez mil euros para el concursante Ismael Sánchez Roldán por completar el panel *Frases que uno no termina para que no se hagan realidad*. Aplausos, vítores y la actuación del grupo musical que está plantado detrás del presentador y que tocará a ritmo de pop melódico «No es serio este cementerio».

Ismael sacó de su bolsillo la medalla de la Virgen de la Montaña que le habían pedido que recogiera y su tía la agarró como un tesoro, la besó y la puso debajo de la almohada de Cati. Él entendió que era Juani quien necesitaba aquella baratija y no su madre, quizá como un acto desesperado de ganarle un tiempo extra a la muerte con rezos que poco tenían que envidiarle, según Ismael, a cualquier rito de magia negra y vudú.

—Para que la cuide la abuela mientras duerme —susurró ahuecando la almohada sobre la medallita, ocultándola con devoción, y después besó la frente de su hermana dormida.

Ninguno de los dos hermanos dijo nada.

—¿Cómo has hecho el viaje? Tienes cara de cansado —preguntó la tía Juani.

Rozó la cara de Ismael con una mano helada pero tan llena de compasión que este sintió que las piernas se le volvían mantequilla.

—Bien, muy cansado. Pero ya estoy aquí —contestó.

Nunca había visto a su tía tan descuidada. Ella, que había montado una peluquería clandestina para las vecinas en la parte trasera de la casa de la abuela Inés tras hacer un cursillo de estética. Su pelo, siempre perfectamente tintado en un agradable color caoba con reflejos, ahora se recogía en una coleta y dejaba ver unas raíces blancas que confesaban a gritos noches enteras en el hospital y trayectos en coche desde Jaén, varias veces a la semana, para estar con su hermana, además de la aceptación impuesta de que ahora era la nueva cabeza de familia.

Que Juani deseara ese rol o no ya no importaba. Lo era porque su hermana mayor se consumía y ella era la siguiente en una familia donde las mujeres siempre habían sido las fuertes. Cuando el ronquido de Cati se apagara, Juani sería quien ocuparía la cabecera en la mesa durante la próxima Navidad, la que se encargaría de llamar por

teléfono al resto, la que desde entonces sería mujer, madre, pero, ante todo, líder sin cetro, con mayores responsabilidades y sin aumento de sueldo.

—Voy abajo a fumar, que ya no me aguanto las ganas. Quedaos con ella —pidió Juani, ya con el cigarro en los labios.

Ismael torció el morro.

—No sé cómo os quedan ganas de seguir llevándoos esa mierda a la boca después de lo de mamá. Hay que joderse, que por culpa de esa porquería estamos aquí.

—Ahora no, Ismael. Déjalo estar —replicó Fran, la voz cansada, mientras se dejaba caer en el sillón abatible junto a la cama.

—Es que es verdad, joder. Si te toca un cáncer por mala suerte, pues no queda otra. Puedes gritar, cagarte en Dios, te puedes destrozar la mano pegándole puñetazos a la pared si quieres. Te ha tocado y no puedes hacer nada contra eso. Pero es que estamos aquí porque ella ha querido. —Ismael se agarró a la rabia porque era la única emoción que le impedía llorar y romperse—. Dos paquetes diarios. Dos. Y yo todo el rato avisando de que no era normal, de que hasta tenía que cocinar con el cigarro en la mano, que luego todo olía a nicotina, hasta comerse un plato de potaje era como masticar su Ducados. Y oídos sordos, como siempre. Pues una cosa os digo a los dos: si elegís también vosotros el cáncer de pulmón, perfecto, de puta madre. Pero yo ya no pienso volver a detener mi vida por algo que se podía haber evitado. ¿Me oís? Es vuestra elección, no la mía.

Durante un rato solo se oyó en la habitación la respiración de Cati y los concursantes comprando vocales y consonantes.

—Nadie elige morirse así, Ismael.

La tía Juani jugueteaba con el cigarro pasándoselo entre los dedos. Ismael supo que estaba nerviosa porque dos cercos de sudor se dibujaban en su camiseta bajo las axilas.

—Ella lo ha elegido.

—No seas ridículo. Y no me hagas darte una bofetada, porque no tengo problema en hacerlo. —La voz de la tía Juani sonaba firme y frágil al mismo tiempo. En aquel momento estaba ejerciendo su rol de cabeza de familia por primera vez—. Nadie elige morirse como tu madre o pasar por lo que hemos pasado con ella. Pero eso tú no lo sabes porque estabas con la cabeza metida en tu agujero allí en Madrid, ¿verdad? Tú no le has cortado el pelo cuando se le caía a

puñados y había que quitar a toda prisa la funda de la almohada para que ella no la viera llena de mechones. Ni has tenido que llamar a un vecino a gritos porque se cayó en la calle y no podía mover las piernas. Ni tampoco has lavado su ropa llena de mierda porque, lo poco que salía fuera, no era capaz de aguantarse cuando estaba en la calle. ¿O lo has hecho y yo no me he enterado?

Ismael bajó la mirada.

—No es agradable bañar a tu hermana sabiendo que solo tiene cincuenta y cuatro años —continuó Juani. Aun a pesar del reproche sin edulcorantes, su voz sonaba amable—. Pasarle una esponja llena de jabón ahí abajo mientras tu hermano la sostiene para que no se vaya a los lados y se quede quieta encima de la toalla que tu cuñada pone sobre las sábanas. Eso no te lo enseña nadie, Ismael, ni lo ves en ninguna película de las que tú te crees que te cuentan la verdad de las cosas. Eso hay que verlo y vivirlo. Y olerlo, si me apuras. Porque a mí el olor del jabón con el que la lavábamos no se me va a olvidar en la puñetera vida.

Alguno de los concursantes había ganado un Mercedes último modelo descapotable. Gritos de júbilo, el presentador había subido unos tonos su sobreactuación.

Ismael quiso decir algo, pero entonces notó la mano de su tía sobre el brazo. No apretaba ni reprochaba. Era un gesto suave, de comprensión, pero también de querer ser comprendida.

—No le eches la culpa a nadie de esto, Ismael. No es el momento ni tú haces las cosas tan bien como para reprochar a nadie que se muera. Eso no es una elección.

La tía Juani dejó la mano quieta sobre el brazo de Ismael. No era un desafío, era una advertencia clara de que, desde ese mismo momento, los reproches en esa familia iban a salir por la puerta para no volver.

—Nadie tiene la culpa de las elecciones que otra persona hace. Pero hay que comprenderlas, que si de algo entendemos en esta familia es de defectos y adicciones. No me hagas recordarte cómo a tu madre se le partió el alma cuando te estrellaste con el coche en aquella recta de la carretera. Una recta, Ismael, que hasta un zagalillo chico habría podido llevar ese coche tuyo en ese trozo de camino...

La mano de la tía Juani seguía en el mismo sitio.

—Pues la culpa habría sido mía, por supuesto. De nadie más,

mía. Por borracho y por gilipollas —graznó Ismael como si fuera un niño pillado con las manos donde no debía.

—¿Y pensar eso nos habría aliviado el dolor? ¿O habrías preferido que te hubiéramos dejado de lado y hubiéramos continuado nuestra vida como si no pasara nada, solo porque ese destrozo te lo habías buscado tú solito? —preguntó Juani sin ningún tipo de intención retórica. Esperaba una respuesta.

El ronquido de Cati detuvo el ritmo de dos y tres segundos. Su boca se quedó en silencio, el pecho quieto bajo las sábanas. Todos en la habitación enmudecieron hasta que volvió a respirar al cabo de un momento. El mismo ronquido fuerte emergió de sus labios, un pitido agudo que era vida sin esperanza. Pero vida todavía.

—Ya, ya pasó. Lo hace mucho, le cuesta respirar una cosa mala. No te asustes, cariño —le susurró la tía Juani a Ismael. Toda la bondad del mundo estaba en ese momento en su voz.

No se había dado cuenta, pero durante el breve tiempo en que su madre no había respirado, Ismael había clavado las uñas en la mano que su tía le había colocado en el brazo. Lo había hecho tan fuerte que, al aliviar la presión, vio con claridad cinco marcas de media luna sobre la piel de la mujer.

—Perdona, no quería hacerte daño —se excusó Ismael, la voz quebrada.

—Nunca me lo harías, aunque quisieras. Tienes mucha mala leche, que ser tan listo no solo te sirve para hacer películas, también para tener muy mala idea cuando quieres. En eso has salido a la familia de tu puñetero padre, mal rayo los parta a todos, del primero al último. Pero lo de dentro —y la tía Juani le palpó la parte izquierda del pecho—, lo de ahí dentro lo has sacado de nosotros. Y es tan grande como tu cabezonería.

La tía Juani dio por terminado el reencuentro, besó a Ismael en la mejilla y salió deprisa con el cigarro apagado en la boca.

—¿Has traído los bocadillos? —preguntó Fran, hasta entonces testigo mudo.

Ismael asintió y le alargó la bolsa de plástico con el logo de La Posada. Fran abrió con avidez un poco de los dos bultos envueltos con papel de plata y localizó el de beicon con queso. De un solo bocado casi acabó con la mitad, parecía que no había comido en meses.

—Estaba harto de la comida de la cafetería. No hay quien

aguante eso —dijo, la boca abierta escupiendo pequeños trozos de pan y de cerdo.

Ismael acercó el otro sillón abatible del dormitorio a la cama de su madre y se sentó junto a su hermano. Los dos quedaron frente a Cati, dormida, como en una ilustración apócrifa del final de *La bella durmiente*.

—¿Y tu novia dónde está? La hermana de Raúl también le ha hecho un bocadillo.

—Ha bajado a dar un paseo, tiene la espalda hecha polvo de tanto coger a mamá y pasarla de la cama a la silla de ruedas.

Marga solo tenía diecinueve años y acababa de empezar a estudiar Magisterio, pero ya dejaba ver un carácter férreo de futura matriarca alrededor de la cual giraría todo en la familia que decidiera formar. Ismael deseaba con todas sus fuerzas que el elegido fuera Fran, porque el contrapunto estable y maduro de Marga equilibraba el carácter caótico e inestable de su hermano.

—Cuando todo esto termine, deberías hacerle un regalo a la Marga. Se ha portado muy bien con mamá, no te haces una idea. La ha bañado conmigo cuando la tita no podía venir y mi padre tenía que hacer doble turno en el trabajo, la ha paseado por el pueblo hecha un pincel, la ha vestido, nos enseñó a todos a ponerle y quitarle el pañal —dijo Fran mientras terminaba de engullir el bocadillo.

Ismael pensó avergonzado en todo lo que había hecho su cuñada con su madre en los últimos meses de la enfermedad. Él, que no había sido capaz de verla desnuda porque le impresionaba el cambio que transformaba un cuerpo sano en uno enfermo.

—Pero algo caro, ¿eh? —siguió ordenando Fran.

Ismael asintió.

Los dos hermanos se quedaron callados un rato, la mirada puesta en el hipnótico movimiento del pecho de la madre bajo la sábana. Ismael se dio cuenta de que Fran y él habían bebido de esos pezones. Y ahora, sentados en sendas butacas marrones llenas del olor de miles de historias de noches en vela, veían cómo su movimiento marcaba una llegada a meta que nadie deseaba. Esos pechos, que a Ismael cuando era niño se le antojaban gigantescos, dieron vida y ahora anunciaban muerte.

Hacía mucho que Cati e Ismael no eran capaces de entenderse. A veces, ni todo el amor del mundo consigue que una madre y un hijo

logren intercambiarse los zapatos para ver qué se siente desde la perspectiva del otro. Ismael había crecido sintiéndose un niño raro, que tenía que justificar el preferir ver una película que jugar en la calle como «los niños normales». Sentía que su madre, transparente y bruta como ella era, no podía disimular que, de haber podido devolverlo de la misma manera que se devolvía la ropa en las tiendas de la ciudad, lo habría hecho sin dudar para que le hubieran dado un hijo de los que discuten de fútbol a la hora de la cena.

No hablaban mucho, a pesar de que compartían el mismo dolor por no saber comunicarse. Lo fácil que sería todo si el miedo a no ser comprendido se sustituyera por la necesidad de ser escuchado.

Ismael se levantó y bajó el volumen de la televisión aun a riesgo de que la respiración de su madre ocupara por completo sus pensamientos. Y así ocurrió, pero estaba decidido a tener el estómago suficiente para soportarlo y no convertirse en un avestruz que se esconde.

Fran, ajeno a los demonios con los que se enfrentaba su hermano, dejó que su cabeza se concentrara en hacer una pelota perfecta con los restos del papel de plata del bocadillo. Puso todo el empeño en ello, concentrado como un opositor en pleno examen, la lengua asomando por la comisura de la boca y los ojos fijos en ella. Luego empezó a encestarla en la papelera cilíndrica de la habitación una y otra vez. Si lo conseguía, se levantaba para cogerla y volver al sillón desde donde empezaba de nuevo.

Ismael examinó con curiosidad a Fran. No le hacía falta ser un genio para saber que esa concentración en pequeñeces era el mecanismo de defensa que usaba para escaparse un rato de aquella realidad. «Cada uno hace como puede. Yo he sido un cobarde, escondido en mi propio agujero», pensó Ismael, las palabras de su tía Juani aún le retumbaban ensordecedoras en la cabeza.

El rostro de Fran conservaba las marcas de un agresivo acné que lo había torturado buena parte de su adolescencia. Aun así, era guapo, con aquellos ojos negros y unas facciones dibujadas a base de líneas verticales. Y, en ese momento, observando el rostro de su hermano, Ismael vio con claridad cómo en él se mezclaban todavía el hombre que sería y el niño que seguía siendo.

Y eso le rompió el corazón. Se dio cuenta de que Fran no era más que un chaval, demasiado mayor para ser un crío y demasiado joven

para considerarse adulto, al que su madre ya no despertaría más un domingo por la mañana para mandarlo a por churros al kiosco de la plaza; que nunca caminaría de su brazo al altar, que sus hijos no conocerían a su abuela más que en imágenes escaneadas en el iPad donde ella todavía tendría pelo y pesaría cincuenta kilos. Que Fran tendría que aprender a convivir más con el recuerdo de una madre que con su presencia.

Fran encestó la pelota de plata y la dejó allí, esa vez no se levantó. Su concentración pasó a un ejemplar del *¡Hola!*, seguramente de la tía Juani, que anunciaba en su portada vidas de lujo y pasión.

—¿Dónde está tu padre? —preguntó Ismael.

—Ha bajado a la cafetería a tomarse una cerveza y una tapa. Ya sabes cómo es, si se puede comer no le hace ascos a nada. Está reventado, solo va del trabajo aquí y de aquí al trabajo —contestó sin levantar la vista de la revista.

Salvador, o Salva, el padre de Fran, era un mecánico al que Cati había conocido durante una romería en 1995 a la que la arrastró Jero. Un buen hombre, poco dado a hablar, pero cuyas ambiciones eran tan pequeñas que no podían más que desembocar en una existencia plácida y sin sobresaltos: poner un plato de comida cada día sobre la mesa, cenar en La Posada los sábados y domingos, una semana de vacaciones en agosto en la playa de Conil y algún polvo en ocasiones especiales.

Cati y Salva se habían casado un año después de conocerse. Él era vecino de Término, un pueblo cercano, pero aceptó mudarse a Laguna e ir a trabajar en coche todos los días a su taller. No había más que doce kilómetros entre Laguna y Término, así que Ismael se ahorró algo que lo atormentó todas las noches durante el año de noviazgo de su madre: mudarse a otro pueblo donde sus rarezas encajaran todavía peor que en el suyo. En Laguna al menos tenía a Raúl, a Natalia y al Zapata. En Término a lo mejor había versiones distintas del Maño, y quizá peores, que no le apetecía conocer.

Ismael nunca consintió en abandonar la casa de sus abuelos donde se había criado. Aquel era todo su universo conocido, desde el patio con el limonero del abuelo César a la peluquería clandestina que en su día había montado la tía Juani y que luego sirvió de cuarto de juegos para Ismael. Pero, sobre todo, estaba ella, la abuela Inés, cuya mirada serena nunca le dio miedo, sino paz, a pesar de su ojo de

cristal, culpa de un alambre perdido en la plaza de los Naranjos con el que se sacó el ojo izquierdo cuando era una niña que jugaba a las canicas los domingos después de misa. La abuela Inés era como un islote en la vida de Ismael, una *madonna* enorme y embutida siempre en alegres vestidos de flores que lo abrazaba y lo consolaba. Un ancla que olía a jazmín y polvos de talco.

Al final, Cati, tras una bronca monumental con Ismael que les costó una temporada sin hablarse, aceptó que ella empezaría una nueva vida tras casarse en otra casa y que su hijo se quedaría en la de sus abuelos. «El niño ha salido raro hasta para esto», le refunfuñaba Cati a Salva mientras pintaban las habitaciones de su nuevo hogar. El hombre asintió, le dijo que no se preocupara y luego le hizo el amor sobre los cartones de supermercado que habían puesto en el suelo para no mancharlo.

Fran nació a los nueve meses.

Ismael, con quince años, se encontró con un hermano con el que no compartía apellido, pero sí corazón. Y, veintiún años después, juntos contemplaban el pecho de su madre subir y bajar bajo una sábana tan blanca como la pintura entre cuyos botes había sido engendrado Fran.

—Oye, no le hagas caso a lo que te ha dicho la tía. Está muy nerviosa, no soporta estar separada de mamá y hay días donde viene solo para quedarse a dormir. ¿Qué ganabas tú volviendo aquí?

A Ismael se le ocurrieron infinidad de respuestas a esa pregunta. Ninguna lo dejaba en buen lugar.

—Estar con ella, Fran.

Sintió la vergüenza ardiéndole en las tripas. Había cambiado a su madre por una película que él mismo odiaba.

11

Verona

Ismael siempre había creído que estaba destinado a que todos recordaran su nombre.

Un golpe de suerte pareció que iba a darle la razón a su delirio de grandeza un par de años antes de que se descubriera el cáncer de su madre. Él ya se había mudado, tras terminar la que él consideraba una carrera universitaria de paso, y trabajaba en Madrid como dependiente en una nueva Fnac que se había inaugurado en un modernísimo y muy hortera centro comercial de uno de los barrios dormitorio de la capital. Un empleo sencillo, de media jornada, que tenía que compaginar con dos días laborables extras las noches de los fines de semana en un bar de Lavapiés, el Flor de Lis, para poder llegar, asfixiado —pero llegar—, a fin de mes.

Ismael siempre había demostrado tener una constancia admirable y una gran obsesión por el cine. El poco dinero que conseguía ahorrar lo invertía en producir cortometrajes pidiendo favores a amigos y suplicando a actores que renunciaran a un fin de semana libre para ponerse delante de la cámara. Siempre había comparado el cine con la liturgia de la misa que tanto odiaba: una pista de circo donde un maestro de ceremonias, con bastantes puntos en común con un vulgar trilero, hacía como que convertía algo inanimado —un trozo de hostia o una página de guion llena de palabras— en supuesta sangre, carne y alma.

Fue así como rodó de manera bastante precaria dos cortometrajes, *Payaso* y *Un trío en una noche de verano* que, para sorpresa de todos, se convirtieron en un pequeño éxito en el circuito de festivales y que le aportaron un poco de dinero y bastantes premios, haciéndole también albergar la ilusión de que estaba destinado a alcanzar una falsa meta llena de placeres y recompensas.

El volantazo inesperado a su vida llegó tras una noche de farra en Chueca y Malasaña acompañado de Juanjo, su ayudante de dirección en los cortometrajes, que no paraba de implorarle, mientras lo arrastraba del brazo al baño del bar pertinente, que asumiera retos mayores y escribiera, por fin, el ansiado largometraje.

Juanjo era un chico en los huesos, de pelo pintado de verde y enorme afición por dar consejos en los retretes mientras se encorvaba sobre la pantalla de su móvil y extendía rayas de cocaína que pillaba a un actor en paro reconvertido en camello. El plan que propuso en aquel baño parecía perfecto: Ismael podía pedir vacaciones un par de semanas y luego, cuando las consumiera, compaginar la media jornada con sesiones de escritura de cinco horas. Incluso se había ofrecido a pasarle gratis un par de gramos para que pudiera aguantar algunas noches despierto dándole forma a la historia por la que sería recordado. «Merecerá la pena, hazme caso. Que yo de esto entiendo más que tú. Y te huelo el talento».

Ismael se rio de la descabellada idea, pero dos días después pidió vacaciones en Fnac y dejó de ir a trabajar al bar. El resultado del encierro fue un guion de noventa y tres páginas escrito en dos meses. El título, *Verona*. El argumento:

> Julio Cortés es un aclamado y joven torero que vive sus días de gloria y cuyo nombre es un valor en alza en el papel cuché y en la cama de las damas de la alta burguesía madrileña. Su madre es una antigua cantante de copla retirada que mataría por su familia, uno de los clanes de mayor pedigrí e historia del país. Romeo Mollieri es el jefe de camareros del local de moda en la capital, Verona, una macrodiscoteca dirigida por su madre, una diva sexagenaria de la música pop, que maneja con mano de hierro su negocio y el tráfico de drogas dentro de este. Ambos clanes, Cortés y Mollieri, viven enfrentados desde hace décadas para conseguir imponer sus tradiciones sobre los demás. También por la legendaria rivalidad entre las dos madres, enfrentadas por una antigua disputa cuyo campo de batalla fueron las emisoras de radio y por su odio a la música que representa la otra. Durante una noche en que los Cortés irrumpen con ganas de bronca en el Verona, Julio y Romeo tienen un encuentro casual en los baños que los lleva a follar y enamorarse entre olor a semen y lejía. Entre los dos surge una pasión que sus respectivas madres no están dispuestas a aceptar. Julio, en un acto de rebeldía, le brinda un toro a un Romeo que estaba oculto entre las gradas de la plaza. Eso los descubre ante los ojos de todos y se inicia una guerra abierta entre clanes cuyo escenario principal es la discoteca Verona. Las dos divas de la música lucharán con todo su odio para que sus hijos no estén juntos. Pero la pasión que maneja los hilos del destino de Romeo y Julio les hará enfrentarse a sus propias familias, llegando incluso a fingir una muerte que desencadenará una tragedia que se desarrolla entre la arena de la plaza de toros, los baños de la discoteca, la zona VIP donde los Mollieri trafican con droga, el barrio de Salamanca y el puente de Vallecas.

En una carambola del destino, que Ismael asoció durante un breve periodo al golpe de suerte de su vida, el guion de *Verona* llegó a las manos de Alejandro Planas, un jovencísimo abogado que acababa de dejarlo todo para perseguir el sueño de ser productor de cine. Fue Juanjo el que propició el feliz acontecimiento después de pasar un fin de semana en su casa follando y viendo películas clásicas de Hollywood.

El guion permaneció cinco días cogiendo polvo en la mesita de noche hasta que una oportuna gripe obligó a Alejandro a guardar cama, tan agotado por la fiebre que no tenía fuerzas para levantarse a buscar lectura entre los libros apilados en las estanterías del salón.

Tres días después, Ismael vio una llamada perdida de un número desconocido. Al devolverla sintió que el mundo cambiaba la rotación tras el entusiasta saludo de Alejandro y la retahíla de halagos hacia *Verona*.

—Quiero que sea mi primera película como productor y la tuya como director. Lo tengo clarísimo. ¿Te apetece?

Ismael contestó que sí, obviamente, y gritó en cuanto colgó dejándose la garganta en plena Gran Vía madrileña. El golpe de suerte al fin le había llegado.

Alejandro Planas demostró ser un extraordinario productor, mejor ser humano y un muy avispado zalamero que financió *Verona* en doce meses. Ismael dejó la Fnac y descubrió la euforia que suponía asomarse al sueño de una vida.

El rodaje se produjo sin mayores incidentes, dentro de un clima de felicidad donde todo el mundo alababa la pasión y el saber estar del director novel, la potencia de la historia y las promesas de un futuro lleno de éxito en el que resultaba impensable que nada saliera mal. Ismael quiso mantener la cabeza fría, sobre todo porque su angustia se dividía entre el rodaje y las incipientes pruebas médicas de su madre tras el descubrimiento de una misteriosa mancha en el pulmón. Pero, al final, tras mucho escuchar a todo el equipo de rodaje lo bueno que era dirigiendo a pesar de ser novel, abrazó la idea de que su talento era tan especial como él siempre había creído. Uno entre un millón. Estaba rodando una película, iba a estrenarla en más de cien salas en todo el país, contaba con actores de la talla de Carmen Maura, Belén Rueda, Pol Monen y Jaime Lorente, los medios ya le habían puesto la etiqueta de «joven promesa del año»...

Ismael se convenció a sí mismo de que nada podía salir mal, sobre todo por la deuda que sentía que había adquirido con Alejandro, hipotecado hasta las cejas por su confianza ciega.

Verona fue rechazada en todos los festivales de cine a los que se la presentó y se estrenó un lluvioso septiembre, justo la semana en que Juani le cortó el pelo por primera vez a Cati después de que a esta comenzara a caérsele a mechones.

La crítica fue despiadada. «La película es un sinsentido dirigido por alguien al que nadie de su equipo parece haberle dicho la verdad sobre su guion. Quiere ser moderna y se queda en una burda recreación de una transgresión que le viene demasiado grande. Lo mejor es cuando aparecen los créditos y uno puede liberarse de semejante pérdida de tiempo. La diferencia entre *Verona* y cualquier cinta de serie Z es que estas últimas al menos saben lo que son y lo que quieren dar», dijo *Fotogramas*. En *Cinemanía* fueron aún más duros: «*Verona* es el grito angustiado de un cineasta que confunde la pasión con la provocación vacía, un guion confuso y unos personajes secundarios que entran y salen de la trama sin aportar nada. La película despropósito y circo del año». El resto de los medios especializados no se alejaron mucho de esas opiniones, todos destacaban lo caótico de la narración, lo mutilado del montaje, la ausencia de una voz propia y la escasa gracia de la conversión de los clásicos amantes de Verona en dos gays en apariencia provocadores de la noche madrileña. Tan solo una revista, *Acción*, publicó una crítica medianamente favorable. Pero qué era una sola burbuja de oxígeno en un mar repleto de tiburones. No sirvió para aliviar a un Ismael aterrado ante la confirmación de que había decepcionado a todo el mundo.

El público también se mostró implacable. No tanto como los críticos, pero sí lo suficiente como para que *Verona* apenas aguantara dos semanas en cartelera. Alejandro estaba al borde del colapso, su primera apuesta como productor había salido mal en todos los aspectos.

Ismael no supo cómo capear tanta decepción. O no quiso saberlo. Durante todo el proceso de preproducción y rodaje de la película había entablado una sólida amistad con Alejandro, un vínculo que le recordó por momentos al mismo que lo había unido durante la adolescencia a Raúl, a Natalia y al Zapata, uno de esos lazos que se

asumen como indestructibles, construidos con la fuerza que da compartir un mismo momento vital clave para dos vidas distintas. Quizá fue esa amistad la que rompió la barrera productor/director e hizo que Alejandro le confesara a Ismael todo lo que se jugaba con la película. Tenía fe ciega en el proyecto y en su director, hablaba de los festivales a los que irían, de las nominaciones a premios a las que optaría, de todas las oportunidades que generaría... Pero entre medias siempre se le escapaba el dinero que perdería y lo difícil que lo tendría para levantar un nuevo proyecto si *Verona* no era bien recibida. No lo contemplaba como opción, más bien como una posibilidad remota, y, sin embargo, fue en lo que se convirtió en realidad y sepultó de un solo plumazo todas las risas y los planes.

Pero no fue el fracaso lo que bloqueó a Ismael y lo lanzó a la noche madrileña para beberse su angustia en cada barra de Lavapiés. Lo que lo dejó en un estado casi catatónico fue la decepción. Habría gestionado mejor o peor el enfado por las críticas, la rabia por el fracaso de taquilla, la angustia por la situación económica de Alejandro, la incertidumbre ante sus siguientes proyectos, pero la decepción se lo comía por dentro, lo paralizaba. Y solo encontró una forma de huir de ella, al menos por unas horas. Sabía que era una mala idea, pero la necesidad de sentirse bien, aunque fuera una ilusión, le ganó la partida. Ismael llamó a Juanjo y le pidió, le suplicó, refugiarse por unas horas en el calor de los bares y el subidón de la cocaína.

—No quiero pensar, Juanjo. Necesito que la cabeza pare por primera vez en estos meses, que se vaya a la mierda mi cerebro.

Juanjo aceptó, culpable porque sentía que él había empujado a su amigo a aquel viacrucis de sueños cumplidos que se convierten en pesadillas. Y el plan suicida funcionó más allá de una noche, casi un día completo. Pero cuando Ismael se levantó en calzoncillos en el sofá de la casa de Juanjo, sin recordar absolutamente nada de las últimas horas, vio que tenía al menos treinta llamadas perdidas de amigos y conocidos, unas diez de su productor, veinte de Raúl e incontables mensajes preguntándole qué había hecho. Temblando como un animalillo abandonado, desbloqueó la pantalla y se asomó a la laguna mental.

«Es asqueroso lo que hacéis con el trabajo de la gente. Sois carroñeros y unos hijos de puta sin corazón, cineastas frustrados que

ahora odiáis a los que triunfan porque queréis ser ellos. Iros a la mierda, hienas».

Un tuit dividido en varias partes, sorprendentemente bien escrito para el estado en el que lo había hecho, en el que Ismael había etiquetado absolutamente a todos los medios que habían publicado una mala reseña de *Verona*.

No solo eso, también a TVE, el Ministerio de Cultura y algunos cineastas que habían expresado en público lo que la película les había parecido.

Y ahora hablaban esos mismos medios de él y su pataleta tildándolo de mediocre y asegurando que ahí se acababa su carrera. Para siempre. Se reían de él por eso.

Un rápido vistazo a las páginas culturales más importantes del país le confirmó que era el hazmerreír de la profesión, el chiste del día. El bufón sin talento que había cometido un error que, gracias a Internet y a su borrachera, quedaba escrito en un bucle infinito.

Ismael no despertó a Juanjo, que dormía como un bendito a su lado. Se limitó a vestirse, irse y a encerrarse en su piso sin querer hablar con nadie durante días. Avergonzado y humillado.

Pero hasta que Fran lo llamó llorando una noche no se dio cuenta de que había obviado la decepción más terrible, la de ser un mal hijo demasiado obsesionado con su trabajo como para no ver que su madre se moría. Nadie de su familia le dijo nada, ni un solo reproche, pero la llamada de su hermano le dio un puñetazo en el vientre que lo dobló por la mitad y lo tumbó.

Fran estaba histérico, había salido a la calle para poder hablar sin que su madre lo escuchara. Cati ya caminaba muy poco en ese momento, apenas unos pasos desde el dormitorio al salón, donde se sentaba al amparo de la mesa camilla. Había engordado mucho y las últimas sesiones de quimio eran tan agresivas que la dejaban en estado catatónico durante días. Fran balbuceaba, tanto que Ismael podía sentir desde el otro lado de la línea cómo se sorbía los mocos mientras intentaba no levantar la voz para que los vecinos no lo oyeran. Consiguió contarle la situación a trompicones:

—Mi padre acababa de recoger la mesa, Isma. Mamá estaba sentada en el sillón reclinable, el que le regaló la beata Paula cuando empezó la quimio. —Un breve silencio seguido de un sorbido de mocos. Fran empezaba a tener el control de su voz y continuó—.

Intentaba levantarse para ir al baño y luego a la cama. Yo le dije que se esperara, que ya la ayudaba yo, pero ella erre que erre, que podía sola, que tiene cáncer, pero que no se ha quedado inválida. Así que la dejé hacer. No fue más que un momento, te lo prometo, un segundo. Solo estaba contestándole un mensaje a Marga y no quité la vista de ella más que eso: ¡un segundo, dos como mucho! Y entonces oí un golpe tremendo. Al principio pensé que se había volcado el sillón o que a mi padre se le había resbalado la cacerola de la sopa. Pero era...

Era mamá. No hacía falta que su hermano se lo dijera. La angustia y el miedo se traspasaron de un hermano a otro a través del teléfono como ondas magnéticas.

—Intenté levantarla, pero no podía. Era imposible, como un peso muerto. Y ella lloraba, Isma, lloraba y me pedía que la levantara, que no sabía qué le pasaba, pero que no podía mover las piernas. Suplicaba, Ismael. Suplicaba como si la estuviéramos apuntando con una escopeta. Mi padre vino corriendo y la cogió de los sobacos, yo de la cintura, pero no podíamos... No podíamos, te lo juro, era como si de repente su cuerpo se hubiera vuelto cemento. Y mamá seguía llorando, pidiéndonos por favor que la levantáramos, que ella intentaba mover las piernas, pero no le hacían caso. Nos ha costado la misma vida incorporarla... —La voz de Fran hizo una pausa aterradora—. Lo peor ha sido ver cómo nos miraba desde el suelo. Igual que los perrillos asustados de la perrera de Robles. Desesperados...

Ismael hizo un intento por hablar, sentía la boca seca como en la peor de las resacas. Le costó un esfuerzo sobrehumano que las palabras le salieran de los labios.

—Y ella ¿cómo está?

Varias caladas al cigarro desde el otro lado, nerviosas.

—Dormida, le he puesto la pastilla debajo de la lengua y la ha tumbado.

—Fran, es normal que le fallen las piernas con la quimio. No te asustes, habrá sido un traspié, una bajada de tensión... No está acostumbrada a tanta química en el cuerpo... Hazme caso.

Ismael notó la mentira impregnada en cada una de sus palabras. Solo esperaba que su hermano no estuviera tan alerta.

—Sí, eso será. Seguro. —La voz de Fran sonaba débil, casi se la podía sentir aferrándose con desesperación a aquella remota posibilidad. Un nuevo cigarro. Lo delató el ruido del mechero seguido

de otra calada.

Cati jamás volvió a andar después de aquella noche. Sus piernas se negaron a seguir funcionando, se pararon y fueron las primeras piezas de su cuerpo en levantar la bandera blanca de la rendición. Salva se agenció una silla de ruedas y allí la sentaban al levantarla, siempre entre dos personas, de la cama al salón, del salón a la cama. Había días en que Fran se ponía muy pesado y conseguía sacarla a la calle, pero Cati enseguida se agobiaba por tener que pararse cada metro y responder sonriendo a todos los lagunenses que se le acercaban y la besuqueaban, siempre con la misma cantinela de lo bien que la veían, lo hermosa que iba a estar cuando superara la enfermedad, lo bonitos que eran los gorros que llevaba («¿es de punto bobo? Ah, que lo ha hecho la beata Paula. Qué mano tiene la *gachona* para estas cosas, es precioso, te queda estupendo. Ya quisiera yo uno igual») y la buena cara que tenía.

«Ver a la muerte paseando por tu calle siempre tiende a despertar la amabilidad de la gente. Por muy malas personas que sean, ven a alguien que se está muriendo y los lleva por delante el miedo. Son capaces de decirte piropos como a la Virgen de la Montaña en la romería con tal de quitarse la angustia de ver su propio final». Cati lo pensaba cada vez que le decían lo lustrosa y hermosa que estaba. A ella, que había engordado cuarenta kilos por la cortisona y que tenía los labios agrietados a pesar de untárselos constantemente con protector. A ella, a la que la piel le amarilleaba un poco, con esos gorros que ocultaban un cráneo yermo donde ya nunca más crecería nada.

Aquella fue su rutina hasta el momento en que su fuerza venció y, hacía apenas una semana, un simple Cola Cao para merendar le hizo atragantarse. Tosió y tosió hasta que Salva se puso a toda prisa un pantalón vaquero, las primeras zapatillas de deporte que encontró y, entre él y Fran, la metieron en el coche y la llevaron al nuevo Hospital Comarcal de la sierra de Cádiz.

Cati nunca lo dijo en voz alta, pero al pasar por las colonias infantiles y ver los dibujos de la tapia se acordó de cuando llevó a Ismael y lo dejó allí para irse de vacaciones con su amigo Jero a Tenerife. Entre toses esbozó lo más parecido a una sonrisa al recordar cómo se contoneaban en la playa al atardecer, las risas escandalosas en cualquier chiringuito donde les sirvieran una cerveza bien fría, el

nerviosismo que sintió cuando el camarero asturiano le rozó con los labios el pecho derecho después de desnudarse en la habitación del hotel. Era la primera vez que un hombre le hacía eso en mucho tiempo, pero aquel sinvergüenza de Oviedo la había camelado haciéndole sentir que era capaz también de tener ganas de follar además de limpiar para los demás y de criar a un hijo. Recordó las inmensas ganas de todo de ella y de Jero. Y la desbordante felicidad al regresar y esperar con paciencia en la puerta de las colonias a que saliera Ismael, moreno como un tizón por culpa de las horas de piscina y juegos al aire libre. En aquel abrazo de reencuentro con su hijo se sintió madre y mujer, las dos cosas en equilibrio y sin necesidad de que una pisara a la otra.

Las colonias dejaron de ser visibles a medida que el coche se acercaba al nuevo hospital y Cati sintió una certeza tan real que casi notó que le iba a reventar el pecho. Supo, con absoluta claridad, que nunca haría el viaje de regreso. Que era la última vez que vería todas las cosas que estaba viendo en ese momento. Giró para ver la puerta desierta de las colonias infantiles. Y se agarró con uñas y dientes al recuerdo del abrazo con Ismael, los dos poderosos y eternos en una juventud que les permitía hacer de todo. Su hijo, el director de cine.

Y entonces a Cati la cabeza le jugó una mala pasada y tantas horas de catequesis infantil volvieron para que se pegara tirones de pelo con el ateísmo que había cultivado desde que se quedó preñada y vio que al padre ningún ente superior lo juzgaba ni le pedía ninguna explicación por su abandono. Y eso que él y su madre, la Peseta, no faltaban a misa ningún domingo, en primera fila y siempre los primeros en comulgar. El abuelo César, cuando aún vivía, no dejaba de murmurar que los pecados les salían muy baratos a los ricos del pueblo, y tenía razón. Desentenderse de un niño recién nacido solo costaba un par de avemarías, a lo mejor tres padrenuestros y, seguramente, un generoso donativo.

Cati no había vuelto a pensar en Dios en treinta y seis años. Pero en aquel momento, sentada junto a su marido y su hijo pequeño camino a un hospital del que intuía que no saldría, tuvo miedo por si había algo más allá. Repasó mentalmente su vida y sus posibilidades de alcanzar un hipotético cielo o un presumible infierno, y deseó que, fuera adonde fuera, la recibiera Jero. Imaginó que su amigo seguiría igual que cuando apareció flotando muerto en las aguas del pantano,

pero sin la cabeza reventada y la piel azulada. No, él la recibiría con su eterno cigarro detrás de la oreja, el pelo dorado, los ojos desbordantes de picardía, la ropa más moderna de la sierra y su sonrisa de pícaro, siempre tramando algo.

Lo único que Cati le pidió en ese momento a un hipotético Dios fue elegir el aspecto con el que uno se quedaría ya para la eternidad. Si Jero la recibía tan hermoso como cuando murió, ella no quería pasear de su brazo hinchada y calva como estaba, sino con el pelo por los hombros, el vientre liso, quizá con la camisa verde de lunares y hombreras que se había llevado a Tenerife y que le había quitado poco a poco el camarero asturiano. La misma que se había puesto para ir a buscar a Ismael a las colonias.

Un nuevo ataque de tos la hizo inclinarse hacia delante. No se dio de bruces contra el salpicadero porque el cinturón de seguridad la frenó.

—¿Estás bien? —preguntó alarmado Salva.

Cati asintió. Se había puesto rápido la mano en la boca y así había evitado que su marido y su hijo vieran lo que ella sabía que escupiría. Con mucho disimulo escondió la mano derecha y se limpió la sangre en la tapicería del asiento. Volteó hacia el paisaje serrano y se pasó la lengua por los labios, luego repitió la misma operación con el dorso de la mano para eliminar cualquier rastro de la boca. Y dejó de pensar.

Había pasado una semana de ese trayecto en coche y el cuerpo de Cati se había ido apagando cada vez más. Las últimas horas habían sido un continuo sobresalto tras otro, hasta el punto de que la tía Juani había llegado a dudar seriamente de que Ismael pudiera despedirse en condiciones de su madre. Pero allí estaba ahora, sentado junto a su hermano.

Volvían a estar callados. Fran molesto por el hermetismo de Ismael. Este avergonzado porque le parecía un acto absurdo de egoísmo reconocerle los motivos reales de su tristeza, la decepción consigo mismo.

—Oye... —se atrevió a decir al fin. Acababa de recordar su aventura en la pajareta y pensó que era un modo de desviar la atención de su hermano hacia lugares menos dolorosos.

—¿Qué?

—¿Tú has visto el gato que vive en la pajareta de la casa de la

abuela?

—¿Qué gato?

—Uno que he visto cuando he ido a abrir las ventanas del piso de arriba. Se ve que se ha instalado hace tiempo. No sé, pensé que tú le habías estado dando de comer.

—Hace semanas que no me paso por allí. Antes de la caída de mamá todavía iba algún sábado para pasar la noche de póker con mis amigos, pero luego preferí no moverme mucho de casa. A lo mejor ha saltado desde el huerto de Juan. ¿Le has preguntado a él?

Juan era de los pocos vecinos que aún quedaban vivos en la calle Fuente. Su casa estaba pegada a la de la abuela Inés.

—Puede ser. Le preguntaré por si lo ha echado en falta —contestó Ismael, aunque no creía que el gato tuviera dueño. En su mirada y en sus bufidos iba implícita la supervivencia del animal callejero.

Fran se encogió de hombros; no se le iba el enfado, pero al menos consentía en disimular:

—¿Era macho o hembra?

A Ismael lo pilló por sorpresa. Fue incapaz de recordarlo.

—No lo sé... ¿Es importante?

—Si es gata puede estar preñada y por eso se ha refugiado en la pajareta. A la tía le da algo si en unos días hay una familia de bichos correteando por allí.

La imagen arrancó un amago de sonrisa en Ismael.

—Estaría bien que volviera el ruido a la casa. No hay nadie, ¿qué más da? Así la limpian de ratones. Y si se ha escondido para estar segura mientras pare, también.

Fran volvió a coger la revista del corazón y a pasar las páginas a un ritmo demencial. Ismael notaba la ira en sus mejillas encendidas.

—¿No te acuerdas de la vieja que vivía arriba de la calle? En la casa que hace esquina, la que lleva tiempo con el tejado derrumbado.

—Tere la Loca.

—Exacto. Tere la Loca, ¿dónde estará ahora?

—Sus hijos se la llevaron hace años con ellos a Toledo. Mamá me dijo una vez que aún seguía viva, su hija había colgado una foto en Facebook donde celebraban su noventa y nueve cumpleaños.

—¿Tú sabes cómo la llamábamos mis amigos y yo cuando éramos pequeños?

El desinterés de Fran era evidente; con todo, hizo un gesto invitándolo a continuar.

—La Freddy Krueger.

¿Era un destello de curiosidad lo que había visto en los ojos de su hermano? Ismael sacó a relucir sus pobres armas de contador de historias:

—Tere tenía una gata, la Simona, y siempre la dejaba ir y venir por el pueblo. Y claro, volvía preñada cada dos por tres. Te dabas cuenta porque se paseaba gordísima por la calle, la panza arrastrando por el empedrado y mirándote como si fuera a arrancarte los ojos. Incluso si subía un coche desde la plaza, el conductor sabía que si veía a la Simona tumbada en mitad de la calle tenía que pararse y dejarse el puño en el claxon hasta que a ella le diera la gana de levantarse. Ella mandaba allí, eso lo sabía hasta el tonto de Laguna. —Fran había dejado de pasar hojas y escuchaba—. Para los niños del pueblo era un misterio tremendo dónde iban a parar los gatitos. Porque, tras el embarazo, la Simona volvía a pasearse orgullosa y delgada calle arriba y calle abajo, pero cada vez más arisca, más agresiva, más odiosa. Y siempre sola, sin un solo hijo detrás. Y tampoco se veía que en casa de la Tere hubiera más animales; ella siempre tenía las ventanas y la puerta abierta de par en par, incluso en diciembre, y uno no tenía más que asomar las narices un poco para comprobar que en aquel lugar solo vivían la vieja y la gata... —Ismael mantuvo una pausa dramática para saber si su hermano estaba interesado—. Una mañana apareció la Tere con la cara destrozada, en carne viva, surcada de arañazos de arriba abajo. Era como si la hubieran intentado despellejar con saña. Ella no dijo nada, a quien le preguntaba le soltaba un «¿quién te ha dado vela en este entierro?», y ahí se acababa el interrogatorio.

—¿Para qué me cuentas eso?

—Porque un día en el recreo, Jaime, el que vivía a su lado, nos dijo que un sábado estaba viendo los dibujos de la mañana y oyó un ruido insoportable en la casa de la Tere. Él aprovechó que su madre estaba barriendo el zaguán para escabullirse al patio, subirse a la higuera y curiosear qué hacía la Tere para armar semejante barullo. Y lo que vio fue a la vieja ahogando gatitos recién nacidos en un barreño. Uno tras otro, con una frialdad que nos dijo que le dio pesadillas durante un mes entero. El ruido lo hacía la Simona, que estaba encerrada en una jaula para perdices mientras su dueña mataba

a su prole. Se ve que la gata había llegado a su límite y esa matanza era la última que pensaba soportar. Se revolvió tanto que consiguió abrir la jaula y se lanzó contra la Tere, directa a la cara, arañando y mordiendo, despellejando viva a su dueña e intentando sacarle los ojos.

—¿Y qué pasó después?

—A la Tere se le quedaron cicatrices de por vida, ¿no te acuerdas del miedo que te daba cruzártela cuando eras pequeño? La Freddy Krueger.

—¿Y la gata?

—Algún vecino dijo que la había visto en la sierra, feliz y confiada, paseando como la señora del monte. Con dos gatos más, uno negro y otro a parches marrones y blancos. Los dos que consiguió salvar. Donde nunca más se la vio fue en nuestra calle.

—¿Y qué tiene que ver esa majadería con el gato de la pajareta?

—Que si se quiere quedar a vivir allí, pues bienvenido será. Y si es hembra y está preñada, no voy a ser yo quien la saque y mate a su prole. Lo que le hizo la Simona a la Tere fue una lección de lo que es capaz de hacer una madre por sus hijos.

—¿Y? ¿Crees que me siento menos imbécil después de esta *tontuna* de historia? —La rabia de Fran volvió a asomar a sus mejillas desafiante.

—No te estoy tomando por imbécil, es solo que...

—Es solo que creéis que soy retrasado. Los dos, mamá y tú. Por eso no quieres hablar conmigo de esa nube negra que llevas encima siempre, como si no fuera a entenderlo porque lo que haces está muy lejos de mi inteligencia.

—Fran, el problema soy yo, no tú y...

—Igual que mamá —interrumpió Fran ajeno a la réplica de su hermano—. Ella siempre dándome largas cuando le preguntaba por qué *carajo* iba a visitar al Zapata a la cárcel de El Puerto, como si yo no fuera capaz de entenderlo si se molestase en explicármelo. No, claro que no. Yo soy el tonto de esta familia, conmigo funciona no decir nada.

Fran se cruzó de brazos. Ismael quería responder algo, pero la revelación cayó sobre él y lo dejó paralizado. ¿Qué hacía su madre visitando al Zapata en la cárcel? ¿Desde cuándo ocurría eso y por qué él no sabía nada?

12

Fidelio

En la televisión ahora se emitía el informativo de sobremesa. La voz y los titulares de Sandra Golpe llenaron durante un momento el tenso silencio de la habitación de hospital.

Ismael se levantó y bebió un trago largo de agua de la botella de plástico que descansaba sobre la mesita de noche. Contempló a su madre, aún sumergida en un profundo sueño, como si fuera una desconocida.

—¿Qué hacía mamá visitando al Zapata?

—Yo qué sé. ¿No me oyes cuando hablo? Se lo pregunté mil veces y mil veces me dijo que eran cosas suyas, que no tenían mayor importancia.

—Pero ¿fue mucho?

—Que yo sepa, mínimo unas cinco veces. O más, como siete u ocho. Pero ya la conoces, en cuanto empecé a preguntar ya se preocupó ella de ir a visitarlo sin que yo me diera cuenta, de eso estoy seguro.

Otro trago a la botella. Ismael habría dado en ese momento dos dedos de la mano por haber cambiado el agua por ginebra. Se sintió mareado y regresó al sillón luchando por recuperar la noción de la realidad. ¿A cuento de qué había ido su madre a visitar a un asesino a la cárcel? Cinco visitas eran cinco secretos muy bien ocultos. O siete u ocho. Ismael compartía la opinión de su hermano: seguro que habían sido muchas más veces.

—¡Cuñado! Que ya creía que habías echado raíces en la capital y estabas plantado allí.

Marga estaba en la puerta de la habitación y su inconfundible voz, siempre cantando las sílabas finales, hizo que Ismael aparcara sus pensamientos.

—¿Mucho jaleo para llegar? —le preguntaba ella mientras cubría la distancia que los separaba y le daba un beso en la mejilla.

—No, he conducido de noche para quitarme el tráfico. Solo he parado una vez en Despeñaperros para un café y una tostada rápida.

Marga se acercó a la cama, se inclinó sobre Cati y la observó de cerca. Ismael notó cómo examinaba a conciencia la respiración de la mujer. En esa posición, y sin dejar de mirar a la enferma, se dirigió a Ismael:

—¿Cómo la has visto?

Ismael sopesó las dos únicas respuestas que tenía esa pregunta. Mentir o no.

—Mal. Muy mal.

Era mejor sincerarse. Demasiados secretos adivinaba en lo que le había contado su hermano como para avivar aún más las brasas de las mentiras.

—No está sufriendo, confía en mí. Si todo va como tiene que ir, ni se va a enterar. Se va a quedar dormidita y ya está. —Ahora Marga lo miraba directamente a los ojos.

Dormidita. Como el antiguo perro de la familia, Napo, que se quedó *dormidito* cuando Ismael tenía ocho años. Nunca oyó a sus tíos ni a sus abuelos usar la palabra *muerte* para hablar de su adiós, siempre se usaba la expresión *dormidito* seguida de un silencio pactado por todos.

Marga se acercó a Ismael con cautela:

—Sé que está muy cambiada físicamente, en las últimas semanas ha dado un bajón tremendo. Ha sido muy rápido, hasta nosotros lo hemos notado y eso que la vemos todos los días; no quiero pensar tú, que llevabas ya... —Marga se dio cuenta demasiado tarde del terreno en el que había entrado—. Bueno, un tiempo sin verla.

—Dos meses.

Ismael sí evitó la mirada de su cuñada. Decía la verdad, pero esta era más vergonzosa que la mentira.

Marga, con su chándal Nike rosa y el pelo recogido en una coleta alta, no supo cómo continuar. Estaba tan cerca de Ismael que este notó la compasión en sus ojos grises, casi transparentes. Y, a pesar de que era dos años menor que Fran, vio que en su cara ya no había rastro alguno de la niña que había sido. La extraordinaria mujer que Marga ya era lo llenaba todo.

Ella quería decir algo, buscaba las palabras correctas para aliviar la culpa de Ismael. No había que ser muy listo para ver que ni poniendo todo su empeño las encontraba.

—Mi hermano te ha traído el bocadillo que pediste. Está en la bolsa —intercedió Fran. Sonaba tan a orden que Ismael no dudó en que su hermano había lanzado la frase a tiempo para evitarle a su novia la tortura de mentir.

La televisión y la respiración de Cati volvieron a imponerse en la habitación.

Ismael aprovechó para pensar en las palabras de Marga, en el cambio físico que había experimentado su madre mientras él vivía la noche madrileña para no tener que pensar durante la mañana. Y, sumergido en esa negrura, no vio a su cuñada poner cara de sorpresa al abrir la bolsa.

—Hay una nota.

El papel doblado que había junto a los bocadillos. Marga se lo alargó disculpándose:

—Perdona, creía que era el tique y lo iba a tirar. Lo he leído sin querer.

Ismael desdobló la nota y el verano de 2000 regresó de golpe.

En ella, surcada de manchas de grasa, había una única palabra escrita con claridad, en mayúsculas y con una cuidadísima caligrafía:

FIDELIO

—¿Qué es? —La curiosidad de Marga pudo más que su educación.

—Algo que llevaba muchísimo tiempo sin leer ni escuchar.

Fran cogió la nota de la mano de su hermano y leyó en voz alta:

—«Fidelio». ¿Qué significa?

Ismael sonrió. Creía saber quién la había escrito y dejado en la bolsa.

—Es una larga historia.

Fran se estiró en el asiento, sus kilométricas piernas extendidas hacia la cama de la madre. Marga se sentó encima de él, le pasó una mano por el cuello y le apoyó la cara contra el pecho.

—En este lugar sobra el tiempo. ¿No vives ahora de inventar historias? Pues venga, haz algo útil y entretennos. Estoy seguro de que

será mucho más interesante que la de la asesina de gatitos. —La rabia había desaparecido de la voz de Fran.

Ismael se sentó en la cama de su madre procurando que su cuerpo rozara el de Cati. Quería notar su calor, cualquier leve movimiento, su olor sobreponiéndose al de la enfermedad. Todo eso le daba fuerzas para recordar aquellos días eternos de calor en Laguna, las tardes interminables hasta que los zaguanes se abrían al exterior, las noches en el cine de verano, los sábados en el pantano, las litronas en la capilla de la sierra de la Virgen de la Montaña... Fidelio. Una palabra secreta para comunicarse.

—¿No os acordáis de Jero, el amigo de mamá?

Había decidido comenzar con una pregunta, como si se tratara de un cuentacuentos.

—¿Al que mató el Zapata? ¿El que era actor?

—Ese. El verano en el que apareció muerto en el pantano pasaron muchas cosas, entre ellas Fidelio.

Marga cogió el mando de la tele y la apagó.

Fidelio.

Fidelio.

Fidelio.

Fidelio...

Las palabras surgieron de Ismael desbocadas, desesperadas por salir de su encierro. Y recordar.

13

Ojos de brujo

Fidelio era una palabra que pertenecía al pasado. Allí había quedado instalada, en un rincón oscuro de la memoria y con medio cuerpo ya mordido por el olvido. Ismael, Natalia, Raúl y el Zapata la usaron mucho durante el último verano en que vivió Jero, «el verano del muerto». Era un código que confirmaba su amistad irrompible y su condición de raros frente al resto.

La noche de San Juan había dado paso a la rutina del estío en el pueblo. Todo empezaba a teñirse de la plácida monotonía con la que discurrirían los días a partir de entonces y hasta principios de septiembre. Era un verano como cualquier otro, ni siquiera parecía que fuera a destacar por algo distinto de los juegos olímpicos de Sídney. Tres meses suspendidos en el tiempo, como cualquier verano aburrido en un pueblo sin playa.

Un jueves de finales de junio Ismael salió corriendo del diminuto cibercafé que la dueña de la papelería Trazos había montado en la trastienda. En realidad no era más que un ordenador PC con conexión a Internet instalado en un pupitre comprado al colegio. Marta, la propietaria, cobraba a precio de oro la media hora o la hora completa, e Ismael solo había gastado diez minutos de los treinta que había pagado. Pero no le importó. Habría resuelto su consulta en solo un minuto y abonado una hora más si Marta se lo hubiera exigido y, aun así, la lentitud desesperante de la conexión le hizo morderse las pocas uñas que le quedaban hasta que en la pantalla parpadeó su nota de selectividad. Después ya no le importó nada, mucho menos perder el dinero ni amortizarlo los siguientes veinte minutos en páginas porno.

Porque lo que Ismael quería gritar a los cuatro vientos era que se iba de allí en septiembre. Cincuenta pesetas bien valían esa sensación.

Desde la papelería Trazos a la casa de la abuela Inés había que

pasar obligatoriamente por la plaza, ya un hervidero de conversaciones y golpes de abanico a última hora de la tarde, el calor a punto de darle el testigo a la brisa de la sierra. Igual estaba la terraza de La Posada, a reventar de lagunenses que incluso cruzaban conversaciones a gritos con los vecinos que estaban sentados en los bancos de la plaza de los Naranjos. Ismael se disponía a atravesarla a zancadas cuando vio a Jero y a su madre sentados a una de las mesas exteriores.

—¡Kubrick!

Jero y Cati fumaban y bebían de una jarra de cerveza de litro con la que rellenaban dos vasos helados. El pequeño Fran, descalzo y vestido solo con un peto vaquero que le quedaba grande a su cuerpecito de tres años, se entretenía jugando con unos playmobil a los que había arrancado el pelo.

Ismael se alegró de verlos, aunque le había avergonzado el apodo lanzado a gritos. Se sentía cómodo cuando lo llamaba así en privado, pero en público era otra cosa.

—Siéntate un rato con nosotros, que hasta la noche no abre el cine —sonrió Jero dando un largo trago a su cerveza Cruzcampo.

Ismael obedeció mientras echaba un vistazo al póster enmarcado en madera roja de la esquina de la calle Mártires. *Scream 3*. Se moría de ganas por verla, el Zapata ya le había avisado de que se pasaría por su casa a recogerlo después de cenar. No podía imaginar un día más perfecto.

Unas risas en la mesa de al lado, donde parloteaban dos veinteañeras con el pelo teñido de rubio, amenazaron con agriarle el momento. Pudo oír con claridad las palabras *Kubrick* y *retrasado* mientras lo miraban. Sin embargo, logró aguantar la humillación. Comprendió que le resultaba mucho más fácil ignorar las burlas desde que ya sabía que su tiempo allí tenía fecha de caducidad. Que se rieran lo que les diera la gana; en un par de meses él ya ni se iba a acordar y ellas se iban a pudrir en el pueblo.

Fran abandonó su asiento y se sentó en el regazo de su hermano. Tenía la boca sucia con los restos de un helado de nata que se derretía abandonado sobre la mesa. Ismael miraba de reojo a su madre para comprobar cómo perdía los nervios a la espera de noticias.

Cati apagó su cigarro, le echó el humo a la cara a su hijo (sabía perfectamente que le molestaba) y le hizo un gesto que indicaba que

se diera prisa.

Ismael se hizo el tonto.

—¿Qué quieres, mamá?

—¡Que hables, pasmado! ¿Has ido donde la Marta a mirar la nota?

—Sí. De allí vengo.

Silencio en la mesa. El resto de Laguna parecía venirse abajo de tanto ruido.

—Hijo, dinos, que me va a dar algo...

Cati se encendió otro cigarro. Suplicaba.

Ismael buscó la complicidad de la mirada de Jero, este le hizo un gesto con la cabeza para que aparcara la broma.

—Un 8,3. Puedo estudiar donde quiera, como si me da por irme a Madrid.

Jero gritó, aunque esa vez a Ismael no le importó lo más mínimo.

—¡Eso! Te vienes a Madrid conmigo, si hace falta te quedas en mi casa el tiempo que quieras. Yo te lo enseño todo. ¡Todo!

—Sí, claro, lo que me faltaba a mí, que el niño se fuera contigo a aprender todo lo que tú sabes... Tú deja que se vaya a Málaga, que tiempo habrá para la capital —intercedió Cati, un nuevo cigarro bailando en una disimulada sonrisa.

Ismael creyó ver el atisbo de unas lágrimas que su madre se negaba a dejar salir.

Jero localizó a Encarni y la llamó levantando la mano.

—¡Trae otro vaso, que tenemos que brindar!

La mujer asintió y desapareció tras la puerta doble del bar.

—Déjalo estar. Que brinde mejor con agua, que es un zagal. —La voz de Cati intentaba sonar autoritaria.

—No seas ridícula, Cati, que ya casi es mayor de edad. Con agua da mala suerte. Tu hijo se va de este pueblucho por la puerta grande, eso se merece una cerveza. Y no me tientes, que todavía pido un Jack Daniel's y salimos de aquí tumbados. —La alegría de Jero era contagiosa, igual que su desprecio hacia lo que pensarían los vecinos —. Además, que te creerás tú que Ismael no ha catado la cerveza. ¿O es que a ti la Inés y el César te decían que bebieras agua cuando yo pasaba a recogerte los sábados? Tenías que verla antes de que se quedara preñada de ti, Ismael; bebiendo era capaz de tumbar a un camionero y...

—Ya, se acabó. Que beba y listo, no hace falta darle tanto a la lengua por un brindis —cortó Cati de raíz.

Encarni regresó y dejó un vaso. La madre de Raúl era entonces una cuarentona robusta, de gesto siempre serio, pero palabras amables, cara brillante de sudor y pecho generoso, como sacada de una película de Fellini.

—¿Y Raúl? —le preguntó Ismael a Encarni, la sonrisa de bobo imborrable en el rostro.

—No ha querido bajar a arrimar el hombro al bar —contestó Encarni mientras se limpiaba las manos en el delantal.

—¿Está enfermo? Esta noche queríamos ir al cine y mañana al Cerro Alto, a ver volar los parapentes.

—No, está de uñas por la nota de selectividad. Ha ido antes donde la Marta a buscarla en Internet y ha vuelto con la cara que le llegaba al suelo.

Ismael se dio cuenta de que ni siquiera se había planteado qué nota habían sacado Natalia y Raúl. Su explosión de felicidad había arrasado con todo, incluido el futuro de sus amigos.

—¿Qué ha sacado? —se atrevió a preguntar.

—Un 5,1. Raspado. No le va a dar para hacer Psicología, como él quería. Pero le he dicho que tampoco pasa nada, que el bar lo va a tener para lo que quiera, como si no quiere estudiar. Algún día va a ser suyo, eso seguro.

Alguien llamó a Encarni para pedirle un vino, ella lo despachó rápido, con un gesto que indicaba que ya lo atendería cuando pudiera. Allí no había prisa por nada, menos por despachar.

—Puede presentarse a septiembre. O esperar un año y preparar bien el examen de 2001 aquí, en el pueblo, tranquilo —intercedió Ismael.

A él la sola posibilidad de quedarse doce meses más en Laguna le produjo escalofríos.

—Ya veremos, que tampoco lo quiero aquí tomando la sopa boba un año entero. Una nota no es el fin del mundo, que de cosas peores hemos salido.

La madre de Raúl había superado un cáncer de pecho un par de años atrás. Lo encaró con tanta fuerza como para dejar de ir a trabajar solo un par de días, el resto lo pasó entre las mesas de La Posada como si la enfermedad no fuera con ella, un simple accesorio, como un par

de pendientes que se ponía y se quitaba al entrar y salir del bar.

—Encarni, son todavía unos niños. Están deseando salir de aquí y ver mundo, es normal que lo pille un par de días con el morro torcido. Dale tiempo, es verano y con dos zambullidas en el pantano se le pasa —intervino Cati dulce y comprensiva.

—Nosotras a esa edad ya sabíamos lo que era levantarnos todos los días a las seis de la mañana para trabajar. Los tenemos muy mal acostumbrados, Cati, que nosotros somos criadas y hemos criado principitos.

—Nosotras somos unas desgraciadas. Deja que estos vagos respiren fuera. Lo mismo con suerte se hacen ricos y nos cuidan como a reinas en la vejez —rio.

Encarni relajó el rictus y se contagió del buen humor de Cati. Otra mano se levantó y bufó de nuevo, pero esa vez con alegría, antes de regresar al trabajo.

Jero llenó generosamente el vaso de Ismael y levantó el suyo hacia el centro.

—Por Kubrick. Una cosa te digo aquí y ahora: vas a hacer que pase algo en el mundo. Lo sé, que yo he sido siempre un poco brujo...

—Bruja es lo que eres —interrumpió Cati riendo.

—También. ¿No ves que tengo un ojo de cada color? Eso es porque yo pertenezco al infierno, no al cielo. Yo quiero diversión, no tener las rodillas peladas de rezar a una madera.

Ismael vio que el verde y el marrón de la mirada de su amigo brillaban. No quiso echarle la culpa al alcohol, sino al orgullo.

—La lengua, Jero, que no estás en Madrid —lo regañó Cati al ver que varias cabezas se habían vuelto hacia ellos.

—Estoy donde tengo que estar ahora mismo. Con una mujer a la que quiero y su hijo, no de la manera en que nos han enseñado, sino a la mía propia, la que yo me he enseñado a mí mismo —recitó Jero mirando a los ojos a Cati.

Jero sacó su Zippo dorado y se encendió un cigarro. Ismael contempló la letra J grabada en la tapa, reluciente y arrogante. Perfecta en su demostración de poder y éxito.

Brindaron y bebieron.

Ismael había probado muy poco alcohol en sus dieciocho años. Un cubata algún sábado noche, un sorbo de cava en Nochevieja, alguna cerveza en una comunión o compartida en litronas con sus

amigos... Poco más. Siempre que el efecto lo amenazaba con su cálido canto de sirena en la garganta, le acudía a la mente la imagen de Teodoro bailando *Los pajaritos* y se le quitaban las ganas de beber.

En Laguna era fácil ver a Teodoro las noches de viernes a domingo en la plaza dando vueltas sin rumbo, los pantalones de faena meados, la camisa desabrochada y restos de vómito en el pecho. También los días de fiesta, por supuesto, y sus vísperas.

Había sido un respetado ganadero, pero desde que su mujer lo había abandonado por un banquero de Robles, se había lanzado a buscar compañía en el fondo de todas las botellas. Encarni no lo dejaba entrar en La Posada, pero ya se cuidaba él de ir a otros bares de calles más lejanas.

Todos los pueblos tienen un tonto, una puta y un borracho. Teodoro cumplía con disciplina espartana el último papel, llevaba dedicado en cuerpo y alma a él los últimos diez años de su vida. Los niños de Laguna, cada vez que lo veían en la plaza dando traspiés, se arremolinaban en torno a él y le gritaban que les bailara, como si fuera un mono de feria. No se sabía quién había sido, pero alguno llegó a la conclusión de que la canción perfecta para él era *El baile de los pajaritos,* de María Jesús y su acordeón.

Y así podía uno encontrarse a Teodoro un fin de semana cualquiera en Laguna, agitando los brazos con los codos plegados al costado mientras un grupo de niños le coreaba al son de «para un pajarito ser, este baile has de bailar, y a todo el mundo alegrar, ja, ja, ja, ja». Incluso los padres de los críos, cómodamente sentados en la terraza de La Posada, los alentaban para que siguieran con la broma, como si Teodoro fuera un perro callejero. Con Teodoro todo valía, porque mientras uno se riera de él, no lo haría de algún vecino respetable.

Ismael asociaba desde muy pequeño el alcohol con la imagen de aquel pobre desgraciado rodeado de pequeños demonios, por eso solo se mojaba los labios cada vez que alguien le ofrecía una cerveza. Y se había prometido a sí mismo que él nunca dejaría que una botella le pusiera un collar al cuello.

—Chico, que te perdemos. Vuelve con nosotros de donde sea que te has ido.

Jero apuraba ya otra cerveza. La de Ismael estaba casi intacta.

Los tres siguieron construyendo prometedores castillos en el aire

para el brillante futuro que acababa de comenzar aquel día, en aquella mesa de la terraza de La Posada.

14

Cáscaras de pipas en el escalón

Fran encabezaba la comitiva de regreso a casa. Lo seguían Ismael, Jero y Cati, estos dos últimos agarrados del brazo. Hablaban sin parar, los dos adultos con la lengua suelta por la cerveza y el adolescente por la alegría natural tras las buenas noticias.

Ismael se fijó en el bamboleo de caderas de Jero, mucho más acentuado que antes. También en la flojera de las manos, que movía de un lado a otro continuamente, la parte femenina pisando a la masculina con orgullo. No había ni pizca del disimulo que Laguna imponía al amaneramiento y a la pluma. A Ismael le gustaba esa libertad, la admiraba como una regla que seguir.

Jero se detuvo en la esquina de la calle Serrano y se separó del brazo de Cati.

—Yo me quedo aquí, que tengo que hacer unas cosillas.

—¿Qué cosas? —se extrañó Cati—. Si por ahí se va a la salida del pueblo y tu casa está en la otra punta.

La calle Serrano era un estrecho camino empedrado que conectaba dos de las arterias principales de Laguna. Una cuesta descendente, donde ni siquiera cabía un coche, con las casas tan juntas que si alguien se asomaba a un balcón podía perfectamente rozar con la punta de los dedos la ventana de la casa de enfrente. Desembocaba en la parte baja del pueblo, muy cerca de los cultivos de los que vivían aquellos que no lo hacían del parapente.

Jero se encendió un cigarro y pegó una calada. Ismael juraría que había visto que sus ojos bicolor tramaban una mentira.

—Cosas mías, que lo quieres saber todo, coño —dijo haciendo un leve movimiento de cabeza que señalaba a Ismael.

—Te da igual que el niño beba, pero ahora te asustas de decirle a dónde vas —contestó Cati también encendiéndose un nuevo cigarro.

—La cerveza da dolores de cabeza diferentes a los que dan las personas. —La frase la dirigió Jero a Ismael acercándose tanto a él que el joven asumió que todo su cuerpo esa noche olería a tabaco—. Eso que no se te olvide nunca. Una resaca de whisky, o de lo que te guste tomar, te puede durar dos días si la fiesta ha sido memorable, pero la resaca de una persona te puede joder años. O una vida entera, que conozco yo a alguna y a alguno que se van a ir a la tumba sin quitarse el dolor de cabeza que les ha dado el mal fario de haberse cruzado con quien no debían. Y de haberlos creído.

Ismael no supo qué contestar. No había tenido una resaca en su vida y jamás había sentido algo por nadie que se pudiera comparar con lo que experimentaba al ver una película.

—Estás borracho y dices cosas de borracho. Vas a acabar siendo el maricón viejo que filosofa solo mientras viste la talla de la Virgen para sacarla en Semana Santa —gruñó Cati.

Jero estalló en una carcajada tan fuerte que sobresaltó a Ismael, aunque no tardó mucho en contagiar a su madre y a su hermano pequeño, que imitaba a los mayores sin tener la más remota idea de por qué se reían de la Virgen.

—Venga, vamos, que quiero ver cómo les cuentas a los abuelos las buenas noticias —pidió Cati a su hijo.

Ismael se iba a despedir de Jero cuando este, sin mediar palabra, lo abrazó fuerte. La nariz del chico se hundió en el pelo del hombre, en su olor a tabaco y menta.

—Escúchame bien. Conozco a tu madre desde que nacimos y la hija de la gran puta se va a guardar cualquier demostración de cariño. No lo hace queriendo, es que no sabe hacerlo de otra manera; se lo queda para ella para que no le vuelvan a hacer daño —empezó a decirle Jero a Ismael al oído—. Pero yo te digo, y no me he equivocado en toda mi vida, que para eso tengo ojos de brujo, que esa mujer no puede estar más orgullosa de ti y de lo que estás consiguiendo. Un Sánchez Roldán universitario, eso no lo han visto en la calle Fuente desde que levantaron la primera piedra... Y eso es porque la Cati ha parido a alguien muy especial y lo ha hecho desde las entrañas, contagiándote todo lo raro que tiene ella, pero también todo lo bueno. Ella no tiene ni idea de películas, pero cuando tenía tu edad poseía sueños tan grandes como los tuyos, o más, si me apuras. Y eso te lo ha transmitido a ti en la sangre y también en la leche que

mamabas de ella, así que no puede negar que eres digno hijo suyo. Porque solo eres de ella, ¿me oyes? No te hace falta ningún padre para enseñarte nada. Y cuando hagas tus películas, allí estaremos ella y yo para despellejarnos las manos de tanto aplaudir. No te olvides de lo que te he dicho: tú vas a hacer que ocurra algo en el mundo. Te lo dice un brujo.

Ismael sintió un nudo en la garganta y unas ganas tremendas de ponerse a llorar. Fue la primera vez en su vida que el llanto acudió a él como señal de felicidad y no de tristeza. Y pensó que ese abrazo con Jero sería uno de los momentos que no le importaría congelar en el tiempo.

—Todavía tengo que bañar a tu hermano, mañana ya tendréis tiempo de abrazaros. —La voz de Cati quería ordenar, pero a duras penas conseguía esconder la emoción y el orgullo.

Ismael se separó de Jero y lo vio alejarse contoneándose por la calle Serrano, el humo de su cigarro flotando detrás de él. Madre e hijos emprendieron el camino hacia la casa de la abuela Inés.

Cati dejó que Ismael rumiara las palabras de Jero; le gustaba dejarle una parcela de intimidad a su hijo con un hombre adulto que no fueran el abuelo César o el tío Felipe. No había tenido problemas en criarlo sola, pero a ratos se preocupaba por la ausencia de una figura paterna en la vida de Ismael. Si Jero había de ocuparla por temporadas cortas y tener secretos con su hijo, pues que así fuera. Siguieron andando con los pasos cortos que delatan que en un pueblo tan pequeño no se tiene prisa por llegar a ningún lado.

Algunas vecinas, sentadas en las sillas a la puerta de las casas, los saludaban con un alegre «vayan con Dios» o «qué hermosos se te están poniendo los niños, Cati». Las puertas estaban abiertas y las calles llenas con el olor de las cenas de Laguna, una mezcla de aromas que lo mismo te evocaban el mar que el campo, con los lomos de cerdo en manteca y las pechugas de pollo empanadas con bechamel.

Ismael jugaba mentalmente a adivinar, solo con el olor, qué se estaría preparando en cada casa cuando pasaron junto a un escalón delante del que se acumulaba una montaña de cáscaras de pipas con sal.

—Espera, mamá.

Cati se detuvo. La casa frente a aquel escalón tenía una puerta cerrada con una gruesa cadena alrededor de los tiradores. Su fachada

ya empezaba a dar señales de deterioro, con varios desconchones grises en lo que una vez había sido cal blanca. Las ventanas del piso superior tenían las persianas bajadas y ennegrecidas por la exposición al clima y al duro invierno lagunense. El tejado estaba intacto, aunque varios nidos de golondrinas se adivinaban bajo el canalón de hojalata. En el lateral derecho de la fachada alguien había dibujado con un spray rojo:

ALMU TE QUIERO

El principio y el fin de una relación en solo tres palabras y un tachón. Cati se preguntó cuál de las Almudenas que conocía del pueblo sería la destinataria de la declaración, primero de amor y luego de indiferencia.

La pintada, eso seguro, no iba dirigida a los dueños de la casa, donde nunca había vivido ninguna Almu. Allí habían pasado parte de su vida Cristóbal y Graciela, los padres de Natalia, antes de irse a Buenos Aires a buscar un mejor futuro.

—¿Qué miras, Ismael? A este ritmo no llegamos —se quejó Cati.

—Natalia ha pasado la tarde aquí, eso es porque está de mal humor.

—¿Cómo lo sabes?

—Las pipas —señaló el montón de cáscaras—. Hay días en que echa de menos a sus padres; entonces viene a este escalón y se sienta durante horas para mirar la casa donde vivían antes de tener que mudarse con sus abuelos.

—¿Se queda aquí plantada comiendo pipas?

—Es difícil de explicar, mamá. La casa de sus abuelos es eso, de abuelos. Una casa de personas mayores. Natalia echa de menos la suya. Y a sus padres.

Cati hizo memoria:

—Hace por lo menos dos navidades que no veo ni a Graciela ni a Cristóbal...

—Llevan sin venir desde el noventa y siete. Natalia dice que no pueden, que tienen mucho trabajo allí. Creo que están a punto de quedarse con el asador donde trabajan. Solo durante un tiempo, para ahorrar más dinero. Pero le escriben mucho a Natalia, todas las semanas. Tiene guardadas al menos cien cartas en una lata vieja de galletas. Y le mandan cajas de alfajores todas las navidades, con dinero y ropa. Pero...

—Pero ella quiere estar con sus padres, no comerse sus alfajores, ¿no?

Ismael contempló la montaña de cáscaras de pipas. Recordó una de las películas que más le había impactado ese año, *American Beauty*. El momento en que Ricky, el nuevo y extraño vecino que se muda al lado de la casa de la familia perfecta americana, se queda absorto mirando una bolsa de plástico que danza movida por el viento en un callejón sucio. «A veces hay tantísima belleza en el mundo que creo que siento que no lo aguanto y que mi corazón se está derrumbando», le decía entonces Ricky a Jane, la chica de la que se enamora. Ismael se había quedado prendado de ese momento y ahora creía reproducirlo frente a la montaña de cáscaras que su amiga había dejado allí, una hermosísima pira funeraria en recuerdo a una casa y una familia.

—Tu amiga es una cochina. Mamá dice que tirar cosas al suelo es de cochinos —afirmó Fran con el rostro serio.

—No, es solo que a veces se enfada, y enfadarse la pone triste. ¿Tú qué haces cuando te pilla un berrinche? —Ismael se agachó y puso la cara a la altura de la de su hermano.

—Lloro.

—Pues Natalia a veces se pone triste, igual que tú, porque quiere estar con su madre. Imagínate que mamá se va lejos y no puedes verla durante mucho mucho tiempo. ¿Te gustaría?

Fran miró a Cati y un puchero se le formó en los labios.

—Pues a mi amiga comer pipas le calma el dolor que siente. ¿Sabes por qué? Porque era lo que hacía con sus padres todos los sábados por la noche cuando alquilaban una película donde el Severo y se quedaban hasta tarde en el salón, como tú y yo cuando no tenemos que levantarnos al día siguiente para ir al colegio. Y ver esta casa también la calma, porque sabe que es suya y que algún día volverá a vivir en ella con sus padres. Así que, cuando está triste, viene aquí y hace las dos cosas.

Ismael dejó a su hermano pensando en lo que le acababa de decir y se incorporó. Rebuscó en su bolsillo hasta que sacó un pequeño trozo de tiza blanca. Siempre lo llevaba encima desde hacía un año, igual que Natalia, Raúl y el Zapata. Se acercó al escalón y se inclinó para escribir algo.

—¡Ismael, por Dios! ¡Pinta en el de la casa de los padres de

Natalia, que para eso está cerrada! —lo regañó Cati.

—Ella no se sienta ahí, se sienta aquí para tenerla de frente. Allí no lo va a leer.

—¿Leer qué?

—Nada, no lo entenderías. Ya está, ¿ves como no era más que un momento?

Ismael cogió a su hermano de una mano y a su madre de otra, y tiró de ella con rapidez para que no tuviera tiempo de leer lo que había escrito en el escalón. Solo una palabra trazada con tiza blanda:

FIDELIO

15

Raúl

En ese mismo momento, mientras Ismael escribía en un escalón una palabra con tiza blanca, Raúl se entretenía en rascar el gotelé de la pared de su dormitorio con la uña del pie. Solo llevaba puesto un pantalón corto y el resto de su delgadísimo cuerpo adolescente brillaba de sudor. Pero se negaba a abrir la ventana de su habitación para evitar que el murmullo de risas de la plaza se colara dentro. Él no quería oírlas. Antes se arrancaba la piel a tiras. Le revolvía el estómago que el mundo no se hubiera detenido para todos como lo había hecho para él, todo por culpa de un maldito número que lo condenaba a una carrera que no deseaba o a permanecer un año más en Laguna. Y Raúl era incapaz de decir cuál de aquellas situaciones le daba más ganas de volarse la cabeza.

Alguien llamó a la puerta con insistencia ante su silencio.

—¡¿Qué?! —gritó malhumorado Raúl.

La cabeza despeinada de Rebeca apareció en el umbral. Ya a sus quince años era el vivo retrato de su madre, el mismo gesto malhumorado y resolutivo.

—Que dice mamá que bajes a cenar, que ha hecho ensaladilla rusa para ti.

—Dile que no tengo hambre, que ya comeré cuando me dé.

Rebeca se encogió de hombros, retrocedió un paso para irse, pero se frenó en seco.

—Te vas a asfixiar aquí dentro como no abras la ventana.

—Vete, Rebeca. Te lo digo en serio: no es el día.

La hermana titubeó:

—No es más que una nota, Raúl. El año que viene seguro que...

—¡Que te vayas, coño!

Rebeca cerró la puerta ofendida y dejó a su hermano solo en su

infierno.

Raúl perdió la noción de cuánto tiempo más estuvo concentrado en el gotelé de su pared. Calculó que, cuando volvió a pensar en el mundo que seguía allá fuera, ajeno a sus problemas, serían las diez y media de la noche pasadas porque, a pesar de tener la ventana cerrada, le llegó el sonido de la película del cine de verano. Acababa de comenzar y ya sonaban unos alaridos de mujer que hacían retumbar el cristal. «Esta noche el abuelo de Natalia les ha dado caña a los altavoces», pensó. Más gritos. ¿No le había dicho Ismael que tocaba una de esas películas de terror adolescente por las que su amigo se pirraba?

El sudor le hizo levantarse de la cama. Las sábanas estaban empapadas y la piel le brillaba. Se acercó a su escritorio y sacó de uno de los cajones un Alcatel One Touch Easy de color verde botella. Era el único chico de su edad que ya tenía teléfono móvil en Laguna, sus padres se lo habían regalado al terminar bachillerato como un gesto de buena fe, aunque la realidad era que el aparato solía quedarse en la habitación de Raúl cogiendo polvo, porque nadie más tenía y, además, para quedar en el pueblo no hacía falta más que salir a la calle y buscar a quien se quisiera ver.

Pero sí había algo para lo que servía el teléfono. De hecho, Raúl solo lo usaba para un asunto y, esa noche, lo necesitaba como respirar. Así que desbloqueó el aparato y tecleó un mensaje de texto. Esperó mientras el sobre pixelado se alejaba en la pantalla verde, señal de que había sido enviado al usuario, y lo volvió a bloquear, pero esa vez no lo devolvió al cajón, sino que lo metió en uno de los bolsillos laterales de su mochila.

Se duchó con agua helada y se vistió eligiendo con cuidado lo que se iba a poner: un pantalón cortado por él mismo, un polo verde con líneas horizontales amarillas en las mangas y en el cuello, y sus converse negras sin calcetines. Se echó unas gotas del perfume que su abuelo le había regalado por su último cumpleaños y asomó la nariz por el hueco de la escalera para comprobar que toda su familia, incluyendo a la pequeña Asun, de nueve años, estaba ya en el bar para ayudar con el cierre de cocina. A él ese día lo habían liberado por el disgusto que sus padres sabían que tenía tras ver la nota.

La casa de la familia estaba encima de La Posada; a la vivienda se entraba bien por el bar o por una puerta trasera que daba a la calle

Ermita, una de las menos transitadas del pueblo, y fue por esa última por donde Raúl se escabulló, mochila al hombro, rápido y veloz hacia la noche. Con suerte volvería cuando su familia, que se acostaba tarde y se levantaba al alba para empezar a preparar los desayunos de los más madrugadores, ya roncara plácidamente. Ni se enterarían de la escapada.

Raúl cruzó casi corriendo la calle Ermita, giró por la calle Fuente y acortó por un solar abierto hasta llegar a la casa de su abuelo Cesáreo. No tardó más de siete minutos, pero ya estaba sudando a mares cuando abrió la puerta de madera.

—Abuelo, buenas noches —saludó con fingida alegría.

Cesáreo dormitaba en su sillón frente al televisor. El volumen del programa que estaba viendo rivalizaba con el sonido de las aspas del ventilador y aun así al hombre le daba tumbos la cabeza y chocaba la papada contra el pecho. Se despertó con la voz de su nieto y, como siempre, Raúl recibió de él una sonrisa sincera y amable. Un refugio.

—¿Qué hora es? —preguntó el anciano, un poco desorientado tras ser arrancado de los brazos de Morfeo.

—Las once y poco.

—¿Y qué se te ha perdido por aquí a estas horas? Ven, dale un beso a tu abuelo, anda, que eres igual de *despegao* que tu madre.

Raúl besó a Cesáreo en la mejilla sin dejar de mirar por encima de su hombro hacia la puerta de entrada. Sin que su abuelo se diera cuenta, mientras soltaba la excusa que llevaba preparada, subió el volumen de la televisión:

—Mis hermanas están insoportables esta noche, la Rebeca está en esos días de mujer y yo quiero un poco de tranquilidad. Ismael me ha dejado un libro que quiero terminarme y en casa es imposible concentrarse con...

—No pasa nada, Raúl, esta es tu casa tanto como la de tus padres. Solo acuérdate de empujar bien la puerta de la calle cuando salgas y que no se quede abierta.

Aquel truco siempre funcionaba. Cesáreo se incomodaba cada vez que una conversación versaba sobre la intimidad femenina y hacía lo que fuera para evitar que continuara. Así que se hizo el tonto y volvió a concentrar su escasa atención en el televisor. Dos minutos después ya estaba dormido. Y ese fue el momento que aprovechó Raúl para abrir la puerta y dejar entrar al hombre que esperaba en el zaguán

desde hacía unos segundos.

Lorenzo llevaba su teléfono móvil en la mano, era un Nokia gris que había comprado hacía un par de meses para hablar con sus padres en Santander sin tener que bajar a la cabina telefónica del final de su calle. Llevaba dos años viviendo en Laguna, desde que había conseguido una plaza como profesor interino de Latín y Griego. Y hacía solo unas horas, mientras fregaba los cacharros de la cena, había recibido un mensaje de Raúl, breve y escrito con la impaciencia de la adolescencia. No hacía falta más, los dos sabían cuál era la rutina que seguir porque llevaban haciéndolo año y medio, primero mediante notas de papel y, después, a través de los móviles, que habían llegado para facilitarles acordar la hora del encuentro, aunque sus mensajes casi siempre decían lo mismo: DND SIEMPRE. EN 10 MIN. NECESITO VERT.

Y allí estaba, apenas vestido con un pantalón corto de chándal, una camiseta de *Dragon Ball Z* y unas chanclas que dejaban ver una fina pulsera de hilo atada al tobillo izquierdo. Llevaba el pelo corto y rubio, la piel morena gracias a sus escapadas de fines de semana a la playa con algunos de los otros profesores del instituto. Sus ojos castaños miraban a Raúl desde detrás de unas gafas de montura metálica que añadían cierta madurez a sus veintiséis años apenas vislumbrados por culpa de una cara aniñada y un pendiente de aro en la oreja izquierda.

Raúl se llevó un dedo a los labios y cogió de la mano a Lorenzo. Este lo siguió, aunque habría podido recorrer el camino hacia el único dormitorio del piso superior con los ojos cerrados de tantas veces como lo había transitado en los últimos meses.

Los dos subieron la escalera con sumo cuidado, evitando reírse cada vez que las chanclas de Lorenzo hacían demasiado ruido. Acabó quitándoselas y llevándolas en la mano, caminando con los pies desnudos, como en escasos minutos estaría todo él.

Cesáreo hacía años que no subía al segundo piso de la casa. Su hija, la madre de Raúl, pasaba una vez a la semana y lo limpiaba a conciencia para que no se llenara de ratones, pero él se había negado a poner un pie allí desde que murió Dolores, su mujer. Ella había sido costurera y en la segunda planta había pasado casi toda su vida, entre máquinas de coser que ahora dormían plácidamente bajo las campanas de madera. A Cesáreo subir allí le recordaba lo feliz que

había sido sentándose a mirar cómo su mujer enhebraba una aguja, cosía el dobladillo de un pantalón, sacaba patrones o simplemente pegaba las coderas y las rodilleras a los chándales de sus nietos. Sin embargo, hacía tiempo que había asumido que recordar esa felicidad, por mucha que hubiera sido, no le hacía ningún bien. Porque hasta echaba de menos el mal humor de Dolores, heredado a fuego por su hija y sus nietas, y su olor al arroparse junto a él y cerrar los ojos, y los silencios cómplices donde no necesitaba decir una palabra para hacerse entender, y el primer café con leche de la mañana a su lado, y la forma en que le dejaba la ropa del día doblada en una silla cuando se despertaba... Los pequeños detalles de una vida compartida durante décadas que ahora solo volvían a él cuando dormía y soñaba. Por eso Cesáreo había desarrollado la impecable capacidad de quedarse dormido incluso de pie, como los caballos, para así vivir más tiempo en sus sueños, donde Dolores aún cosía con el ceño fruncido.

Raúl conquistó el segundo piso de la casa y lo convirtió en su secreto. No tenía más que evitar las dos horas de la tarde del miércoles, cuando su madre subía provista de un paño y un bote de amoniaco. El resto de la semana podía campar a sus anchas entre las máquinas de coser abandonadas y los baúles llenos de recuerdos y trastos.

La planta entera era un espacio abierto con un techo de vigas de madera. Delante de las cuatro máquinas, dos de coser, una de bordar y otra de tejer, había una cama de matrimonio con cabecero de madera y unas sábanas de flores que Raúl se preocupaba de mantener limpias y perfumadas. Sobre ellas llevaba follando con Lorenzo desde hacía diecisiete meses, una vez que decidieron que el piso alquilado del profesor era demasiado arriesgado. Allí, en la casa del abuelo Cesáreo, casi en la salida del pueblo, pocos ojos curiosos iban a verlos entrar y salir, sobre todo si tenían cuidado.

Y lo tenían. Al principio se enviaban las notas de papel entre las páginas de un libro. Después, recurrieron a sus recién estrenados teléfonos móviles y la libertad que un simple mensaje de texto les daba.

El procedimiento siempre era el mismo: Raúl entraba en la casa y se aseguraba de que su abuelo estuviera dormido o lejos de las escaleras. Entonces avisaba a Lorenzo, que entraba al zaguán. Raúl le abría la puerta y los dos subían arriba, donde pasaban horas y horas

explorándose, las bocas ávidas de la piel del otro, el olor a sexo impregnado en todo hasta que Raúl abría las ventanas, ventilaba la habitación, aspiraba la última bocanada de olor de su amante y, con disimulo, se llevaba las sábanas para meterlas en la lavadora industrial que su madre había comprado para La Posada y que funcionaba tan a pleno rendimiento todos los días, llena hasta arriba de manteles y servilletas de tela, que nadie notaba la presencia de la prueba del delito.

Cesáreo apenas oía del oído derecho, así que el sonido del programa que estuviera viendo retumbaba por toda la casa como truenos en una noche de tormenta. Raúl nunca tuvo miedo de que su abuelo lo oyera, pero inconscientemente asociaría durante mucho tiempo el sexo con el sonido de concursos de televisión y voces perfectas de presentadores que tapaban sus novatos gemidos.

—¿Por qué me has escrito tan tarde? Creía que estarías con Ismael y el Zapata en el cine —preguntó Lorenzo mientras se sentaba en la cama.

—Quería olerte —contestó Raúl abrazándolo por detrás, la nariz pegada a la nuca del profesor.

Era la primera vez que se veían de noche en la casa. Lorenzo siempre había evitado quedar más allá de la cena porque temía que un día se quedaran dormidos juntos. Follar todavía lo soportaba su conciencia, dormir a su lado era dar un paso que lo torturaba.

Raúl desnudó a Lorenzo con rapidez y hambre. El profesor nunca había visto al chico tan impaciente; intentó frenarlo, pero entendió que aquella noche no era él quien necesitaba imponer su ritmo. Así que simplemente se dejó hacer cuando Raúl lo tumbó sobre las sábanas de flores y, a la vez que se desprendía de su ropa, se introducía el pene erecto del profesor en la boca.

Lorenzo se dejó caer sobre la almohada y gimió de placer, la mirada fija en el techo y la mano derecha sobre el cabello de su amante. Solo acertó a mirar un instante hacia abajo. Creyó ver que Raúl lloraba.

* * *

Raúl jugueteaba contando los lunares que se agolpaban alrededor del ombligo de Lorenzo. Sabía a la perfección cuántos había, nueve,

pero llevaba un rato pasando de uno a otro con el dedo índice y volviendo a empezar cuando llegaba al séptimo.

Aún tenía en la boca el sabor amargo del semen de su amante. Eso le tranquilizaba, a pesar de que la primera vez le había producido arcadas. Pero hacía tiempo que se había acostumbrado, incluso ahora evitaba lavarse los dientes durante las horas posteriores porque era como sentirlo cerca de él durante más tiempo.

El cuerpo de Lorenzo se había convertido para Raúl en un mapa aprendido de memoria hasta la extenuación. Le gustaba su abdomen liso, curtido en muchas horas de bicicleta por los caminos del monte del Cerro Alto. Le gustaba el vello que se arremolinaba alrededor de sus pezones, no mucho, pero sí lo suficiente como para que se unieran en mitad del pecho y descendieran en un camino recto hacia el ombligo. Le gustaba seguir con la lengua ese mismo camino y llegar hasta la polla, jugar con ella y hacer que creciera ante sus ojos. Le gustaba el olor de sus axilas. Le gustaba mirar desde abajo y encontrarse con los dos ojos castaños llenos de culpa y de deseo. Le gustaba que nadie supiera de ellos dos juntos. Y le gustaban, sobre todo, sus conversaciones. Porque Lorenzo y Raúl hacía meses que hablaban con timidez de qué pasaría cuando este aprobara selectividad y saliera del pueblo ya convertido en un adulto.

La mano del chico pasó de los lunares a la polla flácida del profesor. La agarró y se quedó así un rato, en silencio. Desde el piso de abajo llegaba la voz de Mercedes Milá conectando con unos concursantes a los que habían encerrado en una casa.

Lorenzo sintió una punzada de culpa al ver a Raúl así y pensar en un niño pequeño que se tranquiliza agarrando fuerte su juguete favorito. Por más que lo evitara, seguía pensando en él mismo como un hombre y en Raúl como un niño.

—Va a salir todo bien. No se acaba el mundo —dijo Lorenzo.

Después de correrse dentro de la boca del chico, este le había contado por qué le había escrito tan tarde. Necesitaba compartir su angustia, pensaba que así el dolor se repartiría entre dos. Esa carga, dividida, sí podría soportarla.

—Se acaba este mundo. O me quedo aquí un año más o me meto donde me acepten, no queda otra. Y si opto por lo primero, desde mañana ya voy a tener que llevar puesto el mandil del bar de martes a domingo.

—A lo mejor no es tan mala idea. Si trabajas, te pagan. Puedes ahorrar bastante, puedes aprovechar para sacarte el carné de conducir, hasta para comprarte un coche de segunda mano... Eso te va a dar libertad. Y mientras, estudias como un condenado. A la universidad entra gente incluso con sesenta *palos*; que tú tengas diecinueve cuando empieces Psicología no es ningún drama.

Raúl apoyó la cabeza en el pecho de Lorenzo; le gustaba notar cómo este subía y bajaba, y así evitaba que le viera los ojos, pero cuando oyó eso se volvió y lo fulminó con la mirada.

—No me hables como si estuviéramos en tutoría, Loren. No me jodas, que te acabas de correr en mi boca.

Lorenzo se incorporó, eso hizo que Raúl tuviera que abandonar su refugio y sentarse en la cama.

—¿Quieres? —preguntó el profesor molesto sacando un paquete de cigarrillos del pantalón de chándal.

Raúl solo fumaba cuando estaban juntos. Odiaba el sabor, pero le hacía sentirse conectado con la persona a la que quería. Aceptó de mala gana y dejó que se lo encendiera.

—No me gusta cuando me hablas de esa manera, me haces sentir un delincuente.

Varias caladas nerviosas. Aros de humo lanzados al aire como distracción para evitar males mayores.

—Perdóname, hoy no es mi día. Por eso quería estar contigo; mirándote se me olvidan los malos ratos.

Una lata vacía de Cruzcampo colocada entre los dos hizo de cenicero. Raúl se concentró en las flores de las sábanas, un poco de ceniza cayó sobre una rosa (¿o era un geranio desdibujado?) y la apartó de un manotazo. Habló con la mirada fija en el pequeño rastro gris que quedó sobre el algodón.

—No quiero ponerme el mandil del bar. Todos en mi familia asumen que algún día voy a ser el dueño, aunque estudie Psicología o Aeronáutica. Mi padre dice que es un privilegio no tener que preocuparse del futuro porque el negocio no ha ido mal un solo día. No da para ser marqués, pero sí para tener una buena vida, me dice. Pero yo no quiero... Loren, me asfixio solo de imaginarme que toda mi vida va a pasar detrás de esa barra, todos los días iguales, sabiendo cuándo cambian las estaciones solo por cómo entra la gente vestida al bar.

—Pero tus padres estaban dispuestos a pagarte la carrera de Psicología...

—Porque es lo que creen que tienen que hacer. «Unos buenos padres cuidan de sus hijos, les dan una buena educación y se aseguran de dejarles la vida resuelta», es la cantinela favorita de mi madre. Y la cumplen a conciencia: la nevera siempre llena, una carrera si queremos estudiar... Y luego, al bar, que nos asegura un sueldo de por vida.

—Habla con ellos, se les ve buena gente.

—No me escuchan. Para ellos es un insulto a la familia que yo no quiera estar en el bar.

Lorenzo apagó el cigarro y dejó caer la colilla dentro de la lata de cerveza. Después abrazó a Raúl con fuerza. La ventana estaba entreabierta y la brisa de la sierra se colaba dentro; hacía que estar desnudos fuera una sensación agradable, placentera...

—A veces en una cadena solo hace falta que un eslabón se rompa para que esta cambie —susurró Lorenzo mientras le acariciaba el cabello—. Y no pasa nada, esa pieza deja de formar parte del engranaje y el resto vuelve a ensamblarse. Al principio puedes ver la tara en la nueva cadena, la soldadura..., pero acaba desapareciendo poco a poco.

—¿Y qué pasa con la pieza que se queda fuera? ¿No se pierde?

—A lo mejor sí, pero solo para encontrarse. También ella tiene una tara, porque también ella estaba soldada a la cadena. Y también tiene que cicatrizar, solo que con sus tiempos y sus normas. Ya no pertenece a nadie, está sola.

Raúl se montó a horcajadas sobre Lorenzo. No pretendía follar; muy al contrario, el gesto estaba lleno de ternura, solo pedía protección.

—No sé si quiero estar solo.

—Aprendes a estarlo.

Silencio.

—Si estamos juntos, no tengo por qué estar solo.

Lorenzo besó en los labios a Raúl, que entreabrió la boca y dejó que la lengua entrara y jugara con la suya, entendiendo aquel gesto como una confirmación de lo que acababa de decir, una invitación a seguir como siempre.

El profesor, sin embargo, estaba sintiendo una segunda punzada

de culpa aquella noche. Ese beso, para él, era una excusa para no seguir hablando, para evitar contarle lo que sabía desde hacía dos días.

16

Un paseo nocturno

La primera vez que los ojos castaños de Lorenzo se fijaron en los ojos color miel de Raúl fue un septiembre de dos años antes, cuando la clase de 1.º de bachillerato esperaba la entrada del nuevo profesor de Latín. El anterior, Ernesto, se acababa de jubilar y le había faltado tiempo para mudarse de Laguna a un apartamento con terraza y vistas al mar en Barbate, un fin de vida soñado. Por eso los chavales, de entre dieciséis y diecisiete años, esperaban con el ansia propia del depredador a su nueva víctima.

Para pasmo de todos, la presa que entró por la puerta era un veinteañero recién llegado de sus vacaciones en Ibiza, vestido con unas Nike viejísimas, unos vaqueros anchos y una camiseta una talla más grande que la suya, pero que le daba el aspecto de miembro de honor de la generación X, a lo Ethan Hawke en *Reality Bites* (fue Ismael quien lo dijo, el resto de la clase no tenía ni idea de a qué se refería con eso). Únicamente las gafas de montura metálica le otorgaban seriedad y autoridad, eso y una voz profunda y ronca que contrastaba con sus expresiones, que iban desde un «joder» que no se le caía de la boca a un simpático «cabrones» con el que se refería a sus alumnos.

Lorenzo había nacido y crecido en Santander, hijo único de un matrimonio de profesores de Historia e Historia del Arte de instituto. Se había criado entre explicaciones de conflictos bélicos y civilizaciones extinguidas que su madre le contaba a la hora de dormir, sustituyendo los cuentos por relatos de mundos que ya no existían. Así se quedó prendado del Imperio romano, del ágora griega, de los asesinatos con puñales y veneno, y de las lenguas muertas que, cuando pudo elegir su futuro, se convirtieron en su profesión. Y él, del que su padre siempre decía cuando era pequeño que era listo como un

ratón de campo, sabía que era un *rara avis* en las salas de profesores de los institutos donde pasaba temporadas cortas como sustituto a la espera de una plaza fija que siempre se demoraba. Porque todo el mundo se dibujaba en su cabeza la imagen mental de alguien que enseñaba algo muerto y nunca coincidía con la de un veinteañero como él, lleno de vida y belleza, igual que las estatuas eternas de sus admirados griegos.

No le pilló de sorpresa el inesperado silencio que se extendió por el aula 7 del instituto de Laguna cuando él puso un pie en ella el primer día de curso. De hecho, lo esperaba y, en secreto, lo disfrutó. Se recreó en los murmullos que saltaban de pupitre en pupitre mientras colocaba sus libros sobre la vieja mesa de madera verde junto a la pizarra. Hizo como que no oía las risas nerviosas de las alumnas mientras se quitaba las gafas, las limpiaba y se las volvía a poner antes de dar un paso hacia el centro del aula y presentarse.

—Buenos días. Me llamo Lorenzo y este año seré vuestro profesor de Latín y Griego. Y podéis llamarme Loren, así es como me conocen mis amigos.

Notaba la pulsión sexual recorriendo a las alumnas, noqueadas por la presencia de alguien con quien perfectamente se habrían podido cruzar en los recreativos o en la discoteca antes que en una sala de profesores. Una figura de autoridad nueva por completo para ellas y ellos. Y Lorenzo, que estaba educado en muchas noches de universidad y pubs, olió el deseo en los ojos de las adolescentes, miradas limpias sin maquillar que estudiaban cada movimiento que él hacía. Pero ya no eran depredadores estudiando a su presa, ahora eran animales movidos por el celo.

Y entonces su mirada se cruzó con la de Raúl. Y la pulsión sexual cambió de sujeto y recorrió la piel de Lorenzo. Porque el deseo que vio en los ojos miel de aquel adolescente asustado sí se equiparaba con el suyo, descubierto con catorce años cuando se bañó desnudo con Jonás, un primo carnal, en la alberca de sus tíos y, entre zambullidas y risas ahogadas, él le enseñó bajo el agua a recorrer lo que en las catequesis siempre le dijeron que era pecado mortal. Cuando Lorenzo vio su semen y el de Jonás flotando y dibujando extrañas formas en la superficie del agua antes de deshacerse, supo que nunca iba a renunciar a ese deseo.

Raúl bajó la mirada avergonzado y Lorenzo se desprendió de

aquella repentina descarga como una madre sacude las manos de su hijo para limpiarlas de migajas. No era la primera vez que lo sentía dentro de un aula, pero siempre había tenido facilidad para reconocerlo y sepultarlo al instante. Sus miradas solo se volvieron a encontrar cuando el profesor pasó lista y Raúl levantó la mano al oír su nombre.

Cuatro sábados después, los dos coincidieron, de noche, meando en la tapia del cementerio. El pub de Laguna estaba a escasos metros del camposanto y era muy común que, si el baño del local estaba hasta arriba, se ganara tiempo dando cinco zancadas fuera y descargando contra el muro. Profesor y alumno se saludaron con una inclinación de cabeza a la que siguió un breve «hola» de cortesía cuando los dos se subieron la cremallera. Lorenzo se entretuvo frente a la tapia haciendo como que consultaba la hora en su reloj de muñeca y miró por encima del hombro a Raúl, ya camino de vuelta al pub, deseando con todas sus fuerzas que no se hubiera dado cuenta de la erección que había tenido al notar su presencia tan cerca, el olor del alcohol barato que él y sus amigos seguramente estarían bebiendo a escondidas llegándole en ráfagas que lo excitaban aún más. Intentó pensar qué tipo de energía lo conectaba a ese chiquillo desgarbado, él, que había tenido noches memorables con cuerpos esculpidos de hombres que sabían a la perfección qué recovecos de piel recorrer tras mucho tiempo de dedicación y práctica. Y volvió a sacudirse aquella extraña sensación confiando en que pasaría igual que un leve dolor de cabeza.

Dos meses después, unas llaves perdidas lo conectaron todo. Lorenzo estaba parado, bien entrada la noche, frente a la puerta de su piso alquilado, aún borracho por las copas que había bebido en la cena a la que lo habían invitado Eduardo, profesor de Educación Física, y su novia, Cristina. Farfullaba con lengua de trapo mientras rebuscaba una y otra vez en los bolsillos de su cazadora de cuero y sus pantalones vaqueros.

—¿Pasa algo, maestro?

Era Raúl quien lo preguntaba. Iba caminando con las manos en los bolsillos, la mirada vidriosa después de haber compartido unas litronas con el Zapata en la puerta de la capilla de la Virgen de la Montaña.

—No me llames así; cuando lo hacéis me siento en un colegio de la dictadura, joder.

El enfado había tapado el deseo.

Raúl se disculpó avergonzado, y emprendió de nuevo el camino de regreso a su casa. Lorenzo sintió una punzada de temor, lo identificó al momento como miedo por una oportunidad perdida. Terror, más bien. Y, sin pensarlo, levantó la voz para pedirle perdón y detenerlo. Le explicó que había perdido las llaves y no tenía copia para entrar; eso hacía que se lo llevaran los demonios. Tampoco le apetecía dejarse un dineral de su raquítico sueldo en llamar al cerrajero. Fue así como Raúl se ofreció de forma natural a deshacer el camino que Lorenzo hubiera hecho aquella noche, ambos con la mirada fija en las calles empedradas de Laguna para encontrar las llaves. Dos mejor que uno; duplicaban las opciones de dar con ellas.

Recorrieron la calle Bornos, avanzaron por la avenida de la Constitución, cruzaron la plaza de los Naranjos, subieron por la calle Fuente y al fin, en el comienzo del callejón Pinto, un llavero con forma de nube amarilla llamó la atención de Raúl. Estaba en la acera, al lado de la casa, también alquilada, donde vivía Eduardo.

—¿Son estas?

—¡Joder! Gracias, tío, gracias, gracias...

La alegría fue tan espontánea que Lorenzo abrazó a Raúl. Los olores de ambos se mezclaron por primera vez, las pieles se conocieron en un rápido vistazo que luego convertirían en costumbre y acoplamiento. Y todo encajó. Lorenzo lo supo al instante porque sintió el corazón del chico contra su propio pecho y martilleaba igual que el suyo, amenazando con reventar de un momento a otro. Las miradas se cruzaron un segundo y se apartaron, las pupilas dilatadas como las de dos gatos que se manejan mejor en la noche que en el día.

—He estado tomando unas copas donde Eduardo, al salir se me deben de haber caído mientras me ponía la cazadora. Es que hay que ver el frío que se levanta en este pueblo sin aviso, joder.

Lorenzo sintió la explicación torpe y apresurada, pero no quería darle más importancia a lo que acababa de ocurrir. No podía dársela. Pero no se le escapó que los ojos de Raúl se empañaron de decepción al oír el nombre de Eduardo.

—Ha hecho una cena para los profesores nuevos. Bueno, él y Cristina, su novia. Trabaja de orientadora en el instituto de Robles, pero se ha venido con Eduardo a vivir aquí, dice que le encanta Laguna.

Novia. Lorenzo vio sin dificultad el alivio de Raúl ante la explicación. Habría jurado que incluso lo había oído suspirar, como si hubiera estado aguantando la rabia desde la aparición del nombre de Eduardo.

Resuelta la búsqueda, entre los dos se produjo un silencio incómodo. Las edades los separaban lo suficiente como para que ambos entendieran que no debían estar dando vueltas de madrugada por una Laguna vacía pero llena de ojos y oídos. Así que iniciaron el camino de vuelta por donde habían llegado, cabizbajos y callados.

—¿Qué es esa nube amarilla? —preguntó Raúl señalando el llavero, buscando llenar con palabras la distancia silenciosa que los separaba.

—La nube Kinton. De *Dragon Ball*.

—Ni idea.

Lorenzo se detuvo indignadísimo.

—¿Qué me dices? Coño, que tienes dieciséis años, deberías soñar con montarte en la puta nube Kinton.

—Cumplo diecisiete dentro de nada. Ya no veo dibujos.

—*Dragon Ball* no son solo dibujos, es una forma de vida, una filosofía, ¡una religión! Y la nube Kinton es uno de sus símbolos, a los que hay que rezar. Solo te puedes montar en ella si tienes un corazón puro. Y no la puedes engañar, como hacen los beatos meapilas a Jesucristo, no... La nube Kinton lo ve todo. ¡Lo sabe todo!

Hicieron el resto del camino entre bromas y con Lorenzo desatado en un torrente verbal que desbordaba pasión por *Dragon Ball*, Son Goku y todo lo que representaba. Le fascinaba el manga y había pasado noches enteras en vela en su dormitorio leyendo y viendo vídeos de Son Goku con la misma devoción con la que millones de forofos elevan a dioses a hombres en estadios de fútbol.

Se despidieron en la plaza con un apretón de manos, un «gracias» del profesor y un «ha sido un placer» del alumno. Los dos corazones desbocados.

Una semana después, Lorenzo abrió los ojos en su cama un sábado por la mañana cuando el timbre sonó. Decidió no abrir, era ya tarde, pero apenas había pegado ojo en toda la noche por culpa de una inoportuna pesadilla en la que corría por un pasillo que nunca terminaba y del que no podía salir. Se dio la vuelta en la cama y volvió a cerrar los ojos agotado. El timbre sonó varias veces

tímidamente, como si quien lo pulsara lo hiciera con miedo. Molesto, berreó desde la habitación preguntando quién llamaba.

Un breve silencio antes de oír el nombre de Raúl. Y el deseo regresó.

Lorenzo se cubrió con una camiseta vieja de propaganda, un pantalón que cogió de una montaña de ropa sin planchar y abrió la puerta. Fuera estaba su alumno, los hombros tensos y la mirada merodeando de izquierda a derecha como si examinara a conciencia quién podía verlo allí plantado. Tardó en encontrar las palabras necesarias para preguntarle qué quería y ahogó una risa cuando el chico sacó de su mochila un viejo VHS de *Dragon Ball*.

—Es de mi hermana y lo iba a tirar. He pensado que te gustaría tenerlo.

Lorenzo nunca le dijo a Raúl que en ese momento sintió la necesidad de abrazarlo y protegerlo de todo. De los insultos del pueblo y del miedo que olía en él. De prometerle que no dejaría que nunca le pasara nada malo.

Raúl nunca le dijo a Lorenzo que el VHS era de Ismael y que le había suplicado que se lo diera para algo muy importante. Tanto que le iba la vida en ello y tenía que confiar en él porque no podía decírselo. Tardó dos días en que su amigo accediera, y le prometió que algún día le contaría la urgencia de tener esa cinta por la que antes nunca había mostrado el más mínimo interés.

La cinta cambió de mano.

—Muchas gracias, ha sido todo un detalle.

Silencio.

—Adiós.

—Adiós. Nos vemos en clase.

En clase. Dos palabras que eran un último intento de que la frontera que debía separarlos no se derrumbara por completo. Pero cayó con un primer beso que ninguno de los dos esperaba. En la tapia del cementerio, mientras meaban tras volver a coincidir. Lorenzo vio llegar a Raúl y se apresuró para no estar demasiado con él, pero al pasar por detrás del chico, parado frente al muro encalado de blanco, un hilo invisible tiró de él y le hizo pararse más tiempo del necesario para observar el objeto deseado que Raúl sostenía entre los dedos. La polla erecta e inexperta que no orinaba, sino que simulaba hacerlo para poder permitirse estar en el lugar que Lorenzo ocupaba. Y el beso

llegó impulsado por el alcohol y la oscuridad de la noche que los ayudaba a permanecer en el terreno de lo invisible.

Una lengua buscó a la otra. Una experta, otra torpe. Una ávida, la otra temerosa.

—Está mal esto. Perdóname, no sé qué ha pasado.

Los ojos de Lorenzo estaban empañados, las manos temblaban como si fuera un ladrón sorprendido en pleno atraco. Un delincuente.

—Lo siento, Loren, no quiero que pienses algo malo de mí. No volverá a pasar.

Había terror en la petición de Raúl. Deseo de no ser rechazado como amigo, más que como amante. Y Lorenzo se dio cuenta de por qué había sentido esa fascinación por ese cuerpo aún no hecho del todo y esos ojos miel que parecían los de un cervatillo preparado para salir corriendo. Raúl lo necesitaba. Con desesperación. Y Lorenzo quería sentirse necesitado por alguien.

Juraron no decir nada y no volver a repetir lo que debía quedar como secreto frente a la tapia del cementerio y con la complicidad de los muertos enterrados de Laguna.

Un mes después se acostaron. Estaban sentados en el salón de Lorenzo delante de un almuerzo hecho con sobras de la semana, las manos entrelazadas y en la televisión una película a la que ninguno de los dos hacía el más mínimo caso. Lorenzo, mientras manejaba la mano de Raúl de su rodilla a su entrepierna, no quiso preguntar sobre la experiencia del chiquillo para no encontrarse de bruces con la respuesta que sabía que recibiría. Raúl no quiso sacar el tema para evitar un rechazo que no estaría preparado para afrontar.

Lorenzo desnudó con ansia a Raúl, lo penetró todo lo despacio que pudo mientras lo besaba y le aseguraba que no pasaría nada, que no debía tener miedo. Dejó la polla dentro del chico, quieta, para que su delgado cuerpo se acostumbrara por primera vez a esa sensación. Raúl se dejó hacer, mordiéndose el labio hasta hacérselo sangrar mientras sentía cómo lo atravesaban y se quedaban dentro de él, una sensación extrañísima que poco a poco se fue convirtiendo en un placer desconocido hasta ese momento. Los dos jadearon juntos, cambiándose las posiciones con cuidado, con la luz del dormitorio encendida para no perderse ni un solo detalle del cuerpo ajeno. Lorenzo se corrió sobre su propio pecho; no quería que Raúl se sintiera asqueado. Este lo hizo sin querer sobre las sábanas,

provocando la risa en el profesor, que relajó la vergüenza e hizo que ambos permanecieran abrazados y hablando durante las siguientes dos horas.

No mucho después decidieron que la casa de Lorenzo estaba demasiado expuesta y a Raúl se le ocurrió la idea de verse en la casa de su abuelo. Si había un sitio seguro era ese, alejado de toda vida y enterrado en recuerdos.

Contra todo pronóstico, fue Lorenzo quien primero se dio cuenta de que estaba enamorado. Fue una tarde de primavera mientras fumaba tumbado sobre las sábanas de flores. Raúl estaba sentado sobre el colchón a los pies de la cama, leyendo una novela de bolsillo que Ismael le había prestado. El chico estaba concentradísimo, las dos piernas flexionadas y el pie izquierdo rozando su muslo. Habían follado hasta quedarse sin aliento, Raúl cada vez más seguro y valiente, más decidido a explorar el cuerpo de Lorenzo. Luego se habían dedicado cada uno a lo suyo, cómodos en su silencio. Y viéndolo leer, Lorenzo se dio cuenta de que lo quería. Sin grandes revelaciones ni artificios. Simplemente lo supo. Y le dio tanto miedo, al que luego seguiría la culpa, que fue la primera vez que le mintió para improvisar una excusa con la que volver a casa.

Raúl no pensó en sentimientos hasta un poco después. El placer del sexo lo divertía tanto que no había espacio para nada más. Follar era fácil, agradable, despreocupado... Querer a alguien, algo que nunca había hecho más allá de los límites de su familia y de sus tres amigos, se le antojaba peligroso, incontrolable y hasta dañino. Estaba harto de ver a matrimonios en Laguna que, tras la fachada de amor que se les presuponía, podían sentarse a una de las mesas de La Posada y no cruzar una palabra durante horas. Sin embargo, una mañana de jueves, durante la clase de Latín II, Raúl cruzó una mirada rápida con Lorenzo y sintió calor no solo en la entrepierna, también en el pecho. Fue apenas un segundo, un instante, pero supo que follar se iba a convertir desde ese momento en otra cosa. Y fue feliz, aunque no se daría cuenta entonces.

Dos años después de su primer polvo en la segunda planta de la casa de Cesáreo, el profesor y el alumno se vistieron en silencio después de hablar de la soledad y del fracaso de la selectividad. Lorenzo decidió esperar un par de días para contarle a Raúl lo que tanto había temido durante los últimos meses, una noticia que le

quemaba en la garganta.

Cesáreo ni se enteró de la marcha de su nieto, que le apagó el televisor y le dio un beso en la mejilla. Lorenzo se había ido un minuto antes. No se quedó tranquilo hasta que llegó a la plaza y se convenció de que ya no llamaba la atención. Si se encontraba con alguien, siempre podía decir que volvía de tomar un helado en la cafetería o de dar un paseo desde los lavaderos municipales.

Raúl salió a la madrugada lagunense, el pueblo ya casi desierto y las puertas que daban a los zaguanes cerradas. Caminaba despacio, las manos en los bolsillos y la cabeza dando vueltas a la imagen de un eslabón suelto en una cadena. Una pieza rota, solitaria, olvidada... ¿Y si no era tan malo abrazar un futuro sin sobresaltos, sin improvisaciones, sin volantazos como el que acababa de sufrir con su nota de acceso a la universidad? A lo mejor La Posada no era territorio enemigo, como él la veía, sino un paraíso artificial que esperaba ser descubierto.

Y el insulto cortó en dos la noche:

—Anda. La loba herida suelta a estas horas.

* * *

Raúl ya sabía quién era antes de levantar la vista. Esa voz dulce si uno la oía por primera vez, sin asociarla a la cara del dueño, casi de terciopelo, que nunca gritaba ni se alzaba más de lo necesario, como si la persona a la que pertenecía hubiera sido educada en los mejores colegios del país. Capaz de hilar un insulto tras otro con el mismo tono que un caballero refinado usaría para pedir platos de un menú en un restaurante de precios prohibitivos.

Una voz dulce, melosa, seductora.

Lo que oiría la víctima de una serpiente traicionera antes de que esta se enroscara alrededor de su cuerpo y le hiciera estallar los huesos para devorarla.

El escalofrío lo recorrió desde los dedos de los pies a los pelos de la cabeza. Raúl solía tener mucho cuidado con las calles del pueblo. A fuerza de golpes e insultos había aprendido por cuáles debía pasar para tener menos probabilidades de encontrarse con el Maño y sus amigos. Pero la imagen del eslabón suelto de la cadena lo había distraído hasta tal punto que giró por la calle Nueva, la zona

prohibida porque era donde vivía la familia de su hombre del saco.

Y el insulto del Maño llegó a través del aire con la misma dulzura que una caricia de Lorenzo. Pero cargada de veneno. Como el que esparcía el dueño de esa engañosa voz desde que se había mudado con toda su familia desde Zaragoza a Laguna cuando apenas contaba con cinco años y su verdadero nombre, Ángel López Ortiz, se desdibujó para quedarse con el apodo del Maño. Y para los restos se le conoció así.

Nunca destacó el niño en nada en el pueblo, a pesar de que inteligencia tenía de sobra para dedicarse a lo que quisiera. Pero el Maño siempre se aburría si tenía la nariz más de cinco minutos pegada a un libro, su cerebro solo se ponía en funcionamiento cuando la actividad requería un acto de demostración de fuerza bruta. Y así lo aceptó sin mayores problemas. Su padre trabajaba en la cooperativa de aceite y su madre se pasaba las horas muertas en casa limpiando, cocinando o viendo la telenovela de medio día. El Maño, hijo único, creció solo y como le dio a él la gana, dedicando su tiempo a buscar gatos callejeros a los que le gustaba pegar patadas, bajando al río a tirarles piedras a las ranas o a cualquier cosa que respirara y se moviera, o simplemente a esperar entre los juncos a niños más pequeños que bajaban hasta allí con sus bicicletas —lustrosas, bien brillantes, regalo de Reyes o de comunión— y quitarles el poco dinero que se hubieran atrevido a llevar encima. Fue al robar por primera vez a un zagalillo las cien pesetas de su paga del fin de semana cuando se dio cuenta de que infundía mucho más terror sonriendo que gritando. Lo notaba en la cara de los niños, que se confiaban cuando se acercaba con unas maneras exquisitas y, sin que apenas tuvieran tiempo de reaccionar, se veían acorralados con una amenaza que surgía de la boca del Maño con el mismo tono que si les estuviera proponiendo un juego divertidísimo que solo él conocía. Ahí se enganchó al poder que le daba ese miedo de los demás igual que años después se engancharía a la cocaína y al J&B.

Nadie le plantó cara nunca, entre otras cosas porque el Maño se había desarrollado sorprendentemente deprisa y con una altura que desafiaba la genética de sus padres. El metro noventa y cinco que alcanzó con catorce años terminó de darle el poder suficiente para decidir que ser temido era mucho mejor que ser un don nadie, que siempre era preferible ser quien repartía las hostias que ser quien las

recibía, que él iba a ser de los que comían antes de pertenecer al grupo de los devorados por los fuertes. Capaz de pellizcar hasta el dolor a un niño chico mientras le sonreía de oreja a oreja, igual que las monjas de un internado son capaces de mandar rapar a una chica díscola mientras con dulzura le repiten que es por su bien.

Raúl siempre fue la víctima favorita del Maño, quizá por su figura enclenque y desvalida, quizá por su expresión de estar siempre al borde del desmayo, quizá por su mal disimulada pluma o por su inequívoca expresión de ser el diferente en un lugar donde no hay nada más aplaudido que la normalidad. Quizá por todas esas cosas, quizá simplemente porque Raúl le tenía tanto miedo al Maño que este rastreaba como un zorro ese pavor y se alimentaba de él, y necesitaba cada vez más y más para estar saciado.

En la cálida noche de aquel verano del 2000, el Maño estaba sentado en el escalón de su casa de protección oficial. A su lado, Borja y Tito, los dos descerebrados que le hacían de guardaespaldas, apuraban un litro de cerveza y se pasaban un porro casi acabado. Parecían a punto de terminar su fiesta, tan rácana y pobre como las casas donde vivían.

Raúl maldijo su suerte; de haber tardado dos minutos más en girar, no se los habría encontrado. Pero ahí estaban, ante él y con ganas de bronca.

Sopesó sus posibilidades. Estaba seguro de que si corría los dejaría atrás con facilidad; ellos estaban drogados y bebidos, lentos y torpes. Caracoles gigantes persiguiendo a una liebre. Pero eso haría que reservasen su ira por no cogerlo para más adelante, como un préstamo, y estaba seguro de que el Maño no perdonaría los intereses.

Por otro lado, podía intentar pasar e ignorarlos. Era tarde y, lo más importante, estaban ellos solos, y el Maño siempre era más cruel cuantos más espectadores tenía. Su estudiada dulzura envenenada funcionaba a la manera de un actor que se crece ante su público, de cara a la galería. El Maño era lo bastante listo como para saber que si un árbol se cae en el bosque y nadie lo oye, no hace ruido, como les había explicado Ernesto, el profesor de Literatura. Y Borja y Tito ya no contaban como público de tan pegados como estaban siempre al culo de su líder. Quizá solo se dedicaran a llamarlo «maricón» y «loba herida»; a lo mejor le tiraban la litrona, pero la podría esquivar con facilidad si estaba alerta.

Optó por la segunda opción. No quería acumular intereses en el banco de odio del Maño.

—¿A dónde vas? ¿Vienes de comerle el rabo a algún zorrito? Ven, cuéntame, que estoy deseando oírte.

La voz melosa del Maño parecía invitar a una agradable conversación bajo el cielo estrellado del verano lagunense de tan suave que resultaba si uno era capaz de desconectarla de las palabras que la acompañaban. Borja y Tito corearon la gracia, los rebuznos gangosos y ásperos que chocaban con la seducción de su líder.

—Eh, tú, que te estoy hablando, siéntate aquí conmigo, que hace buena noche. ¿Qué pasa? ¿Que yo no te gusto? ¿No quieres probar esta?

Raúl puso la mirada en el final de la calle. Mentalmente calculó que le quedaban siete minutos para llegar a su casa. Cinco si se daba prisa. En cuatro podía ya estar en el inicio de la plaza y, si los astros se alineaban, sus padres estarían recogiendo la terraza, con las mesas y las sombrillas apiladas a un lado, y lo verían.

El Maño lo cogió del brazo y le hizo girarse hasta quedar cara a cara con él. Llevaba el pelo largo, recogido en una coleta, y una camiseta de tirantes de un equipo de baloncesto que Raúl no supo identificar. El aliento le apestaba a alcantarilla; era inexplicable que pudiera hablar de una manera tan dulce si las palabras tenían que salir de semejante cloaca.

—Déjame, Maño, no te he hecho nada.

—¿Y a esta le quieres hacer algo?

El Maño le llevó la mano a su entrepierna y le hizo agarrarle la polla. A Raúl le habría encantado decirle que la tenía pequeña, que él venía de tocar una que sí merecía la pena y no esa basura. Pero se calló, como siempre.

—¿No te gusta? Estoy seguro de que si te doy quinientas pelas llegamos a un acuerdo. ¿A que sí, loba?

Raúl sintió que las lágrimas le acudían a los ojos. Contó mentalmente todo lo que pudo para evitar llorar y darle el placer a ese cabrón con polla diminuta, cuerpo de titán y voz melosa. Quizá fue ese patetismo lo que le dio tanto asco al Maño, que lo apartó sin previo aviso de un empujón que, gracias a la cerveza y a la marihuana, no resultó tan fuerte como solía, aunque, aun así, hizo que Raúl trastabillara y cayera.

El golpe no dolió, pero la vergüenza sí. A lo primero uno acababa por acostumbrarse; lo segundo siempre lo hundía cada vez un poco más que la vez anterior.

—Anda, corre, que te vas a cagar encima y no tengo ganas de oler tu mierda. Bastante tengo ya con la peste a maricón —ordenó el Maño con el mismo tono que si le hubiera deseado unas buenas noches.

Un, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho... Raúl siguió contando mentalmente mientras se ponía en pie y enfilaba la calle Nueva, lejos de su pesadilla. No quería llorar, no iba a llorar... Se negaba a oír las risas a su espalda, las burlas, el odio, la bilis... ¿Quedarse otro año en ese agujero? Antes se pegaba un tiro o se ahorcaba de la viga del desván.

Giró la calle y aceleró el paso hacia la plaza. Respiraba fuerte, la concentración puesta en contener las lágrimas.

Nueve, diez, once, doce, trece, catorce, quince...

Estaba tan furioso, tan asqueado de sí mismo por no tener huevos para devolver los golpes, que no prestó atención cuando se tropezó con Jero. El hombre iba en dirección contraria, hacia el campo de olivares del final del pueblo. Se saludaron sin muchas ganas: Raúl no quería que nadie lo viera en ese estado; Jero parecía tener prisa por llegar a algún lugar.

—Buenas noches.

—Hasta mañana.

Los dos siguieron su camino.

Nada volvió a ser igual en Laguna después de aquella madrugada.

17

Las estrellas muertas

Desde aquella zona del pantano era desde donde mejor se veía el cielo estrellado de verano. Miles o millones de puntos de luz ajenos a la contaminación de las grandes ciudades, resplandecientes, algunos más brillantes que otros. Todos perfectos, uniéndose y separándose en un mareante mapa del universo.

Jero intentó recordar por qué unas estrellas le parecían enormes y otras diminutas, agonizantes. La voz de Francisca, su profesora de 3.º de EGB, le llegó desde alguna parte olvidada del cerebro y le recordó que era porque unas están más cerca de la Tierra que otras. También que muchas estaban ya muertas, aunque su luz seguía llegando como una llamada del pasado, un lamento de quien no quiere ser olvidado.

Estrellas muertas, pero no olvidadas.

¿A él lo seguiría recordando alguien después de aquella noche?

Jero notaba que ya apenas podía mover la cabeza, solo podía mirar hacia el cielo porque era la posición en la que su asesino lo había dejado. Bocarriba, desnudo, los brazos extendidos en la misma posición en la que había caído a la tierra mojada de la orilla después de la primera pedrada en la sien, que lo había pillado de improviso. Las demás ya las vio venir, pero no pudo hacer nada por evitarlas.

El dolor le resultó insoportable con cada golpe, sin embargo, y eso le extrañó; cuando llegó el último ya se había acostumbrado y le dolió algo menos. Diez segundos de reloj para habituarse al sufrimiento, tal vez alguno más... El ser humano era extraordinario, una máquina perfecta de crear y de matar.

La respiración se iba apagando poco a poco, podía notarlo. Las estrellas lo miraban desde el cielo de Laguna, limpio e infinito. En Madrid no tenía esas vistas, como mucho una pálida imitación si iba al

parque de las Siete Tetas una noche despejada y se tumbaba en el césped con la cabeza reposando sobre la mochila. Allí había admirado muchas veces el atardecer, en esa capital en la que se buscaba la vida como actor y descubría los placeres de la noche eterna.

Concentró todas sus fuerzas en mover unos centímetros la cabeza hacia la derecha. A su lado, junto a él, creyó ver al Jero de diecinueve años, tanto tiempo atrás, recién llegado a Madrid, tumbado en la hierba del parque, en la mochila un bocadillo de queso y unas latas de Mahou robadas en el súper. No tenía nada, pero tenía todo el tiempo del mundo para conseguir lo que quisiera.

El Jero joven miró al Jero moribundo y le guiñó un ojo mientras canturreaba una canción de Los Piratas:

Y el aire que me sobre alrededor,
y el tiempo que se quede en nada,
nunca más escucharé tu voz
de energía nunca liberada...

«Nunca más escucharé tu voz... Nunca más respiraré, ni abrazaré, ni follaré, ni le diré a alguien "te quiero"», pensó Jero. Intentó devolverle el guiño a su yo joven, pero tenía cerrado por completo el ojo izquierdo; la tercera pedrada le había dado de lleno ahí y se lo había hundido hacia dentro. Ya no tenía los ojos de dos colores diferentes, uno de ellos había desaparecido.

El Jero joven se encendió un cigarrillo de liar, se abrió una Mahou y siguió canturreando:

Prometo que a partir de ahora lucharé por cambiar,
prometo que no me verás, que no voy a molestar...

Promesas que no valen nada. Como su vida en ese momento.

Qué fácil era todo con algo que echarse a la boca y una buena canción en la cabeza. Porque cuando llegó a Madrid no tenía un duro, mucho menos para un *walkman*, y las canciones había que reproducirlas en la imaginación de uno, donde se podían rebobinar y volver al principio cuantas veces se quisiera.

Jero sintió un dolor tan profundo en la cabeza que creyó que ya había llegado su momento. Pero se le pasó. Su versión joven seguía a

lo suyo, a pesar de que la canción de Los Piratas era del noventa y cinco, y él había llegado a Madrid en el ochenta y dos. Pero la muerte había decidido mezclar recuerdos, años, canciones que le gustaban, estrellas brillantes y cielos de Madrid y de Laguna en una sola coctelera que había agitado bien, con esmero. Daban igual las incoherencias temporales cuando uno estaba a punto de decir adiós.

Tenía muchas ganas de dormir. El ruido del agua del pantano parecía cantarle una nana...

¿Era eso lo último que iba a oír en su vida?

Cada vez le costaba más respirar, notaba la parte izquierda de la cabeza hundida, rota, le latía como si el corazón se le hubiera desplazado allí. Pum, pum, pum, pum. PUM.

Hizo un esfuerzo titánico por pasarse la lengua por los dientes, le faltaban varios incisivos y las pedradas habían convertido las paletas en colmillos puntiagudos. Toda la boca le sabía a sangre, el regusto metálico adherido con uñas y dientes al paladar.

Unos pasos se acercaban a él.

Oía la suela de los zapatos chapotear sobre los charcos de agua que se formaban cerca de la orilla. Cada vez más cerca, mezclándose con la nana que le cantaban las aguas del pantano.

El Jero joven lo miró por última vez, le dio una calada a su cigarrillo de liar, le guiñó un ojo, sonrió y le dijo adiós con la mano.

Como lágrimas en la lluvia se irán...
Se irán, se perderán, se irán, se perderán, se irán...

¿Dónde va uno cuando muere? Tuvo un momento de felicidad, de pensar que estaba a punto de descubrir si había algo más allá... Otra vida, otra oportunidad, otro punto de giro con el que comenzar de cero.

El Jero adulto cerró el ojo que le quedaba para no ver la piedra enorme, la última, que su asesino, para rematarlo, lanzaba contra su cabeza.

Todo se apagó, como una estrella muerta que lucha por no ser olvidada.

Se irán, se perderán
Se irán

18

El hombre azul

Al Zapata le fascinaba observar el ritual de correr por la cima del Cerro Alto y que los pies, de pronto, perdieran contacto con la tierra. Podía quedarse horas embobado viendo a los que volaban en parapente mientras mantenían el pecho hacia delante, los brazos trazando un arco que sujetaba las bandas con el ala, cada una de un color según el volador. Al Zapata le gustaban especialmente las rojas, cuanto más similares a la sangre mejor, como el cordón de su muñeca.

Aquel domingo hacía un viento perfecto para volar y había logrado convencer a sus amigos para subir al Cerro Alto en bicicleta y pasar la mañana allí viendo volar a los expertos y a los turistas, estos últimos parapentes biplaza como el que había usado él la primera vez que Amadeo, el dueño del negocio, lo invitó. Cerca de la zona de despegue había un claro perfecto para recostarse, olvidarse de todo y pasarse las horas muertas viendo cómo aquellos aparatos perfectos surcaban el cielo de Laguna como gigantescas cometas que volaran niños invisibles.

A la zona de vuelo del Cerro Alto se ascendía en coche, siempre que tuviera la suficiente tracción, o caminando, porque era imposible subirlo en bicicleta. Todos los adolescentes y niños de Laguna lo sabían y por eso hacían la mitad del camino pedaleando y el resto arrastrando las bicis hasta casi quedar sin aliento. Hacerlo era pesado y trabajoso, muchos de los que ya fumaban como carreteros preferían dedicar el tiempo libre a la plaza o a los recreativos.

Pero los que optaban por el esfuerzo recibían su recompensa. Las vistas desde el Cerro Alto eran un espectáculo para los sentidos. Desde allí no solo se podía ver volar a los valientes, también se disfrutaba de las mejores vistas de todo el valle y su mezcla de colores. Era como subirse a la coronilla de un gigante dormido que reinaba sobre la

sierra.

Al Zapata llegar allí siempre le calmaba el ánimo porque en ese lugar podía soñar con volar y no con remendar zapatos. En el Cerro Alto no existían leznas, martillos chatos ni cerotes para encerar la aguja del cuero; no había más que cielo y una libertad que se podía tocar con alas de tela.

Ismael y Natalia odiaban las caminatas a pie hasta la cima, pero sabían que en ese lugar el Zapata era otro, alguien mucho más real que el muchacho que se paseaba por el pueblo con el sambenito de ser el hijo zoquete del zapatero. También sospechaban que a Raúl le gustaba el Cerro Alto porque era el único lugar de Laguna donde nunca se encontraría con el Maño, uno de los fumadores compulsivos que, a sus diecinueve años, no habría resistido subir hasta la zona de vuelo.

Y allí estaban los cuatro, sentados en el viejo dolmen caído, espectadores en primera fila del espectáculo de los parapentes. Era mediados de julio, el pueblo ya hervía de actividad y en breve empezarían las ferias en la zona. Nada podía salir mal con semejantes perspectivas.

—La rubia esa es tonta —observó el Zapata.

Una inglesa se reía histérica sentada en la silla con forma de mochila que el instructor de parapente se cargaba a la espalda. Este, un treintañero robusto con cara de pocos amigos y vecino de Raúl, murmuraba por lo bajo mientras intentaba hacerle entender cómo funcionaban las bandas que conectaban la tela en forma de cruasán con los cordones. Ella no las tocaría, por supuesto, pero en el precio del paseo iba incluida la instrucción, por muy poco que le importara.

—David la va a mandar a la mierda. —Raúl también observaba divertido el espectáculo—. No tiene paciencia ni para esperar que su perro cague, menos con esa.

Ismael y Natalia contemplaban el cielo azul, los dos tumbados sobre la piedra plana. Aún no calentaba mucho el sol y la sensación de la piel sobre la superficie dura, templada a esa hora de la mañana, era muy agradable. Ninguno hizo por incorporarse; era mucho más divertido oír la retransmisión de sus amigos.

La rubia chilló cuando David, el instructor, la obligó a correr detrás de él y echaron a volar sobre el valle.

—Es como ver a un ganadero llevando a la marrana al matadero

en parapente.

La crueldad del comentario del Zapata desató las risas de todos.

—¿Tú también chillabas así cuando volaste? —preguntó Natalia.

—Si algún día chillo así es porque me están sacando los ojos con la lezna de mi padre. Además, en septiembre voy a volar yo solo. Amadeo me lo ha prometido.

—¿No te da miedo hacerlo sin nadie? —Esa vez Natalia no bromeaba.

—Qué me va a dar miedo ni leches. Además, quiero aprender el negocio antes de que venga otro y me lo pise. En estas cosas hay que ser rápido, y eso es lo único que se me da bien.

Esa vez Natalia e Ismael sí se incorporaron para mirarlo.

—¿Quieres montar otro negocio de vuelo en el pueblo? —preguntó curioso Ismael.

El Zapata negó con la cabeza; a veces sentía que sus amigos eran los inútiles y no él.

—¿Cómo voy a querer hacerle la competencia a Amadeo? ¿Quién creéis que soy, un imbécil como el Maño? Lo que quiero es trabajar con él. Me cae bien, es el tío más legal que hay en todo Laguna. Y tiene sesera. Siempre me dice que todo el pueblo se rio de él cuando en el ochenta y siete habló de hacer volar a la gente desde el Cerro Alto, y mira ahora, todos ahí abajo viviendo de lo que pasa aquí arriba.

—No tenía ni idea de tus planes —Ismael sonó sincero, incluso un poco avergonzado por desconocerlo.

—No todo el mundo tiene sueños tan grandes como los tuyos, Isma. Pero tenerlos, los tenemos. Pequeños, pero ahí están.

—Mis sueños no son más grandes que los de nadie. Son los míos y punto.

Natalia volvió a tumbarse, cerró los ojos y sintió el sol. Lamentó no haberse llevado la crema protectora; no quería que a las pecas que bailaban por toda su cara les salieran compañeras de juerga.

—¿Y qué va a pasar con el taller? —preguntó.

El Zapata lanzó una piedra lo más lejos posible. No les dijo a sus amigos que imaginaba que la tiraba contra la cabeza de su padre.

—Pues ahí seguirá hasta que mi familia asuma que la gente ya no arregla sus zapatos viejos. Si se rompen, compran unos nuevos; ya a nadie le gusta calzarse con remiendos. Las personas cambian, el

mundo cambia, los zapatos cambian... Lo único que no cambia es lo que pasa dentro de ese taller. El viejo se cree que va a hacer cambiar el futuro del negocio obligándome a estar allí con él este verano de lunes a viernes y poniendo un cacharro para hacer copias de llaves... Pues muy bien. Pero yo tengo muy claro lo que voy a hacer en cuanto a Amadeo le quede un puesto libre, aunque tenga que irme a vivir debajo del puente de la romería.

—A mí me parece una idea de puta madre. Y hay que tener muchos huevos para tenerlo tan claro —afirmó Raúl.

—Si fuera maricón, me enamoraría de ti, hijo de puta —le respondió agradecido el Zapata, el cariño rebosando en sus palabras como el cálido abrazo de una madre.

—Ganar dinero volando como un pájaro... —evocó Natalia con una sonrisa.

El Zapata también sonrió, se sentía emocionado ante la perspectiva de tener ante él su vida soñada.

—¿Y tú, ya sabes qué vas a hacer? Tienes la nota para Enfermería, pero llevas días haciéndote la tonta. Y no lo eres, el único corto de nosotros soy yo.

Natalia se rascó la nariz, dejó que el sol le diera fuerzas y se levantó. Carraspeó y confesó, por primera vez, lo que llevaba tramando el último año:

—No voy a echar la solicitud de ingreso. Me voy.

Un turista repitió el grito de la inglesa, pero en alemán. Le siguieron unos minutos de silencio mientras Ismael, Raúl y el Zapata asimilaban lo que ella les acababa de decir.

—¿Adónde?

—A Buenos Aires. Ya soy mayor de edad y llevo ahorrando tres años, no tengo por qué seguir con mis abuelos. Los pobres están para el arrastre, demasiado hacen, pero una hija tiene que estar donde tiene que estar. —Natalia evitaba la mirada de sus amigos, no sonaba tan segura como le habría gustado—. Mis padres volverán aquí cuando puedan, pero ahora ya puedo estar con ellos si quiero. Ayudarlos en el asador, conocer la ciudad... Puedo estudiar Enfermería allí, alguna manera habrá de convalidar la selectividad.

—¿Tus abuelos lo saben? —La duda de Ismael era razonable. E inevitable.

Natalia negó con la cabeza.

—Quiero que sea una sorpresa para mis padres. En su última carta me contaban que ya no se aguantan las ganas de verme, que hasta mi padre sueña conmigo cada noche, sin falta. Mi madre ha montado una habitación para mí, con cosas que cree que me gustarían, y dice que así hace como que yo ya vivo allí con ellos. Tengo toda la información de los vuelos guardada en el cajón de la mesita de noche, debajo de las bragas viejas.

—Es bonito... —La voz del Zapata se tiñó de melancolía, quizá imaginando la improbable posibilidad de que sus padres hicieran algo así por él—. Y me gusta que todos os vayáis, cuanto más lejos mejor. Así cuando regreséis aquí tendréis mil historias que contarme.

—Puede que tú también te vayas una temporada. Amadeo siempre dice que él aprendió a volar en los Pirineos; lo mismo te manda a ti allí. —Raúl notó que ni él mismo se lo creía.

—A mí me gusta estar aquí —afirmó el Zapata convencido.

—A nadie le puede gustar quedarse a vivir en una tumba de por vida. —Esa vez Raúl sí se creyó lo que decía.

—Lo que hay fuera no me gusta, no lo necesito. Yo disfruto subiendo aquí arriba, bajando luego por la cuesta de Santa Ana y oliendo la mierda de las cabras que se mezcla con el olor de las comidas que salen de cada casa. Me gusta la sensación de conocer cosas que nadie más conoce, como la parte escondida de la Charca de la Pava, donde solo nos bañamos nosotros, o el hueco de las higueras en el huerto de la María, donde construíamos cabañas cuando éramos chicos. Y me encanta saber que mi trabajo va a ser volar y no pasarme las semanas enteras en una ciudad donde nadie se saluda o en una oficina vestido de enterrador. Yo no necesito lo que hay fuera del valle, lo tengo todo aquí.

Los argumentos del Zapata eran tan sólidos que los demás se sintieron ridículos con sus proyectos de futuro lejos de Laguna. De repente, el pueblo y sus alrededores se antojaban como el vientre cálido de una madre, un útero que ofrecía un lugar seguro donde nunca faltarían ni la comida ni la seguridad de lo conocido.

Ismael miró a sus amigos y sintió que los cuatro formaban parte de un mismo tronco, como si fueran una de esas higueras que acababa de recordar el Zapata, que estuviera a punto de separarse en cuatro ramas distintas, cada una luchando por crecer hacia un lugar diferente. Dándole vueltas a eso, murmuró:

—Fidelio.

Todos repitieron la misma palabra:

—Fidelio —susurró Natalia, la imaginación volando ya por el océano Atlántico hacia la ciudad de los tangos.

—Fidelio. —Raúl ya se veía lejos del Maño, de sus insultos, compartiendo con Lorenzo una vida que no tenían que esconder en las sombras de una casa de viejo.

—Fidelio —musitó el Zapata con la vista fija en la verdadera razón por la que no quería abandonar Laguna: Pilar, la hija de Amadeo, que en aquel momento ayudaba a su padre a ponerse los cierres de seguridad de su parapente.

Y es que las razones que había dado a sus amigos eran tan ciertas como la sensación de paz que lo inundaba cada vez que veía parapentes volar sobre Laguna... Pero a la principal razón aún no había sido capaz de ponerle palabras sencillamente porque no terminaba de entender lo que sentía cada vez que veía a Pilar, una sensación desconocida que le recorría el cuerpo como si un ejército de hormigas bailara sobre él.

La hija de Amadeo era un año menor que el Zapata, pelirroja como su madre y bruta como su padre. Menuda y nerviosa, siempre vestida con ropa cómoda y el pelo corto para que no le molestara al volar.

Pilar había crecido en el cielo, siempre volando con su padre y Lucy, su madre, la irlandesa de la que Amadeo se había enamorado en un viaje de mochilero y a la que había llevado a vivir a Laguna a principios de los ochenta. Fue una niña atípica en un lugar como el valle, capaz de hablar a la perfección inglés y pasar de un salto a un castellano con un acento andaluz cerrado que contrastaba con el pelo rojo y la piel blanca de extranjera, y se había convertido en una adolescente ingobernable, siempre al margen de lo que en el pueblo se daba por hecho que debería ser y hacer alguien de su edad. Pilar ayudaba a su padre en el negocio de parapente, no se había maquillado en su vida ni tenía intención de hacerlo, se bañaba desnuda en la fuente del Tajo y no necesitaba subirse a unos tacones para estar más cerca del cielo porque podía rozarlo con la punta de los dedos siempre que quisiera, solo tenía que echar a correr por el Cerro Alto y dejar que su parapente, rojo y blanco, hiciera el resto.

El Zapata supo que Pilar no era como las demás mujeres de

Laguna el día en que ella le pegó una paliza legendaria jugando a dobles en el *Street Fighter 2* de los recreativos. Él llevaba a Blanka, la bestia verde con un escudo de electricidad. Ella lo hacía con Ryu, el karateka capaz de lanzar bolas de energía con las manos. Pilar no tuvo piedad, lo masacró una y otra vez hasta que él se gastó todas las monedas de cinco duros de su paga. Luego se fumaron a escondidas un Fortuna comprado con la calderilla que les sobraba en los bolsillos, lo compartieron mientras él le preguntaba cómo era el negocio del parapente y ella le confesaba lo que se sentía al tener alas. También le dijo que su sueño no era volar como su padre: ella quería recorrer el mundo de conflicto en conflicto, con una cámara y un chaleco antibalas.

Apenas tenía trece años cuando Pilar reveló al Zapata su ambición de ser reportera de guerra, algo que nacía de dentro, del mismo lugar extraño donde había crecido la necesidad de Ismael de ser director de cine. Le había entrado la perra tras pegarse horas y horas frente a la televisión porque sus padres temían por la vida de un amigo, un reportero de TVE destinado en la guerra del Golfo, que siempre se mostraba entero a pesar de que hablara a cámara con el mismísimo infierno ardiendo tras él. Pilar absorbió como una esponja la admiración y el respeto que Amadeo y Lucy mostraban hacia aquel amigo, cómo lo idealizaban y hablaban, hinchados de orgullo, de la importancia de lo que hacía en un lugar tan dejado de la mano de Dios.

Y así decidió Pilar que su lugar en el mundo iba a estar rodeado de muerte y desolación, pero para poder escarbar allí y enseñar al mundo la vida y la esperanza que se escondían bajo los escombros. Se lo contó al Zapata después de pasarle la última calada al cigarro y proponerle una nueva partida al *Street Fighter*, y el hijo del zapatero se enamoró hasta las trancas de la hija del instructor de vuelo.

Unas semanas después de aquel cigarro compartido, el padre del Zapata gruñó durante la cena que estaba harto de que le llevaran zapatos para arreglar que luego no iban a buscar. «La gente de aquí no valora el trabajo bien hecho, lo quieren todo fácil, deprisa y corriendo, y si le dedicas tiempo y mimo al zapato, se les olvida que te lo han traído y uno se tiene que tragar el trabajo y las horas que ha echado».

La madre, temerosa de que la ira se desplazara a otro lugar que no fuera el calzado, preguntó quién había sido el cliente, a lo que el

padre contestó que la hija de Amadeo. «Unos zapatos preciosos, blancos, de charol, con unos cordones rojos que parecen venas llenas de sangre. Una cosa fina, de artesano, que se ve que le regalaron sus abuelos de Irlanda. Los trajo su madre porque tenían un agujero en la suela y me dijo que la niña se pasaría a por ellos. Pero qué va a valorar la marimacho esa una cosa tan cuidada, que le falta ir descalza por el pueblo como una salvaje», bramó el zapatero furioso mientras sorbía la sopa de pescado con rabia. El Zapata escuchó con atención la conversación sin desviar la mirada de su plato para que nadie se diera cuenta de lo interesado que estaba en esos zapatos blancos de charol.

Esperó con paciencia cuatro meses, el tiempo que su padre tardó en trasladar el encargo olvidado a la estantería del fondo, donde se acumulaban los zapatos que nadie recogía ni pagaba; una especie de limbo del que ya solo se salía una vez al año, cuando se hacía limpieza general del taller y se tiraba a la basura todo el calzado abandonado que se daba por hecho que ningún dueño reclamaría.

Antes de que eso sucediera, el Zapata entró a hurtadillas una noche en el sacrosanto lugar de trabajo del padre y quitó uno de los cordones rojos a los zapatos de charol, se lo metió en el bolsillo y regresó a su habitación. Nadie, salvo el perro Toño, que lo miró con indiferencia, supo que había robado aquella reliquia que pretendía adorar como las beatas del pueblo veneraban el cáliz de oro de don Jorge cuando daba misa. Amanecía cuando el Zapata, ya tumbado en su cama, dejó de darle vueltas entre los dedos al cordón rojo y se lo anudó en la muñeca izquierda. Y allí se quedó, un símbolo atado con cinco vueltas que escondía un amor callado e invisible.

Cinco años después, el Zapata se había acostumbrado a acariciar el cordón cada vez que estaba nervioso, como aquella mañana de domingo, sentado al sol con sus mejores amigos, en que un cosquilleo le invadía el estómago al hablar de sus planes de futuro mientras veía a Pilar ayudar a Amadeo con los parapentes biplaza.

Los cuatro amigos habían guardado un respetuoso silencio tras pronunciar la palabra *Fidelio*. Era un código secreto que los unía y los protegía. Cada vez que uno de ellos se sintiera invisible o tuviera miedo de lo que ocurriera dentro de su cabeza, sabía que podía pronunciar la palabra *Fidelio* y los demás contestarían. Así, al compartirlo con iguales, la invisibilidad forzosa y el miedo impuesto desaparecían, los invisibles y marginados dejaban de serlo al sentirse

reconocidos en la mirada del otro.

Pero *Fidelio* no era solo una palabra, era una llamada y un abrazo entre ellos. Era un «todo irá bien» que se reconocía exclusivamente dentro de los muros infranqueables de ellos cuatro. *Fidelio* era un lenguaje constituido por una sola palabra que nadie más conocía ni comprendía.

—Ha pasado algo malo —anunció Ismael rompiendo la modorra en la que se habían instalado.

Todos se incorporaron. Los parapentes seguían volando, pero el grupo que estaba en tierra se movía nervioso, cuchicheando e incluso montándose a toda prisa en sus todoterreno y abandonando el Cerro Alto. El ambiente se había cargado de una electricidad que recorría el aire con la urgencia de las noticias inesperadas.

Raúl contempló el pequeño caos que se había desatado a su alrededor y vio que Pilar se acercaba a ellos, la cara torcida en una mezcla de desconcierto y algo más.

—¿Qué pasa? —le preguntó Natalia.

—Dicen que hay un muerto en el pantano —contestó Pilar.

—¿Cómo un muerto? ¿Un ahogado?

El caos iba en aumento a medida que la noticia saltaba de boca en boca con la rapidez de los acontecimientos trágicos.

—No se sabe, pero dicen que parece reventado a golpes.

—¿Y la Guardia Civil?

—Han ido a avisarlos, pero el muerto sigue allí flotando. Lo ha visto Javier el de la Quinta, que todas las mañanas va temprano con su hija a pescar. Al principio pensaban que era un maniquí que habían tirado al pantano, pero luego se han dado cuenta de que era un hombre por cómo se le arremolinaban los peces...

Pilar miró al Zapata. Este vio algo desconocido en los ojos de la hija de Amadeo, algo tan novedoso que le costó identificarlo: el miedo.

—Dicen que está azul. —La voz de Pilar temblaba.

* * *

Jero flotaba bocarriba, mecido como en una cuna de algas y barro. El impacto de lo que los ojos de Ismael registraban había hecho que su cuerpo se pusiera rígido, el cerebro negara lo que pasaba y la

imaginación volara a un lugar absurdo donde protegerse. Por eso Ismael no pudo evitar pensar en sor Petra, la monja de las colonias, y en la postura en que los niños mayores afirmaban que la habían encontrado: con los ojos abiertos llenos de agua. Solo que en ninguna de las versiones que se contaban a la mujer le faltaba la ropa, porque Jero estaba completamente desnudo, su piel de un color azulado irreal. En el tobillo izquierdo se podían ver los restos de una soga deshilachada.

—Intentaron que se quedara en el fondo, ¿no veis la cuerda? Pero se la habrá comido alguna carpa o lo mismo estaba vivo cuando lo hundieron y la rompió a patadas —dijo el Zapata callándose de inmediato al darse cuenta de que hablaba de un muerto con nombres, apellidos y un corazón que su amigo adoraba.

Ismael respiraba por la nariz, cada vez más fuerte, y ni siquiera fue consciente de que Natalia le daba la mano y se la apretaba mientras Raúl le preguntaba si estaba bien y le pasaba un brazo fuerte por los hombros. No habría podido moverse aunque lo hubiera intentado con todas sus fuerzas, los pies se le habían hundido en el suelo arenoso del pantano y unas raíces negras como su ánimo parecían haberlo anclado a la tierra desde el momento en que soltaron las bicicletas y se quedaron de pie en la pequeña loma que descendía hacia la orilla. Desde allí ya se veía con claridad al muerto flotando, su vientre abultado por el agua, las pulseras de cuero en la muñeca izquierda, el tatuaje con forma de león en la ingle, los mechones de pelo asalvajados en la parte derecha de la cara y aplastados y mezclados con la masa encefálica en la izquierda, el lugar donde lo habían golpeado tantas veces que el ojo apenas era visible en una maraña de carne y hueso.

«En mi familia no tenemos un duro, la única herencia que nos corresponde a los hombres de mi sangre es un buen bulto en la entrepierna con el que hacer nuestros negocios. Con eso nos tenemos que apañar, pero provecho se saca si uno es listo». Ismael recordó a Jero bromeando con ese discurso trasnochado cada vez que pasaba de la tercera copa, y a Cati, que, riéndose como una condenada, le tapaba la boca y hacía como que se escandalizaba por la burrada dicha delante de su hijo.

Aquella broma fue lo que le acudió a Ismael a la cabeza al ver el enorme miembro del que tanto se había vanagloriado Jero flotando y

medio carcomido por los peces. No entendía por qué no era capaz de apartar la vista de la desnudez de su amigo cuando lo que en realidad deseaba era tirarse de cabeza al agua y voltear el cuerpo para que nadie lo siguiera mirando.

Desde hacía días ni Ismael ni su madre habían sabido de Jero. Pero no le habían dado la menor importancia porque él siempre acostumbraba a entrar y salir del pueblo cuando le daba la gana, llegando sin avisar y casi siempre marchándose sin despedirse. Su hogar ya hacía tiempo que estaba en Madrid y Laguna no era más que un lugar de paso en el que se detenía para breves visitas a una madre cada vez más anciana y a una Cati cada vez más pueblerina. Que Jero llevara días sin aparecer por La Posada o por casa de Ismael solo indicaba normalidad en sus rutinas.

Con todo, sí era cierto que Jero se había quedado demasiado tiempo en Laguna aquel verano. Lo normal era que llegara a finales de junio y se marchara un par de semanas después. Siempre tenía algo interesante que hacer en Madrid, algún rodaje en el que trabajar, algún *casting* al que presentarse, alguna fiesta en la que dejarse ver... Llegaba al pueblo, lo ponía todo patas arriba con su energía y luego desaparecía dejando en los que lo conocían un efecto similar al de un yonqui cuando se enfrenta al mono de la heroína. Jero nunca se quedaba lo suficiente como para que se pudiera ver más allá de la dorada capa con la que se envolvía, ese halo refulgente que deslumbraba a Ismael y que Cati sabía que no era más que pintura que no resistiría un mes a la vista.

Ahora Ismael, viendo el cadáver del hombre azul sobre las tranquilas aguas del pantano, pensó en que aquel año Jero había estado alargando más de lo habitual su estancia en Laguna. Cati había llegado incluso a comentarlo en alguna cena:

—No sé qué le ha dado a Jero este año por el pueblo, que no se va ni con agua caliente. Le va a coger el gusto a respirar este aire y no el podrido de Madrid.

Pero Jero ya no respiraría nunca más ningún aire, ni se reiría como un loco, ni le contaría a nadie que tener los ojos de diferente color era cosa de brujos y por eso él era capaz de oler si una persona tenía buena estrella o mal fario.

Jero estaba muerto, y ya su nombre sería otro de tantos inscritos en una losa de mármol que su madre limpiaría con devoción las

vísperas del Día de Todos los Santos mientras los niños más pequeños correteaban alrededor portando un melón vacío con una vela en el interior.

—Le han comido la polla los peces al maricón.

Era el Maño quien decía aquello, su voz melosa y dulce impregnada de veneno.

La noticia había corrido como la pólvora entre los lagunenses y la orilla del pantano ya se había llenado de jóvenes ansiosos por ver algo que entonces ignoraban que poblaría sus pesadillas durante mucho tiempo. Porque no fueron pocos los chicos que después de aquel día aseguraron que Jero se aparecía por las noches. Muchas madres tendrían que hervir tila en sus cacillos de hojalata a altas horas de la madrugada mientras maldecían la hora en que Jerónimo Bodegas había decidido dejarse matar en el pantano.

Pero en aquel domingo de julio nadie sabía todavía que el hombre azul se convertiría en el material del que se construirían los terroríficos sueños de los niños lagunenses. Todos callaban por respeto y miedo, hasta que el Maño abrió la boca con aquel tono de voz que parecía de amante y era de verdugo. Borja y Tito lo corearon y el Maño cogió carrerilla envalentonado:

—Eso le ha pasado por golfo, que a saber las juntas que tenía para que le hayan reventado la cabeza así.

Cada vez llegaba más gente, en bicicleta o en los vespinos que conducían los más afortunados. Las sirenas del coche de la Policía Local de Robles y del de la Guardia Civil de Laguna parecían sonar a lo lejos.

El Maño se agachó y cogió una piedra que lanzó al cuerpo. Ni lo rozó, pero el proyectil dejó ondas en la superficie del agua que sí alcanzaron la piel azul.

—Veinte duros al que le dé.

Ismael, al ver que varios chicos buscaban entre la maleza una piedra lo bastante grande y ligera para poder lanzarla lejos, reaccionó:

—¡Hijo de la gran puta! ¡Eres un desgraciado, Maño, que no respetas ni a un muerto! ¡Tú sí que eres maricón, que lo primero en lo que te has fijado es en la polla! ¡Cabronazo, así te mueras hoy mismo!

Las lágrimas le corrían por el rostro furiosas y calientes. Había tanto odio en su voz que, sin soltar la mano de Natalia, casi arrastrándola, avanzó unos pasos. Al estar encima de la pequeña loma

parecía disfrutar de una posición privilegiada sobre el Maño, situado en la orilla, varios metros por debajo.

—¡Así revientes, malnacido! —continuó gritando—. ¡Jero es más hombre de lo que tú vas a ser en tu puta vida!

Ismael, sin pensar en lo que hacía, se desembarazó de sus amigos y, llevado por la ira, cogió una piedra y la lanzó con los ojos cegados por la cólera y la pena. Sus sentimientos guiaron el proyectil en una impecable línea recta hasta la despejada frente del Maño, donde impactó dejando tras de sí bocas abiertas por el atrevimiento de Ismael y un silencio que solo rompieron las sirenas, que se acercaban cada vez más.

Todos los presentes vieron cómo brotaba la sangre de la cabeza del Maño, mudo de asombro ante el cambio de roles en el juego que él mismo había propuesto. Se llevó la mano a la cara y tuvo que sentarse, mareado por el golpe y una vergüenza novedosa. Se miró los dedos empapados y sintió un escozor en el ojo derecho que lo obligó a mantenerlo cerrado, la sangre cayendo como una cascada sobre él. Entonces gritó:

—¡Es lo último que haces en tu vida, bastardo! ¡Te voy a reventar esa cabeza de listillo que tienes, desgraciado!

Cuando el Maño fue a levantarse, cayó de culo en el suelo embarrado de la orilla. Estaba mareado. Borja quiso ayudarlo, pero el Maño se liberó de él de un empujón y, entre la sangre que manaba a borbotones y le cegaba la vista, intentó localizar a Ismael lanzando puñetazos al aire.

Fue así como empezaron las risas, al principio tímidas, pero luego más y más ruidosas, crueles, vengativas a medida que los adolescentes presentes del pantano comprendían que el Maño no podía verlos bien. A todos los había humillado en algún momento aquella figura grotesca que lanzaba manotazos con la cara ensangrentada y ninguneado por sus propias víctimas.

Ahora podían cobrarse su venganza.

Fue una segunda pedrada la que tumbó al Maño de nuevo en el barro sin previo aviso, esa vez lanzada con todo su odio por Raúl.

—¡Ha sido la loba! ¡Te vas a cagar, desgraciado! —gritó Borja acusador.

—¡Te vas a cagar tú, que no te quieren ni tus propios padres de lo podrido que estás! ¡Que ojalá te hubieran ahogado al nacer, que es lo

que dice tu padre siempre en la barra del bar! ¿Qué te crees, que no lo he oído? —Raúl nunca había sido capaz de expulsar todo el veneno que el Maño le provocaba, pero la primera pedrada de Ismael le dio un coraje que le guio la mano y le soltó la lengua.

Hubo una tercera, lanzada por Natalia. Y una cuarta, por el Zapata. Y una quinta que llegó de otro lugar más lejano a la loma, pero igual de certera en su puntería. Y una sexta, una séptima... El cielo de Laguna se llenó de piedras que buscaban callar al Maño, convertido de repente en un niño pequeño agazapado en el suelo como un feto expulsado con asco de un vientre que lo rechazaba.

Ismael seguía buscando piedras sin dejar de llorar. Tiraba a matar, no le importaba si de allí sacaban dos muertos en lugar de uno. Tampoco pensaba en que había iniciado una guerra que el Maño no se iba a permitir perder, así le tuviera que hacer la vida imposible el poco tiempo que le quedaba en Laguna antes de marcharse a la universidad. Porque lo único que quería Ismael en aquel momento era olvidar que Jero, su amigo, flotaba muerto. Ismael tiraba piedras contra el Maño para hacerle pagar el haberse reído de la única figura paterna que había conocido y que ahora no era más que un trozo de carne arrugada, hinchada, azulada y deforme.

19

Jero

A ningún vecino del pueblo le sorprendió que el ataúd de Jerónimo Bodegas permaneciera cerrado durante el velatorio en casa de sus padres. Lo agradecieron, de hecho, porque así se les ahorró la visión de la media cara destrozada y la chapucera venda con la que el maquillador de la funeraria le había envuelto la cabeza. Solo su padre, Damián el Choco, había querido verlo antes de cerrar el ataúd. El hombre le contó a cuantos quisieron escucharlo —y fueron muchos— que su hijo parecía un gigantesco capullo de gusano de seda, la cabeza recubierta de una escafandra que amenazaba con abrirse en cualquier momento para dejar salir su espíritu convertido en mariposa negra.

Las hermanas de Jero, Regla y Julita, habían despejado el humilde salón de su casa y lo habían llenado de sillas desparejadas (las del propio hogar, las que habían llevado las vecinas, algunas plegables que había cedido el padre de Raúl, otras de plástico del bar de la piscina municipal) en las que en aquel momento estaban sentadas las mujeres, los abanicos golpeando con un ritmo digno de metrónomo los pechos sudados. En el patio de la casa se agolpaban de pie los hombres fumando y bebiendo. Las conversaciones se extendían por las dos plantas de la vivienda como un arrullo de susurros y superstición, siempre en voz baja y con la cantinela de «a ver si cogen pronto al cabrón que lo ha matado, que no es plato de buen gusto que un asesino ande suelto por el pueblo. Y menos en verano, con nuestros hijos corriendo de un lugar a otro».

Ismael nunca se había vestido para un funeral. La gente solo se moría en las películas, en sus novelas de bolsillo o en las familias del pueblo con las que él no tenía trato. No sus seres queridos. Aquel velatorio tenía que ser una farsa en la que Jero levantaría de un momento a otro la tapa del ataúd y, quitándose la escafandra de

vendas de la cabeza, gritaría: «¡Te lo has creído, Kubrick! ¿Ves como soy un actor cojonudo?». Ismael estaba tan concentrado en que aquello ocurriría de un momento a otro que no se dio cuenta de que su madre le daba un codazo para que volviera a la realidad y les diera el pésame a Jimena y Damián, los padres de Jero.

—Los acompaño en el sentimiento.

—Hija mía, Cati, lo que mi hijo te quería a ti no está en los escritos. Eras como su mujer, qué pena más grande...

Dos besos en dos mejillas que, a fuerza de pésames, ya estaban tan desgastadas como los pies de madera de la Virgen de la Montaña cuando la sacaban al altar principal de la iglesia el primer domingo de mayo para el besapiés de la romería.

Cati se sentó en una de las sillas más próximas al ataúd y permaneció en silencio, la mirada fija en la madera y en el crucifijo dorado atornillado en la tapa. Se había puesto un sencillo vestido negro de la abuela Inés que le llegaba por la rodilla y apenas se había maquillado, solo un poco de color en las mejillas para disimular el gris ceniciento de una piel que no descansaba desde la muerte de su mejor amigo.

Ismael había rescatado del fondo de su armario una camiseta negra con el logotipo del videoclub de Severo bordado en el pecho. Aquella prenda de promoción era lo único negro que tenía, así que se la puso de mala gana por más convencido que estuviera de que Jero habría preferido que todos hubieran ido a despedirlo vestidos de llamativos colores y con la cara pintada como una puerta.

Pero no había color ni vida en el velatorio, salvo el de los abanicos con los que las mujeres aliviaban el sofoco de julio.

—¿Quieres un vaso de agua, mamá? —preguntó Ismael.

Su madre se había pasado varias veces la lengua por los labios y él estaba deseando alejarse de aquel mar negro. Cati asintió, la mirada aún fija en el dorado del Jesucristo atornillado, e Ismael se levantó y atravesó la marabunta de señoras que lo mismo comentaban quién había sido capaz de reventar una cabeza a pedradas como se preguntaban si el gazpacho era mejor con un diente de ajo o con dos.

Ismael conocía la casa de Jero tan bien como la suya y sabía que tenía derecho a moverse con libertad por sus estancias. Había perdido su primer diente de leche en aquel patio y allí se había abierto la barbilla con seis años al caer de bruces contra el pedal de la máquina

de coser de Jimena. Abrió la puerta de la cocina. La encimera junto al fregadero estaba llena a rebosar de ollas tapadas con trapos. Era la comida que las mujeres habían llevado: pucheros, sopas, consomés y platos de cuchara, carne en salsa y albóndigas con tomate. También dulces, no solo las típicas carmelas de la zona —bollos rellenos de crema y espolvoreados con canela en polvo—, sino también cajas de la pastelería de la plaza con docenas de hojaldres. El resultado era una mezcla imposible de aromas que Ismael, desde entonces, siempre asociaría con la muerte.

Bebió sin respirar dos vasos de agua. Llenó un tercero para su madre y ya se iba a marchar cuando Jero le sonrió. Del susto casi se le resbala el vaso, pero pronto comprendió que lo miraba un Jerónimo congelado en el tiempo en una fotografía enmarcada junto a un reloj de pared con forma de cafetera italiana. Se trataba de un Jero adolescente, el pelo tan dorado que parecía arderle sobre la frente, subido en un burro y luciendo un bañador azul con dos bandas blancas en los laterales. Una de las manos agarraba el pelaje del animal, la otra estaba alzada en un gesto de triunfo, como si en lugar de un burro estuviera montado en un unicornio al que acabara de domar.

La foto debía de ser de la época en que nació Ismael, cuando Cati dejó de ser una niña para convertirse en una madre y Jero cambió Laguna por Madrid para pasar de ser el hijo de Damián el Choco a un actor de verdad. Era un tiempo lejano, del que Ismael siempre había querido saber más, pero del que nunca le habían contado casi nada. Solo sabía que Jero y Cati habían sido amigos desde la guardería, que se habían criado planeando una vida llena de aventuras lejos del pueblo y que habían conseguido sobrevivir a la realidad impuesta de sus propios caminos. Habían sido amigos íntimos contra todo en su adolescencia y se habían convertido en amigos pese a todo en su madurez.

Allí, ante su imagen, Ismael se preguntó cuánto sabía de verdad sobre el hombre que siempre lo había animado a no dejarse envenenar por la rutina y los sueños muertos de Laguna. ¿Quién era Jerónimo? ¿Cuántas veces se había enamorado, cuántos volantazos había tenido que dar para reconducir un futuro que se había empeñado en reescribir para no tener que cumplir lo que todos esperaban del hijo de un panadero?

Ismael no podía saber que Jimena y Damián habían estado cinco años sin hablarse con su hijo porque este no había encontrado mejor modo de huir de Laguna que robando las veinte mil pesetas que habían logrado ahorrar y que guardaban en un sobre amarillento en la caja de costura de la mujer, debajo de los carretes de hilo y de los botones sueltos. Jero dejó en su lugar una nota escrita a boli:

> Lo siento mucho. Sé que algún día lo entenderéis, y también que os devolveré hasta la última peseta. Pero si os lo hubiera pedido me habríais encerrado bajo siete llaves y me habría terminado de ahogar, porque eso es lo que me pasa, que me ahogo y noto que cada vez tiran más de mí hacia abajo y me cuesta más respirar.
>
> Voy a estar bien, os lo juro por la tumba de la abuela, y vais a estar orgullosos de los cojones que le voy a echar a mi vida.
>
> Perdonadme, de corazón.
>
> Os quiero a rabiar,
>
> *Jerónimo*

Jero cogió el primer autobús que salía de Laguna a Jerez y allí compró un billete para Madrid. De su pueblo salió de madrugada y a la capital llegó por la noche, como si la oscuridad fuera su aliada y ya anticipara que su vida se iba a mover más entre las sombras que en la luz. Pero allí estaba, con diecinueve mil pesetas en el bolsillo (el resto se lo había gastado en los billetes de bus, tres bocadillos y seis cafés con leche) y dispuesto a respirar un aire contaminado que le sabía a manjar del cielo.

Todo en el Madrid de 1982 era luz, neón, gritos, marquesinas que prometían películas prohibidas años atrás, chupas de cuero, pelos de punta, metales en las muñecas, polvos blancos en la nariz... VIDA, con mayúsculas.

Jero tenía una dirección apuntada en un papel: calle Antonio Grilo, 3, 2.º izquierda. Allí vivía Agustín, estudiante de Arquitectura recién llegado de Burgos al que había conocido a través de un intercambio de cartas que el instituto de Laguna había organizado con jóvenes de otros centros de España. La idea era desarrollar la escritura y la ortografía, conocer otras costumbres, otras regiones, otras formas de hablar... Pero Jero pronto se había decantado por convertir la correspondencia con el alumno que le había tocado en una serie de provocaciones que, sorprendentemente para él, tuvieron respuesta favorable de Agustín. Así que ambos, muy lejos de hablar de la

agricultura de su zona o de las recetas de sus madres, se dedicaron, en hojas cuadriculadas arrancadas a sus cuadernos, a describir sus respectivos cuerpos, cómo sería el hombre que los desvirgaría, a qué sabría el sudor ajeno, cuáles eran sus planes de futuro frente a los que deseaban sus padres... Agustín y Jero florecían en una España nueva, torpe en su libertad, pero ansiosa en sus ganas de explorar.

Muy pocas amistades por correspondencia sobrevivieron más allá del trimestre obligado por el profesor de Lengua. La de Agustín y Jero sí, tanto que el primero hizo prometer al segundo que lo visitaría en cuanto pisara Madrid, la ciudad donde sus padres lo enviarían a estudiar Arquitectura. Iba a instalarse en un piso de tres habitaciones, techos altos y balcones a la calle a un tiro de piedra de un barrio, Chueca, donde el sexo ya no se veía como pecado, sino como derecho y santo al que adorar.

Los dos cumplieron su promesa. Agustín se instaló en su nuevo hogar y Jero, tres meses después, estaba en su puerta, maleta en mano y garganta sedienta de cerveza barata y de nuevas experiencias. Llegó para pasar unos días mientras buscaba trabajo y se quedó dos años en los que discutía con Agustín durante el día, follaban por la tarde y salían a beberse Madrid por la noche.

Jero no tardó en encontrar trabajo como camarero en un bar de moda de Chueca, un antro con las paredes impregnadas de humo e historias, con el suelo pegajoso y unos baños que no distinguían entre hombres y mujeres. Allí pasaba los días, ganando lo justo para seguir de fiesta con Agustín y pagarle un precio simbólico por el piso que ambos compartían. Pero el dinero no importaba cuando había tanta libertad por gastar y tantos cuerpos por conocer, porque ninguno quiso cerrar con ataduras una relación que les impidiera conocer otras camas. Si el país se abría a nuevas posibilidades, ¿quiénes eran ellos para cerrar las suyas?

Un sábado noche que se convirtió, sin horas de sueño, en domingo por la mañana, Jero acabó en un destartalado apartamento de Malasaña donde conoció a un sevillano, hijo de un famosísimo torero, que los invitó a gastarse los cinco gramos de cocaína que había birlado de la mesita de noche de su padre y que le quemaban en el bolsillo. Jero lo ayudó a tan generosa labor y acabó retozando durante horas con el hijísimo. Un plan tan bueno como cualquier otro... Y un día tan bueno como cualquier otro para que una mariposa batiera las

alas en el barrio de Chamberí, donde un camello había robado llaves y cartera a Blas Acosta, un joven director de cine que tuvo que ir a la casa del hijo del torero para que su compañero de piso le diera una copia de esas llaves.

El destino quiso que, al final, aquel domingo lo pasara Jero de la cama del hijo del torero a la de Blas, que estaba preparando su primera película y que, prendado de sus ojos y de su verborrea, le propusiera actuar en un papel para el que aún no habían encontrado actor: el de un repartidor de bebidas recién llegado del sur del que se enamoran los protagonistas del largometraje. Eran solo un par de frases, pero nadie podía imaginar que aquella peliculita, financiada con cuatro duros, se estrenaría unos meses después provocando un terremoto de escándalo y éxito. Ni que la cara de Jero, que protagonizaba una de las escenas más memorables y recordadas del debut de Blas Acosta, se convertiría en un rostro admirado en la noche madrileña.

Jero empezó a dividir su tiempo entre la cama de Agustín y la de Blas, incluso mezclando ambos cuerpos. Y empezó también a rumiar la posibilidad de que ser actor fuera una realidad y no solo una promesa. Sabía que había escuelas donde estudiar y formarse, pero también sabía, porque Blas se lo contaba, que había muchas primeras figuras de la interpretación que no habían abierto un libro en su vida, que todo lo que sabían se debía a su intuición y talento. «Y tú eres de esos, hazme caso», le decía el director mientras los dos acoplaban el cuerpo con la cotidianidad del amante conocido. Fue él quien, en un alarde de ardor y entusiasmo, después de firmar un sugerente contrato para su segunda película, le regaló el Zippo bañado en oro con la letra J grabada en la tapa. Desde ese día, el mechero siempre acompañó a Jero como muestra de un futuro que se adivinaba perfecto y glorioso. Como el reflejo brillante que le devolvía la tapa del Zippo.

Sus padres aún no le habían perdonado el robo, así que Jero solo mantenía contacto en Laguna con Cati, a la que llamaba una vez a la semana para preguntarle por su vida y para contarle todo lo que vivía en la capital. Sus conversaciones eran la única ventana al exterior por la que Cati miraba, y por eso Jero se preocupaba de pintarle una ciudad llena de posibilidades a la que un día también pertenecería.

—No te imaginas cómo es la Gran Vía, niña. Es como el cielo, lleno de estrellas, de colores, de gente que viste como solo ves en las

revistas —le decía—. Te juro que un día pasearemos los dos cogidos del brazo desde plaza de España a Cibeles, Gran Vía arriba y Gran Vía abajo, tú con una camisa naranja de triángulos a la que ya he echado el ojo en una tienda de Chueca y yo con una chupa de cuero roja que me ha regalado el Blas, que no te haces una idea de lo bien que me queda, que si me pongo eso en el pueblo acabo preso, estoy seguro.

—¿Y qué más, Jero? Cuéntame cómo se hace el cine, cuéntame todo —preguntaba Cati mientras acunaba a su hijo recién nacido, la espalda de ella aún llena del vómito infantil. Con el hombro izquierdo sujetando el auricular del teléfono y en el derecho descansando la pequeña cabeza del niño.

Al papel de camarero siguieron más pequeñas apariciones en el cine, siempre obtenidas al amparo de su relación con Blas. El tiempo pasó y Jero se encargó de echar pomada sobre las heridas del pasado hasta hacerlas cicatrizar. Siempre escocerían, pero, si pasaba los dedos por encima, podía notar apenas una leve imperfección en la piel del recuerdo. Sus padres supieron perdonar el robo y este pudo volver a Laguna por vacaciones para visitar a Cati y a Ismael, pasearse por la plaza de los Naranjos y contarle a todo el que quisiera escucharlo lo que era ser una estrella. Porque eso es lo que él era en su pueblo, el primer lagunense que había pisado un plató de cine. Su nombre y su cara salían en películas que se podían alquilar en el videoclub de Severo. Incluso se le dedicó una balda especial entre la de terror y la de comedia, donde la mujer de Severo escribió en una cartulina blanca: PELÍCULAS DE JERÓNIMO.

Con aquellas visitas esporádicas al pueblo, Jero empezó a existir en función de la fascinación que allí despertaba. Pero también de la envidia. Si en Madrid no dejaba de ser uno más entre cientos o miles, en Laguna era único y especial. La mirada de los lagunenses lo alimentaba y le inyectaba el mismo tipo de energía que un vampiro halla en la sangre fresca de un cuello recién descubierto. En los ojos de sus vecinos veía una admiración que devolvía al Jero real la imagen del Jero ficticio que este ansiaba ser: un hombre moldeado de manera diferente entre un millón de figuras iguales, un triunfador al que todos quieren parecerse, un modelo de conducta a pesar de su asumido libertinaje.

Poco a poco el Jero de verdad (el que malvivía en Madrid después de que Agustín lo hubiera echado del piso y Blas hubiera

encontrado jóvenes actores mucho más ambiciosos con los que retozar) quedó ahogado por el Jero de mentira que la mirada de Laguna le devolvía (el actor que conocía a las estrellas que los lagunenses solo veían en las revistas, el hombre de éxito que vestía con ropa de marca y olía siempre a perfume caro de Galerías Preciados). Y los dos, el de verdad y el de mentira, empezaron a confundirse en uno, un Jero de dos rostros que desarrolló un superdotado instinto de supervivencia para adaptarse al entorno hostil que le tocara habitar: en Madrid pasaba desapercibido, en Laguna era el sol alrededor del que giraba el resto.

Una Nochevieja, cuando Ismael ya tenía diez años, Jero se pasó por la casa de la abuela Inés para recoger a Cati de camino al cotillón que se celebraba en La Posada. Mientras ella intentaba entrar en el vestido que la beata Paula le había hecho con un patrón sacado de una revista de moda juvenil, Jero se entretuvo contándole al niño historias del cine. Y este, con la curiosidad insaciable de quien apenas ha visto mundo más allá de la calle Fuente, no paraba de preguntarle cuándo iba a salir en más películas o en las series de televisión que las nuevas cadenas privadas ya emitían. Jero, después de un largo trago a su whisky, le dijo que había rechazado salir en una de ellas porque el guion no le había gustado nada, que para él era importantísimo que la historia fuera buena y su personaje estuviera bien escrito. Ismael dio por válida la respuesta; nunca imaginó que aquella había sido la primera pequeña mentira en el declive de Jerónimo Bodegas.

La realidad era distinta al Madrid de fantasía que Jero pintaba. Y a aquella mentira inocente contada a un niño de diez años siguió una segunda, esta vez a Cati, y una tercera a sus padres. Y una cuarta, una quinta, una décima, una vigesimonovena... Sin darse cuenta, la vida real de Jero se rodeó de una telaraña de falsedades con las que disfrazaba su precariedad, el piso de mala muerte lleno de bichos que apenas podía pagar en Carabanchel, la búsqueda constante de papeles mientras sobrevivía en trabajos de tercera, pero donde le pagaban rápido y en mano.

También se decía mentiras a sí mismo. Cada vez que conseguía un papel y las luces de los focos se encendían sobre él, Jero se calmaba diciéndose que todo iría bien, que la mala racha era pasajera, que podía permitirse pasar hambre en su casa un tiempo hasta que llegara el tan cacareado golpe de buena suerte que lo pillaría en el

momento y el lugar adecuados. Se reconfortaba reconstruyendo en la cabeza el Jero de mentira que los lagunenses veían, el que tenía su propia balda en el videoclub del pueblo, aunque en esas películas apenas saliera diez minutos.

Los años pasaron. Y el Jero de mentira cada vez era más difícil de mantener, sobre todo porque sus pequeñas apariciones en cine y televisión ya no podían alargar más la promesa de un papel importante que nunca llegaba. A Laguna ya solo iba un par de semanas en verano y en navidades, pero cada vez veía menos admiración en los ojos de sus vecinos, cada vez menos respeto y envidia. Eso era como una niebla fantasmal, un vacío que amenazaba con devorarlo todo, como en el libro que había regalado a Ismael por su catorce cumpleaños, *La historia interminable*. Allí había un enemigo, la Nada, que avanzaba sin descanso y dejaba solo negrura y vacío a su alrededor. Y así empezó a sentirse Jero en Laguna, el único lugar donde su versión de mentira aún existía en la mirada de otros. Si desaparecía también allí, ¿qué iba a ser de él?

Todo podría haber llegado a buen puerto, o al menos a uno seguro, si no hubiera sido porque en los últimos años sus inventos dieron paso a los secretos.

Jero nunca le había contado a nadie que sus manos eran las de muchos anuncios de televisión, desde las que cortaban una pizza congelada a las que fregaban unos platos repletos de grasa. Siempre insistía al firmar el contrato en que no le grabaran la cara para así poder perpetuar su fantasía de ser un actor de cine y televisión a la espera del gran papel por el que ser recordado.

Tampoco habló nunca con ningún conocido de sus noches sin fin. Salía solo después de rebuscar hasta en el último cajón de su casa para reunir las cinco mil pesetas que su camello le pedía por un gramo de coca. Luego se lanzaba a los antros donde sabía que no vería a nadie conocido, siempre visitando el baño cada cinco minutos y aferrándose con todas sus fuerzas a la felicidad artificial de la química. A los desconocidos con los que compartía baño y cama les decía que era un actor camaleónico, que siempre cambiaba de registro y de cara, y que por eso les costaba ubicarlo. Durante el tiempo que le durara el efecto de volar con alas blancas, se permitía el lujo de volver a construir en la mirada de los demás ese Jero ficticio que tanto echaba de menos.

Jamás se atrevió a confesar que un martes, después de tres días

ininterrumpidos de fiesta, se despertó en su piso de Carabanchel sintiendo que no podía respirar. Tuvo tanto miedo que lloró durante horas arrinconado en su mugrienta ducha, el agua fría cayéndole en cascada sobre un cuerpo que a duras penas reaccionaba. Ese día creyó que se moría. Y no quería, deseaba con todas sus fuerzas vivir.

Por supuesto, tampoco dijo jamás ni una palabra, ni siquiera a Cati, sobre los catorce minutos exactos de reloj que mantuvo una cuchilla de afeitar sobre la piel de la muñeca derecha. Sabía que el tajo tenía que ser en vertical, no en horizontal como se veía en las películas, para que la vena se rajara y dejara salir toda su vida. Ese día creyó que moriría y, al contrario que el día de la ducha, quiso hacerlo, pero no encontró el valor para que la mano izquierda diera el tajo sobre la muñeca derecha, y viceversa. Y luego la Nada, burlona pero dulce en su canto de sirena.

El secreto de la cuchilla de afeitar fue el antepenúltimo de una larga lista. Ocurrió apenas unos meses antes de que a Jero lo echaran de su piso por deber más de seis meses —este pasó a ser el último secreto— y tuviera que volver a Laguna en el verano de 2000, la poca fuerza que le quedaba concentrada en resucitar al Jero de mentira que vivía en los ojos de los lagunenses.

Jero se había perdido, desde hacía mucho tiempo, en su propio laberinto. Al principio había sido listo y había tenido la precaución de dejar un camino de migas de pan por si necesitaba regresar al punto de partida, donde lo esperaba un adolescente hambriento de vida dispuesto a robar veinte mil pesetas del costurero de su madre para tener una oportunidad. Pero poco a poco, sin darse cuenta, creyéndose demasiado inteligente y especial, se perdió.

Pero era imposible que Ismael supiera nada de aquello. Para sus ojos solo existía el Jero que lo miraba desde una fotografía congelada en el tiempo en una cocina repleta de comida y olores.

Incluso allí, tantos años después. En su propio funeral.

Ismael regresó junto a su madre y le dio el vaso de agua. Cati lo mantuvo en la mano, pero no bebió ni una gota; la mirada seguía fija en el ataúd.

Era la hora del almuerzo y, aunque había menos gente en el velatorio, el ambiente se había cargado aún más por el calor de mediodía.

—Mamá, ¿estás bien?

Cati dio un respingo, como si se hubiera despertado de una pesadilla.

—Sí, perdona. Es el bochorno, que me deja tonta.

Bebió un sorbo de agua, que se había calentado en el trayecto de la cocina al salón.

—¿Quieres que vayamos donde la abuela a comer algo?

—Ve tú, yo me quedo aquí, no quiero que Jero esté solo.

—Está medio pueblo aquí.

—Porque quieren ver y oír, a ver si con suerte descubren quién le reventó la cabeza a pedradas. Pero no le están haciendo compañía, él les da igual.

—Mamá...

—No, Ismael. Yo no me muevo de aquí hasta que al pobre lo metan en el hoyo. Que no entiendo yo por qué no lo queman, que es lo que él siempre había querido. Encerrarlo para siempre en un agujero dentro de otro agujero que es Laguna... ¿En qué cabeza cabe eso? Él, que era la única persona realmente libre que ha visto este pueblo de mala muerte, y ahora va a quedarse quieto en una caja para los restos.

—Es la decisión de sus padres. Él no dejó escrito nada, no hay testamento ni última voluntad. Las palabras no sirven...

—Las palabras son más importantes que cualquier cosa —interrumpió Cati, la voz peligrosamente más alta que el murmullo extendido por el salón—. Si uno habla y no se le escucha, ¿para qué habla entonces? Y claro que no dejó nada escrito. ¿Quién piensa que se va a morir a los treinta y seis años? ¿Alguien se imagina que una noche va a salir de su casa y no va a regresar porque le van a arrancar un ojo, los dientes y la vida? No, nadie... Él era feliz y nadie piensa en morirse cuando se es feliz. Nadie. Y menos Jero. Pero yo te puedo decir que lo que a él le habría gustado es que lo quemáramos y que luego lo tiráramos bien lejos de aquí...

La voz de Cati se quebró. Ismael le agarró la mano.

—Mamá, eso a él ya no le importa, de verdad. Ya no está.

—¿Y qué sabes tú? A tu edad yo también creía que lo sabía todo, y ¿sabes cómo acabé? Preñada y sola, sin nadie más a mi lado que Jero, el único amigo que no me juzgó. Él siempre me creyó y fue el primero que les restregó a todas las lenguas sueltas que tú habías nacido con los mismos ojos verdes de Juan Manuel. Jero fue el que se

preocupó de que todos supieran quién había sido el cabrón y quién la imbécil.

Ismael agachó la cabeza; no tenía réplica para el dolor de ella. Era enorme y amenazaba con desbordarse. Fue la madre de Jero la que lo impidió. La mujer, ya rozando los setenta años, había oído la conversación desde el mejor sillón de la sala. Se levantó, apoyándose en el bastón con empuñadura de plata que Jero le había regalado diez años atrás, y se acercó a Cati. Tenía los ojos secos, pero hundidos de la pena. Ismael se levantó y le cedió su asiento, ella se lo agradeció con un gesto y cogió la mano de su madre entre las suyas.

—No te puedes hacer una idea de las veces que le he rezado a la Virgen de la Montaña para que mi Jerónimo se prendara de ti lo suficiente como para llevarte al altar, incluso después de haber parido al niño. No lo he visto querer a nadie como a ti. Nunca, ni siquiera a mí. Y me duele decirlo, que para eso yo lo tuve nueve meses arañándome en el vientre, que parecía que tenía tanta prisa por salir que estaba dispuesto a abrirse paso rasgándome desde dentro —le dijo.

Ismael agarró la mano de su madre que le quedaba libre; sabía que de ella no saldría el gesto aun a riesgo de morirse de la necesidad, pero también que se lo agradeció cuando la apretó entre las suyas con el tacto áspero que habían dejado en la piel tantas horas de productos de limpieza.

La madre de Jero continuó hablando, cada vez en voz más baja, cada vez más sincera:

—A ti siempre te puso en un altar del que no consintió en bajarte. Y si se tenía que reventar la cabeza con alguien para que tú no supieras lo que decían de ti, lo hacía. Porque contigo tenía pasión, de la que no se pierde con el paso de los años. Nunca se habría atrevido a cogernos el dinero de la caja de costura y escaparse a Madrid si no hubiera sido porque quería demostrarte que se podía salir de este pueblo para ser alguien. Nunca me lo dijo, pero yo sé que lo hizo por ti. Y que, si por él hubiera sido, un día te habría arrastrado de los pelos a esa ciudad que tanto quería para que vivieras con él y te dieras cuenta de que los dos estabais hechos para salir de aquí.

Cati no pudo más y rompió a llorar. Jimena la abrazó como se abraza a una hija perdida.

—Por eso da igual dónde vaya él ahora. Su cuerpo se queda aquí,

ya sea en un nicho al que yo pueda ir todas las mañanas a rezar o lo que yo no quisiera por nada del mundo que pasara: *desperriado* en cenizas y sin tener un lugar donde hablarle. ¿Qué más da, Catalina? Su alma ya está en otro lado, segura, mirándonos. Déjame a mí el cuerpo por lo menos. Que tenga un sitio al que ir a contarle lo que me pasa, que yo ya soy vieja y me gusta más hablar con los muertos que con los vivos. No sabes lo que es sobrevivir a un hijo, no te haces una idea de la puñalada que se te clava en el vientre donde lo llevaste...

Ismael se sintió un testigo no invitado a una confesión privada, pero no quiso soltarle la mano a Cati. Ella temblaba y le clavaba las uñas a su hijo igual que él lo había hecho con Natalia al descubrir el cadáver de Jero flotando en el pantano.

—Estar en el velatorio de un hijo, y elegir su mortaja, es algo que ninguna madre debería hacer en su vida.

Cati miró a Jimena y le dio un beso en la mano. La anciana se levantó y se dirigió a la cocina; allí permaneció una hora en la que nadie se atrevió a llamarla.

Ni Ismael ni Cati se levantaron de las sillas hasta que los empleados del seguro entraron a llevarse el ataúd para la misa. Durante ese tiempo, Ismael pensó en la piel azul de Jero y en sus ojos vacíos apuntando a un cielo que no podía ver.

Cati pensó en la promesa de pasear por Gran Vía, desde plaza de España a Cibeles. No dejó de imaginarse a ella y a Jero riendo, fumando, contándose anécdotas bobas mientras él le señalaba cada marquesina de los teatros y los cines y le contaba con pelos y señales el espectáculo que anunciaban las bombillas. Era un paseo infinito, arriba y abajo, por una tierra de sueños que un día él le había prometido y que ella supo, ante un ataúd cerrado con un crucifijo dorado atornillado a la tapa, que nunca pisaría.

20

El corazón delator

El cadáver de Jero había estado cuatro días hundido en el fondo del pantano con una piedra gigantesca atada a uno de los tobillos. La autopsia reveló que, una vez ya muerto, lo habían lavado a conciencia con lejía antes de tirarlo al agua, con tanta furia que había partes de la piel abrasadas. Los barbos y las carpas habían sido la única compañía de Jero en su tumba de agua antes de que la cuerda del tobillo cediera y lo dejara salir a la superficie.

Aquel fue un verano tan extraño que, dieciocho años después, el recuerdo aún le ponía el estómago del revés a Ismael. Ni contándoles a su hermano y a su cuñada cómo se protegían unos a otros con Fidelio, pero guardándose de revelar el origen de aquella palabra mágica, se le quitó de la boca el sabor a sangre y miedo que impregnó a Laguna durante aquellos meses.

—Ismael...

La voz no era más que un quejido lastimero.

Cati tenía los ojos abiertos y miraba a sus hijos, sentados frente a ella.

—Ya has llegado.

Hacía semanas que su voz se había transformado en una ronquera apenas perceptible, una afonía perpetua debido a la expansión del tumor al mediastino y a la presión que ejercía sobre las cuerdas vocales.

—Mamá, no hables, por favor...

Ismael se sentó en la cama y cogió la mano sin fuerzas de su madre, como un pajarillo muerto de frío que un niño recoge del suelo del patio.

—Marga, vamos fuera, que quiero fumar —dijo Fran.

Nadie dudó que el tabaco era una excusa para dejarlos a solas.

—Estás horroroso con esa barba. Y flaco como uno de Somalia —acertó a decir Cati, las palabras apenas susurradas.

Ismael sintió el escozor de las lágrimas en los ojos. Él mismo se sorprendió de lograr mantenerlas a raya.

—Hijo...

—No hables, mamá. No puedes.

—Yo solo quiero que...

—Tú lo que quieres es descansar. Nosotros estamos aquí contigo. La tía está abajo y el tío llegará esta noche desde Francia. Todos juntos, como a ti siempre te ha gustado.

—He tenido que morirme para conseguirlo.

Había algo extraño pero reconfortante en la poca vergüenza con que su madre miraba a la Parca, burlándose de ella sin el menor respeto.

—¿Sabes que el Ayuntamiento puso un autobús... —Cati tuvo que parar y recobrar el aliento— para que la gente fuera a ver tu película a Jerez?

—Ya se lo podía haber ahorrado, que para el caso...

La mano de Cati hizo un intento inútil de separarse de la de su hijo y darle una bofetada. Apenas pudo levantarla unos centímetros.

—Ojalá te estuvieras muriendo, como yo...

A Ismael la frase lo golpeó tan fuerte que sintió que no podía respirar.

—Mamá, por favor, no digas...

Cati intentó coger todo el aire de la habitación y retenerlo. Ismael notó que sus mejillas, amarillentas, cobraban algo de color por el esfuerzo. Iba a impedirle que siguiera forzándose cuando ella dijo, ronca pero con una claridad estremecedora:

—Ojalá. Para que te dieras cuenta del tiempo que pierdes en darte pena a ti mismo y vieras para lo poco que te sirve. Ismael...

—Para.

—No. No quiero. Aunque reviente la garganta, que para lo que me queda aquí me escuchas y te callas.

Ismael guardó silencio.

—Si supieras que te ibas a morir hoy, o mañana, o pasado como mucho... Como me va a pasar a mí, que no soy tonta, Ismael; no tengo estudios, pero sé más que todos tus libros juntos; si lo supieras..., ¿crees que te querrías llevar contigo esa amargura en los ojos?

—No es fácil, mamá. Es...

—Claro que lo es, Ismael. Lo que pasa es que te has rendido. En el primer asalto.

Silencio. En el pasillo se oyó pasar a dos enfermeras que preparaban la comida.

—¿Sabes lo que hice yo cuando me dieron el primer golpe de mi vida?

Ismael calló.

—Aguantarme. Y plantar cara. Y nueve meses después parir a un niño maravilloso, pero con mucha mala leche. Porque fue como tener un marciano. Sí, ya sé que odias que te lo diga, marciano, pero lo eres, y a mucha honra. Siempre lo has sido, un niño extraño que lo miraba todo como si quisiera saber la historia que había detrás de cada cosa. Y después escribías cuentos con lo que te inventabas... —Cati tosió. Agradeció no escupir sangre. De haberlo hecho, su hijo no la habría dejado continuar. Y necesitaba hacerlo, aunque eso acortara el tiempo que le quedaba—. Tú me dijiste un día que no ibas a tener hijos, pero que ibas a hacer películas. Que era lo mismo, ese iba a ser tu legado. Pero al primer golpe te dejas tumbar. Ya está, es mucho más fácil quejarte y darte pena, llorar por los rincones y abandonar a su suerte lo que pariste con tanto dolor. Imagínate que yo hubiera hecho lo mismo con mi hijo... Porque es lo que has hecho con el tuyo.

Ismael ya no pudo contener las lágrimas.

—Te lo voy a repetir a ver si te entra en la mollera: ojalá te estuvieras muriendo y te dieras cuenta de lo poco que merece la pena lo que estás haciendo —continuó Cati, pero ya no pudo seguir. Había hablado más en esos minutos que en las últimas semanas. Pidió con un gesto un poco de agua.

—Bebe despacio, por favor. —Ismael le sujetaba el vaso de plástico contra la boca entreabierta.

Ella bebió y cerró los ojos. Necesitaba descansar. El esfuerzo la había dejado exhausta.

Ismael se recostó contra el pecho de su madre y escuchó durante mucho tiempo el corazón que latía dentro de aquel cuerpo inflado por la medicina. Eran latidos débiles, lejanos. Ese corazón era como el anfitrión de una fiesta que se pasea por las distintas habitaciones apagando las luces después de que todos los invitados se hayan marchado. Ismael se preguntó cuándo haría el suyo lo mismo mientras

las palabras de su madre le retumbaban en la cabeza. ¿En qué pensaría él cuando supiera que ya no le quedaba tiempo? ¿Miraría atrás y podría decir «sí, ha merecido la pena»?

* * *

Ismael entró a la casa de su abuela por segunda vez aquel día. Aún no era la hora de la cena, pero ya se había apagado el sol y las farolas, al menos las que los niños no habían apedreado, lanzaban la luz amarillenta sobre las puertas cerradas.

La tía Juani había insistido en quedarse por la noche en el hospital. Rogó poder ocupar el único puesto que las normas del hospital concedían. Ismael insistió en que debería ser él, pero acabó cediendo cuando comprendió que llevaba prácticamente cuarenta y ocho horas sin pegar ojo, y una cabezada en una cama de verdad le permitiría reunir fuerzas para lo que intuía que vendría en los días siguientes.

Fran y él habían regresado a Laguna agotados y cabizbajos. Marga durmió durante todo el trayecto en el asiento trasero, la cabeza apoyada en un jersey hecho bola contra la ventanilla. Fran insistió en no poner la radio; no quería asociar ninguna canción a aquellos días. Por eso, todo lo que oyeron desde el hospital al pueblo fue el motor del coche y las ráfagas de música que provenían de los vehículos que los adelantaban.

Y de nuevo el silencio en la casa de la abuela Inés.

Ismael cerró la puerta y fue directo al piso de arriba. Necesitaba una ducha urgente, pero hacía un frío que pelaba y decidió que al día siguiente se levantaría un poco antes y conduciría hasta la gasolinera a por una bombona de butano con la que encender el calentador.

La pajareta seguía abierta, tal y como él la había dejado, y los táperes con comida y agua frente a ella estaban vacíos. Tras ir a la cocina y rellenarlos, esa vez con una lata de trozos de pulpo a la vinagreta y más agua del grifo, volvió a dejarlos ante la puerta, se tumbó en la cama y esperó paciente. Durante un rato aguzó el oído para ver si el gato —o la gata— se aventuraba más allá de su reino, pero se quedó dormido.

Cuando abrió los ojos, no pudo reconocer el lugar.

En la habitación no había ventanas. Tampoco puertas. Estaba

recubierta del suelo al techo con pesados tablones de madera oscura sin fisuras, como si se hubiera construido con Ismael dentro para enterrarlo vivo. Él intentaba salir, arañaba las paredes y se dejaba trozos de uñas en el intento, pero era imposible encontrar un hueco por el que colar un solo dedo y arrancar alguno de los tablones. Gritaba, aullaba, pero nadie lo oía.

Y luego estaba aquel ruido insoportable que provenía de detrás de las paredes. El latido de un corazón que se adivinaba enorme, gigantesco, como el que se escondía bajo las calles de Laguna, solo que cada vez bombeaba más lento. Como en el relato de Poe, pero buscando no venganza, sino ayuda.

Pum, pum... pum..., silencio... Pum... pum... pum..., silencio..., silencio...

Ismael sabía que era el corazón de su madre luchando por no apagarse. Y que él tenía que evitarlo, debía encontrar el hueco por el que arrancar las tablas para descubrir el órgano, protegerlo, abrazarlo para que siguiera funcionando. Gritaba furioso, de sus uñas destrozadas no dejaba de manar sangre.

Y el latido cada vez se espaciaba más y más...

Pum..., silencio..., silencio..., silencio..., pum..., silencio..., silencio..., pum.

Pero no había salida. O él era incapaz de encontrarla, desesperado y angustiado con cada silencio antes de oír un nuevo latido cada vez más apagado.

Silencio..., silencio..., silencio..., pum... pum..., silencio.

—¡¡¡Mamá!!!

Ismael ya casi no tenía dedos, la sangre manaba desde sus muñones y caía hasta el codo. Pero la madera seguía intacta.

Silencio..., silencio..., silencio..., silencio..., silencio..., silencio.

—¡No! ¡¡¡Mamá!!!

Silencio..., silencio..., silencio..., silencio..., silencio..., silencio.

El corazón ya no latía debajo de ninguna tabla.

***

Ismael se despertó temblando. El tono de llamada de su iPhone retumbaba insistente y machacón. Hacía muchísimo frío y él se había quedado dormido tan de repente que no se había tapado con las

mantas, pero aun así estaba bañado en sudor. Tardó un momento en recuperarse de la pesadilla, aterrado, e incluso tocó con las manos adultas la pared de su habitación infantil para comprobar que estaba hecha de cal y no de maderas sin fisuras.

El iPhone calló, aguantó cinco segundos y volvió a aullar. Ismael tanteó la mesita de noche para cogerlo y sus dedos acabaron por tirarlo al suelo. Seguía temblando. Se agachó, el sonido llegaba de debajo de la cama, muy al fondo, donde de pequeño su madre guardaba el orinal de hojalata para ahorrarles el suplicio de bajar a la otra punta de la casa a usar el baño en las noches de invierno. Su mano buscaba el aparato, rozando las frías losas del suelo, cuando su mirada se cruzó con la del gato.

Estaba en el umbral de la pajareta, los bigotes grasientos después de haber dado buena cuenta del pulpo. Estaba sentado sobre los cuartos traseros y lo miraba con curiosidad. No hizo ademán alguno de esconderse.

Ismael encontró el móvil. Era Raúl. Antes de descolgar comprobó que llevaba durmiendo dos horas. Apenas eran las diez de la noche. Su estómago reaccionó gruñendo de hambre.

—Hola, Raúl. —La voz sonó pastosa, la pesadilla todavía adherida a la garganta.

—Ey, ¿qué tal? ¿Estabas dormido?

—No, no... Dime.

—Nada, perdona, que lo mismo me meto donde no me llaman, pero he pasado antes por tu calle y he visto luz en el piso de arriba. Solo quería comprobar que estabas bien.

—Sí, soy yo, acabo de volver del hospital. Bueno, hace un rato. Iba a cenar algo, supongo. —Su propio olor llegó hasta él. Apestaba, sobre todo después del sueño y el sudor—. Pero lo que de verdad necesito es una ducha caliente.

—Vente a casa. Te pegas un baño y te preparo algo rico.

Ismael abrió la boca para agradecer la invitación y rechazarla. No supo muy bien por qué, en cambio dijo:

—Lo que tarde en llegar.

—¡Perfecto! —Raúl no ocultó su alegría—. Está aquí Natalia también, así que me hacéis el tío más feliz de Laguna.

Ismael se despidió y colgó. Miró al gato. Ahora estaba tumbado y se lamía una de las patas delanteras, siempre con los ojos fijos en él.

Se levantó demasiado deprisa de la cama y el animal pegó un brinco y se internó en las sombras de la pajareta raudo y veloz. Ismael resopló enfadado consigo mismo por ser tan torpe. Cubrió la distancia que lo separaba de la puerta abierta y se sentó frente a ella. Ante él solo había oscuridad infinita.

—No tengas miedo. Yo estoy igual que tú.

Las palabras se perdieron en las sombras. Nada reaccionó a ellas. Ismael esperó paciente.

De pronto dos puntos amarillos se dibujaron en la oscuridad. No avanzaron más, pero permanecieron lo bastante cerca como para dejarse ver.

Ismael sonrió. Se levantó con cuidado y se despidió con la mano.

Los ojos del gato se mantuvieron inamovibles.

21

Los pecados de los hijos

La casa de Raúl era una vivienda de una sola planta situada a tres calles de La Posada. Se accedía a la puerta principal después de atravesar un diminuto jardín con geranios, una maceta de jazmín y un tiesto con aloe vera. Junto a la entrada había un banco de tres plazas frente a una pequeña mesa de madera; allí Ismael imaginó que su amigo pasaría tardes enteras corrigiendo exámenes.

A esa hora casi todas las casas de Laguna tenían las puertas cerradas. Sus habitantes estaban en pijama, concentrados alrededor de la mesa camilla y del calor del brasero. En cambio, la de Raúl seguía abierta, el zaguán iluminado por una lámpara de techo de cristales de colores, seguramente comprada durante unas vacaciones en algún mercadillo de la costa.

Ismael buscó el timbre, pero por más que miró no lo encontró. Así que recurrió al método infalible del pueblo para anunciarse:

—¿Raúl? ¡Soy yo! —gritó.

—¡Empuja, que está abierto!

El olor a sopa casera y a algo que más tarde identificaría como solomillo al Pedro Ximénez golpeó a Ismael al entrar en la casa. Era un hogar pequeño, decorado con muy buen gusto, lleno de muebles rescatados de la basura y restaurados con mimo y cabezonería. No había una silla que se pareciera a otra, cada una tenía su historia de abandono y renacimiento.

La cocina estaba al fondo, de allí provenían el olor a comida y el sonido de un disco de Nina Simone que llenaba el hogar con una versión de *My way*. También las voces animadas de Raúl y Natalia. Para llegar había que pasar por el salón, un espacio acogedor construido, como cualquier casa en Laguna, alrededor de la mesa camilla. Y enfrente una estantería repleta de libros y muñecas Barbie.

Ismael se paró a hojear los títulos. Había de ciencia ficción, de historia, tratados sobre feminismo y nuevas sexualidades, algún *bestseller* de tapa dura, una voluminosa novela gráfica sobre patinadoras lesbianas... Todo tenía cabida en aquella estantería, ordenada con mimo y reflejo de la personalidad del dueño: alguien que no marginaba, que experimentaba y no se encerraba en una única etiqueta.

Y luego estaban las muñecas. Ismael contó doce Barbies de colección, desde la Scarlett O'Hara con el vestido verde hecho con una cortina a lo Tippi Hedren de *Los pájaros*, la Marilyn Monroe del mítico «Happy Birthday, Mr. President», la original de Mattel del cincuenta y nueve o la que reproducía a Elizabeth Taylor en todo su esplendor y lujuria. Todas estaban cuidadas hasta el último detalle, fuera de sus cajas, pero colocadas sobre un pedestal casero pintado a mano.

Ismael sonrió. En su cabeza veía a un Raúl imberbe llorando en el patio del colegio porque sus padres se habían negado a atender a su carta de los Reyes Magos. «No pueden traerte una Barbie, eso sería pecado para ellos, que son santos», le había dicho su madre. «No son santos, son magos, y tienen que hacerles caso a los niños. Si no, ¿para qué nos piden que nos portemos bien? No quiero un juego de operaciones, ¡quiero la misma Barbie que mis hermanas!», le había respondido Raúl llorando entre hipidos. Luego había destrozado el juego de la discordia con un martillo que había robado de la caja de herramientas, lo que le costó una semana sin salir a la calle y una charla sobre lo importante que era que no hablara de muñecas fuera de casa. Ismael conocía muy bien a los padres de Raúl y podía intuir que a ellos no les hubiera importado regalarle una Barbie o un pequeño Pony. Solo querían, a su manera, proteger a su hijo.

Y ahora Raúl se había desquitado de todos los regalos de Reyes que había abierto ilusionado y había abandonado decepcionado en un rincón. Ya no tenía que rendir cuentas a nadie ni asfixiar a la persona que era. Si quería tener muñecas en su salón, podía llenar una estantería entera con ellas. Es curioso cómo los niños y adolescentes diferentes acaban regresando en su madurez a todo aquello que en su infancia les dijeron que estaba mal. Como si fuera una venganza, una reivindicación de lo que les robaron por miedo a las malas lenguas, a los insultos, pellizcos y puñetazos, a los bichos muertos deslizados en las mochilas rosas de niños que no querían llevarlas azules.

Ismael sintió que el pecho le iba a estallar de orgullo al ver el pequeño hogar de su amigo, lleno del Raúl que nunca le habían dejado ser. Después se giró y se encontró de bruces con su vergüenza. Allí estaba el cartel de su película, *Verona*, enmarcado y presidiendo el lugar de honor de una casa de pueblo: el espacio de pared que queda encima del sofá. Donde las madres tienen las fotos de comunión y de boda, Raúl tenía la película que Ismael quería olvidar y enterrar.

—Fui al cine y les supliqué que me lo dieran. Les dije que era de un amigo mío, de Laguna, y que quería llevarlo a enmarcar.

Raúl tenía una copa de vino en la mano y Natalia estaba a su lado. Ismael vaciló; iba a volver a echar mierda sobre su obra, pero recordó las palabras de su madre. Y, por primera vez en meses, decidió tratar a *Verona* como a un hijo y no como a una condena.

—Gracias.

—¿Por?

—Por darle el mejor sitio de la casa. Es un honor.

Dieciocho años desaparecieron de golpe entre los tres amigos. Ninguno en aquel momento se había separado de los otros ni mudado de ciudad. Ninguno había sufrido ni había llorado a un padre ausente, ni había pensado en lo fácil que sería todo si el cáncer no existiera. Ninguna había tonteado con los antidepresivos o con las drogas de diseño. Ninguno había madurado ni crecido o sentido el sabor a hiel de la decepción y el fracaso. En aquel momento, justo cuando Ismael decidió volver a mirar las cosas sin el velo negro y la letra escarlata de una culpa que él mismo se había cosido a la ropa, volvieron a tener dieciocho años y la absoluta certeza de que la vida iba a ser tal y como ellos quisieran.

Ismael identificó aquella euforia con la alegría instantánea de la cocaína. Una sensación de estar bien, de que todo se pone en su lugar... Por eso fue consciente de que sería momentánea y decidió abrazarla y disfrutarla. Aceptó la copa de vino que Raúl le tendía, un blanco afrutado que bailó en su paladar con el sabor de las cosas caras y compradas con conocimiento. Ya se ducharía después, no quería desperdiciar ni un solo segundo de la improvisada euforia.

Los tres amigos se sentaron a la mesa de la cocina. Natalia bebía agua con gas, por eso se negó a brindar cuando Raúl levantó la copa y pidió un brindis.

—¿No te mojas ni siquiera los labios con un poco de vino? —

preguntó Ismael. En otro tiempo, Natalia habría sido capaz de tumbarlos a ambos, y aun así habría salido de la casa fresca como una colegiala rumbo a catequesis.

—Tengo a la niña donde mis abuelos. Hoy duerme allí, pero debo conducir hasta Robles; mañana tengo el primer turno.

Natalia vivía con su hija Estrella en el pueblo vecino, donde trabajaba como enfermera en la residencia de mayores, pero no quería que sus abuelos, ahora bisabuelos, se perdieran ni un solo momento de disfrutar al «demonio con trenzas»; por eso la llevaba a dormir a la vieja casa familiar tres noches a la semana.

Ismael supo que no tenía que preguntar por el padre de la niña. Tuvo la certeza de que Natalia nunca había tenido intención de que en su familia fueran tres. Quizá fuera un poder que tenían los hijos de madres solteras, como él: el reconocer esa supervivencia solo mirando a los ojos.

La cena transcurrió en un agradable clima de conversaciones intrascendentes, bromas privadas y del pasado, pequeñas confesiones sin importancia. Raúl tuvo cuidado de apoderarse de la botella de vino, rellenarle la copa a Ismael con la frecuencia justa y poner siempre a su alcance un enorme vaso de agua.

—Ve pegando sorbos de uno y de otro, que este vino es muy traicionero —le dijo. Nadie como él para hacer pasar por un consejo valioso lo que en boca de otros habría sido un insulto.

Ismael agradeció el agua, el vino, la charla, las risas y la euforia pasajera. El cáncer y la muerte luchaban por hacerse un hueco en su pensamiento, aunque consiguió mantenerlos detrás de una línea invisible que no tardaría en desaparecer, pero que, al menos esa noche, aguantaba.

Raúl recogió los platos con las sobras del solomillo y sacó de la nevera una fuente de porcelana con un bamboleante flan de turrón encima. No sirvió a nadie, prefirió ofrecerles cucharillas y que cada uno atacara el dulce por donde quisiera. Hablaron durante un rato de naderías, de películas, de las series que estaban viendo, de los famosos que conocía Ismael o de las ocurrencias de los abuelos de la residencia de Natalia.

—¿Y tú qué tal con los chavales? Te veo ahí, tan guapo, y estoy seguro de que los tienes a todos locos en el instituto. A ellas también, pero imagino que sabrán en qué liga juegas —preguntó Ismael a Raúl,

la boca llena de un flan que sabía a cielo.

—Ni se me pasa por la cabeza verlos más que como estudiantes. No quiero líos.

—Tú no, pero ellos tienen que desmayarse contigo. Me apuesto un riñón y no lo pierdo. Recuerda cómo veías tú a Lorenzo, el de Latín y Griego: como a un Dios. Y él no era ni la mitad de lo que eres tú ahora. Enamorado platónico te tenía.

Raúl guardó silencio saboreando durante más tiempo del normal y necesario el trozo de flan.

—¿Tú también les hablas a los alumnos como si fueran colegas del barrio, como él hacía con nosotros? —quiso saber Ismael.

—Les hablo como adultos. —Raúl se encogió de hombros, la atención puesta en revolver los restos del flan con la cucharilla.

—¿No erais amigos Lorenzo y tú?

—No. No te haces amigo de un adolescente, menos si es tu alumno. Lo escuchas, lo ayudas, le enseñas lo que has ido a enseñarle, intentas que comprenda que esos años de no entender nada pasarán pronto... Y ya está.

—Pensaba que Lorenzo era diferente. Con nosotros, al menos. A ti te apreciaba, eso se le notaba por cómo recomendaba películas o discos en clase y siempre se le escapaba un «esto te tiene que gustar a ti, Raúl». Nunca habría dudado de que lo considerabas un amigo. No como a nosotros, pero sí alguien que merecía la pena.

—Pues no. Era un profesor y punto.

La voz sonó seca; las palabras, afiladas como un cuchillo.

—Perdón, no quería molestarte... —se excusó Ismael.

—No pasa nada, discúlpame tú a mí, que a veces no sé beber —dijo Raúl, una enorme sonrisa dibujada en la cara a toda prisa—. Y de Lorenzo, pues no sé... Era un buen profesor, el mejor de Laguna, pero imagino que le dieron un puesto en un instituto más cerca de su casa y lo aceptó. Santander está muy lejos de aquí. Hizo las maletas y se fue. Ya está. Estoy seguro de que ni se acuerda del nombre de este pueblo. Mucho menos de nosotros.

—No tenía pinta de ser de esos —dijo esa vez Natalia.

—¿A qué te refieres?

—De los que llegan a clase, fichan, sueltan el coñazo aprendido, vuelven a fichar y cogen puerta. Siempre se preocupaba por nosotros, se interesaba por que tuviéramos una ambición, por pequeña que

fuera.

—Los profesores vemos miles de alumnos a lo largo de nuestra vida. Al final es como ser médico y tener que decirle a la gente que se va a morir... Al principio te importa, luego se vuelve rutina.

A Natalia se le dibujó una mirada de extrañeza:

—¿Por qué dices eso? Tú no eres así...

—¿Así?

—Un funcionario sin más. Lo odias, de hecho. Te importan tus alumnos, les regalas incluso libros viejos y les señalas las páginas que más les pueden interesar. Te he visto hacerlo, Raúl. Hasta yo misma te he ayudado a marcar con pósit los párrafos más interesantes para no tener que doblar la punta de las páginas.

—Quiero que sepan que pueden tener una oportunidad lejos de este pueblo. Luego que hagan lo que les dé la gana, pero que al menos lo sepan.

Ismael apuró el último sorbo de vino y se rio:

—Entonces tu discurso del profesor que da clases como quien diagnostica una enfermedad terminal no se sostiene.

—No me jodáis. ¿Tenemos sentado a la mesa a un director de cine y vamos a hablar de la vida de un maestro de pueblo?

Raúl desvió la atención hacia su amigo con una sonrisa de oreja a oreja. Todos aceptaron que el tema de conversación del buen profesor estaba agotado.

Ismael habría preferido que le hubieran arrancado los ojos antes que dulcificar su experiencia en el mundo del cine, ese mismo que él había creído amar por encima de todo. Pero no quería envenenar el ambiente.

—Pues, aunque no quieras, antes de irte me firmas el cartel —exigió Raúl.

—Nunca sé qué poner, de verdad que es...

—Me lo firmas y punto. Y nada de frases hechas ni tópicos: algo personal que solo yo entienda.

Natalia miró a Ismael y le hizo un gesto que ambos conocían bien: no tenía escapatoria, por mucho que odiara las dedicatorias, que le hacían sentirse ridículo por poner su nombre en algo en lo que había dejado de creer.

Y entonces se acordó de lo que su hermano le había contado en el hospital. Y el elefante blanco entró como un huracán en la cocina de

Raúl arrasando con los cacharros, el fregadero lleno de los platos sucios de la cena, los restos del flan de turrón y poniendo fin a la euforia en la que había discurrido la velada.

—¿Os puedo preguntar algo?

Natalia y Raúl asintieron despreocupados, desconocedores del nuevo invitado que acababa de entrar.

—¿Vosotros sabíais que mi madre visitaba al Zapata en la cárcel?

Ahora sí, ya lo habían visto todos. La euforia desapareció por completo.

—No, no tenía ni idea.

—Primera noticia. Te lo juro por mi hija.

Ismael los creyó.

—No hagas caso a las habladurías de pueblo. Te has criado aquí, sabes cómo son los «correveidile» que van de zaguán en zaguán —Natalia quiso quitarle importancia.

—Ha sido Fran quien me lo ha dicho.

—¿Tu hermano?

—Sí, la pilló varias veces. Y está convencido de que después siguió haciéndolo, pero poniendo cuidado en que no la viera nadie. Mi madre mentía muy bien, le salía solo. Siempre decía que si no hubiera aprendido a improvisar con medias verdades, como ella llamaba a las trolas, no habría podido salir adelante.

—La entiendo perfectamente —Natalia lo dijo sin pensar.

—No juzgo las mentiras —se excusó Ismael—. Yo me he ganado la vida el último año contándolas a todas horas. Pero esto es otra cosa, esto es ir a ver a un asesino y sentarte delante de él a mirarlo a los ojos.

Raúl se tensó incómodo.

—Quizá fue a que la mirara a los ojos. A preguntarle por qué lo hizo. Hay muchos familiares y amigos de víctimas que han necesitado hacer eso para seguir adelante. Tener una explicación, un saliente mínimo al que agarrarse...

—Eso me valdría si hubiera ido una vez, Raúl. Dos como mucho. ¿Pero cinco o siete, que Fran sepa? Y te lo repito: debieron ser más. Conozco a mi madre.

Ninguno encontró una respuesta posible.

—No quieres preguntarle a ella, ¿verdad?

Natalia había dejado la mano encima de la mesa, muy cerca de la

de Ismael. Por un momento, pareció que se la iba a estrechar, igual que lo hizo cuando descubrieron el cadáver de Jero en el pantano.

—No puedo, no ahora... Sería poner el primer clavo en su ataúd. Y ya demasiado cerca lo tiene.

Ismael le dio vueltas a la copa vacía, la arrastraba en círculos imperfectos sobre el mantel lleno de migajas y restos de flan. Se le ocurrió algo, tan evidente que no supo cómo no había sido lo primero en pasarle por la cabeza.

—Puedo ir a ver a la familia del Zapata, preguntarles a ellos. ¿Sabéis dónde están?

Natalia cruzó una mirada con Raúl y este negó con la cabeza. Ella hizo lo mismo. Nadie en Laguna supo dónde se habían marchado un par de días después de que el Zapata confesara el asesinato de Jero. Y rotos de dolor por la muerte de la madre.

La última desgracia de aquella familia fue el suicidio de Inmaculada. La mujer del zapatero saltó desde el Puente Nuevo al Tajo de Ronda, incapaz de aguantar la vergüenza de lo que su hijo había hecho. Estuvo perdida en el monte casi veinticuatro horas, vagando como las viejas del lugar decían que hacían las solteronas antes de la guerra, y la Guardia Civil acabó encontrando su documentación sobre el infame banco de piedra donde la abandonaban los suicidas.

Nunca encontraron su cuerpo, igual que los de Ignacio, el ganadero ludópata; Lourdes, la madre dolorosa; Manchado, el deportista arruinado por la heroína; o Concepción, la adolescente embarazada. El río iba crecido por culpa de una tormenta de verano y el cadáver se había perdido en el lugar donde las rocas se tragaban los cuerpos que no querían devolver. Y ni un santo entierro le pudieron dar a la desgraciada madre.

Raúl bebió un trago largo de vino y dijo:

—Nadie ha vuelto a hablar de ellos. Y eso que la casa y el taller siguen en pie; en ruinas, pero sin vender... En el instituto me han contado que los chavales ahora la usan como la casona del demonio, se meten por el huerto de detrás y hacen *ouija* y esas estupideces. O follan y se drogan... Claro que esto ya no me lo dicen.

—Bien merecido se tienen que la casa sirva para eso.

—No, Ismael, eso no. Bastante tiene esa familia cargando con lo que el Zapata hizo... —intercedió Natalia hablando como la madre que

era y no como la amiga que fue.

—Es un asesino —replicó Ismael intransigente. Desvió la mirada y la concentró en el elefante blanco. Allí estaba, mirándolo con ojos vacíos.

—«El hijo no llevará el pecado del padre, ni el padre llevará el pecado del hijo»... —Natalia bebió un sorbo de agua.

La cita bíblica extendió su mensaje por el aire de la cocina a modo de un perfume dulzón del que ninguno de los tres pudo librarse.

—¿Desde cuándo lees tú la Biblia? —preguntó Ismael, los ojos como platos.

—No lo hago. Mis abuelos se la leen a Estrella. Pero ella me cuenta lo que se le queda, y eso le gustó. Y a mí, porque a veces lo único que tiene un hijo de un padre, o un padre de un hijo, es la sangre. Y ninguno de los dos tiene culpa de eso. *Padre* es solo una palabra. *Hijo*, otra. Comportarse como tal es muy distinto. Deja al zapatero y a su hija en paz, Ismael... Demasiado tendrán, estén donde estén, con recordar todo lo que perdieron aquellos días.

Raúl e Ismael rumiaron el argumento de Natalia. Se miraron y cambiaron de conversación asegurándose de que las palabras y los temas fueran tan frívolos y ruidosos que al elefante blanco no le quedara más remedio que salir corriendo como si fuera un gato asustado por el estruendo.

22

La plaza del muerto

Ismael y Natalia no eran los únicos seres vivos de Laguna, pero en aquel momento lo parecían. Era las tres de la mañana y regresaban de la casa de Raúl, ambos con la lengua suelta y el paso lento. Ismael se había duchado y ahora iba vestido con ropa de su amigo, demasiado grande y moderna para él. Raúl había puesto el grito en el cielo cuando había intuido que Ismael pensaba volver a ponerse la ropa que se acababa de quitar, sudada y apestando a hospital. Estuvo eligiendo entre las opciones de un espectacular armario y le sacó un pantalón negro que se cerraba en el tobillo, un jersey gris de lana, unos calzoncillos Calvin Klein y unos calcetines térmicos que eran un número dos veces mayor que el de Ismael. La ropa sucia la metió en la lavadora y puso el programa ecológico antes de que nadie pudiera protestar.

—Así tienes una excusa para volver aquí —dijo esperanzado.

Y allí estaban, Natalia y un Ismael disfrazado de Raúl, caminando por una Laguna desierta. Ella había decidido al final conducir por la mañana temprano y pasar esa noche en casa de sus abuelos; él se había ofrecido a acompañarla y luego caminaría la poca distancia que había hasta su calle. Como en los viejos —y buenos— tiempos.

Hablaban de nada y de todo en susurros. Ismael llevaba en la mano una bolsa de plástico donde Raúl le había guardado las sobras de la cena envueltas en papel de plata. No había querido decirle que era para un gato —o gata preñada— que había encontrado viviendo en la pajareta.

—Espero que no te haya molestado la nota en los bocadillos. O que al menos recuerdes lo que significa.

Ismael se detuvo en seco sorprendido para mirar a Natalia, tan llena de comprensión y verdad.

—Creía que había sido Raúl.

—No. Él me vio meterla en la bolsa, pero no fue él. Aunque estoy segura de que lo habría hecho si no me hubiera adelantado yo.

El tiempo detenido.

—Gracias. De corazón. Leerla ha sido lo mejor que me ha pasado en mucho tiempo.

—Aún echo de menos encontrármela escrita en cualquier rincón del pueblo. En el escalón delante de la casa de mis padres, en los zócalos de mis abuelos, en la taquilla del cine... Fidelio.

—Ahora suena hasta ridícula, ¿verdad?

—No... A mí no. Y a Raúl tampoco, te lo puedo asegurar.

Ismael no supo qué contestar. Prefirió seguir andando. Los dos torcieron por la plaza de los Naranjos y subieron por la calle Ermita.

—Aquella palabra era un lugar seguro, Ismael. Me hacía sentir bien. Al instante, era como la inyección de adrenalina en el corazón a aquella tía..., ¿cómo se llamaba?

—Mia Wallace en *Pulp Fiction*.

Ismael había quemado su antiguo VHS de tanto ver esa película. Natalia lo había acompañado un par de veces y la escena en que John Travolta resucita a Uma Thurman de una sobredosis la había impresionado muchísimo.

—Eso, Mia, la novia del mafioso. Pues así me sentía yo cada vez que oía o leía nuestra palabra. Porque era nuestra, de los cuatro, y con ella sentía que formaba parte de algo único, especial y...

Natalia se dio cuenta de que las últimas palabras las había dicho al aire. Ismael se había quedado parado un par de pasos atrás, frente a una pequeña plazuela que había en el cruce de la calle Ermita con las de Vencejo y Sierra. Era apenas un círculo de piedra construido alrededor de un tobogán infantil, unos columpios pintados de verde y blanco, cuatro bancos de hierro, una pequeña fuente que se accionaba pisando un botón en el suelo y a la que habían añadido en la base una abertura para que bebieran los perros, y una farola en el centro de la que ya colgaban luces de Navidad que aún nadie había encendido.

«PLAZA DE JERÓNIMO BODEGAS», anunciaba una placa.

—¿No lo sabías? —preguntó Natalia volviendo junto a su amigo.

Ismael afirmó:

—Mi madre me lo contó. Pero nunca quise venir a verla.

A Natalia no le costó demasiado notar la vergüenza que

impregnaba cada una de las palabras de su amigo.

—Fue hace como siete años. Cuando era alcaldesa Maribel Garnica, la amiga de tu madre y de Jero. Se emperró en que nadie le había organizado un homenaje en condiciones a uno de los pocos lagunenses que había hecho algo por el nombre del pueblo...

—Y no se le ocurrió mejor manera que ponerle su nombre a esta mierda de sitio.

—Le pareció una buena idea. Y no te creas que le gustó a todo el mundo, que se le echaron encima unos cuantos porque no querían que el nombre de un muerto estuviera en un lugar donde juegan los niños. Decían que daba mala suerte.

—«La plaza del muerto»... Es así como la llaman, ¿verdad?

Natalia calló y, con ello, le dio la respuesta.

—¿Sabes que fue él quien me dio la palabra *Fidelio*? —Ismael lo dijo mirando su propio reflejo, sucio y deforme, en la placa de la barandilla. Su rostro quedaba entre las letras R y O de Jerónimo.

—Creía que lo habíamos descubierto juntos.

—Y lo hicimos. Pero Jero siempre iba cien pasos por delante de los que vivíamos aquí. Decía que tener los ojos de diferente color era de brujo, que era capaz de ver en la cabeza algo que sucedía mucho después. Me contaba al oído secretos y me juraba que yo me dedicaría al cine, a contar historias con imágenes, como Stanley Kubrick.

Natalia hizo un esfuerzo por recordar. No vio que, instintivamente, su cuerpo buscaba el calor de Ismael y ya casi parecían siameses unidos por unos brazos que tiritaban de frío.

—Recuerdo que decías que hablar con Jero era darte cuenta de lo que realmente te importaba.

—Exacto. Y por encima de todo siempre estaba lo que sentíamos por el cine. Imagino que no queríamos ser olvidados. Y las historias, me decía él, podían hacer que una persona no muriera. Que existiera eternamente, siempre revivida a través de nuevos ojos.

Se sentaron en uno de los bancos de la plaza, gélido a esa hora.

—¿Sabes que Stanley Kubrick es el único desconocido por cuya muerte he llorado?

—Pues no...

—Volvía del instituto y mi abuela estaba poniendo la mesa para el almuerzo, yo dejé la mochila para ayudarla y entonces lo dijeron en el telediario. Acababa de terminar la posproducción de *Eyes Wide Shut*

y se le paró el corazón. Como si ese último esfuerzo le hubiera robado las pocas fuerzas que le quedaban. Me di cuenta de que aquel hombre, al que solo conocía de fotografías o de programas de televisión sobre rodajes, era más importante para mí que mucha gente que conocía en persona. Recuerdo a la perfección todo lo que ocurría en el momento en que oí anunciar su muerte y cómo sentí que el mundo se detenía. Me acuerdo de los platos de vidrio marrones sobre la mesa, los vasos verdes y llenos de agua del grifo, la fuente de ensalada blanca con el borde de flores pintadas a mano, las servilletas de lino que mi abuela lavaba todos los días, el mantel de cuadros deshilachado por un borde... En la televisión una imagen de Kubrick rodando *El resplandor*, su expresión congelada y concentrada. Ahí me obsesioné con *Eyes Wide Shut*, sentí que me la dejaba en herencia, para que no me olvidara de todos los mundos que me había descubierto y en los que me había refugiado cada vez que Laguna me dejaba sin aire.

—Lloramos por lo que nos importa, lo conozcamos o no. —Natalia se acurrucó en su trenca. Dejó pasar unos segundos antes de apoyar la cabeza en el hombro de Ismael y supo lo que él iba a contestarle antes de que abriera la boca:

—Yo no le importo a nadie. Ni lo que hago.

La negrura de la afirmación cayó en cascada desde su boca hasta el pelo de su amiga. A ella no le importó y susurró, cada una de las letras perdiéndose en la noche de Laguna:

—Fidelio.

* * *

Aquella palabra secreta había nacido gracias a una gastroenteritis. La facilidad pasmosa con la que Ismael pillaba cualquier virus intestinal que flotara en el aire de Laguna hizo que cayera enfermo la noche antes de la gran fiesta de carnaval del 2000. El tradicional viernes de febrero, o marzo en algunos años perezosos, en que todos los lagunenses se lanzaban a la calle para ver cantar en la plaza a las tradicionales chirigotas y comparsas, pistoletazo de salida para un fin de semana donde los bares se llenaban de letras irónicas y mordaces, vecinos disfrazados, trajes hechos con esmero por las vecinas costureras, y por las calles se paseaban tractores engalanados con cartulinas de colores y serpentinas de papel a modo

de carrozas.

El carnaval era la fiesta más esperada para el Zapata, quizá porque era el único momento del año en que se podía olvidar de que su destino ya estaba escrito en los cueros de los zapatos de su padre y se sentía capaz de mudar la piel en lo que quisiera: astronauta con un casco hecho con un cubo de latón volteado y agujereado a la altura de los ojos cuando estaba en la guardería; mosquetero con un bigote pintado a carboncillo y una flor de lis dorada que su hermana le había bordado en el pecho de una camisa blanca; David Bowie con un rayo pintado de purpurina en el ojo y el pelo coloreado por Natalia con spray naranja... Febrero era el mes en que el Zapata había podido ser vaquero, vampiro, detective de homicidios, maestro de ceremonias... o domador de leones. Tres días durante los que era el dueño de su destino, lejos del taller.

Para el último carnaval que pasaría junto a sus amigos, el Zapata le había pedido a su hermana que lo ayudara con un disfraz de hombre pájaro que él mismo había dibujado en su cuaderno mientras Lorenzo, durante su clase de Latín I, hablaba de unas declinaciones que a él ni le iban ni le venían. A él lo que le interesaba era ese *maillot* negro que imaginaba cubierto de plumas de verdad que podría pedirle a Mateo, el dueño de la granja avícola cercana al pantano. No quería que fuera algo divertido ni un disfraz de parvulario, sino una especie de hombre con alas, como en la leyenda aquella que el mismo Lorenzo les había contado en clase sobre un chaval sin muchas luces que intentó alcanzar el sol con unas alas hechas por él mismo. El Zapata dibujó en su cabeza la imagen de un hombre capaz de volar hasta otra galaxia y decidió que aquel era el disfraz con el que pasaría el último carnaval junto a sus mejores amigos antes de que estos se convirtieran en gente de provecho y él en la sombra de su padre.

—No está muy católico hoy. El médico del ambulatorio nos ha dicho que hay un virus por la sierra, que están todos los zagales chicos metidos en cama vomitando hasta el alma. Así que se lo habrá pegado Fran —le dijo la abuela Inés al Zapata cuando este llamó a la puerta de la casa el viernes de carnaval preguntando por Ismael.

La mujer miró de arriba abajo al adolescente disfrazado y no pudo evitar acordarse de los buitres que sobrevolaban Laguna cuando ella era una niña y era normal dejar al ganado muerto tirado en la sierra para que las alimañas se dieran un festín. Se aguantó la risa e

invitó al chico a subir al piso de arriba, donde Ismael descansaba con el cubo de fregar al lado de la cama para que le hiciera las veces de wáter.

—¿De qué vas disfrazado? ¿De pajarraco loco? —La risa amenazó con convertirse en arcada e Ismael dirigió la cabeza al cubo por si las moscas.

—Soy un pájaro humano. Como el gilipollas ese que Lorenzo nos dijo que había intentado alcanzar el sol —respondió de mala gana el Zapata.

—Ícaro. Se llamaba así. Y eran alas de cera, no de verdad.

—Pues muy bien, ¿qué más da el nombre? Lo importante era la idea, un hombre que pudiera volar. El de este año tenía que ser un disfraz muy especial.

Ismael se incorporó y apoyó la espalda contra el cabecero. Miró a su amigo, embutido en aquel disfraz imposible, y el rastro de plumas sueltas que había dejado por el suelo de la habitación. Sintió una inabarcable ternura por el hijo del zapatero y su infinita sencillez, que le daba un aire de objeto raro y perdido, de único entre un millón. Se alegró de ser capaz de ver esa rareza especial que permanecía oculta, como el traje invisible del emperador del cuento, a los ojos del resto de los lagunenses.

No tardaron ni cinco minutos en llegar Natalia, disfrazada de paleontóloga con unos ridículos dinosaurios de plástico pegados a la ropa, y Raúl, ataviado con una bata de médico a la que simplemente había añadido una cruz enorme roja en la solapa y un estetoscopio de plástico alrededor del cuello. En contraste con tan evidente falta de interés de Natalia y Raúl por el carnaval de Laguna, el hombre pájaro del Zapata aún resultaba más extravagante y fuera de lugar.

Los tres amigos se apiñaron alrededor de la cama del enfermo acostumbrándose al olor del vómito y de la manzanilla que la abuela Inés había dejado sobre la mesita de noche. El morro torcido del Zapata por su frustrado plan de salir los cuatro fue mutando en risas flojas y naderías, gracias a esa capacidad que se tiene a los diecisiete años de llenar el silencio con palabras.

Desde la plaza llegaron, mecidas por el viento de febrero, las primeras estrofas de la chirigota que iniciaba el concurso. La mirada del Zapata no pudo evitar dirigirse hacia la ventana de la habitación, casi hechizado por aquella melodía a la que jamás había traicionado.

—Iros ya, que es tarde y os vais a tener que subir a los naranjos para poder ver algo del concurso. Ya estará todo el pueblo allí abajo —les dijo Ismael.

El Zapata hizo ademán de levantarse, pero prefirió quedarse en otra pequeña cama que estaba frente a la de Ismael. A su lado estaba Natalia y, sentado a los pies del enfermo, Raúl. Delante de ellos, una vieja televisión de tubo y el reproductor VHS que Ismael conservaba desde que se lo regalaron en su primera comunión. Una carátula negra sobre la mesita de noche indicaba que alguien, seguramente la abuela Inés, se había acercado al videoclub de Severo en nombre de su nieto.

—¿Qué vas a ver? —preguntó Raúl.

—*Eyes Wide Shut*. Es mi favorita. Y es larga, así pienso menos en las ganas de vomitar.

El Zapata nunca había entendido la pasión de su amigo por esas películas que para él eran como jeroglíficos indescifrables: duraban una eternidad y se perdían siempre en temas extraños, en diálogos que él no era capaz de seguir y en situaciones grotescas y alejadas de los problemas reales que él veía a todas horas en las calles del pueblo y en el taller de zapatos. Pero estaba cómodo en aquella habitación y supo que la fuerza extraña que lo había empujado a quedarse era la certeza de que los cuatro completaban un todo. Poca gracia tendría lo que pasara en la plaza si no era para verlo también a través de los ojos del resto. Además, faltaba menos de un año para que se separaran. Quién sabía si para siempre.

Acomodados de mala manera en las dos camas, se quedaron junto a Ismael para ver su película favorita cuando el resto de Laguna hervía de diversión. Pero lejos del silencio habitual que el hijo de Cati siempre exigía a la hora de sentarse frente a la pantalla, las dos horas y media de duración las llenaron la verborrea del Zapata, que preguntaba absolutamente todo lo que no entendía; los suspiros de Raúl ante el deseado cuerpo desnudo de Tom Cruise, y las risas de Natalia con cada bufido de Ismael intentando pedir calma y atención. Solo enmudecieron durante la orgía masónica de Stanley Kubrick, asombrados ante el recital de cuerpos entrelazados desprovistos de rostro por culpa de las máscaras venecianas.

Cuando llegaron los títulos de crédito, lo único que el viento arrastraba de la plaza era el silencio. El concurso de chirigotas ya había acabado hacía rato y todos los vecinos se habían desplazado

hacia el otro extremo de Laguna a beber hasta el amanecer en El Oasis. El Zapata permanecía junto a Natalia, apoyados contra el cabecero de la cama, y la chica jugueteaba con las plumas del disfraz entre los dedos. Raúl daba cabezadas junto a Ismael apoyado en los pies de su amigo.

—¿Qué te ha gustado más de la película, Zapata? —preguntó Ismael al cabo de unos minutos.

No había ironía ni sarcasmo en la pregunta. Solo ganas de descubrir qué opinaba su amigo de su película favorita.

—No lo sé, es muy rara. Y no entiendo muy bien tanta caminata por Nueva York para ponerle los cuernos a su mujer, que ella lo único que hace es confesarle que soñó con tirarse a otro. ¿Es que eso es raro en un matrimonio? Yo veo todos los días a mis padres y ni se miran a la cara, a saber lo que les pasa por la cabeza —contestó el Zapata.

Su argumento no tuvo réplica. Todo el mundo tenía secretos, más en un matrimonio en el que el pacto de durabilidad lo marcaba aquello de lo que no se habla.

—Creo que lo que más me ha gustado es Fidelio. La contraseña esa que usan para entrar en la orgía —continuó el Zapata, la mirada clavada en la pantalla en negro de la televisión—. Me gustan las cosas que solo conocen pocas personas, pero que sirven para algo. No sé si me entendéis... Como las coplas que me canta mi hermana cuando las cosas no van bien en casa.

Ninguno de los amigos preguntó por aquellas canciones. No había que tener muchos estudios para comprender que la voz de Inma era el lugar donde el Zapata se olvidaba de la mano floja del padre y el silencio cómplice de la madre.

—¿Cuál es vuestro refugio? —preguntó Raúl.

Ismael creyó notar cierto temblor en la voz de su amigo, una ligera duda de contar algo que al final no se atrevió a verbalizar.

—Vosotros —la respuesta de Natalia fue rápida y directa. Sin pensar.

—Vosotros.

Ismael.

Raúl.

Natalia.

El Zapata.

Y dejaron que entre los cuatro se creara un silencio lleno de lazos

a los que no había que poner nombre ni palabras.

Fidelio.

No hubo que decir más para que a partir de entonces ese fuera el lugar seguro de ellos cuatro.

Tom Cruise entró con Fidelio en una orgía masónica.

Ismael, Raúl, Natalia y el Zapata en un búnker donde solo existían ellos.

* * *

Las palabras seguían saliendo de la boca entre nubes de vaho que danzaban y desaparecían en la plaza del muerto. Natalia hizo un gesto para reacomodar la cabeza en el hombro de su amigo.

Ismael ya no se sentía las manos del frío, las ocultó en los bolsillos de su chaquetón polar.

—Fidelio... No recordaba lo bien que sonaba.

Natalia asintió:

—El lugar seguro que se te olvida al crecer porque, de pronto, lo ves ridículo. Cuando lo que es ridículo es olvidar lo seguro que te encontrabas allí dentro.

Los dos dejaron que de la boca les salieran despedidas más nubes de vaho que bailaron en el aire. Natalia se entretuvo lanzando a la helada noche lagunense aros perfeccionados durante sus años de fumadora. Ismael miraba hipnotizado las figuras que luego desaparecían. Una belleza efímera, condenada a muerte desde el mismo momento en que Natalia los dejaba salir de la boca. Y los labios de Ismael, a pesar del leve temblor con el que se quejaban del frío, se movieron solos:

—«Aunque mis ojos ya no puedan ver ese puro destello, que en mi juventud me deslumbraba. Aunque ya nada pueda devolver la hora del esplendor en la hierba de la gloria de las flores, no hay que afligirse. Porque la belleza siempre subsiste en el recuerdo».

—Qué bonito —dijo ella.

—Es un poema de William Wordsworth, «Esplendor en la hierba»; la película se titula así por él. Habla de las cosas hermosas que son tan frágiles que solo duran un segundo, pero a cuyo recuerdo intentaremos volver el resto de nuestra vida. Ese breve instante donde ni siquiera supimos que éramos felices. No hubo tiempo para

preguntárnoslo porque estábamos demasiado ocupados en serlo, en vivir...

Ninguno de los dos quiso añadir nada. Permanecieron un rato más en la plaza del muerto, callados pero tranquilos. Natalia cerró los ojos y, a pesar del frío, sintió en la piel el calor que solo es capaz de dar un hogar.

23

Natalia

Santiago dejó de empujar la hilera de sillas de hierro azules contra la pared del almacén anexo al cine de verano. Ya las tenía casi todas amontonadas formando estructuras imposibles unas contra otras, pero el nuevo esfuerzo le había provocado una inesperada punzada en el pecho que le hizo detenerse, sacar el pañuelo de tela del bolsillo y pasárselo por la frente, bañada en sudor. El hombre se quedó así, recuperando el aliento, el tiempo suficiente para que Natalia, que estaba tras él, se alarmara.

—Abuelo, ¿estás bien? —preguntó.

—Nada, un mareo. Este aire seco, que parece el pueblo África —disimuló Santiago consciente de que su nieta llevaba un rato parada en la puerta del almacén.

Natalia no movió un músculo. El pelo se le pegaba al cogote como si se lo hubiera mojado en la fuente, sus pantalones de pana hacían que las piernas le escocieran y la camiseta de tirantes estaba llena de manchas de sudor. Pero nada de eso le importaba en ese momento; lo que la mantenía paralizada era el tiempo, demasiado largo, que había transcurrido entre que su abuelo había dejado en el suelo la hilera de sillas y se había mantenido de pie y quieto respirando con dificultad, la mano en el pecho y la mirada fija en la pared que tenía frente a él. «Le está dando un infarto. Mi abuelo se está muriendo», fue lo que cruzó como un relámpago su mente de dieciocho años.

Santiago debió de leer la angustia en sus ojos. O el miedo, como de pequeño lo veía en los conejos cuando su padre lo llevaba a cazar al monte.

—Estoy bien, Natalia —dijo forzando una sonrisa—. No soy un zagal, cargar esto me cansa. Pero con las tuyas terminamos y ya

podemos descansar un rato. Ve a por algo de comer donde La Posada, dile a Encarni que me lo apunte y luego bajo a pagarle.

Natalia dudó unos segundos, los pies clavados al suelo arenoso del almacén. ¿Y si lo dejaba allí y cuando volviera no era más que parte del mobiliario amontonado del cine? Estaba segura de que su abuelo estaría encantado con esa muerte. Incluso a Ismael le parecería una manera perfecta de terminar su vida, entre rollos de celuloide. Pero a ella no, a ella le aterraba la posibilidad de quedarse sin ese hombre enorme que cada mañana le raspaba la mejilla con el bigote cuando le daba un beso, sentados los dos a la mesa de la cocina, cada uno frente a su tazón de café con leche migada.

—¡Natalia! ¡Que pareces uno de los espantapájaros de Paco el Cencerro! Arrea y baja ya, que no tenemos todo el día —gruñó Santiago.

La muchacha reaccionó y salió del almacén en dos zancadas, y solo entonces Santiago se atrevió a sentarse en una de las sillas de hierro para soltar de golpe todo el aire que tenía acumulado en los pulmones. La punzada había desaparecido, pero el mal cuerpo y el susto aún le duraban. Ese año ya había enterrado a tres amigos del colegio y cada verano que pasaba echaba cuentas de que le faltaba más gente con la que jugar al dominó o con los que compartir broncas sobre la liga de fútbol en los bancos de la plaza de los Naranjos. Y no lo decía en voz alta, pero tenía miedo de que cada mes que pasaba fuera el último que viera: el último enero, febrero, marzo... Y ahora agosto. ¿Sería ese su último verano? Santiago sintió la boca seca... Y entonces apareció dentro de su cabeza Natalia, pecosa, con el ceño fruncido, el pelo indomable y su condición de nieta convertida en hija. Su Natalia, la que le hacía decidir que, fueran cuales fueran los planes que la Muerte tuviera para él, se los iba a fastidiar y a vivir un poco más.

El hombre al que Laguna le debía tantas historias hizo un esfuerzo titánico y se levantó como si nada hubiera pasado dentro de su pecho. Había que terminar de amontonar las sillas de hierro y él no tenía tiempo para tonterías más allá de eso.

* * *

Natalia pasó como una flecha por el cine de verano,

completamente vacío, y se escabulló por el hueco entreabierto de la cancela azul. Su abuelo y ella habían estado toda la mañana retirando las sillas del solar que hacía de patio de butacas mientras su abuela Anita guardaba bajo llave en una despensa todas las chucherías y bebidas del bar. Estaban a principios de agosto y durante una semana todo se paralizaba en el pueblo para celebrar las fiestas de la Virgen de la Montaña: cinco días de verbena, atracciones y conciertos hasta el amanecer en el recinto del cine de verano, alquilado por el Ayuntamiento durante esos días para convertirlo en una improvisada discoteca al aire libre donde era habitual que los pequeños baños se colapsaran y las calles aledañas, por lo general tranquilas hasta el hastío, se convirtieran en un hervidero de jóvenes metiéndose mano, metiéndose cocaína, metiéndose de hostias o metiéndose fugazmente en los pocos zaguanes que se atrevían a quedarse abiertos para contarse secretos que, sin la mano amiga del ron y la ginebra, nunca se habrían atrevido a salir de sus labios.

Sobre la cabeza de Natalia, mientras bajaba por la calle Mártires, se balanceaban banderines de todos los colores atados con un cordel de un balcón a otro. La feria empezaba al día siguiente y todo Laguna intentaba pasar página y olvidar el miedo y la tristeza que se habían instalado en el pueblo desde que el cadáver de Jero había aparecido flotando en el pantano. Ella lo notaba incluso cuando despachaba entradas en la taquilla del cine: todo el mundo parecía cabizbajo, hablaba en susurros, miraba con desconfianza a su alrededor y espiaba al vecino como si pudiera mirar a través de la piel para descubrir cuál, de todos los corazones de Laguna, era el corroído por la culpa y el odio. Quién de todos había destrozado la cabeza de Jero. La normalidad empezaba a colarse gracias a las fiestas de agosto por más que la Guardia Civil siguiera preguntando a todos los vecinos sobre la vida, obra y milagros de Jerónimo Bodegas.

Natalia levantó la vista y se encontró con los banderines. Sus colores alegres contrastaban con su ánimo, gris oscuro como el cielo de las tormentas. No se le iba la imagen de su abuelo de pie, tan quieto, blanco como la tapia del cementerio, la mano en el pecho y la mirada aterrada. Se odiaba a sí misma por querer irse del pueblo y dejarlos solos, pero más odiaba esa sensación, que se la comía por dentro, de que Santiago y Anita eran demasiado mayores para hacer de padres con ella. Y no porque no pudieran, sino porque la propia

Natalia sentía que no debía quererlos más de lo que Ismael, Raúl o el Zapata querían a sus propios abuelos. Por lógica, se iban a morir antes que unos padres de edad normal. ¿Por qué tenía ella que pasar por ese dolor anticipado en lugar de guardárselo para mucho más adelante, como cualquiera de sus amigos?

—¿Vosotros queréis igual a vuestros abuelos que a vuestros padres? —se atrevió a preguntar un día Natalia mientras esperaba su turno para echar una partida al futbolín de los recreativos. Ismael y Raúl estaban jugando en ese momento, el Zapata compartía con ella un cigarrillo. Fue en el verano de 1998, cuando aún quedaba lejos la ilusión de la selectividad y poder escaparse para siempre de Laguna.

—No sé, se les quiere diferente. De otra manera —dijo Raúl concentrado en colar la pelota a través de la portería desprotegida de Ismael.

—¿De qué manera? —insistió Natalia.

—Como más tranquila.

—¿Cómo se quiere a alguien de manera tranquila?

Raúl metió gol e Ismael gruñó frustrado. Todos querían jugar contra él porque su torpeza era un clamor popular.

—A los padres se les quiere de manera diferente porque te van a durar más. Sabes que van a estar ahí mucho más que tus abuelos, que en cualquier momento les da un chungo y adiós. Son mayores y es lo que tiene —dijo Raúl sin mirar a Natalia, la mirada concentrada en la nueva bola que acababa de lanzar al centro del campo.

—Joder, Raúl, un poco de tacto —murmuró Ismael, este sí con los ojos clavados en su amigo y señalando a Natalia, el ceño fruncido en señal de reprobación.

—Perdóname, Natalia —pidió Raúl sin dejar de manejar con furia el mango con el que sujetaba sus descascarillados jugadores, uno de ellos sin cabeza—. Pero tú tienes padres, no es igual que si solo tuvieras a tus abuelos. Están lejos, pero están. Y te escriben todo el tiempo. Es solo temporal que estén lejos; al final, Santiago y Anita volverán a ser tus abuelos. Y los querrás así...

—Tranquila —terminó Natalia, la voz casi rozando el enfado.

—¡No, coño! Diferente, solo eso —gritó Raúl, y en ese momento Ismael aprovechó para colarle un gol, el primero que metía en toda su vida.

Natalia le pegó una calada al cigarro antes de pasárselo al

Zapata; este no le había quitado ojo de encima a su amiga.

—Tú quiere como te dé la gana, que le pongan nombre a alguien o a algo no hace que tengas que quererlo de una manera o de otra. Aquí todo el mundo es muy listo y sabe todas las respuestas, pero luego arrastran hasta el suelo la cara de amargados —dijo el Zapata tocándose el cordón de la muñeca.

Durante unos segundos solo se oyó el sonido de la bola de hierro chocando contra los jugadores del futbolín. Y los gruñidos de Ismael y Raúl intentando imponerse al otro como si les fuera la vida en ello.

Natalia conocía bien al Zapata y eso implicaba respetar las partes que él siempre se preocupaba de ocultar. Pero esa vez hubo algo extraño en su mirada que hizo que se atreviera a adentrarse un poco en sus sombras.

—¿Tú cómo quieres a tus padres? —le preguntó.

El Zapata aplastó la colilla con su chancla de plástico barata. Expulsó lentamente el humo hacia el techo, en dirección a las aspas del ventilador, que amenazaba con desplomarse en cualquier momento y provocar una desgracia. Incluso el ruido de la partida pareció disminuir, las orejas de Raúl e Ismael bien atentas a lo que pudiera salir de su boca.

—A mi madre la quiero, supongo. Es decir: si imagino que le ocurre algo, que tiene un accidente o que... —El Zapata se calló durante unos segundos reformulando sus palabras en la cabeza. A ninguno de sus amigos se le escapó el sentido de aquella frase rota en el aire y no terminada—. Pues eso, que creo que lloraría. Y yo solo lloro cuando estoy triste, lo que quiere decir que me importa. Nunca he entendido esa estupidez de llorar de felicidad; si uno está contento, grita, se ríe, se hace una paja si quiere, pero no llora, coño, que bastantes desgracias hay ya por las que derramar lágrimas.

Silencio. El Zapata lo había dicho despacio, como intentando articular con cuidado un discurso verosímil y que no delatara lo que ocurría más allá del taller de zapatería. Raúl e Ismael habían dejado de jugar, atentos a su amigo. Este continuó hablando, evitando aposta encontrarse con sus ojos, clavados como estaban en la bola de hierro que permanecía inmóvil a escasos centímetros de la portería de Ismael.

—A mi padre no lo quiero. Lo sé, no lo puedo razonar porque a lo mejor lo que siento es de ser mala persona y me da miedo. Pero lo sé

seguro. Si pienso que mañana mismo se lo lleva un coche por delante en la plaza, me daría igual. No pegaría saltos de alegría, que tampoco estoy podrido por dentro, pero sé que esa noche me acostaría con los ojos secos como el río en agosto. Lo sé igual que sé que, si a mi padre le pasara algo, mi hermana tendría una oportunidad para estudiar, que la Inma podría ser lo que le diera la gana, pero no le dejan.

—No eres mala gente por decir eso —se atrevió a decir Ismael.

—A lo mejor sí.

—A lo mejor nada, Zapata —sentenció Natalia.

El ruido de las máquinas recreativas llenó el silencio que se había instalado entre los cuatro. Todos pensaban lo mismo, que el zapatero era un ogro de mano fácil que pagaba con sus hijos toda la amargura que él rumiaba en el taller, pero preferían no hacer pasar a su amigo por el mal trago de mostrarse débil y asustado. No existe lo que se calla.

El Zapata no dijo nada más, aunque Ismael pudo ver en sus escurridizos ojos cómo se recomponía y se vestía de nuevo con el disfraz chulesco y despreocupado que tanto lo protegía. Se limitó a rebuscar en sus bolsillos hasta que encontró cinco duros y fue a la barra de los recreativos. Volvió con un cigarro que se encendió, dio un par de caladas y le pasó a Natalia.

—Pues eso, que cada uno quiere como tiene que querer —continuó su discurso como si no lo hubiera interrumpido—. Unos abuelos no son unos padres, pero se supone que unos padres tienen que querer a sus hijos como si fueran leones y, a veces, eso no pasa. A veces un padre es un hijo de la gran puta. Y a veces un abuelo es mejor que un padre. Y ya está, vamos al Cerro Alto, que creo que han llegado unos alemanes que vuelan como Dios y quiero verlos despegar. Arreando.

Y con eso el Zapata dio por concluida la conversación. Nadie se atrevió a contradecirlo ni muchísimo menos a compadecerlo. Se limitaron a salir al sofocante calor de aquel junio del noventa y ocho, montarse en las bicicletas y pedalear rumbo al Cerro Alto. Un minuto después ya reían con alguna burrada del Zapata; cinco minutos más tarde los golpes del zapatero y la incómoda pregunta sobre querer a los abuelos ya parecía algo perteneciente al pasado, ese lugar adonde van las cosas que no pueden hacer daño si no se habla de ellas.

* * *

Natalia regresaba de La Posada con un bocadillo y dos tapas de carne en salsa en un táper para sus abuelos. Caminaba arrastrando los pies, los banderines de colores completamente inmóviles sobre ella por el poco aire que corría en ese sofocante agosto. Era la hora del almuerzo y la vida se había suspendido en Laguna, todos los zaguanes empezaban a cerrarse y las calles permanecerían desiertas hasta el atardecer. Natalia empujó la cancela azul del cine y se coló dentro cerrándola de un empujón con la pierna porque a esa hora la chapa ardía. Sus abuelos la esperaban en el almacén, Anita abanicándose con un fotocromo de una película de Tom Hanks doblado por la mitad y Santiago con la camisa abierta y pasándose el pañuelo de tela por el pecho lleno de vello blanco.

—Os he traído carne en salsa, Encarni también os ha metido unas cervezas sin alcohol y un Bitter Kas —anunció Natalia.

—¿Y para ti? —preguntó Anita al tiempo que cogía su táper y lo colocaba sobre la cara de un Tom Hanks vestido de carcelero.

—Con un bocadillo me apaño, no tengo mucha hambre.

Era verdad. El estómago se le había hecho un nudo después de haber visto a su abuelo paralizado frente a la pared. Y a ese terror se le había unido la culpabilidad por no haberles anunciado aún sus planes. En algún momento tendría que hacerlo, decirles que tenía el dinero suficiente para comprarse un billete de avión a Buenos Aires, solo ida, y que ellos en septiembre podrían volver a ser simplemente abuelos y ella podría volver a quererlos de esa forma.

Los tres comieron un rato en silencio, Santiago y Anita con hambre canina y Natalia apenas desmigajando con los dedos el pan del bocadillo de lomo. El abuelo no pasó por alto la desgana de su nieta, la observó sin decir una palabra hasta que preguntó:

—¿Qué te ronda en la cabeza que estás tan mustia? Pareces una de las viudas que van con la beata Paula.

Natalia levantó la cabeza sin molestarse en forzar una sonrisa porque no sabía mentir. Se limitó a encogerse de hombros.

—¿Es por la muerte del Jero? Tú no te preocupes, que este pueblo es muy chico y más pronto que tarde encontrarán a quien lo hizo. Ese hombre tenía muy malas juntas y aquí somos cuatro gatos —dijo Anita.

—¿Ismael es mala junta? ¿Y su madre? —respondió Natalia encendida.

La abuela se limpió un poco de tomate que le chorreaba el labio inferior.

—No, ellos no, mujer. Otros, que el Jero no ha tenido buena cabeza nunca, ni cuando no levantaba más que un palmo del suelo. Tú eres todavía muy niña para darte cuenta de esas cosas —balbuceó Anita.

—Ya tengo dieciocho años. Y para trabajar en la taquilla poco ha importado nunca que fuera una niña.

—Natalia, un respeto. No te hemos educado para ser faltona. —La voz de Santiago sonó más grave de lo habitual. No estaba acostumbrado a reprender a su nieta y cuando lo hacía impostaba la voz de una manera casi cómica.

—No hace falta que te pongas así, cariño. Solo queremos que estés bien, que las desgracias ocurren todos los días, en cualquier parte del mundo. Y la gente tiene que seguir adelante —se excusó Anita.

Natalia arrancó la mitad de la barra de pan de un solo mordisco. Estaba furiosa y lo pagó con su bocadillo. La muerte de Jero le afectaba solo por la tristeza que veía en Ismael; lo que en realidad la llenaba de rabia era no ser capaz de reunir el coraje para confesarles a sus abuelos que anhelaba mudarse al otro lado del Atlántico. Estaba seria porque estaba nerviosa. Y estaba nerviosa porque se sentía culpable. Y la culpabilidad venía de abandonarlos igual que sentía que sus padres la habían abandonado a ella. Solo que en el caso de Cristóbal —hijo único de Santiago y Anita— y su mujer Graciela había sido por fuerza mayor, que no todo el mundo podía buscarse bien el pan en un lugar tan apartado como Laguna.

Hacía nueve años que los padres de Natalia habían tomado la decisión de hacer las maletas e irse a Buenos Aires, donde la madre tenía una íntima amiga del pueblo vecino que se había marchado hacía años y había hecho una pequeña fortuna sin necesidad de tener estudios ni formación. «Vive como una reina y se fue con una mano delante y otra detrás. Y ahora mírala, con coche, la entrada de un piso pagada, ahorros en la cartilla y sin tener que levantarse todos los días con esta angustia en el pecho de no saber si vamos a tener que ir a pedirles dinero a tus padres. O comida, que es peor, que parecemos

vagabundos», repitió Graciela como un mantra, día y noche, durante dos años. Hasta que Cristóbal, que de tanto escuchar la cantinela la tenía grabada a fuego en el subconsciente, le dijo a su mujer que sí, que podían probar suerte al menos una temporada corta. Se lo dijo una mañana de sábado, aprovechando que Natalia se había quedado a dormir en casa de los abuelos. Graciela saltó de alegría, derramó el café con leche sobre la encimera y se subió a horcajadas sobre su marido, pegando alaridos que se escucharon en todo Laguna.

Cristóbal había dejado el colegio en 8.º de EGB y Graciela solo un año después, en 1.º de BUP. Ya eran novios entonces y se querían con la misma pasión que mal estudiaban. Santiago intentaba que su hijo aprendiera el negocio del cine, que por aquel entonces también abría en invierno, en una sala cubierta que años después sería el almacén. Pero Cristóbal se veía incapaz de lidiar con el proyector con el extremo cuidado que había que tener al introducir las bobinas en el crono y manipular la lámpara. El chiquillo se agobiaba en la cabina de proyección, sentía una claustrofobia que se le agarraba a las entrañas cada vez que subía las escaleras y la puerta se cerraba tras de sí para dejarlo enclaustrado en un habitáculo de apenas cinco metros cuadrados. Así que Santiago lo dio por perdido en el oficio que él tanto amaba y convenció a Roberto, su compañero al dominó, para que metiera a Cristóbal como empleado de la única gasolinera que había en Laguna, justo en el cruce que conectaba el pueblo con la carretera principal, al lado del cementerio. Roberto era el dueño de la estación y accedió de mala gana, porque no había que ser muy listo para darse cuenta de que Cristóbal tenía un corazón enorme dentro de un cuerpo de vago redomado y una cabeza llena de pájaros. Igual que Graciela, a la que de tanto soñar con una vida mejor se le olvidaba que, para acceder a ella, era aconsejable mover el cuerpo para trabajar, aunque fuera un par de días a la semana.

Y así fue como Cristóbal y Graciela malvivieron en pecado, porque nunca consintieron en pasar por la iglesia o el juzgado, y con una economía tirando a precaria durante los siguientes seis años tras abandonar los estudios, él echando gasolina a todos los coches de Laguna y alrededores, y Graciela pasando de un trabajo a otro como quien se cambia de colonia. Hasta que un día Natalia anunció que se presentaría en el mundo en unos meses, algo de lo que fue consciente Graciela después de tres faltas que hasta entonces había asumido

como normales porque su cuerpo funcionaba cuando le daba la gana, marcando sus propias reglas.

Natalia.

Santiago lloró el día en que fue a ver a su nieta al hospital, el mismo que unos cuantos años después se convertiría en colonias infantiles y en la última morada de sor Petra. Anita agarró fuerte la mano de su marido para que este no se sintiera menos hombre por derramar lágrimas, saladas como el mismo Atlántico, sobre la carita arrugada de la niña, la nariz chata y la diminuta mano buscando asidero y encontrándolo en el rechoncho dedo del abuelo. Santiago sintió en aquel momento que su nieta iba a ser quien se quedara con él en la cabina de proyección del cine, que le regalaría los fotocromos viejos para que los colgara en la pared de la habitación, que incluso le pondría a ella sola las películas infantiles en el cine vacío, cerrado solo para sus ojos, para que se sintiera la niña más importante del mundo. Ya le daba igual que el vago de Cristóbal tuviera claustrofobia al entrar en la cabina; todo había merecido la pena solo para llegar a esa niña pequeñísima, que lo miraba con dos ojos expectantes por las historias que su abuelo era capaz de dibujar sobre una pared.

Natalia se crio en una casa de dos plantas que Santiago y Anita compraron a su hijo solo para que no anduvieran de un zulo a otro de Laguna. No lo hicieron por Cristóbal y Graciela. Fue a Natalia a la que quisieron proteger, aunque la niña solo tuviera ojos para su padre, quizá porque era tan niño pequeño como su propia hija, quizá porque nunca era capaz de regañarla por nada, quizá porque los sábados le permitía cenar helado y comer pipas con él hasta reventar mientras veían un VHS del videoclub de Severo. Quizá porque realmente era un compañero de juegos para Natalia, igual que Graciela, y no unos padres encargados de enseñar a su hija que los buenos momentos se mezclan con los malos sin poder evitarlo; que el helado sabe bien, pero el jarabe para la gripe es necesario; que reírse a carcajadas haciéndose cosquillas es una de las mejores cosas del mundo, pero que las lágrimas y los escozores en la piel son inevitables a ratos.

Criar a Natalia fue para Cristóbal y Graciela una obra de teatro donde nada malo ocurría, a la espera de que Santiago y Anita lo arreglaran todo en el último momento, ya fuera pasando por debajo de la mesa un sobre con dinero o llevándose un par de días a Natalia a su casa para que comiera «como Dios manda», según la abuela.

Y una mañana de sábado de diciembre, una semana después de que Graciela hubiera derramado el café con leche sobre la encimera de pura alegría, Cristóbal le preguntó a su hija de nueve años si le gustaría salir con él a desayunar churros con chocolate en la terraza de La Posada. Hacía sol y se estaba a gusto, siempre y cuando Natalia se abrigara con el anorak amarillo que Santiago le había regalado a principios de ese invierno. Y allí, sentados frente a dos tazas que se desbordaban, el padre le dijo a la hija que él y la madre habían tomado la decisión de tener una buena vida. Les había costado muchísimo hacerlo, pero por fin lo habían visto tan claro como el cielo surcado de parapentes de esa mañana de diciembre.

—¿La vida que tenemos no es buena? —preguntó la niña Natalia.

—Sí, pero podría ser mucho mejor —contestó Cristóbal, la mirada temblando.

—¿Y qué tenemos que hacer?

La cuestión que planteaba Natalia era tan lógica que su padre no estaba preparado para una respuesta. Tenía una excusa preparada, pero no para contestar al plural con el que ella había dado por hecho que estaba incluida en esa buena vida. Lo estaría, por supuesto, pero para Cristóbal y Graciela lo principal era abrirse camino ellos, a machetazos si hacía falta, y ya luego añadir a la ecuación a Natalia.

Cristóbal carraspeó y, a trompicones, dijo:

—Tenemos que hacer sacrificios, eso para empezar. Porque ya sabes lo que dice tu abuelo, que nadie regala nada a nadie. Y en eso lleva razón, Natalia, aunque casi siempre sea un gruñón y un cascarrabias que parece que solo le arrancan carcajadas las películas que proyecta desde ese cuchitril de su cine. Pero las cosas cuestan trabajo y tu madre y yo queremos dejarnos la piel para poder decir que lo que tenemos es nuestro, que no nos han regalado ni siquiera el azúcar que le echamos al café.

—Pero los regalos son buenos. A mí me encanta recibir regalos.

—A veces los regalos tienen veneno, como el que echa tu madre en el patio para los ratones. ¿Te acuerdas de cómo lo hace?

Natalia se lo pensó y asintió.

—Lo pone dentro de un trozo de queso y lo deja cerca de las macetas del patio.

La niña se guardó bien de contar que muchas noches ella se levantaba de madrugada y tiraba el queso a la basura antes de que los

animales se lo comieran. Era lista y se preocupaba de que el alimento quedara al fondo del cubo, debajo de las sobras de la cena y de las colillas. Pero no podía evitarlo, se le partía el alma cuando algunas mañanas bajaba corriendo a lavarse los dientes y se encontraba cadáveres minúsculos sobre el suelo del patio.

El padre levantó la mano, llamó a Encarni y le pidió una cerveza a pesar de que eran solo las diez y media de la mañana. Cuando se la llevó, se mojó los labios y cogió fuerzas para seguir hablando:

—Pues hay regalos que son como el veneno que hay dentro del queso. Muy bonitos por fuera, pero por dentro te ponen enfermo. Te pueden hasta matar. Y eso es lo que nos va a pasar a tu madre y a mí si seguimos aquí aceptando limosnas de los abuelos a cambio de tener que escucharlos luego. Lo hacen como buenamente pueden, pero ya estamos hartos, Natalia. Y una amiga de tu madre se fue hace tiempo a Argentina, a Buenos Aires, a buscarse la vida.

—¿La mujer que os escribe postales?

—Esa, Yolanda. Es amiga de tu madre desde que iban a la guardería y lo que nos cuenta de allí es una maravilla. Se puede prosperar sin la cantinela de «es que tenías que haber estudiado» de aquí, que parece que todo lo tiene que solucionar un libro, coño. Allí hay oportunidades. Cuesta trabajo, pero estamos dispuestos a dejarnos la piel si hace falta. Yolanda trabaja ahora en un asador, es encargada, y nos puede dar trabajo a los dos. Se gana bien, mucho más que aquí, que solo hay miseria y caras largas. Un año trabajando allí y será como si aquí fuéramos alcaldes.

Natalia masticó toda la información que acababa de recibir de la mejor manera que podía hacerlo. Hacía una hora su única preocupación era soplar el chocolate hirviendo de la taza para llevárselo a los labios; sesenta minutos después se encontraba frente a su padre, este diciéndole que se iban a ir al otro lado del mundo, a empezar una nueva vida. No, una BUENA VIDA. Como si la que tuvieran allí en Laguna no lo fuera. Echaría de menos a Ismael, eso seguro. Y también a Raúl y al Zapata. Pero siempre podría escribirse con ellos y estaba segura de que volverían a Laguna a ver a los abuelos, al menos en Navidad...

—Tu madre y yo hemos pensado que lo más sensato es que te mudes con los abuelos hasta que reunamos el dinero suficiente para poder llevarte con nosotros. Va a ser muy poco tiempo, seguro.

Buenos Aires es el futuro, este pueblo es el pasado.

Natalia tardó más de la cuenta en procesar esa nueva información. En darle la vuelta al asunto de que no iba a tener que escribirse cartas con Ismael, Raúl y el Zapata, sino con sus propios padres. Ellos se iban y la dejaban en Laguna, como ella misma a veces se olvidaba sus libros de texto en casa de los abuelos. Pero había una diferencia cuando eso ocurría: que a Natalia le bastaba con bajar corriendo dos calles para recuperarlos. Esa vez iba a ser diferente, no podía nadar a través del Atlántico cada vez que tuviera ganas de cosquillas o una noche comiendo pipas frente a una película. Y su casa le gustaba, le gustaba mucho, mientras que la de sus abuelos le parecía vieja, llena de figuras de porcelana que le daban miedo y con un olor que le recordaba a la sala de espera del ambulatorio. Y un sofá incomodísimo, con los brazos de madera y donde costaba echarse la siesta en las tardes de verano.

Natalia bajó la cabeza y se aguantó las ganas de llorar. Su padre siguió hablando, haciendo promesas y juramentos sobre el poco tiempo que estarían separados, contándole las mil cosas que podrían hacer cuando estuvieran juntos en una ciudad que era como mil Lagunas puestas una al lado de otra. Pero Natalia ya no escuchaba; para una niña aquel momento era lo más parecido a vivir en primera persona una explosión nuclear que arrasa con todo... O al menos con todo lo que para ella era importante.

BUUUUMMM.

Y, después, la reconstrucción. Donde ella poco o nada tenía que decir.

Un mes más tarde Natalia estaba en la puerta de casa de sus abuelos. Anita detrás de ella, las dos serias y cabizbajas. Delante un coche cargado con lo justo y necesario para viajar en avión hacia una nueva vida. UNA BUENA VIDA. Conducía Santiago, en el asiento del copiloto iba Cristóbal; detrás, Graciela. El abuelo los dejaría en el aeropuerto de Sevilla y regresaría a Laguna, aunque Natalia ya intuía que el camino iba a ser difícil porque las caras largas de los tres ocupantes indicaban ganas de pelea y reproches.

—Natalia, ven —dijo Cristóbal.

La niña bordeó el vehículo y quedó a la altura de la cara de su padre. Este tenía los ojos rojos, la voz le temblaba. Y miró muy fijamente a su hija para decirle:

—Te juro que nos vemos en nada. Y cuando eso pase quiero que sea como ahora, porque quiero recordarte allí como en este momento. Tal cual. Como la hija más perfecta que un padre pudiera soñar. Y eres nuestra.

—Nuestra —acertó a decir Graciela con un nudo en la garganta y alargando la mano desde atrás para acariciar el rostro pecoso de la niña.

Santiago graznó que iban con el tiempo justo y arrancó el coche. Si Natalia hubiera mirado justo en ese momento a su abuelo, y no a sus padres, habría descubierto que el hombre lloraba en silencio. Pero la atención de ella estaba en Cristóbal y Graciela, dos figuras que cada vez se hacían más pequeñitas conforme el seiscientos del abuelo Santiago llegaba al final de la calle y luego desaparecía...

Natalia se quedó un rato mirando la esquina desierta. Iba vestida con un jersey rojo y sus pantalones de pana, el pelo largo recogido en una coleta. Decidió en ese momento que siempre llevaría encima algo similar, sobre todo los pantalones que su padre le había regalado un par de días antes diciéndole «te quedan como a una amazona. Mi amazona». No los mismos, pero sí parecidos. Para que cuando ellos volvieran se la encontraran exactamente igual, como Cristóbal le había rogado, y no tuvieran la sensación de que hubiera cambiado. No, Natalia seguiría siendo la misma, congelada en el tiempo, hasta que pudiera formar parte de esa BUENA VIDA que sus padres habían ido a buscar. Al fin y al cabo, no podrían llamarla BUENA VIDA si ella no estaba.

Porque era imposible que esa promesa de un futuro perfecto pudiera serlo sin ella allí, con ellos.

Pero un año dio paso a otro. Y a otro. Y a otro. Y a otro más. Los padres volvían al pueblo al principio solo en Navidad y siempre con la promesa de que ese año sería el último que pasarían separados. Llegaban cargados de regalos para Natalia, de cajas de alfajores y ropa nueva que transportaban envuelta en papel de colores brillantes. La niña siempre los recibía vestida de manera parecida al día en que se despidieron por primera vez, con sus colores rojos y sus pantalones de pana. Como si no pasara el tiempo. Y con la misma indumentaria tenía que volver a decirles «adiós» porque la estancia nunca se alargaba mucho más de una semana, siempre con la esperanza de que el año siguiente fuera el tan deseado viaje de ida para ella.

Pero ya hacía tres que no se veían más allá de esporádicas llamadas de teléfono que siempre duraban poco con el pretexto de que eran muy caras.

Y siempre una cantidad innumerable de excusas para no aparecer por Laguna:

«Este año es imposible, mi amor, mucho jaleo en el asador. No te imaginas lo bien que funciona esto, ya nos ha dado hasta para comprarnos un coche. Te vamos a pasear como una princesa por la avenida 9 de Julio en cuanto vengas».

«No podemos, Natalia, entiéndelo. No nos dan vacaciones a la vez y no podemos darles dolores de cabeza a los jefes. Es un buen trabajo, tenemos que mantenerlo».

«Cariño, perdónanos. Con la diferencia horaria se nos pasó por completo. Pero, bueno, un día más no es nada. ¡FELIZ CUMPLEAÑOS!».

«Tienes que ser madura, hija. Las cosas son como son y punto. Ya nos gustaría a tu madre y a mí tener un bar como el de los padres de tu amigo Raúl y pasearnos como sultanes por el pueblo. Pero nos hemos venido aquí a buscarnos la vida, que no estamos de picos pardos, coño».

«El año que viene, seguro. Te lo juro por lo que más quieras. A lo mejor incluso en verano, fíjate lo que te digo. Así nos bañamos juntos en el pantano».

«¡Lo sabemos! Pero ¿qué prefieres? ¿Vernos tres días de mala manera en Laguna o que hayamos dado la entrada para un piso aquí? Con una habitación para ti enorme, con su propio balcón y todo. Natalia, no seas egoísta, piensa en los demás».

Y así durante los últimos tres años antes del verano en que Jero apareció flotando en el pantano. Cristóbal y Graciela cada vez más agarrados a la BUENA VIDA que, al parecer, sí era posible sin Natalia allí. Y cada vez con una voz más y más diferente, transformando el cerrado acento de la sierra de Cádiz en uno mucho más cantarín, que aspiraba las *eses* y colaba palabras extrañas, como *quilombo, cheto* o *zarpado,* que a Natalia le sonaban a chino.

La ausencia enfadaba a Natalia... Pero las cartas hacían que volviera a soñar con reunirse con ellos.

Dos veces al mes recibía una de Cristóbal mecanografiada en la vieja máquina de escribir que usaba su jefe en el asador. Eran páginas

y páginas que hacían que el sobre en que se introducían quedara tan abultado como si fuera un paquete. Y ahí, apretujadas en el infinito blanco de la página, miles de palabras con las que su padre le contaba con pelos y señales cómo era la vida en Buenos Aires y cuánto la echaban de menos. Y la necesitaban. Y la querían más que a nada que hubieran querido en el mundo, ni siquiera a sus propios padres. Natalia entendía que las llamadas desde Argentina eran caras, por lo que las cartas se convirtieron en su auténtico hilo telefónico. Cristóbal escribía, ella contestaba.

Y mientras las leía y releía una y otra vez, soñaba con viajar volando a través del océano y aterrizar en la ventana del piso que sus padres se habían comprado a unos escasos cinco minutos del asador. Tocaría a la ventana para que le abrieran, haciendo equilibrios sobre la barandilla en la que su madre seguramente habría colgado alguna maceta con geranios que le recordaran a Laguna. Dos, tres golpes... Y entonces su padre correría a abrirle, la cara convertida en una mueca indescriptible de felicidad.

—¿Cómo has llegado hasta aquí, hija mía? —preguntaría Cristóbal, los ojos encharcados en lágrimas.

—Volando —contestaría Natalia, como si no fuera lo obvio.

Y él la abrazaría fuerte hasta que las costillas sonaran. Y luego su madre, que acudiría corriendo en batín desde la cama.

—¡Ya sabía yo que vendrías! Lo he pedido día y noche, he suplicado a quienquiera que esté ahí arriba que te pusiera dos alas y te trajera hasta aquí —sollozaría.

Y los tres juntos se sentarían a la mesa de la cocina para desayunar alfajores y planear todo lo que una familia puede hacer para recuperar el tiempo perdido.

Tiempo.

—Natalia, termina ya, que tenemos que darle un manguerazo al suelo, y ya con eso que vengan a montar el escenario cuando quieran los del Ayuntamiento.

La voz del abuelo Santiago trajo a Natalia de vuelta a la realidad. Ya no estaba volando y posándose en una ventana de Buenos Aires, estaba en el almacén del cine de verano terminando de comer junto a sus abuelos tras haber despejado todo el solar para las fiestas de agosto de Laguna. Su tiempo era con Santiago y Anita, no con Cristóbal y Graciela. El tiempo...

Justo en ese momento, mientras Natalia terminaba su bocadillo de lomo, se dio cuenta de por qué se enfadaba tanto con Santiago y Anita en los últimos meses. Por el tiempo. «No puedo quererlos tanto como los quiero porque no tienen tiempo. Y si los necesito, no los voy a tener».

No quería a Santiago y Anita de manera tranquila, como le había dicho Raúl. Los quería con miedo porque imaginaba que su tiempo no iba a ser el mismo que el de unos padres normales. Por eso se tenía que ir con Cristóbal y Graciela, porque no quería sufrir como lo había hecho hacía una hora al ver a Santiago quieto y resoplando como un perro viejo que ya no puede ni vigilar el ganado ni correr tras una pelota.

Natalia se aguantó las ganas de decirles la verdad. Ya les contaría que se marchaba a Argentina; el verano era eterno y habría ocasiones mucho mejores que esa.

Ya tendría tiempo.

24

Las resacas

Ismael abrió lentamente los ojos y buscó con la mano su iPhone para apagar la alarma. Era un ruido que se había acostumbrado a asociar a mañanas de resaca, la boca convertida en esparto pidiéndole a gritos agua mientras miles de agujas se le clavaban en la cabeza.

El móvil dejó de sonar de un manotazo. Ismael abrió los ojos y se encontró con la conocida sensación de resaca, pero esa vez no llevaba consigo rastro de culpa o de soledad. Al contrario, si se escarbaba un poco quedaba una agradable sensación de mareo, de haber compartido universo con gente a la que quería y haber sabido irse a la cama con cada recuerdo en su sitio, sin lagunas a las que le daba miedo asomar la nariz. La cena en casa de Raúl había sido un bálsamo, un oasis. El vino no había sido una armadura con la que luchar, sino un detalle sobre la mesa.

Por primera vez en años saboreó ese despertar sin tener que prometerse que iba a ser la última vez. Al revés, deseó que hubiera muchas más noches como la del día anterior.

Fidelio.

Fidelio.

Fidelio.

—Miauuu.

El gato atigrado estaba sentado en la cama contigua, la que una vez fue de la tía Juani. Lo miraba fijamente, sus ojos amarillos aún desafiantes pero curiosos y casi sin miedo. Era el primer sonido que el animal emitía desde que se había dejado ver.

—Me has hablado —le dijo Ismael.

Para él era una declaración de intenciones; ya no una bandera blanca anunciando la paz, sino una invitación formal a ser compañeros. O a intentarlo, al menos.

Un amigo.

El gato permaneció tranquilo. Solo se movió para chuparse las patas delanteras. Al cabo de un rato, razonablemente satisfecho, volvió a concentrar su atención en los ojos verdes de Ismael, que miró hacia la puerta de la pajareta para comprobar que los táperes que había dejado aún tenían comida y agua de sobra. No le estaba exigiendo más alimentos, lo que el gato quería era compañía. Y hacía tiempo que nadie lo escogía por voluntad propia.

—¿Te intereso porque te caigo bien o por la comida?

El gato volvió a maullar.

Los ojos verdes perdidos de nuevo en los amarillos.

—No suelo caer bien a la gente, te aviso. Ni siquiera yo me caigo bien a mí. No me gusto. Yo no me elegiría como...

Estaba hablando con el animal. Y se sintió bien, lo suficiente para terminar la frase:

—... mi amigo. Entendería que tú tampoco.

El gato no había movido ni un bigote durante la confesión de Ismael. Este retiró la mirada de los ojos del animal y la clavó en el suelo. Acababa de darse cuenta de que nunca se había reconocido a sí mismo que se sintiera tan solo tras el fracaso de su película o que sus noches infinitas con amigos de repuesto tenían una duración estipulada de pocas horas, después de dejar de ver al que era su círculo cercano porque sentía que los había decepcionado. Y la angustia cuando llegaba el día, y que él solo deseaba que oscureciera para volver a lanzarse a la búsqueda de gente que aún no hubiera agotado el escaso tiempo en que conseguía caer bien y ser una buena compañía.

Nunca le había dicho a nadie cómo se sentía. Y acababa de contárselo a un gato.

¿O era una gata? Necesitaba levantarle la cola y mirar debajo, pero un rápido vistazo a los ojos amarillos lo disuadió. Su familia siempre había tenido perros y él nunca había estado muy por la labor de adjudicarse un gato; siempre le habían resultado ariscos, interesados, poco de fiar.

—¡Ismael, abre!

Esa vez el gato sí pegó un salto y desapareció en el interior de la pajareta.

—¡Ismael!

Era su hermano, que voceaba desde la calle.

Ismael se levantó, abrió la ventana y un viento helado le golpeó la cara. Sintió que los dientes le castañeaban y solo entonces notó que no llevaba puesto más que los calzoncillos Calvin Klein que Raúl le había prestado y una vieja camiseta de un concierto de Jarabe de Palo que usaba a modo de pijama. Había puesto en su cama todas las mantas que había encontrado y había dormido bajo su peso y su calor. Lo prefería a los cómodos nórdicos ligeros, que le hacían sentir desprotegido en Madrid por mucho que abrigaran.

Fran estaba en la calle y tenía un café para llevar en la mano, se lo señaló y le hizo un gesto hacia la puerta cerrada.

—Abre, vago, que vamos tarde al hospital.

Ismael se puso los pantalones lo más rápido que pudo y, cuando iba a bajar las escaleras, se dio cuenta de que el gato estaba en el umbral de la pajareta. Mirándolo. El animal estaba alerta por quien llegaba, pero no por él. Lo veía en sus ojos. Y el nombre apareció sin más, cristalino.

—¿Te puedo llamar Kubrick?

—Miauuu.

Y todo quedó claro entre ellos.

25

Una toalla bajo la barbilla

El viaje hacia el hospital lo hicieron, de nuevo, sin hablar. Los dos habían preferido acomodarse en el sonido renqueante del viejo Toyota de Fran, comprado de tercera mano con lo que pudo ahorrar durante un verano cargando bandejas en una cafetería de Marbella. El paisaje de la sierra pasaba a ráfagas ante sus ojos. Los verdes aún más verdes, los amarillos más amarillos, los marrones potenciados y mezclados con unos naranjas chillones. El sol brillaba como un rey donde no había ni una nube, lo que hizo que, igual que el día anterior, volviera a enfurruñarse por la injusticia de tan espléndido tiempo. «Ojalá estuviera lloviendo a mares, una tormenta de las que hacen época aquí, como la del otoño del noventa y siete, cuando granizó tanto que hasta se rompió la cristalera del techo del ayuntamiento —pensó Ismael, seguro de que con un cielo encapotado soportaría mejor la pena—. Es insoportable que brille tanto el sol hoy, que no se pare el mundo. Es injusto que no cierren los bares, las tiendas de ropa, los cines, cualquier negocio del planeta; que no manden a los niños de los colegios a casa. Todos, en cualquier continente. No se debería ir a visitar a una madre en el hospital en un día en que el sol de invierno se empeña en que el mundo parezca una primavera perfecta. No es justo», refunfuñó para sí mismo, la cabeza apoyada contra el cristal de la ventanilla mientras Fran conducía.

Y perdido en esos pensamientos, cargado de resentimiento contra la luz intensa del día y la felicidad de los desconocidos, no se dio cuenta de que Fran metía marcha atrás y aparcaba con dos movimientos limpios frente a la puerta de entrada del hospital. Habían llegado. Un giro rápido de la llave en el contacto y el ruidoso motor se apagó con un carraspeo que sonó a tos de viejo... Pero ninguno se atrevió a salir del coche. Ni siquiera se quitaron el cinturón de

seguridad. Fran tenía la mirada fija en las puertas automáticas del hospital, que permanecían cerradas a escasos metros de donde estaban. Ismael también, aunque antes había levantado la vista para observar las ventanas de las últimas plantas, que reflejaban el brillo que dibujaba formas cambiantes en los cristales. Detrás de uno de ellos estaba su madre postrada en una cama. Y un escalofrío como una descarga eléctrica le recorrió la espalda a Ismael. Era una sensación casi imperceptible pero real, tanto que los ojos se le movieron para buscar los de su hermano, convencido de que aquel corrientazo también lo había atravesado por dentro. Y los encontró abiertos como platos.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Fran con voz trémula.

—Lo has sentido, ¿verdad?

—Sí, me ha empezado en la espalda, pero yo creo que ha acabado aquí. —Fran se tocó el corazón y luego cogió la mano de Ismael para llevársela al pecho. Dentro se podía sentir el órgano bombeando histérico, como si luchara por salir de su guarida y escapar corriendo por los caminos de tierra de la montaña.

Ismael se llevó la mano al suyo. Su corazón también latía tan desbocado como el de su hermano, sin motivo aparente, pero conectado a la misma descarga eléctrica.

—¿Por qué nos ha...?

La pregunta de Fran quedó incompleta en el aire. La respuesta le llegó antes de que la formulara, sin necesidad de explicación.

—Es hoy. Va a pasar hoy —dijo Fran, la voz temblando por la emoción.

Ismael agachó la cabeza y estuvo unos segundos (¿o fueron minutos?) mirando la puntera de sus zapatillas. Hacía poco más de veinticuatro horas que había vomitado sobre ellas al entrar en Laguna, pero parecía que aquello hubiera pasado hacía mil años. En otra vida, donde su madre aún podía respirar, hablar, comer, beber, besar, tocar, acariciar, regañar, perdonar... Podía, en pasado. Porque él también había visto la respuesta con idéntica nitidez.

Esa descarga, al llegar al corazón, se había convertido en un hilo que unía a un hermano al otro atando los dos órganos y llevando a sus respectivas cabezas la misma imagen precisa y aterradora: a la vida de Catalina Sánchez Roldán le quedaba poco. Y esa certeza se dejó sentir como un aviso cordial. «Abróchense los cinturones, que el día viene

con curvas».

—A lo mejor ha sido un calambre tonto; yo estaba tocando la puerta del coche ya y... —Ismael notó su propia voz impregnada de mentira.

—No, no ha sido eso. Ojalá, ya quisiera yo estar equivocado, pero lo he sentido dentro como mamá decía que nos sentía a ti y a mí cuando le dábamos patadas en el vientre. —Fran miraba al frente, los ojos vidriosos y las manos temblando sobre el volante inmóvil—. No sé cómo explicarlo, pero la he...

—Visto sin verla —lo interrumpió Ismael.

—No he visto imágenes, pero las he notado aquí. —La mano de nuevo al corazón—. Que se acaba, Isma, que ya está. Es hoy.

Ismael notó un horrible picor en la garganta, como si se hubiera tragado veinte cuchillas de afeitar, y supo que no era otra cosa que el esfuerzo que hacía por no llorar. No podía explicar por qué no quería romperse; si había un momento para no avergonzarse era ese. Sabía que el dolor justificaría cualquier comportamiento por iracundo, débil, indigno o despreciable que pudiera ser.

Pero no quería llorar por mucho que le dieran ganas de arañarse la nuez y arrancarse la tráquea para tirarla al río. Entonces sintió el aliento cálido de Fran en el hombro; se había abrazado a él y metía su enorme cabeza contra su cuello. Él sí lloraba, sin vergüenza ni disimulos. Lloraba como el chiquillo de veintipocos que se iba a quedar sin madre. Vacío igual que él y ambos tan llenos de recuerdos. Los mocos de Fran se pegaban a la piel de Ismael y al nacimiento de su barba. Aquellas lágrimas de un hermano fueron una cascada de tristeza y miedo en la espalda del otro. No había duda. Sería ese día, ya convertido en la muesca que dividiría su vida en un antes y un después.

—La voy a echar mucho de menos, Isma. No puede ser que no vaya a verla nunca más en la vida. No puede...

El picor ganó la batalla, conquistó los terrenos que aún se resistían en la garganta de Ismael y pugnó por salir a través de la boca y la nariz golpeando fuerte y sin piedad. Esa pequeña grieta de los labios que pretendía ser un «yo cuidaré de ti, Fran» se convirtió en un llanto incontrolable. La tormenta de sus ojos verdes inundó el pasto agostado del pelo de su hermano y se unió a la cascada.

Los dos se quedaron abrazados, unidos por ese hilo invisible que

les había mostrado a lo que se iban a enfrentar una vez que cruzaran la puerta del hospital. Cada uno con sus lágrimas, miedos y recuerdos. Cada uno con su propia imagen de lo que aquel hilo conectado con su corazón les había enseñado. Ismael veía a una madre adolescente que cargaba a todos lados con un niño que con diez años se sabía los nombres de las películas de Billy Wilder, pero que apenas podía defenderse cuando lo insultaban en el colegio por no tener padre. Fran veía a una mujer fuerte, siempre pegada a su cigarrillo, que se deslomaba limpiando un colegio y la casa de una beata para luego quedarse con él a hacer unos deberes escolares que, por mucho que ella lo intentara, a él no le entraban en la mollera.

Sí, aquel era el día al que los hermanos regresarían cuando quisieran recordar lo que era el dolor.

* * *

A Ismael no le sorprendió encontrarse con Maribel en el pasillo del hospital nada más abrirse la puerta del ascensor. La mujer, que estaba a punto de convertirse en la única superviviente del triángulo que una vez había formado con Jero y Cati, parecía estar esperándolos, hecha un mar de lágrimas. No había en ella la menor intención de controlarse, todo lo que quería era llevarlos en volandas a la habitación sin disimular que, en ese instante, cada segundo valía un quintal de oro.

—Entrad corriendo, que os dé tiempo a despediros —fue lo único que dijo, más bien suplicó, a Ismael y Fran mientras los arrastraba al otro extremo del pasillo.

—¿Por qué no nos habéis llamado? Habríamos salido antes de Laguna —protestó Ismael canalizando la rabia que empezaba a quemarle las tripas.

—Ha sido muy rápido. En el desayuno estaba bien, yo he llegado un poco antes porque quería hablar con tu tía, y entonces...

Los pies corrían por el inmaculado suelo de baldosas blancas y negras, como un tablero de ajedrez donde, al igual que en la película de Bergman, lo que se jugaba era la vida. Ismael sentía que estaba en una pesadilla donde alguien alargaba sin sentido el pasillo impidiéndoles llegar a su destino por más que corrieran.

—¿Entonces qué?

—Nada. Entonces nada. Nos miró y cerró los ojos. Dejó de hablar. Ahora solo respira con ese ruido insoportable. Yo...

Maribel se sorbió los mocos y calló, apretó el paso. ¿Es que el pasillo no terminaba nunca?

Ismael sintió varias miradas clavándose en ellos mientras llegaban a la puerta entreabierta de la habitación. Conocía muy bien lo que significaban porque él mismo, desde el lado contrario, las había lanzado a otros muy al principio de la enfermedad de su madre, cuando todavía pasaba tiempo con ella en el hospital y no se dedicaba a refugiarse en la calidez envenenada de los bares y la noche de Madrid. Esa sensación terrible de ver pasar corriendo a un familiar que llega con el tiempo justo para despedirse.

—Pasad y no lloréis dentro. Que no os vea tristes, que ya sabéis que no quiere berrinches ni en su entierro. Sonreíd, por lo que más queráis.

Los tres se pararon frente a la puerta de la habitación 113, de un color verde botella que a Ismael se le antojó igual que el de los pupitres del instituto de Laguna. Deseó que al cruzar el umbral lo que hubiera detrás fuera la clase de Lorenzo y que los últimos dieciocho años no hubieran sido sino un simulacro de vida reiniciado al punto de origen. Él volvería a clase, después a casa, y Fran sería un niño de tres años al que su madre, libre de toda mancha negra, estaría dando de comer. Y se reirían, e Ismael le contaría lo que había visto en el simulacro y cómo se lo había creído a pies juntillas. «Te morías con cincuenta y cuatro años, ¿te lo puedes creer, mamá? ¿En qué cabeza cabe?», diría, y Cati estallaría en carcajadas mientras se encendía un cigarro. «Yo me moriré con cien años por lo menos. Vieja, con los pellejos colgando, pero el cigarro en la boca y presumiendo de las grandes películas que ha hecho mi hijo. Las cosas no pueden ser de otra manera; me lo dijo Jero, que ya sabes que es un poco brujo», contestaría, la risa estridente de quien cree que será la única persona inmortal de la historia.

Pero al cruzar la puerta lo que había era olor a lejía, a medicinas y a adiós. Ismael no pudo explicarse cómo podía ser capaz de identificar el olor de una palabra, pero estaba convencido de que allí olía a adiós. Se podía notar su peste en la piel, como el olor a nicotina que su madre le dejaba en el pelo al darle un beso de buenas noches en casa de la abuela Inés. Era un aroma fuerte, parecido al amoniaco,

pero mezclado con algo dulzón, como las tortas de masa fritas que se hacían en Laguna en Semana Santa. Una fragancia que hacía equilibrios en una cuerda floja donde en un extremo había algo repugnante y al otro una sensación agradable. Pérdida y amor.

—Dadle un beso.

La frase, casi orden, provenía de la tía Juani. Estaba de pie junto a la cama donde su hermana se apagaba. Ismael casi podía ver los surcos que las lágrimas le habían dejado en las mejillas. Parecían ríos que habían erosionado la piel marcando en ella un rastro que ya nunca se borraría. Porque nada sería igual después de aquella habitación.

—¿De verdad ya no se puede hacer...?

Juani no dejó que terminara la frase:

—Es imposible. Demasiado tiempo ha resistido. Despedíos de ella, por favor. Antes de que ya no pueda más.

Ismael se quedó plantado en mitad de la habitación inmóvil. Se había enfrentado ya a algo parecido cuando murió la abuela Inés, pero entonces se obligó a sí mismo a pensar que era lógico que los abuelos murieran, que eso sí respondía a un orden racional que implicaba dolor, pero también normalidad. La abuela tenía setenta y tres años cuando se fue, pero ahora la mujer que todavía luchaba delante de Ismael apenas pasaba de los cincuenta. «Y ningún sueño. No ha cumplido ninguno de sus sueños...». La certeza apareció de pronto frente a él y sintió que las baldosas se abrían bajo sus pies y lo dejaban caer a un abismo negro como la mancha que había sentenciado a Cati en una radiografía cotidiana. La voz de Fran lo sacó de ese agujero oscuro:

—Isma, dile algo. Lo que quieras.

Fran estaba abrazado a su madre, los ojos llenos de cristales luchando por no desbordarse y una sonrisa enorme esbozada en la cara, casi una mueca por culpa del disimulo. Pero Cati tenía los ojos abiertos y Maribel les había advertido que no lloraran, si acaso se podían guardar las lágrimas para el funeral, pero en ese momento sobraban.

Ismael se acercó y Fran le dejó su espacio.

—Mamá... —Cati abrió la boca. Poco, separar los labios unos centímetros parecía suponerle un esfuerzo sobrehumano—. No digas nada. No te canses.

El cuerpo de Ismael se inclinó sobre la cama y con los brazos rodeó a la madre. El latido de su corazón le llegaba apagado, como si alguien lo hubiera escondido en algún lugar del hospital y su sonido viniera de lejos, invitándolos a buscarlo. Cada vez más lejos, más espaciado en el tiempo... Acercó la boca a la oreja de su madre; no quería que nadie más que ella pudiera oír su vergüenza:

—Mamá, siento que por mi culpa tuvieras que dejar todas las cosas que te hubiera gustado hacer, lo que querías ser. Tus sueños. Ni siquiera te pregunté cuáles eran, he sido tan egoísta que he dado por hecho que ni tenías. Yo...

Los ojos de Ismael se encontraron con los de Cati. Estos sonreían, no había duda.

—Te quiero, mamá.

Los labios de Cati acertaron a abrirse muy poco, lo suficiente para dejar salir una palabra:

—Fidelio.

Y entonces Ismael vio la vida irse de la mirada de su madre.

Igual que olió la palabra *adiós*, pudo ver el amor que inundaba los ojos de Cati y cómo este se extinguía como el rastro de un cometa que solo se ve cada mil años. Ver y oler una palabra mientras el cuerpo de la persona que más había amado se convertía en apenas dos segundos en un cascarón, en una armadura que perdía toda utilidad y sentido. La mano ya no podía moverse ni sujetar entre los dedos un cigarrillo; los labios ya no podían dar besos a traición o guardarse para sí las palabras cariñosas que por vergüenza no se decían; los ojos ya no miraban al hijo parido desde las entrañas; las piernas ya no tendrían que soportar más varices por culpa de las horas de pie limpiando el colegio; el pelo ya no crecería nunca para cambiarse de color en la peluquería de Celestina... Cati se acababa de convertir ya en un recuerdo, en algo de lo que hablar en pasado.

Ismael no se atrevía a separarse aun siendo consciente de que ya el pecho de su madre permanecía inmóvil bajo su cabeza. Cerró los ojos y creyó oír algunos sollozos a su lado, pero su oído estaba concentrado en rastrear cualquier indicio de vida en Cati. «No puede ser tan fácil, es imposible que tantos años de vida se vayan en un segundo. Tiene que quedar un rastro, algo que todavía sea de ella. Un ruido, un sonido; solo quiero oír algo que no sea este silencio bajo la piel», se dijo a sí mismo una y otra vez, como si fuera un niño al que

nunca le hubieran hablado de la muerte.

Pero no había nada.

—Cariño, levántate, por favor.

La tía Juani rodeó a Ismael con los brazos y lo apartó de la cama. Se miraron y, sorprendentemente, ella le sonrió.

—Ya está con los abuelos y con Jero. Se le acabó el dolor. Sonríe, Isma, aunque solo sea por eso. Ya lloraremos cuando la tengamos en casa, como ella ha pedido. Pero, por si acaso queda algo por aquí, no quiero que nos vea así. No se lo merece.

Ismael iba a replicar que él no creía que existiera ningún lugar donde su madre pudiera encaminar sus pasos después de esa habitación. Pero se calló. Lo hizo porque solo entonces su mente fue capaz de asimilar lo que Cati le había dicho antes de que el amor fuera el último sentimiento que mostraran sus ojos. «Fidelio».

¿Cómo era posible que su madre conociera esa palabra y su significado? ¿Acaso se la había dicho el Zapata en una de sus misteriosas visitas a la cárcel?

Fidelio era algo suyo y de sus amigos, solo de ellos. Incluso cuando su madre lo vio escribir la palabra en el escalón frente a la casa de Natalia, él se preocupó de que nunca la leyera.

Porque Fidelio existía en su condición de secreto entre cuatro, era eso lo que le otorgaba su poder. Y alguien, sin duda, se lo había tenido que decir a ella para que Cati le diera tanto valor. Aquella había sido su última palabra.

—Ven, ayúdame.

La tía Juani sacó a Ismael de su ensimismamiento y le alargó una toalla de mano enrollada.

—¿Qué quieres que haga con esto? —preguntó aturdido.

—Pónsela debajo de la barbilla —dijo Juani sin mirar a su sobrino a los ojos. La atención de la mujer estaba puesta en el rostro ceniciento de su hermana, la boca de esta abierta y dejando entrever una lengua inmóvil. Se agachó junto a ella, la besó en la frente y sacó la medallita de la Virgen de la Montaña de debajo de la almohada.

—Padres, cuidadla cuando os llegue, que se nos ha ido demasiado pronto —susurró la tía a la medallita a la vez que la besaba y se la ponía al cuello.

Ismael colocó con sumo cuidado la toalla debajo de la barbilla de su madre y así la boca de Cati se mantuvo cerrada. El rostro de la

mujer cambió de inmediato; parecía estar durmiendo plácidamente en lugar de muerta.

Muerta...

Muerta...

Muerta...

Cuántas veces había usado Ismael esa palabra en sus historias, en sus guiones, en sus relatos. Y qué poco significado parecía haber tenido hasta el momento en que colocó una toalla azul bajo la barbilla de su madre.

26

La feria de agosto

Jero llevaba muerto apenas unas semanas y casi todo el mundo en Laguna parecía haberlo olvidado. O al menos lo habían desterrado a un lugar en la vida cotidiana del pueblo donde no molestaba. Ni las continuas preguntas que Fernando y Eduardo, los guardiaciviles, se empeñaban en hacer día y noche a todo el que hubiera cruzado aquel verano una palabra con Jero preocupaban ya a los vecinos, convencidos de que el culpable tenía que haber sido un forastero de paso en Laguna o quizá, como pensaban los abuelos de Natalia, alguna *mala junta* que tuviera en Madrid, capaz de hacer un viaje de ida y vuelta al pueblo solo para cobrarse el precio de cualquier asunto poco claro que se hubieran traído entre manos.

Nadie en Laguna podía ser un asesino.

Nadie era capaz de coger una piedra y hundirla en el cráneo de un vecino por muy «cuestionable» que fuera su vida.

Nadie mataba en esas calles. Allí se moría uno por viejo o por desgraciados accidentes, como el de Mónica, la encargada de la mercería, a la que se le desplomó la encimera de mármol de la cocina en la cabeza reventándola como si fuera arcilla, mientras ella estaba agachada aplicando vinagre al suelo con un paño.

Fue así, por la repetición de estas afirmaciones, igual que la cantinela del rosario de las beatas, como Laguna se convenció de que el miedo tenía que arrinconarse para dar paso a la normalidad, porque tampoco se podía permitir que Jero, por el que ya poco o nada se podía hacer, marcara a fuego la vida de un verano que estaba preparado para el primer día de las fiestas en honor a la Virgen de la Montaña.

—Yo no voy este año a la feria, Raúl. Vete tú si quieres.

Ismael se llevó un buen trozo de sandía a la boca y lo masticó con

furia. Concentró la atención en las hormigas que se afanaban con las sobras de la cena, desperdigadas sobre la mesa de piedra del patio de la abuela Inés. Cogió un resto de papa frita y lo dejó con cuidado en el centro de la fila rompiendo la formación. Cualquier cosa se le antojaba más interesante aquella noche de bochornoso calor que la propuesta de Raúl. Este, clavado en el quicio de la puerta que conectaba el patio con el interior de la casa, insistió:

—Solo un rato. Bajamos al polideportivo a ver los fuegos artificiales y nos damos una vuelta por el recinto. —Raúl iba de punta en blanco, vestido con una camisa roja a la que había añadido unos pines con el logo de U2 y la lengua de los Rolling Stones, unos vaqueros cortos y unas zapatillas blancas que hacían daño a la vista de tan limpias que estaban—. Te va a venir bien. A saber dónde estás tú en la feria del año que viene.

—Ojalá esté a años luz de este pueblucho de mierda —masculló Ismael tragando la sandía a la vez que su resentimiento contra Laguna.

—Hazlo por mí, quizá sea nuestra última feria juntos.

—No. Ya tendremos tú y yo oportunidades mejores en otros lugares y con ferias más grandes sin necesidad de verles la cara a los mismos imbéciles de siempre. Que parece que aquí a nadie le importa quién se ha llevado a Jero por delante.

—Ismael...

No era Raúl esa vez quien pronunciaba su nombre, sino la abuela Inés. Había salido de la cocina, delantal en mano, la piel sudada por el sofocante calor de agosto y el pelo blanco recogido en un moño bajo que amenazaba con deshacerse al menor movimiento. Se acercó a la mesa y recogió el plato vacío de su nieto, pero se quedó de pie, sin intención de regresar a la cocina.

—Vete con el Raúl, que te va a venir bien. Toma —le dijo ofreciéndole un billete de mil pesetas pulcramente doblado.

Ismael no hizo ademán de cogerlo. Se cruzó de brazos y adoptó toda la seriedad que le permitía su ira de dieciocho años:

—Abuela, no tengo ganas. Qué más os da que baje o no; es la misma feria de siempre. Los mismos cacharros, los mismos puestos, la misma tómbola, los mismos borrachos... Nada cambia aquí, todo es igual pase lo que pase. No va a ocurrir nada porque no vea la de este agosto. Estoy convencido de que podría estar cien años sin pisarla y al volver nada habría cambiado.

La abuela Inés volvió a dejar el plato sobre la mesa y se sentó en la silla de hierro blanca que quedaba frente a Ismael.

—¿No te ha enseñado nada lo que le ha pasado al pobre Jero?

—Sí, que en este pueblo a nadie le importa lo que les pase a los que no son unas ovejas sin cerebro.

—No, que las cosas como tú las conoces sí cambian. En un segundo, no hace falta más. Un día se despide de ti en la plaza alguien a quien quieres y a la mañana siguiente ya no puedes darle ni los buenos días.

—Abuela...

—¿Qué? ¿Acaso miento?

—No quiero ir a la feria, no me apetece. No estoy de humor. Y no creo que a Raúl le pase nada de hoy a mañana por que no lo acompañe al polideportivo.

—Mira que eres cabezón. Ya lo dice tu tía, en eso has salido a tu padre y a su casta entera de malnacidos. —Raúl agachó la mirada avergonzado por convertirse en convidado de piedra de aquella reprimenda—. En un mes y poco ya no te tendremos por aquí, estarás lejos de este «pueblucho de mierda», como lo llamas tú, haciendo las cosas grandes que se supone que vas a hacer, ¿o no es así, Ismael? —La voz de la abuela Inés se había tornado de pronto tan dura como el hierro de la silla en la que estaba sentada—. Pero, te guste más o menos, tú perteneces a estas calles. No quiero pensar que mi nieto es un desagradecido que mira por encima del hombro a los demás. Porque una cosa te digo, y ojalá me equivoque, porque, al fin y al cabo, solo soy una vieja más de este «pueblucho», pero quizá en unos años mires atrás y te des cuenta de que no había sitio mejor para estar que tumbado en la hierba del polideportivo con Raúl.

Ismael guardó silencio concentrado en extender por la superficie de la mesa las gotas de agua roja que había dejado la sandía y que él alejaba conscientemente de la fila de hormigas.

—Tú no eres una vieja más de este pueblo —dijo al fin.

La risa de la abuela Inés retumbó en el patio:

—¿Por qué? ¿Por ser tu abuela? Porque yo no me veo diferente a la Remedios, a la Concha o a la María la de la Fuente. Tú crees que soy mejor por ti, no por mí. Tú te piensas que estás parido de oro y entonces te crees que yo también. Pero no, Ismael; a mí me trajo al mundo tu bisabuela Isabel, que en paz descanse, en la misma cama

donde sigo durmiendo hoy y junto a este patio lleno de bestias, que yo meaba al lado de las gallinas y no pasaba nada.

»¿Y sabes qué? Que mientras me ponía en cuclillas para hacer mis cosas, me inventaba historias para cada uno de los animales, les ponía nombres y hasta voces, que no eres tú el primero que tiene imaginación. Y en cuanto salgas en septiembre de este patio con las maletas, a lo mejor te das cuenta de que nosotros, con nuestras vidas pequeñitas, también merecemos la pena.

La vergüenza agarrotó cada uno de los músculos de Ismael, incapaz de mirar a la cara a la mujer que tenía enfrente. Cuando lo hizo se encontró con el ojo de cristal de su abuela escrutándolo como un oráculo.

—Y ahora coges las mil pesetas y te vas al polideportivo con Raúl. Y no tengas prisa en volver, que para eso ya eres mayor de edad.

La mujer regresó a la cocina sin decir nada más. Tras el silencio que dejó, Ismael cogió el billete y, sintiendo cómo la cara le ardía por la lección que acababa de recibir, se volvió hacia Raúl y preguntó:

—¿Has avisado a Natalia y al Zapata?

* * *

El polideportivo de Laguna no era más que un espacioso solar al aire libre con unas gradas de piedra en uno de los laterales. El terreno, siempre con la hierba creciendo a su antojo, se coronaba en los extremos con dos porterías pintadas de verde y blanco, apenas unos palos en forma de U invertida clavados en el suelo sin red alguna que recogiera los balones que el Club Deportivo Laguna estampaba contra las paredes cuando jugaba con los equipos locales de pueblos vecinos. Eso hacía que no fueran pocas las veces que las pelotas acababan en la calle Mármoles, situada justo al lado y en cuesta. Todos los vecinos sabían que, si conducían por ese tramo de calle, tenían que tener muchísimo cuidado y reducir la velocidad, porque en cualquier momento podía pasar por delante de sus narices un balón perdido y desorientado.

Pero aquella noche no se jugaba ningún partido sobre la hierba. Casi todo el pueblo estaba allí porque era el mejor lugar para ver los fuegos artificiales que, justo a las doce de la noche, darían comienzo oficial a la feria de la Virgen de la Montaña. Los siguientes cinco días

transcurrirían entre las atracciones —que todos conocían como *cacharros*— situadas a las afueras del pueblo, los bailes y las copas en el cine de verano despejado para tal ocasión, la música de la orquesta Reflejos en la caseta municipal colocada en mitad de la plaza de los Naranjos y el pasacalles de los cabezudos que pondría punto final a los festejos.

El Zapata abrió con su mechero una litrona y bebió un trago largo.

—Bebed rápido, que todavía está fría —dijo antes de pasársela a Natalia. Raúl e Ismael estaban a su lado, los cuatro sentados sobre la hierba en una de las esquinas del polideportivo.

Daba la impresión de que Laguna entera estaba allí. Ismael recibió la cerveza y pegó un buche corto; aún no se acostumbraba a ese sabor amargo que su madre disfrutaba como si fuera agua. Se entretuvo con la mirada perdida en los rostros que lo rodeaban, el ceño fruncido mientras examinaba las risas de sus vecinos.

—Andas tramando algo, casi se te ve la maquinaria a todo trapo dentro de la cabeza —dijo Natalia.

—¿No os paráis a pensar, aunque solo sea un momento, que quien mató a Jero podría estar perfectamente aquí esta noche?

La pregunta de Ismael hizo que Natalia, Raúl y el Zapata se giraran y buscaran algún indicio de culpabilidad en las caras que, de harto conocidas, se les antojaban anodinas. Podía ser cualquiera de quienes esperaban ansiosos los fuegos. Quizá Teodoro, el borracho, que ya bailaba *Los pajaritos* rodeado de niños. O Marcos, el hijo de la peluquera, que compartía un cigarro de marihuana con Angelita, su novia, a escasos tres metros de donde estaban Ismael y sus amigos. O tal vez Elena, la única lesbiana reconocida del pueblo, que ese año había sorprendido a todos apareciendo en La Posada con el pelo rapado como Sinéad O'Connor y que en ese momento hablaba a gritos con Marta y Paquito, los dueños de la papelería. Incluso era susceptible de sospecha Eduardo, el profesor de Educación Física del instituto, que bebía un ron con limón de un vaso enorme de plástico que luego pasaba a Cristina, su novia, y a Lorenzo, el profesor de Latín y Griego.

Ismael no pudo evitar pensar que Raúl se había parado más tiempo de la cuenta examinando el morenísimo rostro de Lorenzo e incluso habría jurado que este le había devuelto una sonrisa fugaz.

—El malnacido que lo hizo está lejos del pueblo, de eso estoy seguro —dijo el Zapata.

—¿Tú también piensas esa tontería? Parece que en Laguna no hay hijos de puta, que aquí todo el mundo es santo —refunfuñó Ismael.

—No es eso, pero no va a ser tan imbécil de quedarse aquí plantado esperando que lo pillen. Yo no lo haría, desde luego. Si yo le reviento la cabeza a alguien, no me encuentran en la vida.

—¿Y habéis echado en falta a alguien en el pueblo desde que apareció Jero en el pantano? —preguntó Raúl, se diría que con voz más nerviosa que hacía unos minutos.

Los cuatro guardaron silencio mientras hacían un mapa mental de Laguna y sus habitantes. Y todos acabaron negando con la cabeza.

—¿Lo veis? No es de por aquí, lo mismo fue alguien de Madrid. Dicen que no tenía muy buenas compañías —argumentó el Zapata encogiéndose de hombros.

La litrona, acunada como un tesoro en su regazo, se volcó por el manotazo que le pegó Ismael. La rabia que se había tragado hacía unas horas con la abuela Inés regresó multiplicada.

—¿Estás gilipollas? ¡Todavía tenía un poco! —bufó el Zapata.

—No, el gilipollas eres tú por decir esas tonterías. Al final vas a ser tan burro como pareces.

—Isma, no te pases un pelo, que por muy amigo mío que seas yo no consiento que nadie me hable así.

—¡Es que todo el mundo tiene que echarle la culpa a sus juntas, coño! ¿Qué sabréis todos de con quién iba o no en Madrid? Lo que pasa es que le tenéis envidia, os corroe pensar que él tenía una vida allí con la que vosotros no podéis ni soñar.

Raúl y Natalia notaron que el Zapata hacía un esfuerzo por no saltar sobre Ismael y hacerle comer la hierba del suelo. Por mucho menos lo habían visto encararse con hombres que le sacaban tres cabezas y pesaban el doble. Se le podía ver cada vena del cuello marcada por el enfado, pero se limitó a mirarlo fijamente y dejar que las palabras, afiladas a conciencia y mala idea, hicieran el trabajo de sus puños:

—¿Sabes lo que te pasa? Que no eres capaz de ver más allá de lo que ocurre en tus películas. Eres tan cerrado que te cuesta mirar al mundo real. Y, si lo vieras, te darías cuenta de que Jero estaba fatal,

que no hay que ser muy listo para ver que se metía de todo por la nariz, imbécil. Y eso no tiene buen final nunca, a saber a quién le debía dinero. No cuesta nada venir de Madrid, pegarle una pedrada y, antes de que el cuerpo llegue al fondo del pantano, estar de vuelta por Despeñaperros.

—Como vuelvas a decir algo así te parto la cara.

Esa vez la risa del Zapata sí pilló a todos por sorpresa. Él solía cuidar del grupo, no desafiarlo.

—¿Tú? ¿Con qué me vas a pegar, con una película del videoclub?

Ismael se hinchaba por momentos, los puños cerrados y la boca convertida en una línea recta, diminuta, de tan fuerte como apretaba los labios.

—Ya. Se acabó. ¿Qué os pasa? ¿Es que no tenemos suficiente con el Maño que ahora encima nos vamos a dedicar a insultarnos entre nosotros? ¿Así es como queremos terminar agosto, reventándonos la nariz a puñetazos?

Natalia, que hasta ese momento apenas había pronunciado un par de frases desganadas en toda la noche, hizo gala de una improvisada autoridad que nadie nunca había sospechado:

—Es que no tiene sentido, ni lo que le pasó a Jero ni que vosotros os peleéis por alguien que no tenéis ni idea de quién es. Sea de Laguna, de Madrid o de Laponia. ¿Partirle la cara al Zapata va a hacer que Jero vuelva del pantano vivo, Ismael?

—Estoy harto de que todo el mundo juzgue cómo vivía en Madrid; él al menos tuvo una oportunidad de hacer lo que quiso sin tener que vivir la vida de otros. Vivió la suya como le dio la gana —argumentó Ismael más calmado.

—¿Y qué? El Zapata no ha dicho lo contrario, solo quiere que no te obsesiones buscando culpables, ¿verdad, Manuel?

Ninguno de los amigos había llamado desde el colegio Manuel al Zapata. Este, al oír su nombre de bautizo, abrió los ojos como si le clavaran alfileres bajo las uñas.

—No quiero que ninguno de vosotros piense que soy un burro, que bastante ya me lo recuerdan en casa —susurró, las palabras ahora romas, ya nada afiladas.

—Nadie piensa eso.

—Ismael lo acaba de decir.

—Yo solo estaba defendiendo a Jero, no quería hacerte daño. —

La disculpa de Ismael sonaba sincera, aunque intentara teñirla de cierta dignidad impostada.

—No soy tan listo como vosotros, eso no hay que sacarse una carrera para saberlo, pero siempre he pensado que soy un poquito mejor cuando estamos juntos porque no os importa. Si solo uno de vosotros piensa que soy idiota, entonces es que sois como el resto del mundo y no merece la pena perder los días subiendo al Cerro Alto ni escribiendo *Fidelio* por todo el pueblo para hacernos sentir especiales. Yo lo soy porque vosotros me hacéis parecer menos burro, pero, si es una mentira, yo me largo y que os den por culo.

—Zapata, mírame... —Era Raúl quien lo pedía—. Tú no eres idiota, que ser listo no tiene nada que ver ni con cuentas ni con carreras. A veces tiene que ver con explicarnos cómo es posible que los parapentes se mantengan en el cielo sin caerse y que, mientras nos lo cuentas, sea el asunto más interesante del mundo. O con hacer que le tengamos menos miedo al Maño cuando vas con nosotros, que parece que hasta encoge. O saber cuáles son nuestras vergüenzas y hacer que no importen.

—Porque no importan, Raúl, que para ser tan listos le dais mucha importancia a lo que no os gusta.

—Sí que importan, Zapata. Pero contigo se transforman en otra cosa, algo que está ahí, al fondo, y no molesta.

Los cuatro se mantuvieron un rato sin decir palabra, a pesar de que a su alrededor todo eran carcajadas y gritos. El Zapata hizo rodar la litrona hacia él y luego hacia Ismael, una y otra vez, impulsándola con inercia. Y dijo:

—A veces pienso que sois amigos míos porque no os queda otra. En el pueblo no hay nadie más, somos tan pocos que os he tocado yo y conmigo tenéis que lidiar hasta que os vayáis en septiembre. Pero fuera de aquí tardaréis tres días en olvidarme. Conoceréis a gente que sepa de películas raras de las que habla Ismael, o que vista como Raúl y lo lleve a sitios donde no lo miren como el Maño, o que pueda hacer reír a Natalia cuando esté donde tiene que estar, en Argentina. Yo solo seré el amigo burro que se quedó en el pueblo y al que ver una vez al año, en Navidad.

La mano de Natalia se movió sola y encontró rápido la mejilla del Zapata, la piel curtida por las tardes de sol en el pantano. Y fue todavía más sorprendente su gesto, siempre tan huraño a las muestras

de afecto: simplemente se dejó hacer, reposando la cabeza sobre aquella mano. Se tranquilizó de golpe y cerró los ojos.

—Tú no vas a ser zapatero, tú vas a volar sobre el cielo de Laguna. El día en que lo probaste fue el mejor de tu vida, tú mismo nos lo dijiste —dijo Natalia.

—¿Tú crees que lo conseguiré? —preguntó. No sonaba a pregunta retórica.

Las tres cabezas que lo miraban asintieron a la vez. No había duda en ninguna.

Y entonces la noche se iluminó con un destello verde y una explosión que precedió a una figura de luces en forma de palmera. Las cabezas de todos los lagunenses apuntaron al cielo de verano en un «ohhhh» colectivo, los ojos puestos ahora en unas estrellas amarillas que dieron paso a una espiral roja que subía desde el suelo a una velocidad de vértigo y reventaba en mil pedazos contra la noche.

El olor a pólvora llegaba mezclado con el de los algodones de azúcar y las manzanas de caramelo que vendía el puesto ambulante a la entrada del polideportivo.

—Yo de pequeño siempre imaginaba que me agarraba a uno de los cartuchos cuando lo disparaban y salía volando con él, agitando un sombrero con la mano, como un vaquero del Oeste. Y al explotar bajaba en parapente hasta el polideportivo pintado de todos los colores que hubieran explotado en el cielo. —Los ojos del Zapata brillaban al hablar, en su pupila reflejadas perlas amarillas y medusas violetas.

—Pues yo cuando los veo siempre pienso en los fuegos fatuos —susurró Ismael.

—¿Qué es eso? —quiso saber el Zapata.

Ninguno dejó de mirar el cielo mientras Ismael, absorto en los colores que nacían y morían en apenas unos segundos, muy arriba de las cabezas de los chicos, contó:

—Lo leí hace mil años en *El señor de los anillos*. En teoría es un fenómeno que sale de los cuerpos que se están pudriendo, como un gas o algo así; una sensación como de llama que flota. Antes se creía que eran los espíritus de los niños muertos sin bautizar, que se movían desesperados entre el cielo y el infierno.

—No fastidies, yo creo que he visto eso alguna vez cuando he meado en la tapia del cementerio. —Raúl siempre se creía cualquier

historia que aludiera a fantasmas y brujas. En la víspera de la festividad de Todos los Santos contarle cuentos de miedo era casi una obligación para Ismael, divertido al ver cómo el pavor y la fascinación se abrían paso en su mirada hasta ocuparlo todo.

—Puede ser el alma de la hija de Pepe, mi vecino, que se murió nada más nacer. Y no me suena que la bautizaran, yo creo que la mandaron directa al nicho. Iba en un ataúd pequeñísimo, como de juguete, blanco como una pared, que lo podía llevar un solo hombre debajo del brazo si quisiera. A lo mejor la viste a ella.

El Zapata no sabía imitar las pausas dramáticas, las modulaciones impostadas y la capacidad de generar tensión que lograba Ismael, que continuó mientras en el cielo de Laguna se formaban soles blancos y verdes:

—Se supone que un fuego fatuo es una meta o una esperanza que guía a alguien, pero que es imposible de alcanzar. Y entonces se puede convertir en algo oscuro y peligroso.

Los soles se deshicieron en la noche y la feria quedó inaugurada. Un torrente de aplausos sustituyó el sonido de las explosiones y los «oohhh». Todos bajaron la cabeza y se encontraron con la mirada de Ismael, fija en el rostro del Zapata.

—Tú y Natalia y Raúl sois los únicos que me hacéis creer que lo que yo tengo en la cabeza no es imposible de conseguir. Los fuegos fatuos solo existen con los demás, con vosotros nunca. No eres un amigo de paso, como tú dices. Al contrario, a todo el que conozca lejos de aquí voy a compararlo con vosotros para que me haga sentir lo que siento cuando estamos juntos: que tenemos metas que importan y con eso nos basta.

La gente comenzó a levantarse con prisa por salir del polideportivo. En unos minutos empezarían a funcionar los cacharros y el cine de verano se abriría como pista de baile, la feria comenzaría y, oficialmente, la muerte de Jero quedaría aparcada hasta nuevo aviso.

Ismael, Natalia, Raúl y el Zapata no se movieron de su sitio sobre la hierba. Se quedaron sentados mirando al cielo, rastreando cualquier atisbo de color.

—Casi prefiero que el fuego fatuo ese sea el espíritu de un niño muerto. Me da menos miedo que querer algo y no ser capaz de tenerlo nunca.

El Zapata carraspeó después de decir aquello y escupió un gargajo que cruzó varios metros para advertir a todos de que cualquier intento de profundizar en sus emociones se daba por abortado. Se limpió las manos manchadas de tierra en el pantalón y anunció:

—Vamos al cine, que me dijo Pilar que estaría por allí con las amigas.

Se levantaron y pusieron rumbo a la improvisada discoteca para beber cerveza en vasos de plástico, bailar y reírse de los borrachos que se tropezaban y se levantaban del suelo rebozados en tierra.

No había nada más importante que hacer aquella noche.

* * *

Rozaba ya el alba cuando el Zapata empujó la verja de hierro que daba a su patio. Se había desviado para llegar a casa porque había querido acompañar a Raúl hasta la puerta de la suya aun cuando este no se lo había pedido. Sabía que desde el episodio de las piedras en el pantano, el Maño esperaría en cualquier esquina a sus amigos para vengarse del ridículo en que le habían hecho caer, y no había que ser muy avispado para saber que de todos ellos iría a por el más débil de los cuatro por más que había sido Ismael quien había lanzado la primera piedra.

«Tienes que ser más fuerte, Raúl, que no se te coman. Si te dan, tú das, aunque te lleves un ojo morado o un brazo roto. Da lo mismo; si lo haces, verán que no vas a salir corriendo a esconderte y llorar detrás de la barra del bar. No te pegan porque quieren, te pegan porque pueden», le aconsejaba día sí y día también a su amigo.

Aquella noche optó por no decirle nada. Había notado que Raúl se tensaba a medida que se acercaban a la salida de la verbena, el momento en que cada uno tomaría direcciones opuestas hacia sus respectivas casas. Casi olía su miedo. Al Maño, que vivía a dos calles, lo habían visto de soslayo apurando un whisky en un vaso de tubo. Poco faltaría para que hiciera su aparición con Borja y Tito, y entre los tres se tomaran la revancha con intereses de usurero.

El Zapata se limitó a bostezar, a hacerse el despistado y a anunciar con despreocupación que prefería dar una vuelta antes de ir a casa, así se le pasaría el mareo de la cerveza. Se despidió de Ismael y Natalia, y caminó junto a Raúl hasta que se despidió de él en la puerta

de La Posada. Trató de comprobar que no hubiera rastro del Maño y sus secuaces. Creyó ver una sombra ocultándose deprisa tras el kiosco de la plaza, pero prefirió ignorarla y poner rumbo a su casa. Esa mañana había pedaleado él solo hasta el Cerro Alto y ya llevaba casi veinticuatro horas sin dormir, los párpados se le cerraban solos y notaba las piernas como si fueran de viejo.

Al llegar a su casa, vio a Toño tirado bocarriba junto a la mesa de plástico del patio. El Zapata le rascó la panza mientras el animal le mordía los dedos con los dientes afilados como agujas. Gruñía con pereza, como si quisiera evitar que se le notaran las ganas de unos cuantos mimos.

—No disimules, no le voy a contar a nadie que te gusta.

Dejó que el animal retozara y lo mordiera, a pesar de que no calculaba bien y le hacía pequeñas heridas en el dorso de la mano. Los dos estaban de buen humor, especialmente el Zapata, que había estado toda la noche compartiendo con Pilar cervezas en un vaso de litro en el cine de verano. Ella, pegando la boca al oído de él, porque la música atronaba en los altavoces, le había contado los lugares del mundo que visitaría cuando fuera reportera de guerra, el verbo fácil impulsado por la bebida.

Hubo un momento en la noche que los labios de ella estaban tan cerca de su oído que pensó que solo necesitaría un ligero movimiento para pegarlos a los suyos. Hasta se imaginó acompañándola en sus viajes, esperándola nervioso en el hotel a que ella volviera de hacer sus crónicas, recorriendo todo el mundo... Juntos.

—Pero no hice nada, Toño. Me dio el canguelo... —dijo en voz alta.

Y entonces oyó el primer grito:

—¡Eres una hija de la gran puta! ¡Desagradecida, que eres una desagradecida!

La puerta de la casa familiar estaba entreabierta, la cortina de esparto aún corrida. Dentro, la luz encendida. Y la voz del padre, inconfundible, pastosa y torpe por culpa de los cubatas que el Zapata podía adivinar que había apurado durante la noche. Uno tras otro, el bigote negro empapado en alcohol mientras el zapatero le contaba a todo el que quisiera oírle lo mucho que trabajaba para que a su familia no le faltara de nada; lo borrico que era su hijo, que no quería ni aprender el negocio familiar; lo bien enseñada que tenía a la niña

chica, que con diecisiete años podría llevar la casa ella sola si quisiera; lo mal que iba el negocio...

El Zapata dudó si entrar o no. Podía coger su bici, darse media vuelta y poner rumbo a la casa de Natalia; no dudaba de que ella lo dejaría dormir en su habitación, aunque fuera sobre una toalla en el suelo. O quizá irse al Cerro Alto y cabecear tumbado en el dolmen; allí nadie lo molestaría. O puede que el pantano fuera la mejor opción, desierto desde que apareció Jero flotando y los lagunenses prefirieron alejarse unas semanas de sus aguas por miedo, superstición y, los que menos, por respeto al muerto.

Estaba ya cogiendo su bici, apoyada en una de las paredes del taller, y decidido por completo a pedalear hacia el pantano cuando un ruido sordo lo detuvo. Era como si se hubiera caído algo pesado al suelo, un mueble o el televisor del salón. O una persona, si la hubieran empujado lo bastante fuerte.

—¡Lo he hecho sin querer! ¡Tú me has obligado! ¿Me oyes? ¡Tú tienes la culpa!

La bicicleta cayó contra la pared. Cuando el manillar tocaba la superficie encalada, el Zapata ya estaba apartando de un manotazo la cortina de esparto y entrando en la vivienda. Dentro, la mesa del comedor volcada y los restos de una taza hecha añicos desperdigados por el suelo. El café solo que contenía, bien cargado, derramado y aún humeante.

—Mamá...

Inmaculada estaba caída junto a la puerta de la cocina. La cabeza descansaba contra el quicio de madera y un hilo de sangre le bajaba de la frente hasta la comisura de los labios, partiéndole el rostro en dos mitades casi perfectas. Tenía los ojos cerrados y, por un momento, el Zapata no tuvo duda de que estaba muerta.

El padre estaba al otro lado del salón, la cara roja por la borrachera y la camisa blanca llena de manchas y sudor. Pero lo que hizo que el Zapata perdiera el control fue el pantalón, con la cremallera abierta y la polla torpemente sacada, un trozo de carne blanco y arrugado, pequeño y asqueroso.

—Manuel, vete a tu cuarto, que nadie te ha dado vela en este entierro —masculló.

—Guárdate eso o te juro por mi madre que cojo las tijeras y te lo arranco ahora mismo, pedazo de cabrón.

La amenaza cruzó la habitación como los cartuchos de los fuegos artificiales habían cruzado el cielo. El padre aguantó el embiste de las palabras, incluso pareció tambalearse y pasar el peso de una pierna a otra para no caerse.

—¿Qué dices tú? ¿Cómo le hablas así a tu padre?

—¡Que te guardes eso o te reviento!

El zapatero miró hacia abajo y pareció darse cuenta de lo que hablaba su hijo. Por un momento, el rojo de la cara se tornó en vergüenza y las manos temblorosas se afanaron en componerse y subir la cremallera.

—Manuel, déjalo estar...

Era la voz de la madre, que abría con pesadez los ojos e intentaba incorporarse. Las manos buscaban un punto de apoyo sólido y el Zapata la sostuvo para que no volviera a desplomarse. Debió de apretar sin querer más de la cuenta, porque la mujer ahogó un grito al sentir el contacto de su mano sobre el brazo. Iba en camisón de verano, por lo que no fue difícil ver la mancha púrpura que ya se extendía sobre su piel arrugada.

—¿Te duele? —preguntó el Zapata con toda la dulzura de la que fue capaz.

—No es nada, vete a acostar, que en nada tenéis que abrir el taller.

—No, tú y yo nos vamos al practicante para que te vea esa herida de la cabeza.

Inmaculada se llevó los dedos a la frente y, empapados en sangre, los mantuvo frente a ella para cerciorarse de que su hijo le decía la verdad. Era como si nunca hubiera visto sangre o como si ni siquiera se acordara del golpe que la había tumbado contra la puerta de la cocina.

—No es nada, que soy muy torpe y ya está. Ve a tu cuarto, que esto con un poco de agua oxigenada se cura.

La mujer se mantuvo en pie sin dar un paso, los brazos magullados y extendidos buscando el equilibrio. Un paso, dos... Al tercero el cuerpo le falló y tuvo que apoyarse en una de las sillas que aún se mantenían en pie frente a la mesa. El Zapata se apresuró en sostenerla, pero ella usó la mano que le quedaba libre para extenderla hacia él e impedirlo.

—Deja, Manuel, que no es nada. Haznos caso, que siempre tienes

que ir haciendo lo que te viene en gana. No quiero ir a ver al practicante. Tú vete a descansar, que mira qué horas son.

El Zapata se quedó plantado entre el padre y la madre. No hizo ademán de subir las escaleras hacia su dormitorio. La inesperada regañina de su madre lo había dejado paralizado. Se sentía como un criminal al que hubieran pillado en plena faena, como si de pronto fuera el malo de una película sin sentido donde su padre fuera un héroe que intentara hacer lo correcto con una mala mujer a la que no había manera de reformar.

—¿No has oído a tu madre? ¿Es que a ti si no es con pelea no te entra nada en esa cabeza de bestia que tienes?

La vergüenza había huido de la cara del padre. Ahora había autoridad bañada en restos de cubata.

El Zapata permaneció quieto, en silencio.

—¡Que te vayas de aquí, pedazo de animal!

Y de tanto llamarlo bestia y animal, en eso decidió convertirse el Zapata. Embistió contra su padre arremetiendo con toda la fuerza que tenía su cuerpo de adolescente. Setenta kilos lanzándose contra un borracho que ni lo vio llegar.

El primer empujón lanzó al zapatero contra el mueble de la televisión, donde la madre tenía colocados con esmero los recuerdos de los pocos viajes que había hecho en su vida. Un plato de porcelana, recuerdo de Estepona, cayó sobre la cabeza del padre y se hizo pedazos. La figurita de un gallo, que alguna vecina le había traído de Portugal, resbaló hasta detenerse junto a la mesa derribada. Y una campanita de cristal, de la que la mujer se había enamorado en una tienda durante una excursión organizada por la iglesia a Roquetas del Mar, acabó partiéndose contra la ventana cerrada del salón. Un plato, con la imagen de la Giralda de Sevilla dibujada en el centro, quedó milagrosamente de pie sobre la televisión, pero manchado con las gotas de sangre que salieron de la nariz del zapatero cuando su hijo le pegó un puñetazo con los ojos cerrados.

—¡Manuel!

El grito de la madre se perdió en la habitación; ni el hijo ni el padre estaban en condiciones de escucharla. El primero porque solo podía ver, oír y sentir los puños sobre las carnes blandas que golpeaban. El segundo porque apenas podía concentrar todas sus energías en levantar los brazos para taparse la cara y protegerse.

—¡Lo vas a matar, animal! ¡Bestia, que eres una bestia! ¡Burro!

Y eso lo detuvo.

El Zapata abrió los ojos y las lágrimas desbordadas le corrieron por las mejillas.

Bestia. Burro. Animal.

Eso decía su propia madre, la mujer a la que su padre había tumbado a golpes después de que intentara violarla. La persona a la que, por un momento, incluso había dado por muerta. A la que había intentado llevar al practicante para que la curara, levantándola del suelo con cuidado para que su mano no hiciera presión sobre los moratones del brazo.

BESTIA. BURRO. ANIMAL.

Aquellas palabras dichas por ella parecían estar escritas en mayúsculas, mucho más dañinas y horribles que pronunciadas por cualquier otra persona. «Burro» en boca de una madre es un puñal que se abre paso en la carne del hijo y deja la hoja dentro para después retorcerla. Y ya es difícil sacarla de ahí. La herida cicatriza con el puñal dentro, dispuesta a abrirse cada día un poquito para después volver a cerrarse, nunca del todo.

—Quita, que me lo matas. ¡Déjalo en paz!

La madre apartó al Zapata de un empujón y se agachó junto a su marido para limpiarle la sangre con su propio camisón. Se lo levantó para formar un paño alrededor de la mano y poder pasarlo por la cara destrozada del zapatero, como si se tratara de una beata limpiando a Jesucristo en plena parada hacia el Calvario.

—¿Estás bien? Dime algo —preguntaba Inmaculada a su marido, tan preocupada y angustiada por su estado que cualquiera habría dicho que había sido el hijo, y no el padre, el que la había dejado inconsciente hacía apenas unos minutos.

El Zapata retrocedió unos pasos y se miró los nudillos, despellejados y manchados. En ese momento parecía latirle el corazón en las manos y no en el pecho. Y no tuvo dudas de que hubiera podido matarlo si no se lo hubiera impedido su madre. No recordaba ni haberse lanzado a por él; solo podía pensar en un calor abrasador que le subía desde las tripas a la cabeza y lo cegaba por completo. Le había ocurrido más veces en el último año y cada vez le tenía más miedo a ese vacío absoluto en el que se sumergía mientras la ira tomaba el control.

—Este malnacido un día nos va a traer la desgracia a todos, que solo sabe comportarse como un diablo. Pegarle a un padre así; deberíamos llamar a los picoletos y que te llevaran preso al calabozo. Hijo de la gran puta... —Su padre hablaba a trompicones escupiendo sangre, una sangre negra.

—Mamá, yo... No quería, solo...

—Manuel, cállate y vete a tu cuarto. Que ahora vas a tener que abrir el taller tú solo, no voy a dejar que nadie vea a tu padre así. ¿Qué van a pensar, que aquí vive una familia de locos?

El Zapata sintió la calidez de las lágrimas sobre las mejillas. Y se sintió tan poca cosa como el plato de porcelana que se había roto. Pudo notar cada parte de su cuerpo convirtiéndose en cristal y creyó que solo un golpe bastaría para hacerlo pedazos y desaparecer. Lo peor es que tuvo la seguridad de que a nadie le importaría. A nadie más que a Ismael, Natalia y Raúl. Y ojalá que a Pilar, aunque fuera un poco.

—¡Vete, te he dicho!

Ese nuevo grito le hizo reunir las fuerzas necesarias para mover las piernas y subir las escaleras hasta su dormitorio. Se echó en la cama sin quitarse la ropa y sin retirar la colcha, tal como cayó. Y así se quedó un rato, mirando a través de la ventana cómo el sol se abría paso en el cielo y teñía los campos de olivares de Laguna de una suave luz rosácea que se volvía dorada poco a poco.

—¿Estás bien?

Su hermana estaba en el umbral de la puerta. Iba en pijama, con el pelo recogido en una coleta que le hacía parecer aún una niña, a pesar de que los pechos ya se adivinaban firmes y las caderas se mostraban voluptuosas y ensanchadas bajo el gastado algodón.

—Vete, Inma, que no quiero que te busques problemas por mi culpa.

—Tú no has hecho nada.

La atención del Zapata estaba en los olivos, teñidos ahora de una luz amarillenta que los convertía en árboles de oro. Parecía hablarles a ellos.

—Sí, he hecho algo terrible. Es como si no fuera yo, como si saliera de mi pellejo... Vete, Inma, no quiero que me veas así.

Durante un momento no se oyó nada y el Zapata creyó que su hermana le había hecho caso. Entonces sintió que su colchón se

hundía un poco por el peso de un cuerpo junto al suyo... Y el amor de unos brazos que lo rodeaban intentando abarcarlo por completo. Él seguía contemplando los olivares, no quería enfrentarse a la incomodidad de verse a través de los ojos de su hermana, tan inocentes y puros. Tan desprovistos de maldad, incluso para haberse criado en esa casa.

Notó el aliento de Inma en la nuca, olió la menta de la pasta de dientes y la vainilla de su loción corporal.

—«Por ti contaría la arena del mar...».

La voz era aterciopelada, forjada en mil coplas cantadas mientras se hacían las faenas del hogar. Tímida, como si le costara salir del cuerpo y pronunciarse, temerosa de que alguien le llamara la atención por ser tan perfecta en un lugar donde tener un don servía para poco o nada.

—«Por ti yo sería capaz de matar...».

El Zapata sonrió. Los ojos le ardían de pena. Por su posición, tumbado de costado, las lágrimas se le amontonaron en el borde de los ojos y cayeron de uno de ellos por el puente de la nariz hasta el otro, y de ahí mojaron la fina colcha verde botella con la que se cubría la cama en verano.

—«Y que si te miento me castigue Dios. Eso con las manos, sobre el Evangelio...».

—«Te lo juro yo».

Se unió a su hermana en el último verso de la canción. Cuando eran pequeños, a Inma le encantaba cantarle *Te lo juro yo* mientras salían al patio a cazar saltamontes y lagartijas. Antes, cuando no tenían televisión, su madre siempre tenía puesta en casa la radio (la que tiempo después trasladarían a una de las estanterías del taller) y a la niña le encantaba aprenderse las coplas que sonaban en el programa de tarde de Radio Guadalete. Era un juego que acabó convertido en un código entre los dos hermanos, ella cantaba y él escuchaba mientras azotaba las malas hierbas del patio con un palo en busca de presas. Los versos de las canciones siempre acompañaban los movimientos nerviosos de las lagartijas huyendo del pequeño Zapata, palo en mano y risa escandalosa.

—Inma, ¡canta más fuerte, que he pillado una!

Y la niña entonaba las estrofas de *Tatuaje*, *La niña de Puerta Oscura* o *Relicario*. Pero *Te lo juro yo* era la favorita de los dos.

También una tabla de salvación. Cuando oían a sus padres discutir en el piso de abajo y la voz del padre amenazaba con echar abajo los cimientos de la casa... Entonces la pequeña Inmaculada se abrazaba al pequeño Manuel y le cantaba *Te lo juro yo* muy despacio, al oído, mientras se abrazaban y se imaginaban muy lejos de allí, en un lugar donde no había insultos, ni bofetadas, ni niños que hacen cosas de mayores.

—«Mira que te llevo dentro de mi corazón, por la salucita de la mare mía... Te lo juro yo».

Hacía años que al Zapata se le había olvidado la letra de la copla. Y ahora, tumbado en su cama mirando hacia un campo de olivares, pensó que quizá a su hermana también le importaría que él se rompiera en pedazos, no solo a Pilar y a sus amigos. Quizá no estaba tan solo como pensaba.

La mano de Inma agarró la suya y le tocó los nudillos; los tenía destrozados, cada vez más hinchados y oscuros. Lo acarició con cariño, como si sus dedos fueran una pomada capaz de aliviarle al instante el intenso dolor que sentía.

Y así, arropado con los versos de una copla, el Zapata cerró los ojos y se durmió.

27

El mar

Cuatro cadenas de oro colgaban de un cuello largo y agrietado. Se mecían y chocaban entre sí sobre un pecho que era todo hueso y piel. Sus adornos también bailaban, se tocaban, hacían un ruido insoportable para Ismael. La mujer no paraba de moverse mientras escribía en un papel que apoyaba sobre una carpeta y repetía tics nerviosos. Sus enormes aretes se balanceaban de forma endemoniada.

—¿Quieren entonces crucifijo atornillado a la tapa? Puede desmontarse luego.

A Ismael se le pasó por la cabeza arrancarle de un tirón todas las cadenas. El tintineo se había vuelto desesperante, un ruido que ocupaba por completo la pequeña sala de espera del hospital donde se había reunido la familia para tratar los temas del funeral con los encargados del seguro: la mujer de los collares y un hombre diminuto y barrigón que en ese momento charlaba en una esquina con la tía Juani.

—Disculpe, ¿crucifijo o no?

—No. Vamos a incinerarla.

—Pero pueden quitarlo luego en el crematorio.

El choque de las cadenas de oro ya era demencial.

—¡Le he dicho que no! ¿Está sorda?

Salva, el ya viudo de Cati, se giró hacia Ismael y lo miró con reprobación. Tenía los ojos enrojecidos, la muerte de su mujer lo había pillado hablando por teléfono en las escaleras de incendios y, cuando subió a la habitación avisado por Maribel, se tiró sobre su cuerpo sin vida intentando que despertara, dándole suaves toques en las mejillas para poder despedirse.

«La he cuidado durante los últimos dos años, cada día y cada noche. ¿Es que no voy a poder decirle adiós? Decidle que despierte,

que al menos me oiga decirle que la quiero», había llorado mirando sin entender a la tía Juani y a Ismael.

Después todo había sucedido muy rápido. Las enfermeras entrando con la mirada baja, eficientes y acostumbradas a ese trámite. La cama saliendo, Cati ya tapada con una sábana. Los llantos, los abrazos, los mensajes tecleados a toda prisa en el móvil transmitiendo la noticia, los pies arrastrados por el pasillo, la espera en una sala diminuta para reconocer por última vez el cuerpo y arreglar los engorrosos trámites con el seguro... La muerte convertida en un papeleo con unos funcionarios que no dejaban de repetir «lo siento» como parte de su trabajo, a pesar de que seguramente olvidasen el nombre de la muerta en cuanto pusieran un pie en el aparcamiento y se encendieran un cigarro.

Porque la mujer que tenía enfrente debía de fumar como una carretera. La peste le llegaba a Ismael cada vez que ella abría la boca para preguntar una nueva posibilidad de adorno floral, de santos atornillados o de sillas de más que necesitaran para el velatorio en casa. Pensó en decirle que su madre había muerto por fumadora, que si no había pensado en dejarlo y ahorrarle al mundo ese hedor que desprendía cada vez que separaba los labios, pero no podía ordenar lo que ocurría dentro de su cabeza por culpa del tintineo de sus collares.

Fue la tía Juani la que lo liberó de tener que arrancarle el oro del cuello. Se acercó adonde estaban, le tocó suavemente el hombro y le pidió que saliera con Fran, que ya se encargaba ella de dejarlo todo solucionado.

—Maribel ya ha avisado a Regla y a Julita para que preparen la casa de la abuela. Llevan unas sillas prestadas, con las que haya allí y las que nos preste el seguro creo que nos apañamos.

—¿Las hermanas de Jero? —preguntó Ismael.

—Sí. Tu madre siguió teniendo mucho trato con ellas. Se van a encargar de tenerlo todo listo cuando lleguemos —explicó la tía. Después señaló con la cabeza el exterior. Desde donde estaban se veía a Fran apoyado en el capó de su coche, la mirada perdida en algún punto de la sierra.

Ismael se levantó, salió y se tuvo que tapar los ojos cuando el sol de diciembre lo cegó. Llegó hasta su hermano.

—¿Cómo estás?

—¿Cómo se supone que se tiene que estar cuando pasa esto? —

preguntó Fran. Seguía mirando hacia la sierra.

—Mal.

—Pues mal. Estoy mal.

—¿Y si nos quedamos aquí, sin decir nada? A mí la verdad es que no me apetece sentirme bien.

—Me parece perfecto.

Ismael cerró los ojos, levantó la cabeza hacia el sol y su hermano lo imitó. Era un juego que repetían mucho cuando Fran era un crío: se sentaban a la mesa y todo lo que hacía Ismael el otro lo imitaba. Si él bebía, el niño bebía. Si se ponía bizco, él también. Si había que meterse un dedo en la nariz, Fran se apresuraba a hacerlo. Y luego reían. Ahora no, pero el dolor se hizo un poco más soportable porque los dos sentían que estaban pasando por lo mismo. Estar allí, con el sol de la sierra calentando el rostro aún mojado por las lágrimas, les hacía más llevadero el saber que empezaban dos días de pésames, caldos en la cocina, vecinos y, por último, un horno para poner fin a cincuenta y cuatro años de la vida de su madre.

—Ismael...

La voz de Raúl le hizo abrir los ojos.

—¿He tardado mucho? Perdona, he venido en cuanto me has escrito. No sé ni cómo no me he despeñado por la carretera. Yo...

Y se lanzó a darle un abrazo. Ismael, que en ese momento se dio cuenta de que no había comido nada desde la noche anterior, sintió que su menudo cuerpo, maltratado en horas interminables de disciplina nocturna en bares, quedaba completamente cubierto por los músculos de Raúl. En él encontró un lugar seguro. Aspiró el perfume de su amigo y, bajo este, el olor del propio cuerpo del hombre, invariable desde que eran unos adolescentes. ¿Por qué no había notado hasta esos días lo mucho que echaba de menos ese refugio?

Raúl rompió el abrazo y le dio otro, mucho más corto, a Fran. Y luego todo siguió un férreo protocolo: los del seguro se despidieron, llegó el coche fúnebre, los familiares se repartieron y Raúl se ofreció para llevar de vuelta a Laguna a Ismael. Fran lo haría con su padre.

El coche era un Mini verde, muy acorde con la vida que el ahora profesor estaba construyendo en el pueblo que tanto había odiado cuando era un crío. Todo tan perfecto y estudiado como el propio Raúl había sido o le habían dejado ser, al menos hasta que se marchó a estudiar fuera. Un dispositivo USB se encendió nada más poner en

marcha el coche y por los altavoces, estratégicamente situados, retumbó una versión en español de una canción de Ricci e Poveri, *Será porque te amo*.

—¿Te importa que no pongamos música? —preguntó Ismael, aunque sonaba más a imperativo que a petición.

—Como tú quieras.

El silencio se adueñó durante un buen rato del coche.

Ismael no estaba incómodo ante la falta de palabras; muy al contrario, sintió que no había necesidad alguna de llenar con diálogos vacíos la distancia entre él y Raúl. Estaba bien. Por primera vez en mucho tiempo se mostraba como la persona retraída y arisca que siempre había sido, sin tener que ponerse careta alguna porque a la persona que iba a su lado no le importaba en absoluto.

—Tu madre fue una buena mujer. Va a ir todo el pueblo al velatorio, seguro.

No hubo respuesta.

—Anoche, cuando cenábamos y me preguntasteis por Lorenzo, me di cuenta de que nunca te había contado nada —dijo Raúl un rato después, tras pensárselo mucho. Sabía perfectamente que después de eso no había marcha atrás.

Esa vez sí hubo reacción. Ismael se giró hacia su amigo, un atisbo de curiosidad arremolinándose en sus ojos verdes.

—¿Quién no me había contado nada? ¿Tú?

—No. Ella. Tu madre.

—¿Y qué tiene que ver el Lenguas Muertas con mi madre?

—Nada. Pero sí tiene que ver conmigo. Todo.

—No entiendo.

—¿Recuerdas el último día de feria del verano del 2000? Antes de irnos a la universidad...

Ismael hizo memoria.

—No. Me acuerdo de la noche del polideportivo, de los fuegos fatuos, de que el Zapata estuvo muy raro esos días antes de que confesara lo que había hecho, de que mi madre apenas salió de casa porque no soportaba estar en una feria sabiendo que no se encontraría con Jero en cualquier esquina... Pero nada más. ¿Fue la noche de los cabezudos?

—Sí, la noche del pasacalles.

—¿Qué pasó?

Raúl tomó la curva que daba al mirador. El valle apareció ante sus ojos radiante. Su hogar, aunque Ismael se hubiera empeñado durante gran parte de su vida en rechazarlo.

—Esa noche me rompí en dos. Y tu madre me salvó.

Ismael calló.

—Nunca me dijo nada —dijo luego, al cabo de unos segundos de extrañeza—. Ni siquiera sé de qué te salvó.

—Durante un tiempo creí que te lo habría contado. Eras su hijo y yo tu amigo. Pero anoche supe que había guardado el secreto, y cuando me fui a la cama pensé en llamarla hoy por teléfono y agradecérselo. Decirle: «Cati, gracias por no haber dicho nada, gracias por cuidar de mí aquella noche mientras el pueblo entero se emborrachaba». Pero entonces me dormí y al abrir los ojos tenía tu mensaje en el teléfono: «Ya se ha acabado, Raúl. Ya se ha dormido para siempre». Y he estado un rato mirando a la pared sin saber qué hacer, como un imbécil. Por eso he tardado tanto en llegar.

—Raúl, ella casi no podía hablar. No te habría cogido el teléfono. Con suerte, habría sido mi tía Juani o su marido. ¿De qué estás hablando?

—Ya da igual. He pensado todos estos años que para ella no fue más que una chiquillada en una noche de borrachos, pero si ha sido capaz de callarlo tanto tiempo es porque sabía que era importante para mí. Y no he podido ni darle las gracias.

La curva descendente de la sierra mostraba Laguna cada vez más cerca.

Ismael no quería forzar una confesión; sabía que los secretos a los que se obliga a asomar la cabeza se enquistan en las personas hasta convertirse en resentimiento. Pero no hizo falta, Raúl estaba deseando compartirlo para hacerlo real.

—Tú no te acordarás, pero aquella noche fuisteis a ver los cabezudos tú, el Zapata y Natalia. Solos. Al día siguiente os dije que había estado toda la noche en la cama por culpa de una contractura en el cuello, pero era mentira. Estuve en la casa de mi abuelo esperando a Lorenzo, el Lenguas Muertas, como tú lo llamas...

Ismael, por una vez, dejó de ser quien contaba las historias a Raúl. Y se dispuso a escuchar.

* * *

Raúl se revolvió inquieto sobre las sábanas. Del piso de abajo le llegaba el sonido de una película que su abuelo veía en La 2, algo en blanco y negro de lo que Ismael seguramente sabría título, fecha de rodaje, de estreno, reparto y hasta el color de las bragas de la protagonista.

Volvió a consultar su teléfono móvil. En la pantalla verde solo parpadeaba la hora, no había rastro de mensajes. El último lo había enviado él hacía ya media hora larga: «DND ESTÁS? SUBO ARRIBA, AVISA CUANDO ESTÉS». No había tenido respuesta. El anterior era de hace casi dos horas: «HOY DND SIEMPRE. A LAS 9». Tampoco este tenía contestación. Lorenzo no solía hacer eso, habían compartido una de sus meadas junto a la tapia del cementerio hacía dos noches y Raúl lo había citado para ese día, cuando el pueblo entero estaría pendiente del fin de fiestas de la feria.

Hacía calor y la ventana entreabierta apenas dejaba pasar un soplo de aire que no conseguía aliviar el sofoco de la habitación. Raúl solo estaba vestido con unos pantalones cortos, había dejado su camiseta preferida (una a la que él mismo le había bordado un corazón de tela azul en la parte izquierda) cuidadosamente doblada encima de la silla de esparto junto a la cama. Estaba empapado de sudor y ya llevaba mucho tiempo pensando en lo incómodo que sería para él y para Lorenzo estar esa noche allí desnudos y asfixiados. Luego rectificó y sonrió como un bobo, se acordó de lo mucho que lo excitaba ver la piel brillante de su amante, notarlo ardiendo cuando se ponía encima de él y la respiración de ambos se mezclaba hasta convertirse en una sola, sincronizados a la perfección con la rutina de lo conocido y deseado.

Pero esa noche no solo quería follar hasta quedarse sin fuerzas. No. También quería anunciarle que había decidido dar un volantazo a sus planes y estudiar Filología Hispánica, que para eso sí le daba la nota de selectividad. Algo haría después, a lo mejor un doctorado o un máster, pero por lo pronto echaría la matrícula para Sevilla y así podría empezar en septiembre una nueva vida. Lejos del pueblo, pero no de él. Quería proponerle también que se fueran los dos un par de días allí, que reservaran en un hostal mientras Lorenzo lo ayudaba a buscar piso, algo bonito, en el centro, con pocos compañeros —lo ideal sería uno o dos—, para que no preguntaran mucho por el

hombre que iría todos los fines de semana a verlo. Porque esa era la idea, dejar de esconderse para poder ser visibles, al fin.

Lorenzo y Raúl.

Ese piso y esa ciudad les darían la oportunidad de tener identidad propia, ser algo más que dos figuras que se escabullían en la casa de un viejo para poder quererse a escondidas.

Raúl y Lorenzo.

Tener nombre es importante, pensaba Raúl, porque convierte lo que no se nombra en realidad. Les da piel, cara, brazos, cuerpo, venas, ojos... Vida. Y hasta entonces, ellos dos solo habían sido un secreto del que no se podía hablar. Septiembre los convertiría en algo real.

Empezó a imaginar la reacción de Lorenzo cuando se lo dijera. Dibujó en su cabeza la excitación de su amante y creció la suya propia, sintiendo cómo el pantalón se abultaba ante la proyectada imagen del cuerpo desnudo del profesor, tan conocido ya y a la vez tan extraño. Se había acostumbrado a sentir con cada embestida que lo que le habían enseñado que era sucio no era más que una fuente inagotable de placer y amor. Casi de esperanza, porque entre esas piernas, aun cubierto de semen y sudor, siempre sentía que las cosas iban a ir bien.

Comprobó que Lorenzo no había contestado aún y se llevó la mano a la cremallera, la bajó y se liberó del pantalón. Se quedó desnudo y empezó a frotarse, arriba y abajo, los ojos cerrados imaginando la sonrisa de Lorenzo al enterarse de la decisión que había tomado. Arqueó la espalda y aumentó la velocidad de la mano sobre su polla al reproducir dentro de su cabeza el momento en que Lorenzo lo penetró a la vez que le introducía los dedos en la boca, obligándolo a mantener los ojos abiertos mientras lo hacía para que pudiera ver el deseo que devoraba los suyos. La mano ya se le movía sola, las piernas se le retorcían de placer y los pies arrugaban la sábana como respuesta a una última fantasía donde ellos dos follaban sobre la cama de un piso propio, lejos de allí.

Se corrió sobre su propio pecho con la imagen del profesor en calzoncillos, sentado sobre un cojín en el suelo, el pelo aún mojado de la ducha, mirándolo mientras le contaba anécdotas sobre cómo le había ido la semana en Laguna.

Raúl ahogó un gemido, dejó que la respiración recuperara el ritmo normal y se quedó mirando las vigas del techo de la casa de sus

abuelos. Encontró varios pañuelos de algodón en un cajón de una cómoda y usó uno para pasárselo por el abdomen.

El móvil seguía sobre la mesita de noche mudo. Optó por vestirse. Ya hacía más de una hora que esperaba allí y el calor había dejado de ser excitante para convertirse en insoportable. Se calzó y bajó corriendo. Su abuelo ya dormía como un tronco frente a la película del televisor. En la pantalla, una imagen que se le quedaría grabada a Raúl durante mucho tiempo: un hombre en blanco y negro que contemplaba su propio reflejo en el espejo roto de una polvera. Se sintió identificado con la frase que le respondía la protagonista cuando el hombre le hacía ver que el espejo estaba roto:

—Sí, lo sé. Y no me disgusta. Así me veo tal y como me siento.

Raúl anotó mentalmente preguntarle a Ismael qué película podía ser esa y salió de la casa no sin antes besar a su abuelo y bajarle el volumen.

La noche era cálida y el asfalto estaba hirviendo. La brisa que bajaba de la sierra no servía para aliviar los casi treinta grados que los termómetros anunciaban a las diez de la noche y uno podía tener la sensación de que todo se había detenido en el tiempo. Algo a lo que ayudaba el hecho de que las calles estuvieran desiertas, sin rastro de las viejas abanicándose en la puerta o los niños jugando en las aceras. Todo Laguna estaba en la plaza de los Naranjos preparándose para el desfile de cabezudos con el que empezaría la última noche de feria. De allí procedía la música que Raúl siguió como un niño de Hamelín.

Conforme se acercaba a la plaza, empezó a notar una comezón que nunca antes había experimentado. Con el paso de los años aprendería a identificarlo como un radar natural que la genética le había dado en gracia. Una especie de sexto sentido que le decía que las cosas no iban bien, que estaban a punto de torcerse y que debía estar preparado para cualquier imprevisto. No ayudaba a impedir nada, pero sí al menos a estar preparado, aunque en aquel momento solo lo atribuyó al calor y al enfado, cada vez mayor, por no tener noticias de Lorenzo tras un día entero de fantasías.

No le costó mucho localizarlo.

Alrededor de la plaza se habían colocado varias barras móviles de bar y Lorenzo estaba en una de ellas junto a Eduardo, el profesor de Educación Física, y Cristina, su novia. Los tres conversaban a gusto mientras apuraban unos chatos de vino tinto. Eduardo —moreno y

atlético, el pelo largo y brillante que hacía suspirar a todas las alumnas— parecía llevar el peso de la conversación. Cristina —bajita, media melena alisada siempre con obsesión, pinta indisimulable de pija de buena familia— se apoyaba en el brazo de Lorenzo y movía la cabeza de arriba abajo, como confirmándole que todo lo que decía su novio era verdad. Y más risas y chatos de vino con la camaradería propia de los veinteañeros independientes: gente que no tenía que ocultarse ni disimular.

Aún no había comenzado el desfile de cabezudos, pero en la plaza ya casi no cabía un alfiler. Raúl se abrió paso como pudo hasta la barra, movido por los celos del amante ignorado, y se situó muy cerca de Lorenzo. Apoyó los codos sobre la pringosa superficie de metal y llamó a voz en grito al camarero, un chaval de apenas dieciocho años que había compartido guardería con él:

—¡Miguel, ponme un botellín!

Raúl se preocupó de que el grito atravesara la barra como un torpedo. Nadie podría recriminarle que, en mitad de semejante bullicio, levantara la voz. Pero la persona que le interesaba no tendría duda de que no era un grito para pedir cerveza, era un alarido buscando la atención que esa noche se le había negado.

Sin embargo, fue Eduardo quien primero se dirigió a él.

—Hola, Raúl.

—Ey, ¿qué tal? No os había visto —contestó apoyando todo el peso en la barra para quedar inclinado hacia Lorenzo.

Cristina le sonrió y Lorenzo entonó un timidísimo «hola». Raúl lo vio guapísimo: el pelo rubio, que no se había cortado en todo el verano, despeinado; en la cara un experimento de perilla que él mismo le había aconsejado probar; los ojos castaños brillantes por el vino; y la misma actitud de desgarbo y dejadez que había sorprendido a todos los alumnos la primera vez que había entrado en clase. Esa noche no llevaba gafas, quizá se hubiera puesto lentillas... No recordaba haberlo visto jamás así. ¿Cuántas cosas creía conocer de él y cuántas conocía en realidad?

Raúl dio un trago a su botellín y sintió en las tripas la valentía instantánea del alcohol. No hizo ademán de moverse de la barra.

—¿Quieres tomarte una con nosotros? Eduardo y Lorenzo ya no van a ser más tus profesores, ahora somos solo tres adultos delante de otro adulto. No vamos a ir a la cárcel ni nada de eso por beber contigo

—bromeó Cristina. Humor de pija, pero Raúl lo agradeció.

—Estoy esperando a mis amigos. He quedado con ellos esta noche. —Se preocupó de marcar la última frase mientras miraba a Lorenzo. Este, de pronto, interesadísimo en observar la superficie rojiza de su vaso.

—Pues perfecto. Los esperas con nosotros. Los cabezudos están al llegar —ofreció Eduardo visiblemente entonado.

Raúl se acercó al trío, que se abrió para recibirlo. Cristina quedó entre él y Lorenzo. Y, de pronto, la valentía que había sentido momentos antes desapareció sin previo aviso. Ahora solo quedaba angustia y miedo, no sabía muy bien a qué.

—¿Ya has decidido qué hacer? —le preguntó amable Cristina—. Me comentó Lorenzo que no te había dado la nota para la carrera que querías.

Los ojos de Raúl se abrieron como platos. Intentó guardar las formas mientras trataba de imaginar en qué contexto Lorenzo podía haber hablado de él a sus amigos. Eso sí que no se lo esperaba y el miedo dio paso a la ilusión. Raúl aún no podía imaginar que tan peligroso era uno como la otra.

—Pues sí... Tenía dudas, pero ya lo tengo claro. —Hablaba mirando a Lorenzo—. Voy a entrar en Filología Hispánica en Sevilla. No es lo que quería, pero creo que puede ser incluso mejor.

Intentó adivinar qué pensaba su amante mientras recibía la noticia. No había ocurrido como lo había imaginado durante todo el día, pero había algo en esa lucha silenciosa que lo excitaba. Juraría incluso que estaba teniendo un amago de erección.

Lorenzo se mantuvo inmóvil, anclado al suelo de la plaza. Quieto. Sonrió de oreja a oreja mientras le dijo:

—Enhorabuena. Creo que es una decisión inteligentísima.

—Gracias, maestro.

—De nada, Raúl. —Lorenzo ni siquiera protestó ante la mención, intencionadísima, de esa palabra que tanto odiaba.

A Raúl se le revolvió el estómago y se arrepintió al momento de su atrevimiento. Sintió unas ganas tremendas de echarse a llorar, de pedirle perdón, de explicarle que estaba furioso porque llevaba un rato construyendo cientos de fantasías sobre cómo celebrarían la noticia y construirían su propio universo al final del verano. Y que no quería, por nada del mundo, darle esa información así, como si fueran

dos conocidos que se cruzan por la calle después de años sin verse y no saben de qué hablar. Si por él hubiera sido, se habría tirado allí mismo de rodillas para besarle los pies.

—Sí, creo que es lo mejor —acertó a decir Raúl en un susurro lanzado al suelo.

Al levantar la mirada se encontró con la misma expresión de Lorenzo, plantado en el mismo sitio y mirándolo como si fuera su profesor y no su amante. O peor, ya ninguna de las dos cosas.

A Raúl le resultó insoportable aguantar un minuto más esos ojos castaños clavados en él. Alguien con el que había reído desnudo en una cama; quien le había enseñado a moverse despacio mientras estaba encima de él para prolongar el placer; el mismo que le había confesado que odiaba estar siempre al servicio de lo que esperaban los demás, y que a su lado, sin embargo, se sentía poderoso e invencible. Esos ojos que ahora lo miraban aparentando una cordialidad que poco tenía que ver con las veces en que dejaba la cara a escasos milímetros de la suya mientras lo penetraba y lo guiaba hasta que los dos se movían al mismo ritmo para sonreír y besarlo solo entonces, cuando notaba que Raúl no sentía dolor.

Pero allí estaban, interpretando sus papeles de alumno y profesor, cruzando palabras de fingido interés sobre su futuro académico...

—Voy a buscar a Ismael —dijo Raúl incapaz de fingir más.

Eduardo levantó el chato de vino hacia él y le dio unas palmadas en el hombro.

—Mucha suerte. Eres un buen tío, Raúl. Eso que no se te olvide. Nos veremos por el pueblo cuando regreses para las fiestas y para Navidad, ¿no?

—Por supuesto —contestó el chico de nuevo mirando a Lorenzo.

Eduardo solo vio la mirada del chaval a su profesor de Latín y Griego, no la intención. Y seguramente la interpretó como una simple casualidad... Pero son esas casualidades las que, sin querer, desencadenan guerras. Y así, sin pensar en la onda expansiva que causaría lo que iba a decir, señaló con la cabeza a Lorenzo y anunció:

—Bueno, aquí a mi amigo ya no. Se nos va el muy suertudo a Santander, a un instituto de bien. Va a vivir en una casa frente al mar a la que espero que nos invite de vez en cuando, ¿verdad, Lenguas Muertas? ¿O crees que no sé que los chavales te llaman así?

Eduardo soltó una carcajada y se terminó el vino de un trago.

Cristina lo imitó.

Raúl no consiguió disimular lo suficiente, sintió que los adoquines de la plaza de los Naranjos se convertían, de pronto, en arenas movedizas. Más tarde, cuando pensó en el ridículo que podía haber hecho, agradeció que Eduardo y Cristina pidieran otra ronda. Eso les impidió ver cómo su cara pasaba, en cuestión de segundos, de ser la de un adolescente de fiesta a un niño muerto de miedo.

Esa vez Lorenzo sí le mantuvo la mirada. Y no había desafío. Lo que Raúl vio fue arrepentimiento y dolor. Su amante le pedía perdón sin palabras.

—Qué bien, ¿no? —acertó a decir Raúl, la voz temblándole.

—Sí. Muy bien —contestó Lorenzo con el mismo entusiasmo que si le estuviera diciendo que le quedaban tres semanas de vida, cuatro con suerte.

Cristina le alargó a su amigo un nuevo chato de vino y, de la misma manera que antes había tocado el brazo de Lorenzo, tocó ahora el de Raúl para decirle:

—Tendrías que ver la casa. Nos la ha enseñado en fotos, es una maravilla.

—Es una casa. Cuatro paredes, ya está —refunfuñó Lorenzo.

—Déjate de falsas modestias del norte, es un paraíso —gruñó Eduardo divertido—. Aquí te vamos a echar de menos, muchísimo. Más de lo que crees. Pero iremos a visitarte, seguro. Y los alumnos van a llorar cuando se enteren de que te vas, que no tienen el cuerpo hecho para la noticia. Con la guerra que les dan los vejestorios que suelen meter siempre en Latín y Griego...

—Eduardo, que te disparas... —dijo Cristina señalando con la cabeza a Raúl.

—Ya no es un alumno, tú misma lo has dicho. Ahora es un hombre hecho y derecho que hasta puede permitirse saber la verdad. —Eduardo pasó amistosamente un brazo por los hombros de Raúl—. No somos robots. ¡Los profesores somos personas que hasta sabemos que algunos son unos dinosaurios que no sirven para enseñar! Pero Lorenzo no. Lorenzo es un mirlo blanco, ¿verdad?

—No sé lo que es un mirlo blanco —contestó Raúl. Tenía toda la energía centrada en que Eduardo no notara su cuerpo temblándole bajo el brazo.

—Pues una persona extraordinaria, que se destaca del montón.

Eso es lo que es.

—Pues sí. Entonces lo es. Sin duda.

No había odio en la afirmación; lo que había era tanta verdad que fue Lorenzo quien sintió que las arenas movedizas de los adoquines se lo tragaban.

—Otro secreto que quizá no sabías, Raúl: los profesores también se emborrachan y se ponen pesados —dijo Cristina cogiendo el brazo de su novio y haciendo que le liberara el hombro—. Déjalo, que ha dicho que quiere buscar a sus amigos.

Eduardo levantó las manos a modo de rendición. Pero Raúl no se movió.

—¿Cómo es la casa? —preguntó a Lorenzo.

Este hizo un gesto apenas imperceptible con la cabeza, una súplica para que no siguiera.

Una música lejana anunciaba que el desfile de cabezudos ya había empezado en el polideportivo.

—Es una casa... Normal.

Los niños que jugaban junto a la caseta municipal empezaron a gritar de alegría.

—Cuéntale, hombre, que te está preguntando —dijo sin maldad Cristina.

Raúl miró fijamente a Lorenzo. Creyó ver un atisbo de lágrima en los ojos castaños del profesor, incluso pensó que el labio le temblaba un poco. Habría dado el bar de sus padres a cambio de que le hubieran dejado acercarse y abrazarlo, refugiarse por última vez en ese olor.

La charanga que acompañaba a los cabezudos ya estaba muy cerca.

Lorenzo bebió de su vino. Y habló a Raúl como si estuvieran solos:

—Es una casa pequeñita, de una planta. Me la encontró mi padre. Hace mes y poco se quedó libre una plaza en el instituto de Santander donde yo estudié y pude optar a ella. Ha sido todo muy rápido, por eso ni siquiera me despedí de vosotros al terminar el curso. No sabía que no iba a volver.

—Pero sí sabías a principios de julio que te ibas...

Raúl calculó cinco segundos hasta que Lorenzo contestó. La charanga ya atronaba cerca, pero ellos habrían podido escuchar una

aguja cayendo ante sí.

—Sí.

—¿Y la casa? ¿También la tenías entonces?

—No. Avisé a mis padres y empezaron a buscar. Apareció de la nada hace una semana. Mi padre estaba paseando con el perro cerca de la playa y la vio, un cartel enorme de «Se alquila» amarrado a la verja. Justo el dueño estaba arreglando unos maceteros en el jardín y solo tuvo que preguntarle. Esa misma tarde cerró el trato.

—Qué suerte...

La música ya sonaba tan cerca que había que elevar la voz para hacerse oír.

—Dime más cosas. ¿Cómo es por dentro? ¿Qué se ve desde el jardín?

Esa vez Cristina sí torció el gesto. Había algo que, de pronto, no le gustaba en esa intimidad de profesor y alumno. Se sentía como una intrusa, alguien que es testigo de un crimen. O de un secreto.

—Es pequeña pero confortable. No hay separación entre el salón y la cocina, uno puede prepararse el desayuno mientras otra persona lee en el sofá. O simplemente hablar. Hay solo un dormitorio, pero la ventana está colocada justo frente a la cama y se ve el mar. Si te tumbas y abres los ojos, a través del cristal solo se observa azul. Dos tipos de azul, porque se mezclan el agua y el cielo. Y se oyen las olas, sobre todo si te sientas en la mesa del jardín a tomar un vino o a leer...

—O a hacer planes —remató Raúl.

La imagen de la casa se había hecho tan nítida, y estar en ella tan imposible, que Raúl casi oyó que algo crujía dentro de él al romperse.

¿Cómo suena un corazón tan joven haciéndose añicos en un momento?

—Suena bien. Parece un buen lugar para vivir solo. —La voz de Raúl sonó diferente. Más grave pese a que temblaba. Más hecha. Rota. Todo en la vida adulta estaría construido a base de contradicciones, como la textura de su voz en ese momento. Lorenzo no contestó—. Tengo que irme, mis amigos estarán locos buscándome.

El primer cabezudo apareció bordeando la plaza. Los niños se lanzaron a su encuentro pletóricos. Todos miraron hacia allí... Todos menos Lorenzo y Raúl, perdidos uno en el otro. Y Cristina, temerosa de que la sospecha que se estaba dibujando en su cabeza fuera real.

Raúl le dedicó una última mirada a Lorenzo comprendiendo que, en sus dieciocho años, aquel paseo suyo juntos de madrugada en busca del llavero perdido había sido el mejor momento de su vida. Volvería muchas veces a esas calles desiertas, a esa explicación atropellada sobre lo que significaba *Dragon Ball Z* para Lorenzo, a esa despedida llena de timidez y ganas de quedarse.

—Pues buen viaje, maestro. Y buena suerte por allí arriba.

Lorenzo se odió a sí mismo como nunca había odiado a nadie. Porque, mientras le contaba a Raúl cómo era esa casa idílica que sus compañeros no dejaban de admirar, no pudo imaginar a nadie más que a él tumbado en esa cama con vistas azules. Leyendo un libro de bolsillo, concentradísimo con los ojos achinados, como lo veía a veces en el dormitorio donde se había desarrollado casi toda su historia. Rozándole de vez en cuando la pierna para que no se olvidara de que estaba allí, en silencio, pero con él. Y, mientras esa imagen se desvanecía, supo que Raúl nunca pondría un pie en su casa frente al mar.

—Lo mismo digo, Raúl. Que vaya todo muy bien.

Los cabezudos se enseñoreaban en la plaza, las enormes cabezas de cartón piedra bamboleándose sobre sus diminutos cuerpos. La música de la charanga invitaba a la fiesta, a la alegría, a la despreocupación...

—Adiós.

Raúl se dio media vuelta y se abrió paso entre la multitud a codazos, desesperado por salir de allí y respirar hondo. Lo consiguió a duras penas, dejando tras él decenas de espaldas que coreaban a los cabezudos. También a Lorenzo y su mirada.

¿Y ahora qué? ¿Qué se hace cuando el hogar en el que se ha vivido se destruye hasta los cimientos? ¿Dónde se ponen las escasas pertenencias que se han conseguido salvar?

Adiós.

Adiós.

Dos palabras para abarcar algo que parecía que jamás había experimentado nadie antes que ellos.

Echó a andar a paso rápido, sin terminar de decidir dónde dirigirse para estar solo. A La Posada desde luego que no; sus padres, desbordados de trabajo, lo meterían de la oreja detrás de la barra en cuanto lo vieran poner un pie dentro. Tampoco a buscar a sus amigos.

Estarían viendo los cabezudos y no podría darles explicaciones convincentes sobre por qué apenas podía mantenerse en pie. Le ermita de la Virgen de la Montaña podía ser una buena opción; sabía que estaba vacía porque habían bajado a la patrona a la iglesia para los días de feria. Sí, ese pequeño santuario en el comienzo de la sierra era el mejor lugar de Laguna esa noche para que nadie lo viera. Hacia allí encaminó sus pasos, la respiración agitada y en las mejillas un calor insano que le recordaba a cuando tenía la gripe. Pero lo que sentía Raúl bajo la piel era un dolor insoportable, como si hubieran vaciado dentro de sus venas un ejército de insectos que se dedicaran a morder todo lo que hallaran a su paso. A bocaditos lentos pero insaciables.

Enfilaba una cuesta ascendente cuando oyó aquella voz dulce, melosa y seductora. Y traicionera:

—Ahora no estás con tus amiguitos que te defiendan a pedradas. Se te olvidó que soy paciente, mucho.

El susurro del Maño, muy cerca, se mezclaba con los instrumentos de la charanga.

Y no, sus amigos no estaban con él. Estaba solo, en una calle desierta y con el pueblo al completo en la plaza. Y no podía regresar allí porque el Maño, acompañado de Borja y Tito, le cerraba el paso al final de la calle.

—La loba está sola, cagada de miedo; hasta se le ha cambiado la cara de señorita que tiene —rebuznó Borja litrona en mano.

Y rieron a carcajadas, como locos. El Maño de una manera tan dulce que proyectaba incluso más terror del habitual.

Lo habrían seguido desde la plaza y Raúl, obcecado como estaba con encontrar un lugar donde poder llorar a solas, ni se había dado cuenta. Había bajado la guardia, algo raro en él, pendiente como había estado las últimas semanas de no quedarse solo en la calle. Hasta habría jurado que el Zapata se preocupaba de dar rodeos cuando regresaba a su casa para dejarlo en la misma puerta de la suya.

Pero ahora el Zapata no estaba allí. Ni Ismael o Natalia. Estaba él, la cara descompuesta por el dolor de un corazón roto, frente a esos tres bestias.

En la frente del Maño aún era visible la cicatriz de la herida que Ismael le había provocado con su pedrada, lo que aportaba un plus de fealdad a su no muy agraciada cara. Aquella línea horizontal de carne

encima de los ojos de serpiente le otorgaba un papel de vencido a punto de pedir la revancha. O la venganza.

Raúl sabía que no se iban a conformar con un empujón o una colección de insultos con los que dejarle claro que era «maricón, imbécil, nenaza, culo abierto, pedazo de puta y loba herida», todo a la vez. Esa vez el Maño iba a embestir, a matar si hacía falta. A reventarle la cabeza por dentro y por fuera para demostrar a todo Laguna que seguía siendo él quien mandaba allí.

—Raulita, ven aquí, que te voy a enseñar cómo tira la piedra un hombre —dijo aquella voz dulce, como invitándolo a la cama y no al paredón.

Tuvo los reflejos necesarios para esquivar el proyectil, que pasó rozándole la sien izquierda y se estrelló contra el zócalo de la fachada de una de las casas de la calle provocando un sonido sordo que nadie más que ellos oyeron.

—Nos echa cojones la maricona, que ni se mueve —voceó Tito, y luego lanzó con toda su fuerza la piedra que tenía en la mano. Tampoco acertó.

«Están un poco lejos y muy borrachos. Es la única oportunidad que tengo, usarlo a mi favor», pensó Raúl.

El Maño comenzó a andar hacia él borrando la sonrisa de la cara a cada paso torpe que daba. Estaba dejando de divertirse, como el gato que se cansa de juguetear con el ratón y decide que ha llegado el momento de romperle el cuello a dentelladas.

—Te vas a enterar, desgraciado. Vas a desear con toda tu puta alma no haber estado en el pantano ese día.

De nuevo aquella voz parecía lanzar un cumplido en lugar de una sentencia de muerte. El zorro frente a la gallina. Y a esta se le heló la sangre.

«Échale huevos y enfréntate a ese mierda. Sea lo que sea lo que te haga, no puede doler más que lo que acaba de ocurrir en la plaza», se dijo Raúl.

Y no se movió, lo que enfureció más al Maño, que no era sino un vampiro que se alimentaba del miedo ajeno.

Un paso más cerca, ya la sonrisa helada y los ojos inyectados en odio.

—¿Qué pasa? ¿Te vas a hacer el chulo conmigo? No te va a reconocer la cara ni la madre esa puerca que tienes, todo el día sudada

como una cerda detrás de la barra.

El cuerpo de Raúl se activó como un resorte ante el insulto. Había desarrollado una tolerancia casi inhumana a la humillación, pero no estaba dispuesto a que ese virus se contagiara a su familia. Abrió la boca y el escupitajo salió solo, voló los dos metros que lo separaban del Maño y se estampó contra sus labios, entreabiertos porque ya estaban preparando nuevos insultos. La saliva de Raúl le entró en la boca y le manchó los dientes. Ni el Zapata, que era todo un experto campeón en lanzar gargajos asquerosos a distancias surrealistas, habría creado un escupitajo mejor, perfecto, más cargado de inquina y desdén.

Borja y Tito palidecieron.

—¿Qué has hecho, pedazo de zorra? —dijo el Maño con el terciopelo de su voz teñido de hiel, limpiándose con la mano y sacudiendo después los dedos, como si el escupitajo tuviera una dosis de homosexualidad contagiosa.

—Demostrarte que eres un mierda, eso es lo que he hecho. Y un cobarde, que no has tenido huevos para buscarme cuando estoy con el Zapata porque te cagas vivo ante él y ante cualquiera al que no puedas asustar. Solo sirves para robarles el dinero a los que te crees que no te vamos ni a mirar a la cara. Pero ¿sabes qué, Maño? Que al final te vamos a perder el miedo. Todos. Y se te acabó el chollo, porque tú acabarás convirtiéndote en una broma de la que reírnos, ¿te enteras? Un muerto de hambre como...

La cabeza de Raúl rebotó contra la pared que tenía al lado. Durante un momento no oyó nada, solo un pitido en el oído izquierdo, que se adueñó por completo del silencio de la calle. Las piernas le fallaron y cayó de rodillas, la visión borrosa. Enfocó como pudo las zapatillas del Maño, que se le plantaron delante... «Baratas. Tan basura como él», acertó a decirse.

—¿Se puede saber de qué coño te ríes, loco? —preguntó furioso el Maño, agachándose para enseñarle el puño cerrado con el que lo había golpeado—. Si quieres te lo comes otra vez, así se te pasan las ganas de risitas.

La risa de Raúl resonó en la noche. Vio venir el segundo golpe y tuvo tiempo de protegerse con las manos la cara. Aun así, dolió.

—¡Que dejes de reírte de mí, maricón!

La voz ya no era dulce. Ni melosa. Ni suave. Era áspera como una

tierra seca.

Un tercer puñetazo, esta vez en la espalda. Raúl se terminó de desplomar, respiraba tan fuerte que levantó una nube de polvo que se le coló en la boca y le provocó tal picor en la garganta que le hizo toser. El Maño tomó esa tos como una pequeña victoria y aflojó por un momento.

—Mira, ya no estás tan gallito.

Raúl hizo ademán de levantarse, pero el Maño le puso el pie encima de la espalda y lo empujó de nuevo contra el suelo. Borja y Tito asistían mudos al espectáculo, sin intención de detenerlo.

—Si te gusta usar tanto la boca, vas a usarla bien, más que para soltar gargajos —susurró el Maño, la sonrisa de nuevo cruzándole la cara y la miel engañosa en sus palabras. Y puso la otra zapatilla delante de Raúl, una imitación Reebok llena de manchas, sucia como un vertedero.

Borja se encendió un cigarro y se lo pasó a Tito.

—Chúpala, como seguramente hayas aprendido chupando pollas. Saca la lengua y límpiala, me la dejas como si fueras una lavadora, hijo de la gran puta.

Raúl apretó fuerte la boca. El Maño ya le colocaba la puntera de la zapatilla contra los labios y empujaba para que los abriera.

—¡Que la chupes o te quedas sin dientes!

La hiel asomaba de nuevo.

El otro pie redobló la presión sobre la espalda y aplastó aún más el cuerpo de Raúl contra el suelo. No tenía escapatoria, a menos que... Sí, a menos que obedeciera. «Va a ser solo un momento», pensó, decidido a llevar a cabo el plan que le acababa de cruzar por la cabeza. Para ello tendría que aguantarse las arcadas un segundo, pero no encontraba forma mejor de salir de donde su repentino coraje lo había metido.

Así que abrió lentamente la boca y sacó la lengua, y se encontró de golpe con la textura de la zapatilla y un sabor asqueroso. Nunca había probado la mierda, pero debía de tener un sabor muy parecido. Recordó una película que había visto con Ismael, una de esas historias extrañas que tanto le gustaban a su amigo, en la que una *drag queen* se comía la mierda de su perrito, sin corte alguno con el que disfrazar el truco. ¿Cómo se llamaba? No se acordaba, y recordó que también tenía que preguntarle a Ismael cuál era el nombre de una película

donde un señor en blanco y negro se miraba en un espejo roto de una polvera mientras una mujer le decía que ella se sentía como esa imagen.

Raúl se concentró en esas preguntas que él mismo se formulaba (el espejo roto, la *drag queen*, los nombres de unas películas que no recordaba) mientras su lengua tocaba el pie del Maño. Así no pensaba en lo que estaba haciendo. Sabía que tenía que aguantar, al menos durante unos segundos. Si pasaba lo que esperaba que pasase, tendría una oportunidad... Si no, ya podía despedirse para siempre de salir a la calle en Laguna porque todo el mundo sabría al día siguiente que había lamido la mierda del Maño. Y eso sería ya una condena en firme para toda la vida, daría igual lo que hiciese, porque para todas las generaciones del pueblo él sería el Lamemierdas.

Pero aquella noche Raúl tuvo la suerte de lado y sus sospechas sobre lo que haría el Maño acertaron.

—Mirad cómo lame, el cerdo. Oink, oink, oink.

Borja y Tito rieron como cavernícolas y el Maño se giró hacia ellos victorioso. Se relajó y aflojó la presión sobre la espalda de su víctima. Tanto estaba disfrutando del espectáculo que por un momento olvidó que la presa debía seguir atada.

Raúl aprovechó esos escasos segundos en que el pie de su verdugo dejó de ejercer fuerza y se levantó de golpe. Desequilibró al Maño y lo tiró al suelo. Pero no echó a correr de inmediato; aprovechó la confusión de la caída para subirse encima de él y lanzarle a la cara dos puñetazos, uno detrás de otro, directos y sin mirar dónde daba. Solo oyó dos golpes secos y un quejido lastimero. Volvió a escupirle.

Todo ocurrió en apenas seis segundos. Cuando Borja y Tito quisieron darse cuenta, Raúl ya corría como si lo persiguiera un demonio por la calle, los puños apretados y las piernas veloces. Le sangraba la boca, pero el Maño estaba en el suelo con la nariz rota porque los dos golpes habían impactado de lleno, todo furia, sobre ella.

Había funcionado. Por los pelos, pero había funcionado. Hacer como que se rendía para que el Maño se confiara y poder tumbarlo. ¡Joder!, ¡había funcionado!, ¡le había dado en toda la cara! ¡Había notado incluso que algo cedía bajo su puño! ¡Que le jodan!

—¡Tú, para!

Borja corría tras él. Resoplaba por los kilos que le sobraban, la

barriga asomando por debajo de una camiseta que le quedaba estrecha. Pero era rápido, demasiado para lo borracho que iba.

El perro de presa detrás del conejo por orden del dueño.

Raúl apretó el paso. Y sintió miedo. Por primera vez fue consciente de lo que había hecho y de que, si lo pillaban, podía darse por muerto. No eran solo los dos puñetazos propinados al Maño, era la humillación a la que lo había sometido. Borja solo cumplía órdenes, si lo atrapaba lo llevaría por los pelos no solo a terminar la limpieza de la zapatilla...

La música de la orquesta, que tras la charanga ya tocaba la primera canción de la noche en la caseta municipal, llegó de muy lejos, de otro mundo, uno donde no era necesario correr para proteger cada hueso de su cuerpo. Pero lo peor era que cada vez quedaba más atrás, en dirección contraria adonde Borja lo obligaba a huir.

¿Y si gritaba? Un simple grito, algo que alentara a alguien a asomar el pescuezo fuera de su casa. Era imposible que todo el pueblo estuviera en la plaza. Había mucho anciano en Laguna y alguno tendría que haberse quedado en su salita para poner a buen resguardo la artritis o el asma. Pero se lo pensó mejor, todo lo rápido que pudo y con toda la energía del cuerpo concentrada en no caer al suelo, en que los pies siguieran obedeciendo las órdenes que el cerebro, asfixiado, se esforzaba por darle: un solo grito sería como levantar una señal de rendición a su perseguidor.

¿En qué parte de Laguna estaba en ese momento? Raúl cruzó una calle que, con sus prisas, le resultó vagamente conocida pero igual de desierta que las demás, con todas sus puertas cerradas y Borja cada vez más cerca.

—¡Párate ya o va a ser peor, hijo de puta!

Había luz en una de las casas, al final de la calle. Y alguien sentado en el escalón, el humo de un cigarrillo elevándose hacia la luz mortecina de las farolas.

—¡Nos vas a chupar las zapatillas a todos, pedazo de maricón!

La figura sentada se giró hacia Raúl, que notaba los pulmones a punto de explotar y unos pinchazos terribles en el costado. No iba a aguantar mucho más a ese ritmo, sobre todo porque notaba ya el sabor del vómito en la boca.

Un metro, dos...

Era una mujer vestida con una sencilla bata de verano, descalza.

Raúl vio que tenía un vaso de tubo junto a ella, también un cenicero repleto de colillas.

Cati. Se paró justo al llegar a su lado.

—¿Qué pasa, Raúl? —preguntó ella alarmada.

El vómito llegó y lo dobló por la mitad; expulsó la cena de la noche sobre la acera de la calle Fuente. También el desengaño y la decepción con Lorenzo, y el miedo y el odio del Maño. Todo mezclado en un mejunje anaranjado que salpicó el escalón de la casa de Cati.

—Perdóname, lo siento mucho... —jadeó Raúl doblado por la carrera.

—No pasa nada, ¿estás bien?

Cati lo ayudó a incorporarse y le pasó la mano por la frente para limpiarle el sudor. La mujer olía a tabaco y a Nenuco, y a Raúl le pareció el olor más reconfortante del mundo. Echó un vistazo a la calle y vio a Borja desaparecer por la esquina opuesta, imaginó que en dirección adonde se encontraba el Maño. Como una rata gigantesca que huyera en cuanto se encendía la luz de la cocina.

Y sonrió agotado pero orgulloso. Le había echado huevos, como siempre le decía el Zapata que debía hacer. Por primera vez en su vida no había aguantado hasta que el que insultaba se cansaba y se iba... Esa vez él había decidido cómo terminaba la pelea.

Pero entonces se acordó de Lorenzo. De la casa frente al mar que él nunca vería, de la vida que nunca tendrían. De que esa noche usaba lentillas cuando él nunca lo había visto sin las gafas. De que alguien sí lo vería muchas noches sin ellas, o con ellas, y no sería él. Y se rompió. Lloró tanto que no pudo hablar durante un rato, incapaz de articular palabras con que tranquilizar a una Cati que asistía, un poco asustada, a su espectáculo de lágrimas y vómito.

—Ven, desahógate —le dijo abrazándolo y llevándolo al interior de la casa.

Allí, sentados a la mesa de la cocina, le limpió con agua oxigenada las heridas ocasionadas por el golpe en la cabeza. Sin preguntar, solo aplicándole con cuidado una gasa empapada en los rasguños provocados al estrellarse contra la pared.

Después Raúl le preguntó si podía lavarse los dientes, aunque fuera usando el dedo, y Cati sacó de su neceser un pack para estrenar de cepillos para niños con cuatro unidades. Verde, rosa, azul y amarillo.

—Son de Fran, estamos ahora con la pelea de que se acostumbre a lavarse los dientes todos los días. ¿Cuál prefieres?

Escogió el verde. Y se lavó la boca y la lengua con furia, hasta hacerse sangrar las encías, escupiendo espuma roja en el lavabo. Se enjuagó durante diez minutos, pero aún notaba el sabor de la zapatilla del Maño, así que repitió la operación con más ahínco.

Unos golpes en la puerta del baño lo sacaron de su trance.

—¿Estás bien? —preguntó con dulzura Cati.

—Sí, salgo ya. Perdona.

Al abrir la puerta, Cati lo esperaba con un vaso en la mano.

—Deja de pedir perdón por todo, que pareces una de las beatas de la iglesia —le sonrió alargándole el vaso.

—¿Qué es?

—Un poquito de coñac. Tómatelo, te sentará bien. Luego te acompaño a casa.

Raúl iba a decir que no hacía falta, pero la imagen del Maño buscando su rastro lo convenció de aceptar.

Los dos se sentaron en el pequeño patio de la casa. Cati le dijo que Fran dormía desde hacía rato y que Salva se había ido a la caseta a despedir la feria. Ella no tenía ganas ese año de fiesta, había preferido guardarle luto a Jero a su manera, «tomándose un whisky en vaso de tubo, como a él le gustaba, y fumando su marca de cigarrillos». Raúl bebió a sorbos el coñac mientras escuchaba sus explicaciones.

—Está rico —dijo.

—Mi madre siempre nos daba a mis hermanos y a mí un poco de coñac con leche cuando teníamos gripe. Mano de santo para el ánimo, ¿verdad?

—Sí.

—¿Te sientes ya un poco mejor?

Raúl no contestó. Notó el alcohol danzar dentro de él, pero, así como antes había sentido valentía al probar la cerveza en la plaza, ahora el coñac despertó en él nostalgia de todas las cosas que ya no haría con Lorenzo.

—¿Qué ha pasado ahí fuera, Raúl? —preguntó Cati.

—Da igual.

—No, no da igual. Era el Maño, ¿verdad? No lo he visto, pero me puedo figurar que ese cobarde la ha vuelto a tomar contigo.

No hubo respuesta. Cati escudriñó a Raúl a conciencia con la mirada y, muy al fondo de sus ojos, descubrió que lo que al chico le pasaba no tenía nada que ver con una paliza del matón del pueblo. Allí había anidado otro tipo de dolor que ella conocía muy bien.

Raúl se terminó el coñac y le iba a dar las gracias a su salvadora cuando, sin darse cuenta, abrió la boca y las palabras salieron de él lanzadas sin ser pensadas.

—Cati, cuando ocurrió lo del padre de Ismael... —dudó si seguir. Se había dado cuenta de que el cuerpo de ella se tensaba—. Perdóname, soy un inconsciente. No tengo ningún derecho a preguntarte nada, sobre todo después de lo que acabas de hacer por mí.

—No seas tonto, anda —lo tranquilizó mientras se encendía un cigarro y agitaba el vaso. Los hielos se habían fundido en el poco whisky que quedaba—. Hacemos una cosa si quieres —propuso Cati de repente—. Yo te contesto a lo que quieras, pero antes me dices qué ha pasado esta noche. Ya sé que no tiene nada que ver con el Maño, que ese mamón os ha hecho cosas peores antes. Ojalá cualquier día aparezca despellejado vivo en los olivares.

—Nada, no ha pasado nada. Me despisté y me cogió por sorpresa, solo en...

—No me mientas si no quieres que yo te engañe cuando me preguntes algo —lo interrumpió Cati tranquila y amable.

Raúl bajó la mirada y notó que el llanto volvía a amenazar con desbordarlo. ¿No tenía el cuerpo humano un cupo de lágrimas para gastar cada día?

Dudó, pero al final decidió ponerle un nombre a su historia. A todo lo que había ocurrido durante los dos últimos años. Solo lo sabían Lorenzo y él, y si no lo hablaba con nadie tal vez el recuerdo desapareciera y acabara convertido en una fantasía. Pero, si lo compartía, quizá consiguiera que permaneciera en una realidad tangible, aunque fuera construida a base de palabras.

Y Raúl se vació con Cati. Habló durante una hora, sin parar, a ratos sonriendo y a ratos aguantándose las ganas de irse corriendo del patio. Le contó el paseo nocturno buscando el llavero, las escapadas a la casa del abuelo Cesáreo, la primera vez que se dio cuenta de que estaba enamorado de ese hombre, aun cuando ni siquiera podía saber lo que eso significaba. Le habló de lo que sentía cuando lo olía, de

cómo habían hecho planes para cuando pudieran existir más allá de su habitación, de la energía que los desbordaba cuando cerraban los ojos y se pasaban horas tumbados, cada uno en un extremo del auricular, escuchando a U2. No se dejó ni un detalle, ni siquiera la angustia que aún le anidaba en el estómago por haberse despedido de él esa noche y haber tenido que tratarlo como si fuera un simple profesor que le desea lo mejor a su alumno favorito.

Cati escuchó sin decir palabra, fumaba un cigarrillo tras otro. Cuando Raúl terminó, le agarró la mano.

—Y bien, ¿qué querías preguntarme del padre de Ismael?

—Cuando te abandonó... Imagino que pudiste sentirte traicionada o dolida, no sé. —Le costaba encontrar las palabras.

—¿Me quieres preguntar si me dolió? No es algo que puedas medir ni ponerle una cifra exacta. No pesa ni se ve.

Y la pregunta concreta apareció cristalina:

—No. Te quiero preguntar si algún día deja de doler. ¿Cuándo desaparece esto que siento dentro, Cati?

En el vaso de tubo ya solo había agua derretida.

—No hay un día y una hora exactos. Pero lo hace, confía en mí. Una mañana te despiertas, abres los ojos y ha desaparecido. Para siempre, aunque el día anterior sintieras que casi no podías respirar. Como si alguien te hubiera operado por la noche mientras dormías y te lo hubiera quitado con pinzas. Y ya está. Tan difícil y, de pronto, tan fácil.

Raúl la miró, los ojos inexpertos llenos de dudas.

—¿De verdad?

Cati asintió.

—Te lo prometo. Sé que ahora te sientes como si fueras la única persona del mundo que lo ha experimentado, agarrado a tus tripas como un virus de los que pillabais en la guardería Ismael y tú. ¿Te acuerdas? No es tan fácil de quitar como con una manzanilla o una leche con coñac y una tarde en la cama viendo la tele que os subíamos al dormitorio... Pero, igual que un cólico, también acaba yéndose. Y un día te das cuenta de que hasta puedes pensar en esa persona sin rencor y sin odio, incluso con un poquito de alegría.

Una sonrisa, aunque la expresión de la mirada insistiera en contradecirla.

—¿Así piensas tú ahora en el padre de Ismael?

—Eso es diferente, Raúl.

—¿Por qué?

—Me entenderás cuando seas padre, sea como sea, que a saber las vueltas que da la vida y este país ya no lo reconoce ni la madre que lo trajo al mundo —bromeó Cati, aunque quiso ponerse seria para subrayar lo importante—: mi dolor se ha ido. Y mi rabia. Pero quedan los de Ismael, y eso no se olvida. Nunca. Ni se perdona.

Raúl entendió, a su manera, lo que le quería decir. Quiso darle la vuelta a la situación y ser él quien la acariciara con un buen augurio:

—Algún día Ismael hará películas importantes, esas cuyo nombre todo el mundo conoce. Y entonces el cabrón del padre se arrepentirá de lo que hizo.

—¿Tú crees?

—¡Estoy seguro! ¿Tú no?

—Yo soy su madre, mi trabajo no es llenarle la cabeza de pájaros, lo que quiero es que esté bien. Que no sufra. Y ese mundo del cine parece tan complicado..., como a años luz de Laguna, en otra galaxia. Nosotros somos una familia de agricultores y limpiadoras, Raúl, ¿qué sabemos de las películas y de cómo se hacen? Si por no tener, no tenemos ni cine aquí. Solo en verano y en un solar de mala muerte...

—Pero Ismael tiene tantas ganas...

—A veces las ganas solo traen malos ratos.

Raúl escudriñó a Cati. Sus palabras le recordaban a sus padres hablando sobre la importancia de heredar La Posada y poner cimientos sólidos a una existencia plácida, sin sobresaltos y con los únicos imprevistos que ocasionen las facturas inesperadas.

Cati notó cada pensamiento de Raúl. Sonrió para sus adentros; no iba a ser él el primer adolescente que se pensaba que los padres habían nacido directamente con más de veinte años y con la cabeza bien amueblada, como si no hubieran pasado por los mismos terrenos pantanosos, llenos de sueños por cumplir y vidas construidas a golpe de creerse que iban a ser las únicas personas del mundo que no tendrían que enfrentarse a la decepción ni a los planes B. Soñar es una capacidad al alcance de todos. Poner los pies en la tierra es el trabajo ingrato de los padres.

—Jero lo consiguió. También era de Laguna. Él salió y pudo hacer películas. Era tu amigo, tú misma lo viste —se atrevió a decir Raúl tras una breve lucha interior sobre la conveniencia de sacar a

relucir el nombre del muerto.

Otro cigarro, esa vez de un paquete nuevo que Cati tuvo que abrir. Se entretuvo unos segundos arrugando el vacío.

—¿Y dónde está ahora Jero?

—Pero lo que le ocurrió no tiene nada que ver con su profesión.

—¿Estás seguro? Porque yo no. No sé si fue alguien de Madrid, de Laguna o de Robles, pero sí sé que murió porque estaba triste y empezó a tener secretos. Demasiados. No contaba lo que no le interesaba, y lo que podía se lo inventaba. Era muy mal mentiroso para ser actor, a lo mejor por eso nunca le fue tan bien como nos quiso hacer creer. Podía tener una sonrisa de oreja a oreja, pero esos ojos de diferente color que tenía eran incapaces de fingir nada, ni una sola emoción. Transparentes como el agua de la Fuente del Tajo. —Raúl escuchaba entre fascinado y horrorizado—. Tantos sueños por cumplir en la cabeza lo mataron, estoy convencida —dijo Cati.

Luego se levantó y regresó de la cocina con un nuevo whisky y coñac para Raúl.

Siguieron conversando un rato más, ambos eligiendo temas que, muy conscientemente, los alejaran de Jero, del padre de Ismael y de los irreconciliables puntos de vista que, en ciertas noches de verano, pueden llegar a tener una madre sin sueños y un adolescente lleno de ellos.

Y, con las copas ya vacías, Cati y Raúl prometieron no contarle a nadie nada de lo que había ocurrido entre ellos esa noche. Nunca. Ni lo que opinaba ella de las aspiraciones de su hijo, ni lo que había ocurrido entre él y Lorenzo en la planta de arriba de la casa del abuelo Cesáreo. Mucho menos de las heridas curadas en la cabeza y las que aún no habían cicatrizado en el corazón.

Más tarde, Cati acompañó a Raúl hasta la puerta de La Posada. No se encontraron con el Maño. Tampoco con Ismael, Natalia o el Zapata.

28

Promesas para devolver

Hacía más de veinte minutos que el coche de Raúl permanecía inmóvil en el solar al final de la calle Fuente. Desde donde estaban, se podía ver la casa de la abuela Inés abierta de par en par y los vecinos agrupados ya en la puerta esperando el coche fúnebre. Cada vez llegaban más; las mismas caras compungidas y curiosas, los besos rápidos en las mejillas, las frases hechas que se seguían manteniendo año tras año, muerte tras muerte...

Ismael había escuchado con atención todo lo que Raúl había estado contando. El romance secreto con Lorenzo, las confesiones con su madre en el patio. Ahora se mantenía callado, con la mirada perdida y la atención muy lejos de 2018, puesta en el verano de 2000.

Cati nunca le llegó a mostrar mayor interés en su nueva vida. O eso aparentaba. Cada vez que Ismael regresaba a Laguna por vacaciones, procuraba contagiarle el entusiasmo que sentía por estudiar Historia del Cine, Producción Audiovisual o Guion Cinematográfico, pero ella lo oía sin escucharlo. Cuando él dijo emocionado que había obtenido una matrícula de honor, en la casa familiar recibieron la noticia con el mismo alborozo que si les hubiera dicho los horarios nocturnos de la línea 8 del bus urbano que conectaba su barrio de estudiante con el campus.

Ismael llegó a pensar que era la pieza prescindible de su familia. Nadie se lo tomaba muy en serio, ni siquiera cuando empezó a ganar premios con sus cortometrajes y a ser el protagonista de pequeños reportajes sobre jóvenes promesas en revistas especializadas. Se siguió sintiendo un niño ingenuo que jugaba con VHS incluso cuando fue capaz de rodar y estrenar una película a nivel nacional, por mucho que luego nadie fuera a verla y la crítica la masacrara. Alguien con muchas ganas, pero poco talento. Como las hijas que acaban pensando

que son feas porque nunca han oído salir un piropo de los labios de la madre.

Un amigo psicólogo le dijo una vez, mientras esnifaban una raya de cocaína en el salón de unas chicas que habían conocido aquel mismo día, que la obsesión que tenía por el reconocimiento crítico de su trabajo le venía de su condición de «hijo no reconocido por el padre».

—Así piensas que recuperarás el cariño del padre ausente. Lo que quieres es reafirmarte delante de él, decirle que no te importa no llevar sus apellidos porque tú mismo has encontrado una identidad mayor que la que te negó.

Compartían un botellín de cerveza caliente que les había alargado una de las anfitrionas. Ismael se rio en aquel momento y le pidió que se hicieran otra raya cuando aún ni habían saboreado la primera, pero en el interior de su cabeza se quedó rumiando la teoría y acabó concluyendo que no era a su padre a quien quería impresionar. Ni mucho menos. Ismael tenía clarísimo que era a Cati a quien pretendía arrancar una palabra de orgullo o un gesto de interés por lo que hacía..., o una simple muestra de preocupación por cómo se sentía con la falta de dinero en una ciudad tan hostil como Madrid, muy lejos de la seguridad y la dulce rutina sin aspiraciones de Laguna.

Qué imbécil había sido, incapaz de ver que lo que su madre hizo fue protegerlo de la única manera que sabía. La mejor. ¿Acaso no había hecho eso el día anterior al reprocharle en el hospital que hubiera abandonado a su *hija*, que no era otra que su película, al primer tropiezo? ¿No había sido esa una manera de hacerle ver lo estúpido que él había sido, el ego malcriado que había desarrollado lejos de su familia? Cati quería que Ismael soñara, lo que no quería era que delirara.

—Siento habértelo contado tan de golpe.

La voz de Raúl se unió al sonido de las campanas de la iglesia, dos toques lentos a cuerda de dos para avisar de que la fallecida era una mujer.

Ismael se sintió egoísta y estúpido. No solo él tenía cicatrices que ocultar bajo el pellejo. Pero ¿qué hacía ahora cuando su mejor amigo le había mostrado las suyas? Callarse y pensar en sus problemas con el puto cine...

—¿Volviste a verlo? —preguntó a Raúl. Y se sorprendió a sí

mismo dándose cuenta de que la respuesta que su amigo le diera le importaba muchísimo.

—¿A quién?

—A Lorenzo.

Raúl miró a Ismael y dejó que el sonido de las campanas llenara el silencio entre los dos. En los últimos años habían hablado poco, pero siempre intentando mantener una cierta rutina y protocolo. ¿Cómo estás? ¿En qué andas ahora? ¿Cómo va la película? ¿Cómo van tus clases? ¿Estás saliendo con alguien? Y, sin embargo, los dos se daban cuenta en ese coche de que apenas se habían contado nada de verdad en todas esas charlas al teléfono o en la barra de La Posada en alguna ocasión especial.

Y lo que no se habían dicho era lo que ahora cobraba importancia.

No había cortesía en la pregunta de Ismael. Había deseo de saber lo que ocurrió.

—Una vez, hace dos años.

Ismael no hizo ademán de salir del coche. Se quitó el cinturón de seguridad y recostó la cabeza contra el asiento esperando el final de la historia.

—Una noche estaba corrigiendo exámenes en casa y apareció el nombre de un alumno, Lorenzo Alonso Amate. Un vago redomado, bruto como él solo. Pero el nombre sobre la línea discontinua de puntos del comienzo del folio fue lo único que vi. Apareció de pronto como en una marquesina iluminada, rodeado de luces de neón. Lorenzo... No había vuelto a pensar en él en años, te lo juro. Me di cuenta de que lo había desterrado a un rincón oscuro de la memoria, pero que ahí seguía en cuanto quise encender la luz. Tan rubio como siempre, la piel bronceada como la última vez que estuvimos juntos... Esperándome y sonriendo. Solo tuve que teclear su nombre en Google y encontrarlo en Facebook. Y apareció, mirándome desde su foto de perfil, montado sobre una bicicleta en un sendero de montaña. El pelo un poco más plateado, el cuerpo más ancho, los ojos igual de dorados... Volví a sentirme como en la cama de casa de mi abuelo, el mismo sentimiento de miedo y felicidad.

»Dudé un buen rato, con el dedo sobre la tecla del ordenador ni me acuerdo del tiempo, pero sin pulsarla. Hasta que lo hice... «Agregar a amigos». Y me quedé plantado delante de la pantalla como un

muñeco de trapo. Iba ya a retirarme para seguir corrigiendo cuando un sonido me avisó de que Lorenzo había aceptado la solicitud, y no pasaron ni unos segundos hasta que abrió un chat privado y me saludó: «Hola!». Aquella noche no dormí, ya te lo puedes imaginar... Nos quedamos hasta las siete de la mañana escribiéndonos y poniéndonos al día. Me contó que seguía en Santander, había conseguido una plaza fija en el instituto al que se fue cuando dejó Laguna. Yo le conté que al final me había convertido en un vecino más del pueblo, un profesor de Literatura y Lengua Española como cualquier otro.

La cara de Ismael se iluminó. Era incapaz de escuchar a Raúl sin imaginarse la historia plano a plano en la cabeza. Se atrevió a interrumpirlo:

—¿Y qué te dijo?

—«Dudo mucho que seas como cualquier otro».

—¿Sabes cómo llaman los profesores de guion pedantes a ese momento de la historia en que hay un acontecimiento que dinamita todo lo que el protagonista tiene por seguro en su mundo?

—Sorpréndeme.

—*Incidente incitador*. Eso fue esa frase para ti, ¿verdad? «Dudo mucho que seas como cualquier otro».

Raúl se encogió de hombros.

—Sí, supongo. Pero no hay nada sorprendente en esta historia ni fuera de lo común, ya te aviso. A esa conversación le siguieron muchas más, por Facebook o por teléfono. Yo acababa de cumplir treinta y cuatro, y él tenía más de cuarenta. Antes nos separaba un mundo, ahora la diferencia era invisible. Qué curioso, ¿verdad? Lo que era insalvable con el tiempo se acaba convirtiendo en algo sin importancia. Empezamos hablando de libros, de música, de cine, de nuestros alumnos... Un día nos tomamos una copa de vino, cada uno al otro lado de la pantalla. Como dos críos, nos pusimos de acuerdo para tener la misma botella, un crianza que me había recomendado un colega. Y ya sabes cómo terminan esas cosas... Yo casi ni lo miraba, lo que me la ponía dura era recordarlo a mi lado en la casa de mi abuelo, cuando me hacía abrir los ojos para no perdernos ni un detalle mientras lo hacíamos... Lo veía en la pantalla, pero lo que me excitaba era acordarme de cómo olía, de cómo sabía su sudor, su semen... Estaba viendo al Lorenzo de ahora, pero con quien estaba realmente

haciéndolo era con el de antes.

»Un día me propuso aprovechar las vacaciones de Semana Santa y que subiera al norte, a verlo. Y yo acepté. ¿Por qué no? Me lo debía... Lorenzo me debía contarme por qué no había ido a casa de mi abuelo aquella noche y por qué tuvimos que despedirnos como dos desconocidos, disimulando mientras me rompía en pedazos la imagen de su casa frente al mar. Fui en coche y me pasé todo el viaje nerviosísimo, volviendo a la estúpida costumbre de imaginar mil y una fantasías sobre cómo me recibiría. Y ¿sabes qué? Que todo fue tan normal, tan... sin importancia. Me esperó en su calle, aparqué, se vino hacia mí y me dio un abrazo y dos besos en la mejilla. Ya está, lo único que noté especial fue que sentí que el corazón le latía muy deprisa al estrechar su pecho contra el mío. La casa frente al mar ya no existía, hacía años que se había mudado a un piso de nueva construcción en un barrio de la periferia de Santander. Comprado a tocateja con la ayuda de los padres. Nos pasamos los días haciendo turismo, paseando, comiendo pescado hasta reventar y haciéndolo por las noches en su cama, hasta que amanecía, sin miedo a que nadie subiera y nos descubriera. Me presentó a sus amigos sin decirles que yo había sido alumno suyo, pero sin ocultar que, al menos esos días, éramos dos hombres que follaban.

—Suena a película que acaba bien.

—Podría, pero no supe qué hacer con esos personajes, aunque fuéramos él y yo. Después de follar, Lorenzo se dormía al instante y yo me quedaba despierto mirándolo. A veces incluso le agarraba la polla y la sentía descansar sobre la mano. Mía, sin secretos. Me encantaba hacerlo cuando yo era un crío y él mi profesor, pero no conseguía sentir lo mismo. Y, mientras él roncaba un poco, yo acercaba la nariz a su piel y lo olía, le pasaba la lengua por el vello, por los hombros... Era igual que lo recordaba y a la vez diferente.

—No... —se atrevió a decir Ismael de nuevo interrumpiendo la historia—. Él seguramente seguía siendo el mismo. Tú habías cambiado.

—Puede, Isma. Puede... El último día me llevó a cenar a un sitio precioso, un restaurante desde donde se veía el puerto como si fuera un cuadro de museo. Y me pidió perdón. Me dijo que él nunca había querido hacerme daño, pero que no había sabido cómo decirme que se iba de Laguna y que tenía que dejarme atrás. Que no podía permitir

que un chaval como yo se quedara sin vivir todo lo que tenía que vivir por alguien como él, que iba a mantener lo nuestro oculto porque no se veía capaz de enfrentarse a todos los problemas que lo nuestro nos iba a ocasionar, quisiéramos o no. «El mundo es como es, Raúl, y por mucho que nos quisiéramos, nos iba a comer vivos. El amor, solo a veces, no es suficiente», me dijo. Me juró que había sufrido mucho, que se había encontrado millones de veces con el móvil en la mano marcando mi número... Pero que siempre se convencía de que lo mejor para mí era que yo lo odiara, a muerte si podía ser. Me insistió en que la ira es un motor poderosísimo para seguir adelante y que yo en ese momento lo necesitaba más que nadie.

»Esa noche le pedí, le supliqué que me llevara a la casa en la que había vivido cuando se fue de Laguna. La que estaba frente al mar. No quiso, pero yo insistí y me salí con la mía. Estaba abandonada, hecha polvo, parte del tejado caído y el jardín hecho una selva ingobernable. Pero aquellas cuatro paredes significaban mucho para mí, habían sido nuestra despedida frente a la barra de la feria. No se lo dije, no sé por qué... Bueno, sí lo sé. Porque fue en aquel momento, al ver las ruinas del hogar que nunca fue de los dos, cuando sentí lo que tu madre me dijo que un día sentiría: ya no dolía ni formaba parte de mí. Y lo hicimos en la playa, follamos en la arena frente a esa casa. En silencio, con furia, como peleando entre nosotros. Me hizo incluso daño de cómo embestía, igual que un animal salvaje. Pero me callé porque supe que nos estábamos despidiendo por segunda vez.

»Cuando me marché a Laguna quedamos en hablar esa misma noche. Al día siguiente le dije que había llegado tan cansado al pueblo que me había ido directo a la cama y no me había acordado de llamarlo. Y, poco a poco, empezamos a hablar solo dos o tres veces a la semana, luego una, a veces una paja rápida si los dos estábamos muy calientes y, sospecho, sin nada mejor a mano. Hasta que me di cuenta de que habían pasado tres semanas sin saber nada de él... Y no me importaba. Y ya está. Tu madre tenía razón. Una mañana desperté y Lorenzo ya era solo un nombre y un cuerpo que pertenecía al pasado; ni siquiera estaba ya en ese rinconcito del sótano de la memoria, aunque encendiera la luz.

Era el momento de romper el encantamiento que se produce después de contar una historia y salir al mundo real. Fuera lo que fuera lo que les esperara allí.

—Raúl, ojalá hubiera sabido esto antes. Perdóname.

—No tengo nada que perdonar. Ya me preocupé yo de que no supieras nada, aunque siempre pensé que tu madre te lo había contado.

—No pudiste elegir a nadie mejor en todo Laguna como guardiana de tu historia con Lorenzo.

—Sí, eso parece...

Ismael se disponía a salir del coche cuando Raúl alargó la mano y abrió la guantera, de donde sacó un sobre rectangular, un poco arrugado en los bordes. Reconoció al momento una única palabra escrita en el centro: su nombre. ISMAEL. Era la caligrafía de Cati, las letras de trazo alargado y un poco redondeado en los bordes.

—¿Qué es esto? —preguntó.

—Iba a ver a tu madre muy a menudo a su casa desde que le diagnosticaron el cáncer, ya lo sabes. Ella decía que estaba a gusto conmigo porque si no había que hablar, pues no se hablaba. Yo no la agotaba con interminables parrafadas sobre la vida de Laguna, con todas esas absurdeces que seguían ocurriendo de puertas afuera con las que las vecinas la torturaban. Simplemente le llevaba dulces de la confitería, aunque ella solo los picoteaba, y nos sentábamos alrededor de la mesa camilla y hablábamos, o veíamos la televisión, o yo le enseñaba en mi tableta las últimas entrevistas que tú colgabas en tus redes y las comentábamos. Odiaba que llevaras el pelo cortado a hachazos, como ella decía...

Los dos rieron, aunque Ismael sintió un dolor leve en el pecho que —lo sabía— crecería con el paso de las horas.

—Ya se cansaba mucho si leía más de dos líneas seguidas —continuó explicando Raúl—. Pero me pedía una y otra vez que le leyera entrevistas tuyas que ya se sabía de memoria. Cerraba los ojos y sonreía. Yo la miraba de reojo y la veía mover los labios, recitando palabra por palabra tus declaraciones.

No era por horas, se había equivocado. El dolor en el pecho crecía por segundos.

—Y un día me dio este sobre. Me pidió que te lo entregara cuando ella...

Los puntos suspensivos casi se podían ver saliendo de la boca de Raúl y flotando en el aire de diciembre.

—Muriera —completó Ismael.

¿Por qué cuesta tanto decir esa palabra? ¿Por qué en el colegio no les enseñan a los niños a no tenerle miedo a un conjunto de letras que, tarde o temprano, saldrá de los labios de todos ellos?

—Sí, Isma. Cuando muriera. No se fiaba de tu hermano, decía que no tardaría en leerla más de cinco segundos si le pedía a él que te la diera. Me puso el sobre en la mano y me recordó la noche de la feria, cuando ella me curó las heridas que se veían y me prometió que un día dejarían de doler las que no se podían ver. Esa noche ella me protegió y me dijo que había llegado el momento de que le devolviera el favor.

Ismael aún no había cogido el sobre, las manos se le habían agarrotado de repente sobre el regazo. Raúl lo dejó sobre sus piernas con tanta delicadeza que Ismael se preguntó cómo era posible que tuviera la sensación de que le había puesto encima una inmensa bola de hierro.

—Léela cuando quieras.

Como si fuera tan fácil.

—¿No te dijo nada más?

—Solo que la escribió cuando aún podía tenerse en pie. Que aunque le dijerais que la inmunoterapia estaba dando muy buenos resultados, ella sabía que ya solo le quedaba ver «la función desde fuera». Era muy bruta cuando quería, tú la conoces mejor que yo...

—¿Estás seguro? Empiezo a dudarlo.

—Isma, se estaba muriendo. Le resultaba mucho menos complicado decírmelo a mí que a ti, que eres su hijo. Es doloroso. Se nos olvida que nosotros nos quedamos aquí, pero ella no... Y esa es la parte difícil, no la nuestra.

Ismael. Su nombre escrito en un sobre con la letra de una mujer que ya no existía.

—Tenemos que bajar a tu casa. Ya ha llegado —susurró Raúl.

El coche fúnebre estaba detenido en la estrecha calle. Los empleados del seguro sacaban el ataúd cerrado y lo introducían en la casa de la abuela Inés. Alrededor de la tía Juani, Fran, Marga y Salva se apelotonaban vecinas ansiosas de demostrar lo mucho que iban a echar de menos a una persona con la que apenas se habían sentado alguna vez en La Posada a compartir una cerveza.

Ismael se pasó la lengua por los labios, agrietados por el frío de la sierra.

—Raúl, ¿le contaste tú a mi madre lo que significaba para nosotros Fidelio?

—No. Claro que no. Ni se me ocurrió.

Silencio. Las campanas volviendo a anunciar la muerte lo cortaron en dos.

—Muchas veces ni hablábamos, solo nos quedábamos callados. Ya está. Me gustaba estar con ella, Isma. Y también sentíamos que tú no estabas tan lejos de nosotros, que todo volvía a ser como antes. Los dos te echábamos de menos.

—¿Antes de qué?

Murmullos de viejas camino del velatorio pasaron al lado del coche.

—Antes de que estuvieras tan triste. Todo el tiempo.

Raúl abrió la puerta del coche y salió. Ismael se quedó sentado mirando fijamente su nombre en el papel. Y se dio cuenta de que no había pensado en beber en todo el día. Hasta ese momento.

29

Cati

Ismael:

Nunca te lo he dicho, pero escribí un diario desde 1979 a 1982. Las últimas páginas escritas son del dieciséis de marzo de ese año, cuatro meses antes de que tú llegaras al mundo. Aquel invierno, tu padre ya se portaba conmigo como un auténtico desconocido y no era muy difícil adivinar lo que pasaría después. Bueno, todo el mundo lo vio venir... Menos yo, claro, que fui la última en enterarme. Aún hoy no me explico cómo tu abuelo César no salió a buscarlo con la escopeta de caza y no le voló la cabeza, que desde luego ganas no le faltaron... Pero ya sabes lo que es el pueblo, allí nadie le pidió más explicaciones que si hubiera abandonado a un cachorrito en uno de los olivares. Todo siguió como siempre para él, pero para nosotros todo cambió.

En esas últimas páginas le escribí una carta a tu padre que nunca le envié. Le decía que le deseaba lo mejor en la vida porque era incapaz de querer que sufriera de la misma manera que me estaba haciendo sufrir a mí. Que su hijo, porque tú todavía no tenías nombre, y yo lo queríamos: en mi caso porque no podía remediarlo, y en el tuyo porque él era tu padre y, al fin y al cabo, eso tenía que correrte por las venas o yo misma transmitírtelo, que para eso lloré tantas noches en vela y estoy segura de que las lágrimas se colaron bajo la piel y tú te las bebiste mientras crecías dentro de mí.

¿Sabes cuándo dejé de quererlo? El día en que te vi por primera vez la cara. Sufrí mucho, yo no era más que una niña que ni tenía caderas suficientes para empujarte fuera. Pero lo hice, agarrada a la mano de tu abuela Inés a la que casi le arranco los dedos de cuajo. Llegaste arrugado como un potrillo y con cuatro pelos mal puestos en la cabeza... Te pusieron encima de mí y me sentí muy rara, no te lo voy a negar, que yo apenas había dejado de jugar con las muñecas que me traía tu abuelo desde Alemania. No me explicaba cómo había pasado de acunarlas a ellas a tenerte a ti en los brazos, tibio como un conejillo pequeño y mirándome con esos ojos que ya se adivinaba que serían verdes, como los de tu padre.

Y ahí dejé de quererlo a él para quererte a ti, como si tú no dejaras espacio para nada más. Ni el más mínimo daño me hicieron los desprecios que me hizo delante de todo el pueblo tu otra abuela, la Peseta (aunque se me abren las carnes de llamar abuela a semejante monstruo). Porque entendí que tu padre había sido como cuando vas al practicante a que te ponga una inyección que duele muchísimo, pero que luego sirve para quitarte los males. Duele, pero merece la pena lo que te da a cambio. Él me rompió, pero dejó dentro de mí lo más maravilloso que he hecho nunca en la vida. Tú. Sin saberlo, arreglaste todo lo que tu padre había hecho pedazos en mi interior, cosiendo cada herida y poniendo en orden cada destrozo.

No sé si he sido buena o mala madre. Terrible, a lo mejor. Pero tuve que aprender a serlo a la vez que me olvidaba de ser una niña. Mientras Jero me contaba cómo eran los bares y los teatros de Madrid, yo lo único que podía relatarle era cómo te cambiaba el pañal o cómo había aprendido de la abuela a ponerme en los pezones hojas de col para poder aliviar el dolor de darte de comer. Porque chupabas y yo sentía que se me clavaban trozos de cristal en la piel, que no pocas veces tenía que morderme la boca hasta hacerla sangrar para no chillar.

Dejé de escribir ese diario cuatro meses antes de verte la cara por primera vez, como te he dicho. Se lo he dado a Raúl para que te lo entregue cuando yo ya no esté, pero quiero, necesito que lo tengas. No vas a leer nada importante, solo las bobadas de una niña que soñaba con salir de Laguna y ver mundo, a lo mejor incluso con ser escritora, fíjate lo que te digo. Escribía bien, ya lo verás en estas páginas amarillentas y rotas. Me tiraba encima de la cama y pasaba horas y horas rellenando ese diario, construyendo un futuro donde era imposible que no salieran las cosas bien. Imaginaba una profesión, una casa bonita, viajes a cualquier parte del mundo, cumplir la promesa de pasear del brazo de Jero por la Gran Vía de Madrid... No contemplaba dolor ni sufrimiento, eso eran cosas que les pasaban a los demás, no a mí.

Y llegaste tú. Y, sin pensarlo, me dividí en dos Catalinas diferentes. Una que era de verdad y que renunció a todo lo que quería ser para poder criar a su hijo, en el pueblo del que se quiso ir y que, al final, nunca abandonó. Y otra que solo existía en mi imaginación, que era valiente y que no renunció a nada, ni a sus sueños ni a ti. Esa Catalina volaba alto, era fuerte, tenía un buen trabajo, una vida llena de días que merecían la pena, un hijo al que podía educar diciéndole que iba a ser todo lo que quisiera ser, que nada era imposible.

Ismael, esa mujer que vivía en un mundo que solo existía en mi imaginación acabó haciéndome mucho daño. Porque hubo un momento donde deseé con todas mis fuerzas que la mentira fuera la verdad y que lo que ocurría de verdad fuera un mal sueño. Y me dormía todas las noches agarrada a tu manita, rogando que el sueño no tardara en llegar porque allí, lejos de la realidad, me sentía mucho más feliz y segura.

No fue culpa mía... O quizá sí, que yo no soy como tú y no tengo estudios y no sé decir con claridad las cosas. Pero al final acabé creyendo que tener sueños era algo malo, que te convertían en una desgraciada. Porque puedes dormir a pierna suelta un día entero si quieres, pero al final acabas despertando y, como me pasó a mí, teniendo que ir a limpiar lo que ensucian los niños en un colegio o en la casa de una beata. Y te parece una mala vida, pero solo porque tú te has empeñado en creer que hay una mejor que te espera, lejos, y buscarla te aparta de lo único real que tienes.

Ismael, yo ahora sé que no quise alimentar tus ilusiones para que no te convirtieras en alguien como yo: si no imaginabas que podías ser quien quisieras, serías simplemente feliz siendo quien eras. Ni más ni menos.

Y, de repente, unos Reyes me pediste que te regalara un Cinexín y yo no le di más importancia... Hasta que te vi los ojos mirando la película proyectada en la pared de la salita. Esos ojos abiertos como platos, brillantes... Y supe que tú no ibas a conformarte, que los sueños que yo no pude tener te los había pasado a ti y ahí se iban a quedar, en tu interior. Eso es lo que pensé en ese momento y hasta hace muy poco: que te había contagiado una enfermedad monstruosa que te iba a devorar por dentro como el cáncer que me está comiendo viva a mí. No me paré a imaginar que te estaba dando unas alas fuertes para volar lejos de Laguna, no. Fui tan borrica que di por hecho que te

estaba atando de por vida a la frustración de querer tener algo que no ibas a poder ni rozar. Y lo pensé porque yo no pude hacerlo, y a veces soy tan bruta que te quise ahorrar el sufrimiento, protegerte, en vez de inyectarte en las venas toda la valentía y el coraje que a mí me faltaron.

No te enfades, no supe hacerlo mejor. ¿Sabes una cosa? De pequeña odiaba que tu abuelo César tuviera el patio de la casa lleno de jaulas con gorriones o periquitos. Los veía ahí atrapados, dando saltitos de un columpio a otro todo el día, incapaces de hacer lo único que los hacía especiales: extender las alas y volar hasta cansarse. Y me enfadaba con él, lo llamaba de todo, pero tu abuelo insistía en que estaban mucho mejor que en el cielo, que él los cuidaba todos los días, les daba de comer, de beber, los protegía del calor en verano y del frío en invierno. Y de los animales salvajes, que el pueblo estaba lleno de gatos y la sierra de halcones. Yo me enfadaba muchísimo y le decía que era un salvaje por atraparlos así, obligándolos a estar tan quietos como muñecos de cera, simplemente viendo el cielo sobre sus cabezas, pero sin poder formar parte de él. Me parecía cruel.

Lo siento, hijo mío, porque yo te he tratado igual que mi padre trataba a los gorriones y periquitos. Queriéndolos, protegiéndolos, pero enseñándoles a no tener alas. Todo por miedo a que sufrieras y sintieras el dolor que yo ya había probado. ¿Probar el dolor? ¿Se dice así? Bueno, perdóname si no es una expresión correcta, tampoco creo que esto sea para publicarlo en un libro. Es solo para ti, mi pequeño soñador.

Te voy a confesar algo que es obvio, pero en lo que pocos piensan: no es fácil morirse. Nadie te prepara para esto ni te enseña lo que tienes que pensar, decir o hacer... Es una sensación extrañísima. Miras a tu alrededor y te preguntas: «¿Será esta la última vez que vea la cara de mi hijo?», «¿será la última vez que pele una manzana y me la lleve a la boca?», «¿será la última vez que vea la salita de mi casa, porque salgo para el hospital y quizá no vuelva nunca?». Todo, absolutamente todo, se convierte en una posible última vez. Y quiero que esta carta sea la última vez que escribo, pero para ti sea el principio de todo.

Mi vida es fácil de resumir, hijo. Tú bien lo sabes. Una niña que con catorce años cruza cuatro palabras tontas en la feria de agosto con el hijo de la Peseta. Un beso detrás de la caseta municipal, a escondidas, sin abrir la boca. Tres años después, una mala noticia que yo insisto en convertir en buena: «Juan Manuel, llevo dos faltas en la regla». Y luego una pelea, una acusación de que yo me abro de piernas con mucha facilidad y eso que llevo dentro no puede ser de él. Después TÚ y esos ojos verdes que hacían incuestionable quién era el malnacido cuyos apellidos jamás llevarías, que ya insistí yo en que tú eras mío, solo mío, en cuanto él me llamó lo que jamás he vuelto a consentir a un solo hombre que me llame.

Qué fácil es decir PUTA a una niña, pero qué complicado decirle CABRÓN a un cobarde que sale corriendo.

Y después nada, Ismael. Treinta y seis años haciendo lo mismo, limpiando de lunes a viernes y bebiendo en La Posada los sábados y domingos. Ya está, apenas tres párrafos me ha ocupado mi vida.

Por favor, prométeme que, si un día tienes que contar la tuya en una carta a tus hijos, necesitarás un cuaderno entero para llenarlo de párrafos, con letra pequeña y apretada, de tantas cosas que tengas que contarles. Júramelo, como imagino que Raúl ya te habrá contado que él y yo prometimos y juramos una noche de feria. Le he dado permiso para decírtelo todo una vez que yo ya no esté, aunque sospecho que él cree que a mí hace tiempo que se me fue la lengua y te conté lo suyo con Lorenzo, lo veo en sus ojillos, tan puros ahora

como cuando merendaba contigo después del colegio, que no se termina de creer que haya sido capaz de mantener su secreto dieciocho años.

Ismael, quiero que me hagas un último favor. Lo necesitas y yo también. Por favor, te lo suplico, después de que os despidáis de mí tienes que ir a esta dirección:

Carretera de las Minas, 2, 3.º G,
Gádor, Almería

Hazlo por mí, aunque sé que no tengo derecho a pedirte nada porque he pasado más tiempo de mi vida empujándote a no soñar que a creer que podías volar como los gorriones del abuelo César. Yo me dejé atrapar, pero tú fuiste capaz de picotearme las manos hasta hacer que las abriera.

Ismael, no es fácil morirse, pero haz que vivir sí lo sea, por mí.

Mi herencia va a ser poca cosa más allá de ese diario que no son más que letras juntas. Pero quiero que lo guardes tú, porque ahí está descansando la Cati que pudo ser. La mitad está en blanco, en la última página escrita yo tenía todavía diecisiete años y tú eras solo una posibilidad. Dejé de escribir ahí porque esas palabras me hacían daño, me veía en ellas y creía que le pertenecían a la Cati de mentira, la que vivía en un mundo paralelo donde su vida habría seguido llena de caminos por explorar y con un cielo azul enorme encima, lleno de alas. Ahora mismo tengo el diario en las manos antes de dárselo a Raúl, y veo todas esas páginas en blanco, sin nada que decir ni leer, y siento que tú sabrás rellenarlas. Tienes un don, aunque insistes en negarlo, y sería un regalo precioso que escribieras en ellas todo lo que pudo ser mi vida convirtiéndola en realidad. Nada es imposible ahí, Ismael... Esas páginas están esperándote.

Hijo mío, qué faena es morirse. Pero qué bien saber que engendré a alguien capaz de volar... Un pajarillo que nunca quiso estar en su jaula.

Te quiero muchísimo, aunque a veces lo haya tapado con silencio.

FIDELIO

Ismael dobló los tres folios, escritos por las dos caras, y los volvió a meter en el sobre. El dolor en el pecho se había extinguido en cuanto las palabras de la madre entraron en su mente y pasaron a la sangre, como una medicina escrita en tinta que corre por las venas, inmunizando el cuerpo a la tristeza y a la pena.

Fidelio. De nuevo la palabra olvidada durante tantos años y que en solo dos días había regresado para contaminarlo todo con el recuerdo y el aroma a jazmín y naranja de un verano lejano.

Raúl esperaba con paciencia fuera del coche, apoyado en la carrocería, pero dándole la espalda a Ismael, celoso guardián de la intimidad de su amigo. No se movió en todo el tiempo que la carta tardó en ser leída, releída y memorizada, cada palabra grabada a fuego en la mente del adulto que una vez fue un niño fascinado por un

Cinexín. Una despedida digna de una película y escrita, sin embargo, por una mujer que asumió, con amarga valentía, que su vida apenas daba para tres párrafos de una carta.

Ismael salió del coche y se llenó los pulmones con el aire fresco de Laguna. Miró hacia la casa de la abuela Inés y la marea negra de vecinos enlutados que aguardaba en la puerta ya no le dio miedo. Eran personas cumpliendo con la dulce rutina de un pueblo con problemas y alegrías compartidas. Rostros, nombres, historias únicas, vidas con profundidad. Allí bastaba salir al escalón de la casa para que alguien te preguntara «¿cómo estás?» y se quedara a escuchar si la respuesta no era buena.

Esas personas, ahora con sus ropas de luto, habían sido el universo de Cati durante sus cincuenta y cuatro años. Y, en aquel momento, le parecieron tan importantes como reyes.

Raúl lo miró y le sonrió. No preguntó nada, solo se incorporó, esperándolo.

—¿Vamos? —preguntó Ismael.

—Claro. Estaré a tu lado todo el rato. Y cuando me lo pidas, tengo el diario en casa, bien protegido.

Ismael empezó a caminar hacia el velatorio de su madre por la misma calle por la que tantas veces ella lo había visto jugar al escondite con Raúl, Natalia y el Zapata. Niños que juegan en calles que, años después, acogen la muerte de quien los engendró.

Bajando por ese camino pensó en ese pueblo de Almería de la carta, Gádor. ¿De qué le sonaba ese nombre? Estaba completamente seguro de que nunca, hasta ese día, lo había oído. No en boca de Cati.

Intentando buscar en su memoria, llegó el primer «te acompaño en el sentimiento» que una de las vecinas le soltó a bocajarro seguido de dos sonoros besos en la mejilla. Y aquello fue el pistoletazo de salida para un tsunami de palabras y abrazos, caras que se mezclaban unas con otras y que le cerraban el paso a la puerta de su casa.

Fue una gota de agua, seguida de otra, la que abrió el camino a Ismael entre los lagunenses enlutados como si fuera el mar Rojo ante el bastón de Moisés. Una fina llovizna de diciembre empezó a caer sobre el pueblo, las gotas apenas acariciaban los cuerpos y los tejados de las casas y daba la impresión de que flotaban. El sol que había brillado durante días desapareció del cielo y, cuando Ismael levantó la vista, solo se encontró con una capa grisácea que cubría por completo

Laguna. Imaginó a una enorme y gigantesca plañidera que se había puesto el velo negro, anudado debajo de la barbilla, para dar inicio a su trabajo de manera disciplinada y obediente.

Los vecinos se arrejuntaron y entraron en tropel a la casa de la abuela Inés para protegerse de la lluvia. Ismael, a través de ellos, pudo ver la salita en cuyo suelo tantas y tantas veces se había tumbado junto a su madre y Jero para inventar historias. La esquina de la pared le impedía ver el lugar donde los del seguro habían colocado el ataúd de su madre, pero sentía que este le llamaba con una fuerza invisible y poderosa.

El cielo se iluminó y la fina llovizna se convirtió en un fuerte aguacero. Ismael contó hasta diez y llegó el sonido del rayo.

30

Una tormenta de verano

El agua golpeaba con fuerza el único ventanuco del taller de Manuel Álvarez. El Zapata había cumplido a rajatabla la orden que el padre le había dado en la noche de San Juan y ya casi hacía dos meses que se pasaba de lunes a viernes encerrado con él en esa cárcel llena de cordones, suelas y olor a cera de abeja. Lo ayudaba a coser el cuero y los forros, a colocar hormas sobre sus correspondientes puntas y a mantener un cierto orden que impidiera ver que aquel lugar entonaba su canto del cisne.

Padre e hijo hablaban poco por costumbre durante su jornada laboral, pero desde su pelea la conversación se había reducido al mínimo y se limitaba a unos cuantos monosílabos. Y había días que ni eso.

La cara del zapatero aún estaba surcada de pequeñas marcas recién curadas. La versión oficial que todo Laguna conocía era que se había caído y golpeado contra el mostrador. Y no por ir bebido, sino porque había madrugado tanto para abrir el negocio que ni el sol había salido aún y, buscando el interruptor del taller, tropezó con un zapato perdido y se golpeó contra su «altar» de hierro y madera.

Agosto ya tocaba a su fin y, como cada año, la tormenta de verano se había presentado sin avisar, pero dispuesta a llevarse el calor y a dejar en el pueblo una extraña sensación de electricidad en el aire que anticipaba la rutina con la que septiembre solía impregnarlo todo. Había empezado a llover hacía apenas una hora, pero la tormenta no dejaba de crecer y crecer en intensidad. El Zapata lamentaba que aún no hubiera llegado el granizo. Le gustaba cuando esas pequeñas piedras blancas irrumpían sin avisar en Laguna e impactaban contra el techo de los coches, las tejas de las casas, los bancos de la plaza o, lo que más le gustaba, sobre la superficie del

pantano.

Hacía dos veranos, una tormenta similar lo pilló desprevenido mientras él y Raúl, sentados sobre unas piedras en la loma desde la que solían tirarse de cabeza al agua, intentaban pescar alguna carpa despistada. Tuvieron que refugiarse empapados y temblando bajo uno de los castaños cercanos y allí se quedaron un buen rato viendo cómo la tranquila superficie azulada del pantano se llenaba de cientos de ondas de todos los tamaños provocadas por los enormes granizos que caían desde el cielo. Fue hipnótico, como contemplar un espectáculo de trapecistas de circo para dos personas. Ni Raúl ni el Zapata cruzaron palabra mientras el granizo golpeaba; se limitaron a rodearse las piernas con los brazos y apoyar la barbilla en las rodillas, mudos de asombro ante el espectáculo.

—¿Tú crees que uno de esos te puede matar si te da en la cabeza? —fue lo primero que se atrevió a decir el Zapata cuando la furia del temporal tocaba a su fin.

—¿Te imaginas morir así? —contestó Raúl—. Ahí tirado en mitad de la plaza, la cabeza abierta por una bola de granizo.

Y los dos se burlaron de la muerte, inmunes a la posibilidad de que la naturaleza algún día se los pudiera llevar por delante.

—¿A ti cómo te gustaría diñarla? —volvió a preguntar el Zapata. Su mirada fija en la superficie del pantano mientras el granizo daba paso a un aguacero que punteaba el azul en mil sitios diferentes.

—No sé, no suelo pensar en eso —dijo Raúl muy serio.

—¿Por qué?

—Me da miedo, supongo.

—Pero algún día la vamos a diñar. Tú, yo, mi hermana y hasta el cura, por muy santo que sea. Lo queramos o no, eso es como cagar, no se libra nadie.

—Mira que eres animal, Zapata —rio Raúl.

—Seré un animal, pero no me digas que no sería la hostia que nos dieran a elegir cómo queremos morir. O, al menos, que pudiéramos escoger entre cuatro o cinco opciones, como los exámenes del instituto. Imagínate que cuando cumplieras dieciocho años te dieran un papelito donde pone: «En tu caso puedes elegir entre accidente de coche; infarto; enfermedad lenta, pero con tiempo para despedirte; enfermedad rápida, pero sin tiempo para decir adiós; o de un porrazo de granizo en la cabeza». Te ahorras muchas noches en

vela, digo yo. Ya que sabemos cómo nacemos, lo justo sería saber también cómo la diñamos.

—¿Y qué pasaría si te murieras antes de los dieciocho? Acuérdate de Albertito, el hijo de la Paqui, que el pobrecito se paseaba por el pueblo sin un pelo en la cabeza con ocho años por culpa de la leucemia.

El Zapata no supo qué contestar, su distopía acababa de ser invalidada con un solo ejemplo.

—¿Nunca has visto su tumba cuando has ido al cementerio? —preguntó Raúl.

—No voy nunca, no me gusta todo tan callado y la gente allí tan tiesa limpiando unos nichos que, al que está dentro, ya me dirás tú lo que le importa si tienen más o menos polvo. No entiendo tanta pamplina; yo, cuando me muera, quiero que me queméis y que me tiréis sobre el pueblo volando en parapente. Y que luego bailéis y os emborrachéis hasta caeros de culo de la risa.

La tormenta ya había pasado, aunque una nube perezosa se negaba a que el sol asomara detrás de ella.

—¿Qué hay en la tumba de Albertito? —La curiosidad le pudo al Zapata.

—La madre le dejó sobre la lápida sus cochecitos de juguete en fila. Todos allí esperándolo. Si se caen por el viento, o cuando hay tormenta como hoy, siempre hay alguien que los deja de nuevo en su sitio. Yo los veo porque el nicho está enfrente del de mi abuela.

—Pobrecito.

—Si se pudiera hacer lo que tú dices, elegir la manera de diñarla, entonces los padres tendrían que decidir en caso de que su hijo fuera menor de edad. Como cuando nos firmaban las autorizaciones para ir de excursión —aventuró Raúl.

El Zapata sintió un escalofrío que lo caló hasta los huesos, aunque ya no llovía.

—Raúl... No quiero hablar más de diñarla, que me dan ganas de llorar

Raúl no dijo nada más. Le enfadaba que el Zapata siempre se batiera en retirada cuando él mismo planteaba asuntos que le preocupaban, como si tuviera pánico a que lo tomaran en serio.

—Yo no me voy a morir nunca. Lo acabo de decidir ahora mismo, así que ni cenizas en parapente ni hostias. No me muero y punto —

sentenció el Zapata, y tiró una piedra con toda la fuerza que pudo al pantano.

—Pues yo tampoco —contestó Raúl, su enfado diluido de golpe en esa promesa de inmortalidad.

—Es un trato. No se puede romper —argumentó el Zapata escupiéndose sobre la mano y alargándosela a Raúl.

—Lo acepto: tú y yo no nos morimos —prometió Raúl escupiéndose en la palma y estrechándola contra la de su amigo.

Y, sobre las manos entrelazadas de ambos, empezó a llover de nuevo. Esa vez decidieron coger las bicicletas y regresar pedaleando a Laguna; ya daba igual el granizo o los rayos porque habían decidido en ese momento que ellos no iban a morir.

—Manuel, o te centras o te centro yo a leches. Que vives en Babia, te falta babear como un tonto.

La lluvia seguía golpeando con fuerza el ventanuco y la voz de Manuel Álvarez trajo de vuelta a su hijo al taller. Allí estaban los dos, refugiados tras el mostrador de madera, en un día donde ya apuntaban las dos de la tarde y no había entrado un alma a dejar o a llevarse unos zapatos.

—Manuel, que espabiles, coño. Que pareces un espantapájaros ahí plantado —volvió a gruñir el padre.

El Zapata pensó que esos dos reproches juntos ya eran más palabras que todas las que le había dedicado su padre ese verano.

Aquella mañana, antes de que estallara la tormenta, el padre le había ordenado que tirara todos los zapatos viejos de la última estantería, esos que los vecinos habían optado por llevar, arreglar y olvidar. No había otra cosa que hacer y el zapatero se las habría podido apañar perfectamente solo, pero no estaba dispuesto a permitir que el hijo zascandileara por el pueblo perdido en unas aspiraciones que a él poco le interesaban. En su familia, decidir por sí mismo era algo tan utópico como la promesa de dos adolescentes de que no iban a morirse nunca.

Así que el Zapata abrió una bolsa de basura de tamaño industrial y empezó a meter de mala gana en ella todos los zapatos que se amontonaban en aquel rincón olvidado. Pensó que algunos de ellos eran demasiado bonitos para tirarlos, tan bien arreglados que podían pasar por nuevos, porque que el padre fuera una bestia con su familia no significaba que no hiciera su trabajo bien. De hecho, acariciaba el

tejido de algunos de los zapatos con una pasión y un respeto como nunca le había visto mostrar con sus propios hijos o su mujer.

Uno tras otro, todos fueron cayendo en su mortaja de plástico. El Zapata podía haberle dicho al padre que mejor los regalaban o se los daban a las beatas de la iglesia para que tuvieran una segunda vida con los más necesitados de Laguna, todas esas familias que se amontonaban en las afueras en las casas de protección oficial que el Ayuntamiento había mandado construir hacía unos años. Pero sabía que tirarlos era obligatorio, por muy bien que estuvieran, porque era una especie de venganza que el zapatero hacía contra los dueños, que para eso les insistía cuando se los llevaban en que los tiraría en un plazo de siete meses si no iban a recogerlos. Con ese gesto, Manuel Álvarez se sentía durante unos segundos superior a todos los vecinos, con poder sobre sus pertenencias y, según él creía, sobre su vida.

—¿De dónde has sacado eso?

Su pregunta llegó tan agresiva como el agua que golpeaba el ventanuco. El Zapata, mientras anudaba la bolsa de plástico, lo miró sin saber a qué se refería.

Un leve gesto de la cabeza le señaló el cordón rojo anudado a la muñeca.

—Es mío —contestó el Zapata guardándose muy bien de decirle que lo llevaba desde hacía años y que no haberlo visto hasta ese momento demostraba el poco interés que despertaba en él.

—Parece el cordón de un zapato caro —insistió Manuel, que nunca se habría fijado si no hubiera sido porque estaba vigilando cómo su hijo cumplía su orden, buscando el más mínimo fallo para poder demostrarle lo inútil y vago que era.

—Puede, me lo encontré por la calle y me gustó el color.

—A ver...

El padre fue a coger con fuerza la muñeca del hijo y este se revolvió como una fiera enjaulada, un perro callejero que enseña los dientes en cuanto una mano se le alza de manera sospechosa. Dejó caer la bolsa de basura y cerró el puño donde tenía anudado el cordón haciendo que el padre retrocediera por instinto y pusiera distancia entre los dos.

El Zapata notó el miedo del hombre y no tuvo muy claro si le gustaba o no. Pensó que un hijo debía despertar amor en un padre, no terror.

—Te he dicho que es mío; lo encontré olvidado en uno de los bancos de la plaza —mintió de nuevo, esa vez aflojando el puño y la voz.

El padre se recompuso, borró a duras penas el miedo de los ojos y lo sustituyó por la altanería con la que el Zapata y su hermana se habían criado. Aun así, se aseguró de mantenerse separado unos metros, como el estratega que sabe que puede provocar solo si tiene el espacio suficiente para huir.

—Eso espero —le dijo, el bigote aún temblando ligeramente—. No quiero a un ladrón en mi casa. Este lugar nos da de comer, no es para quitar nada de lo que nos traen como si fuéramos vulgares rateros. A ver qué te están enseñando a ti esos amigos tuyos, que de un maricón poco puedes aprender...

El Zapata se aguantó las ganas de reír. Que alguien usara la palabra *ladrón* para referirse a un simple cordón le parecía tan ridículo como la propia amenaza con la que el padre, muerto de miedo, intentaba no perder su vara de autoridad, pulida a base de años de concienzudos entrenamientos en las espaldas de los hijos y la mujer.

—Ya quisieras tú tener la mitad de los cojones que tiene Raúl —contestó, los ojos ardiendo por la defensa al amigo que juró con él no morir nunca.

Unos golpes en la puerta del taller dejaron en tablas el enfrentamiento.

—¿Sí? —acertó a decir Manuel, el tono de voz de pronto amable y servicial.

No era un cliente quien esperaba en la puerta, sino Natalia, empapada y calada hasta los huesos a pesar de estar bajo un paraguas azul que ya llevaba tres varillas dobladas. El pelo le caía en cascada a ambos lados de la cara; parecía que se le escurrían las pecas, y tenía sus pantalones de pana tan pegados a las piernas que se le veían como una segunda piel.

Pero lo que asustó al Zapata fueron los ojos.

Natalia, que siempre miraba con curiosidad y decisión al frente, mantenía la mirada quieta en un punto indeterminado de las desgastadas baldosas grises del taller. Con la mano derecha aferraba con fuerza el mango del destrozado paraguas; con la izquierda sostenía su mochila del instituto contra el pecho para protegerla de la lluvia.

—¿Quieres algo? —preguntó el padre del Zapata cambiando de nuevo, con una facilidad pasmosa, de la amabilidad a la hostilidad.

—Quería ver al Zapata, hablar con él un momento —contestó Natalia sin levantar la vista.

—Mi hijo tiene un nombre, que para eso lo bautizamos. ¿Qué formas son esas de presentarse en casa ajena insultando? Ya podían enseñarte tus abuelos modales, que no vives en una cueva en la sierra —ladró el zapatero con el bigote erizado.

—Para ella soy el Zapata. No vas a venir tú ahora a decirle a nadie cómo me tiene que llamar —contestó el hijo marcando cada letra, coronándose en el nuevo reinado de aquel precario reino. Su voz firme sobre el ruido de la lluvia que, como confirmando la unción del nuevo rey, golpeó con más fuerza todavía el cristal del ventanuco.

—Si quieres me voy y luego nos vemos en la plaza si deja de llover —propuso Natalia.

—Ya va a ser la hora del almuerzo y cerramos. En tres minutos salgo —dijo el Zapata con tal seguridad que ni su padre ni ella tuvieron margen para contestar.

Nadie le iba a dar ya más órdenes allí, pero tampoco él iba a dar oportunidad al borrico de su padre para que le cuestionara su responsabilidad y su disciplina. Iba a estar allí, junto a esa colección de zapatos heridos, hasta que cumpliera su horario. Y después iba a hacer lo que le viniera en gana, la adrenalina disparada por la hasta entonces desconocida sensación de poder que da el miedo ajeno.

Y así fue. Padre e hijo no se volvieron a cruzar una palabra en los tres minutos que quedaban hasta las dos. El Zapata sacó la bolsa de basura con los zapatos olvidados y la dejó en el patio, bajo el techo de uralita donde estaba la lavadora. Natalia, en la calle, aguardaba bajo su patético paraguas azul.

—¡Natalia, ven! —gritó el Zapata elevando la voz por encima de la lluvia.

Y los dos entraron juntos en la casa, ella luchando por cerrar el paraguas y él, de pronto, erguido y fuerte como un guerrero que acaba de ascender al trono.

La madre del Zapata preparaba la mesa para la comida. Acababa de dejar en el centro una fuente de cristal llena de champiñones salteados con espárragos trigueros. En el lado del padre estaba colocada una botella de vino tinto, del más barato, e Inma, la

hermana, se afanaba en poner los vasos del resto, llenos con agua del grifo. Ambas mujeres se quedaron de una pieza cuando el hijo mayor entró seguido de Natalia, ella aún evitando mirar hacia otro lugar que no fuera el suelo, y los avisó de que ya comería más tarde, que antes tenía cosas más importantes que hacer.

Inma sonrió al Zapata y le guiñó un ojo. Inmaculada, la madre, arrugó la nariz y no quiso ni mirar a su hijo, la atención puesta en el menaje de la mesa y en una colección de palabras, no muy agradables por el gesto arisco que las acompañaba, que sus labios dibujaban sin terminar de pronunciarlas.

El Zapata, mientras subía las escaleras a la segunda planta, pensó que era extraño que su propia familia le tuviera miedo. No todos, claro, porque desde la famosa pelea entre padre e hijo, a Inma se le había despertado en los ojos una vida donde antes solo se reflejaban sumisión y desgana. Ella y el Zapata se habían dado cuenta de que se había creado un clima muy favorable para los dos hermanos que, hasta entonces, se habían limitado a asentir y obedecer. Ahora todo parecía igual que siempre, pero todo era diferente. La madrugada en que había perdido contacto con la realidad marcó un antes y un después de puertas adentro del taller de zapatería. La única duda que corroía al hijo mayor todas las noches, justo después de cerrar los ojos y caer rendido en su cama tras los baños tardíos en el pantano o tumbado en la hierba del Cerro Alto, era qué ocurría en esos momentos donde él dejaba de pensar. Porque solo recordaba un destello blanco, luminoso, y después ver sus propias manos ensangrentadas y al padre suplicando ayuda. Y algo peor que no conseguía recordar. Todos en aquella casa eran conscientes, aunque ninguno lo dijera en alto, de que el padre hubiera acabado muerto si no hubiera sido por la intervención de la madre, víctima desesperada de su particular síndrome de Estocolmo.

El Zapata sintió un escalofrío al pensar en esas lagunas donde dejaba de ser él, pero se olvidó en el mismo instante en que recordó la expresión de Natalia, que subía las estrechas escaleras detrás de él.

En el dormitorio, el Zapata le arrojó una toalla limpia que ella miró con la misma expresión confusa que si le hubiera lanzado el corazón arrancado de cuajo del padre.

—Sécate, que vas a coger una pulmonía.

Natalia seguía con la mochila aferrada al pecho.

—No sabía adónde ir —acertó a murmurar, esa vez levantando la mirada y clavando los ojos en los de él.

Ninguno lo supo en ese momento, pero eran dos animales buscando la ayuda del otro, reconociéndose en las heridas del que tenían enfrente.

El Zapata cogió la mano de Natalia y la sentó en la cama, sin importarle que mojaran la colcha verde que las mujeres de la casa siempre procuraban que estuviera impoluta. Fuera había empezado por fin a granizar...

—Toma, lee esto —pidió Natalia sacando de su mochila un sobre abierto.

—Ya sabes que no soy muy de leer. Esas cosas se le dan bien a Ismael, no a mí.

—Cuidarnos se te da bien a ti, no a Ismael. Ni a Raúl. Ni siquiera a mí.

¿Podía proteger a una persona alguien que era capaz de provocar tanto miedo en otras? ¿Era alguien bueno o malo? ¿O tenía razón Ismael cuando decía que las personas son como las películas y depende de quien las mire para que se conviertan en joyas o basura?

El Zapata cogió el sobre; el remitente era de Argentina, pero no se veía con claridad porque estaba rasgado con prisas y poco tacto.

—«Queridos padres, hemos tardado tanto en contestar porque por aquí apenas tenemos tiempo de...» —empezó a leer...

—No, léelo para ti, por favor —interrumpió Natalia levantándose de la cama y acercándose al ventanal. El granizo golpeaba el cristal, resultaba milagroso que no se hiciera añicos ante la violencia de los impactos—. ¿Tienes un cigarro?

El Zapata dejó con delicadeza la carta sobre la colcha y se acercó a su escritorio, donde se agolpaban tebeos viejos y algunas medallas de bronce ganadas hacía demasiados años en los juegos deportivos que el Ayuntamiento siempre organizaba por el día de Andalucía. Junto a una pila de tebeos de *El capitán Trueno* había un paquete arrugado de Fortuna que acercó a Natalia. Esta se encendió uno y abrió un resquicio de la ventana para expulsar el humo fuera. Gotas de lluvia le golpearon la cara, pero la sensación le resultó reconfortante.

El sonido del granizo se coló en la habitación. Sonaba a invierno, pero el campo les devolvía un aroma a verano mojado, a bochorno de

cielo gris.

El Zapata siguió leyendo la carta, callado pero moviendo los labios. Natalia se fumó dos cigarros seguidos frente a la ventana.

—Enhorabuena —acertó a decir el Zapata una vez terminada la lectura. No obtuvo respuesta. Natalia contemplaba en silencio el campo de Laguna—. Vas a tener un hermano. Marcelo. Es cojonudo ese nombre, ¿no? Además, os vais a llevar tanta edad que va a ser como si parieras un hijo, pero sin los dolores y sin tener que criarlo. Alégrate, mujer, que ya somos mayores para estar con celos, ya has sido única hija mucho tiempo.

El instinto del Zapata, mucho más agudo de lo que él quería reconocer, le decía que aquella carta, escrita por los padres de Natalia desde Argentina, escondía una manzana envenenada con cianuro bajo las dulces palabras escritas a boli azul (muchas de ellas, como *laburo* o *morfar*, completamente desconocidas para él). La cara de Natalia se lo confirmaba. Pero ¿qué era? La volvió a releer mientras ella se fumaba un tercer Fortuna, pero para él solo eran unas letras destinadas a los abuelos de Natalia donde avisaban de que Graciela se había quedado embarazada hacía meses, que ya sabían que iba a ser un niño y que se llamaría Marcelo. Y que el trabajo en el asador iba bien, con temporadas sin trabajar, pero al menos tenían algo a lo que agarrarse, aunque esas navidades tampoco podrían ir a Laguna, más con el embarazo y lo delicado del asunto. Y también le pedían un poco más de dinero a Santiago, avisándole de que le devolverían cada peseta que él les había enviado.

El Zapata arrugó la nariz, siempre pensó que a los padres de Natalia les iba muy bien y que poco menos que iban a heredar el asador donde trabajaban. ¿A cuento de qué tipo de avaricia venía pedir dinero y decir que iban tirando?

Natalia, sin decir una palabra, cerró la ventana y se sentó junto al Zapata. Sacó de su mochila un fajo de cartas atadas con un cordel dorado y se las ofreció a su amigo.

—¿Más cartas de tus padres?

—Son las que me mandaban cada mes. Desde que se fueron. Míralas, por favor.

Pasaron más de diez minutos hasta que el Zapata levantó la nariz de ese montón de folios y, con todo el cuidado del que fue capaz, se pronunció:

—En las que te mandan a ti te cuentan una vida diferente de la que parece que les cuentan a tus abuelos. Imagino que es normal, quieren que creas que les va mejor de lo que les va... Ningún padre quiere que su hijo piense que es un don nadie.

Ni el propio Zapata se creyó lo que había dicho. Porque sí se había dado cuenta de que parecían cartas escritas por personas diferentes. Y había algo más, algo que Natalia le confirmó mientras se aguantaba las ganas de llorar y se limpiaba la nariz con la mano:

—La que le mandan a mis abuelos está escrita a boli. Las mías casi todas a máquina, desde hace años. Solo las que me enviaban muy al principio de irse eran a mano.

Durante un minuto solo se oyó en el dormitorio el ruido de la lluvia sobre Laguna. La voz de Natalia se impuso a los rugidos que rompían el cielo en dos:

—Todas las cartas que creía que mi padre me mandaba desde Argentina realmente las escribía mi abuelo. Todas, desde hace muchísimo tiempo. Con una máquina de escribir que luego escondía en su cómoda, para que yo no me diera cuenta. Luego se apañaba para falsificar el matasellos. Le ha echado una mano Ramón, el de Correos; juegan juntos al dominó. «Es por una buena causa, que no quiero que mi nieta sufra», me ha dicho que le dijo para que lo ayudara... Como si yo fuera una tonta que para no sufrir no tiene que enterarse de nada.

El cielo se iluminó; tres segundos después dio paso al rayo. Eran ya casi las tres de la tarde de finales de agosto, pero el cielo estaba tan encapotado que casi no se veía dentro de la habitación del Zapata. Así, en la oscuridad, fue más fácil que él alargara la mano por encima de la colcha y sujetara la de ella.

—Natalia, ¿cómo lo has sabido? La carta que va dirigida a tu abuelo..., donde le dicen lo del embarazo... ¿Cómo la has visto?

Otro trueno. Un segundo, dos. Y el rayo. Hacía más de treinta años de las grandes inundaciones de Laguna, pero la violencia con que caía el agua hacía presagiar un desbordamiento histórico del río Guadalete, el más cercano al pueblo.

—Mis abuelos van a cerrar el cine, este es el último verano que lo mantendrán abierto. No les renta, dicen que la gente prefiere alquilar películas en vídeo o irse a Jerez a verlas en los multicines, con techo y butacas como Dios manda —dijo muy seria. Y advirtió—: no le digas nada a Ismael, que sé que se lo va a tomar como si se le muriera la

madre. Aún no lo sabe nadie en el pueblo.

El Zapata asintió en silencio. La escasa luz dibujaba en su rostro extrañas sombras que ocultaban parte de su nariz y el ojo izquierdo, pero su mano seguía aferrando con fuerza la de Natalia. Esta le contó que sus abuelos y ella estaban haciendo limpieza en el cine, al que le quedaban tres semanas abierto. Lo normal era que la última proyección coincidiera con el primer domingo de septiembre y pusieran el candado hasta el año siguiente. No ocurriría eso en el verano de 2000. El cine no volvería a abrir en junio de 2001, pero la limpieza había que hacerla igual.

—Yo estaba en la cabina de proyección recopilando carpetas viejas llenas de fotocromos antiguos que mi abuelo quiere conservar en casa, en la cómoda de roble donde guarda todos los papeles importantes. Películas que él dice que han sido muy especiales para este cine y su vida, como *El crimen de Cuenca*, *El cazador*, *La princesa prometida*, *Los santos inocentes* y todo ese rollo que tanto les gusta a él y a Ismael. Y entonces empezó la tormenta, y bajé corriendo para decirles a mis abuelos que mejor nos íbamos a casa y volvíamos al día siguiente. Aquello puede ser un barrizal cuando llueve tanto, ya sabes que el suelo no es más que arenilla... Ellos estaban en el almacén y me dijeron que se quedaban un rato más, que querían poner orden con lo que se quedarían del kiosco y lo que venderían. «Vete tú y luego nos juntamos, y, si escampa, te invitamos a cenar fuera, que en nada ya hace mucho frío como para estar en las calles».

Natalia miró por encima del hombro del Zapata, hacia la ventana y la catarata de agua que cubría el cristal. Bajo ese mismo aguacero hacía un rato ella había cruzado corriendo las calles de Laguna hasta llegar a casa de sus abuelos, la carpeta con los fotocromos apretada contra el pecho bajo su camiseta para protegerla del temporal.

La cómoda de roble dominaba el antiguo comedor de la casa, justo al lado de la enorme mesa rectangular sobre la que estaban colocadas unas veinte fotografías enmarcadas a través de las cuales se podía hacer un recorrido por los grandes hitos de la familia. Desde el retrato en sepia de la boda de los abuelos Santiago y Anita al nacimiento de Cristóbal, una foto de novios de este con Graciela durante la feria de 1980, la recién nacida Natalia dormida en unos brazos llenos de venas azuladas, la primera comunión de la niña o el abuelo y la nieta sentados en una de las sillas azules de hierro del cine

de verano, sonrientes y con la pared blanca encalada tras ellos. La mesa solo se despejaba y usaba una vez al año, para la cena de Nochebuena, el resto del año dedicada a sostener esos trozos de vida paralizados en el tiempo.

Natalia no solía entrar nunca allí. Desayunaba y almorzaba con sus abuelos en la mesa de formica de la cocina y las cenas las hacían los tres juntos frente al televisor de la salita, sentados en el sofá con los platos sobre las rodillas. Pero sabía que era en la cómoda donde el abuelo Santiago guardaba toda la documentación importante, ordenada con meticulosidad para que no se extraviara ningún papel. Allí estaban la licencia del Ayuntamiento para tener abierto el cine de verano; los boletines de notas de Natalia; las declaraciones de la renta que le arreglaba Raimundo, el gestor del pueblo; las escrituras de la casa... Y, al abrir el primer cajón para dejar la carpeta, pero muy al fondo, unas notas de color le llamaron la atención... Algunos sobres abiertos, arrugados y bordeados por una línea roja y azul. Eran pocos, pero allí estaban, y el nombre de Argentina en el remitente le saltó directamente a los ojos, que pasaron rápido por encima de las líneas escritas, de pronto con la sensación de estar haciendo algo prohibido.

Lo que sus dedos temblorosos sacaron de aquel cajón eran una serie de cartas rutinarias, escritas por Cristóbal, donde le contaba a su padre la vida en Argentina, siempre con poco entusiasmo y siempre siempre pidiéndole ayuda económica. El espacio dedicado a Natalia solía limitarse a un escueto «¿cómo está la niña? Cuidadla y dadle muchos besos». Y ya está, ni siquiera usaban su nombre; la habían reducido a un simple sustantivo sin identidad. Niña, como millones de niñas hay en el mundo.

Y, en la última carta, la aparición de un nombre, Marcelo. Un futuro hermano para el que *sí* se molestaban en usar un nombre propio que lo distinguiera de otros millones de niños, aunque aún ni existiera como tal. Un folio entero para contarle al abuelo que Graciela estaba embarazada y que habían decidido tener al niño allí, que en el pueblo solo le iba a esperar miseria y malos ratos.

Pero no fue el nombre propio lo que golpeó a Natalia en la boca del estómago con la misma fuerza que si el Maño la hubiera pateado en la plaza. Fue la letra lo que hizo que retirara una de las sillas, tapizadas en el respaldo con una tela de flores elegida por la abuela Anita, y se sentara a la mesa del comedor, aunque no fuera

Nochebuena. Porque aquellas letras, escritas con evidentes prisas y unas faltas de ortografía que hacían sangrar el ojo, no tenían nada que ver con las cartas escritas a máquina que ella recibía dos veces al mes, redactadas siempre con mimo y una pulcritud que no perdonaba ni una coma ni un acento en su sitio.

Era evidente: las cartas que el abuelo guardaba en la cómoda no podían estar escritas por la misma persona que le había enviado a ella extensas hojas contándole con todo lujo de detalles lo maravillosa que era la vida en Buenos Aires y lo muchísimo que la echaban de menos. Siempre llamándola de todas las maneras cariñosas en que alguien que ama puede llamar a su hija. Y lo confirmaba la máquina de escribir que estaba semioculta por un mantel de lino (¿el mismo que usaban todas las Nochebuenas?) en el mismo cajón de la cómoda, el más profundo del mueble.

Natalia esperó a sus abuelos sentada a la mesa, callada y con la carta donde sus padres hablaban de Marcelo en la mano. Así la encontraron Santiago y Anita cuando llegaron a casa una hora después, los dos mojados y refunfuñando con miedo por si el río Guadalete se volvía a desbordar.

Hubo poco que explicar. O mucho. Poco porque la verdad era tan evidente que, aunque se intentara disfrazar con milongas y tapar con tiritas, el abuelo Santiago tardó apenas diez minutos en contarle todo, que era tanto y tan pesado.

—Un día que tu padre nos telefoneó y tú no estabas en casa, le dije que no tenía perdón de Dios por lo que te estaba haciendo. Y, al menos, lo obligué a aceptar que yo te escribiera sus cartas para que no estuvieras triste ni sintieras que ellos no pensaban en ti. Ramón, el de Correos, había vivido un tiempo en Argentina, cuando Franco todavía mandaba, y él me ayudaba a describir las calles, las avenidas, el tiempo que debía hacer allí... Tu padre lo único que tenía que hacer era preguntarte si las habías recibido al llamarte.

—Quiere decir que mis padres sabían que tú escribías esas cartas. Y no decían nada.

—Nos juraban que a sus días les faltaban horas de tanto trabajar. Y yo no quería que sintieras que no se acordaban de ti —intentó justificar el abuelo, aunque los ojos en el suelo le hicieron pensar a Natalia que la falta de tiempo era una excusa de Santiago para endulzar una desgana tan helada como los diciembres de Laguna.

Y entonces se levantó y se encerró en su dormitorio sin dar derecho a réplica ni a Santiago ni a Anita, que lloraba desconsolada en la cocina. Natalia cogió las cartas y las guardó en su mochila, y añadió la que sí pertenecía a Cristóbal. Y debajo de su ropa interior vio toda la información que había recopilado para su viaje a Buenos Aires. Sintió al ver aquellos folletos un calor tremendo que se le pegó a la garganta, una bilis amarga y ardiente que hizo que ver al Zapata se presentara como una necesidad, una urgencia que crecía con cada paso que daba bajo la lluvia hacia el taller. Él era la única persona de todo Laguna que le había dicho que era posible que en el mundo existieran padres que no quieren a sus hijos o que no lo hacen de la manera correcta. Solo él podía entenderla, o al menos escucharla sin falsas promesas de que todo fuera a ir bien.

La tormenta ya había pasado cuando Natalia terminó de contar su historia.

—Mis padres me han engañado todos estos años. No me quieren con ellos, les estorbo.

La mano del Zapata aún seguía sobre la de ella.

—Vamos —le dijo.

—¿Adónde?

—Ya no llueve, deprisa...

Los dos amigos se levantaron y echaron a correr. El Zapata guiaba, la mano extendida hacia atrás y agarrando fuerte la de Natalia. Bajaron las escaleras, atravesaron el salón donde comían en silencio los padres y la hermana, y salieron al patio. El Zapata cogió su bicicleta y le pidió a Natalia que se montara detrás; él podía pedalear perfectamente de pie mientras ella iba en el sillín.

Mientras cogían a toda velocidad la carretera que salía de Laguna, atravesando los olivares y los huertos particulares de los vecinos, Natalia se sintió mejor. Cerró los ojos y aspiró el fuerte olor que había dejado tras de sí la tormenta de verano. Un científico habría podido explicarle que aquello que tanto la reconfortaba se debía a la combinación de tres aromas diferentes: el ozono; la geosmina, más intensa y parecida a un vapor de moho, que procede de las plantas y del suelo húmedo; y el petricor, que es fresco, dulce y suave, emitido principalmente por las rocas. Pero ni ella ni el Zapata eran científicos y solo olieron a tierra, a pueblo, a calles llenas de mujeres al fresco compartiendo secretos, a promesas rotas y al fin del verano.

El cielo aún estaba gris, casi negro, cuando el Zapata dejó de pedalear y el pantano apareció ante ellos. Se desnudó deprisa, quedándose solo en calzoncillos, y le dijo a Natalia que hiciera lo mismo. Ella sonrió, por primera vez en todo el día, y lo obedeció sin rechistar. Luego le cogió de la mano y los dos corrieron por la loma hasta sentir que sus pies dejaban de tocar el suelo y los cuerpos se precipitaban al vacío.

Gritaron mientras caían, todo el aire de sus pulmones expulsado fuera hasta que el agua del pantano se los comió. Y, bajo la superficie, el Zapata y Natalia aguantaron todo lo que pudieron sintiendo la ingravidez de flotar en un espacio seguro, alejados de todo lo que fuera mal. Solo nadaron hacia arriba cuando ya sentían explotar el pecho, y bajo las nubes grises de aquella tarde de agosto se hicieron los muertos para dejar que los cuerpos de ambos flotaran horizontales, suavemente mecidos por la corriente de agua dulce.

Una hora, quizá dos. O cuatro. Perdieron la noción del tiempo, también la del peligro. Volvían a ser seres diminutos acunados en un vientre húmedo y fortificado.

Ya casi al atardecer, Natalia y el Zapata pusieron rumbo a Laguna, esa vez a pie. Él arrastraba su bicicleta, ella al lado. Iban en silencio, no necesitaban palabras para comunicarse. Algún coche pasaba junto a ellos y tocaba el claxon a modo de saludo; ellos se lo devolvían levantando la mano y seguían caminando.

Y, de pronto, el Zapata dijo:

—Ojalá alguien hiciese por mí algo parecido a lo que han hecho tus abuelos.

Natalia se paró.

—Zapata, me han engañado.

—No. Les importas tanto que han preferido hacerte creer que había gente que te quería más que ellos solo para no hacerte daño.

El sol ya se ponía detrás del Cerro Alto y el cielo estaba teñido de un naranja y un amarillo tan intensos que parecía que el infierno se había volteado y ahora estaba sobre las cabezas de los lagunenses, ardiendo sobre ellos con sus llamas eternas.

—Pero me han mentido, me han tratado como a una idiota —repitió Natalia, aunque ahora la duda se colaba en su voz.

—¿Te acuerdas de lo que nos cuenta siempre Ismael sobre por qué le gustan tanto las películas? Hasta las más raras, esas que no hay

huevos de aguantar ni diez minutos a no ser que seas él, como esa de donde sacó la idea de Fidelio. —Natalia se encogió de hombros—. Lo sabes, pero eres terca como una mula y no quieres darme la razón —insistió él.

—Dice que las películas lo llevan a un lugar donde nada malo le puede pasar. Allí se puede esconder las veces que quiera —respondió Natalia, la mirada clavada en los brillantes ojos del Zapata.

—Pues eso han hecho tus abuelos: construirte un lugar igual sin que te enteraras.

Natalia se sintió culpable, todo el peso del día le cayó de repente sobre los hombros. No solo por haberse ido de casa dejando a sus abuelos llorando y hechos añicos; también porque sintió la soledad del Zapata de una manera casi animal, como si flotara en al aire y se pudiera ver de la misma manera que veían de pequeños el polvo al trasluz cuando los profesores sacudían los borradores de la pizarra.

Nunca había visto a nadie tan triste como en aquel momento vio al Zapata, de pie junto a su bicicleta, alargando conscientemente el momento en que tendría que regresar a una casa donde nadie se había molestado en construirle un lugar seguro.

—Zapata.

—¿Qué?

El beso fue cálido, dulce por culpa del agua del pantano. Sabía a Fortunas fumados en la orilla, a granizos de verano, a dolor de niño y a amor de adulto. A final y a comienzo.

El Zapata tuvo los ojos abiertos todo el tiempo que duró el beso; no quería perderse ni un solo detalle de lo que los rodeaba mientras ocurría. Natalia los mantuvo cerrados. Ella prefería imaginar que volvían a estar bajo el agua, flotando allí para siempre, lejos del pueblo y de sus padres.

Ya había oscurecido cuando los labios del Zapata y Natalia se separaron y volvieron a cogerse de las manos, esa vez con una intención distinta a la de hacía unas horas. No hizo falta decir nada, simplemente reanudaron la marcha y dejaron que el silencio fuera su código para comunicarse.

El silencio después de un beso. Nunca habría dicho el Zapata, ni en un millón de años, que aquel iba a ser su lugar seguro.

Esa misma noche, la palangana con la que la abuela Anita lavaba la ropa delicada a mano sirvió como recipiente para purificar la rabia

que sentía Natalia. Mientras sus abuelos dormían, ella salió al patio y dejó la palangana frente a ella, la rellenó con hojas del periódico del día anterior y le prendió fuego con una cerilla. Se desnudó sin prisa, pensando en las mudas de las serpientes que a veces ella y sus amigos encontraban en los caminos de la sierra. En un libro de ciencias del colegio había leído una vez que los reptiles hacían eso para sanar heridas y deshacerse de escamas viejas; le había parecido un método envidiable para empezar de nuevo. De cero. Arrojó al fuego sus eternos pantalones de pana, la camiseta que siempre recordaba a la que llevaba cuando sus padres se despidieron de ella, sus calcetines, sus bragas de adolescente, todo aquello que le hacía querer parecerse a la niña que Cristóbal y Graciela dejaron en Laguna. Y luego echó sobre los tejidos quemados todos los folletos sobre Argentina que había escondido a conciencia en su dormitorio. Su sueño de futuro se convirtió, en cuestión de minutos, en cenizas sin forma.

Natalia dejó que las llamas de la palangana bailaran delante de su cuerpo desnudo e iluminaran las pecas de su piel. Los faros de algún coche trasnochador la iluminaron desde la carretera y, durante no pocos días, se rumoreó en el pueblo que alguien había visto a la nieta de Santiago y Anita en cueros delante de una hoguera en la madrugada. Como las mujeres que siglos atrás habían quemado en el monte por adorar al diablo en aquelarres impíos. Se habló en voz baja de aquello porque, incluso los más deslenguados, pensaban en aquella escena como algo extraño a lo que temer y, por eso mismo, silenciar para que no pasara a mayores.

Aquella noche refrescó y hubo que cerrar las ventanas para poder dormir, aunque ni el Zapata ni Natalia pudieron conciliar el sueño hasta bien entrada la madrugada. Los dos, cada uno en su cama, pensaban en el beso en la carretera. También en que ninguno podía decir con seguridad quién había sido el primero en acercarse al otro, porque ambos jurarían que había sido una fuerza desconocida y poderosísima la que los había empujado a la vez. Lo que Natalia sí sabía era que ese beso le había dado fuerzas para llegar a casa y arrojar su ropa y los folletos al fuego. Y así se permitió, por primera vez, querer sin poner nombre a quien debía hacerlo o no. Y el Zapata, revolviéndose una y otra vez en su cama mientras buscaba el sueño, sintió que por fin podía tener el mismo lugar seguro que Ismael contaba que eran para él las películas, aunque fuera con una persona a

la que no pertenecía el cordón rojo que llevaba atado a la muñeca. Daba lo mismo; aquello no era más que una fantasía robada a un zapato, pero lo que había sentido esa tarde regresando del pantano con Natalia, mientras el cielo parecía arder, no lo había experimentado nunca al pensar en Pilar. Y era real, tanto como el campo de olivares que se veía a través de su ventana.

Faltaba poco para que el verano en Laguna llegara a su fin.

31

Adiós

Cinco letras.

Una palabra no es más que la unión de letras y sílabas. Dichas al aire, perdidas en la cotidianidad de un día a día. Algo invisible que solo se aprecia cuando desaparece o cuando se tiñe de un significado nuevo dándole un poder que no se sabía que tenía.

Adiós dice alguien al salir de casa y despedirse de su familia. Y olvida la palabra en cuanto sale de sus labios, porque imagina que siempre volverá a ese hogar.

Adiós se murmura al dar dos besos a un amigo y tener la aparente certeza de que se volverá a ver ese rostro conocido.

Adiós se lanza sin mirar a los ojos a quien despacha en la panadería, a quien conduce el taxi que se coge a toda prisa para no llegar tarde al teatro, a la camarera de la cafetería o al compañero de trabajo de la mesa contigua que se queda a hacer horas extras.

Si las palabras se volvieran visibles, el cielo de las ciudades y los pueblos estaría lleno de adioses volando como globos que chocan unos con otros. Porque, de tanto decirlo, ya nadie piensa en el abismo que supone decir *adiós* cuando cumple su significado real. Despedirse, a veces para siempre.

En aquellas cinco letras pensó Ismael delante del ataúd de su madre justo cuando estaban a punto de meterlo en el horno crematorio del tanatorio de Robles. A su lado estaban Salva y el tío Felipe, que había viajado desde Francia con el corazón en un puño, llorando a mares en el avión porque habían retrasado el vuelo y sabía que no llegaría a tiempo de despedirse de su hermana mayor. Apareció en la casa de la abuela Inés cuando el velatorio ya duraba medio día, entró en la salita bañado en lágrimas y se desplomó sobre el ataúd cerrado. No paraba de darle besos a la madera y de repetir el

nombre de Cati; lo hacía con tanto dolor que Ismael supo que iba a soñar muchas noches con ese grito desgarrado.

Fue Juani, la misma que había limpiado tantas veces la nariz de mocos de Felipe cuando eran niños y jugaban en la huerta del abuelo César, la que se inclinó sobre el robusto cuerpo de su hermano, curtido en horas y horas de siembra y recogida en los campos de Toulouse, y lo incorporó con dulzura, dejando que el hombre apoyara la cabeza en el hombro de ella y llorara amargas lágrimas. Porque ya solo pudo decir aquella maldita palabra a un trozo de madera, dejando que las sílabas salieran de su boca y resbalaran por la superficie del ataúd cayendo y perdiéndose para siempre en el suelo de losas de la salita.

Adiós, hermana.

Felipe y Juani permanecieron abrazados frente al ataúd, todos los asistentes al velatorio mudos ante la imagen de un hombre y una mujer que volvían a ser dos niños pequeños. Incluso ella le secó a él, con una delicadeza que a Ismael le rompió el corazón por segunda vez aquel día, los ojos con el pañuelo que ya estaba roto y arrugado por las lágrimas.

—Ya está con papá y mamá, los tres juntos —susurró Juani al oído de Felipe, igual que en la huerta lo arrullaba y le aseguraba que no pasaba nada cuando él saltaba desde lo alto de los olivos y aterrizaba sobre las rodillas, y se las pelaba al momento.

—Yo solo quiero decirle adiós —lloraba Felipe, los ojos cerrados sobre el hombro de su hermana. Y repitió aquella palabra un rato eterno hasta que el suave balanceo de Juani lo tranquilizó.

Decir *adiós* era como calmar la sed, pensó Ismael. Usamos tanto la palabra como bebemos, y no nos damos cuenta de lo importante que es y todo lo que implica cuando se convierte en una obligación, en una necesidad impuesta.

«Adiós, mamá», dijo mentalmente al ataúd. Estaba abierto, el rostro de Cati sereno, como si estuviera dormida en una calurosa tarde de agosto y pudieran despertarla si la zarandeaban lo suficiente. Durante el velatorio lo habían mantenido cerrado, pero ahora había que cumplir el trámite de verle la cara por última vez delante del horno, no fuera a ser que se equivocaran y que metieran en aquel infierno purificador a otra persona. Salva y el tío Felipe estaban junto a él.

La tía Juani, su marido, Fran, Marga, Maribel, Natalia y Raúl estaban esperando fuera, incapaces de ver el último empujón al ataúd dentro de aquella boca de metal y brasas, como si fuera la bruja de Hansel y Gretel.

«Adiós, mamá».

Ismael había dejado de usar esa palabra tras la muerte de la abuela Inés, hacía diez años, en el verano de 2008. La pobre mujer solo había sobrevivido cuatro años al abuelo César, que se fue de un repentino infarto al corazón durante la feria de la Virgen de la Montaña de 2004, unos meses después de que Ismael se convirtiera en el primer Sánchez Roldán que conseguía licenciarse en la universidad.

Los médicos dijeron que la abuela Inés había muerto por culpa de un agresivo cáncer de páncreas que nadie había diagnosticado y que se había extendido sin aviso, y a una velocidad de vértigo, hasta llegar a una metástasis que asomó la cabeza un uno de agosto y se la llevó siete días después. Pero Ismael sabía que se había muerto de pena, incapaz de estar lejos de la persona con la que había compartido vida, amor, disgustos, sueños e hijos. No había más explicación que esa, por mucho que los doctores del nuevo Hospital Comarcal insistieran en que el cáncer había estado todo ese tiempo oculto y que los vómitos y los dolores de espalda de la mujer eran ya un aviso que nadie había sabido advertir.

«Adiós, abuela», había dicho Ismael delante del ataúd de Inés en la misma salita de la casa donde diez años después velarían a su madre. Y en aquel momento sintió un profundo terror que le erizó el vello de la nuca como si un fantasma hubiera pasado a su lado y le hubiera soplado para advertirle de su presencia. Porque aquella palabra adquiría un nuevo significado... No la estaba usando para despedirse una noche cualquiera de aquella mujer rechoncha y con aquel ojo de cristal capaz de reflejar todo el amor del mundo sabiendo que al día siguiente la volvería a ver y comerían juntos carne en salsa con tomate a la lumbre de la mesa camilla. No, aquel *adiós* escondía una perfección nueva en su significado de despedida total.

Pero había llegado el momento de volver a usar la palabra.

«Adiós, mamá», volvió a decir en su cabeza, la mirada fija en el rostro inmóvil de Cati. Cerró los ojos y, cuando los abrió, el tío Felipe le tiraba del brazo con delicadeza para abandonar la sala. El ataúd estaba dentro del horno. Y su madre ya solo existía en su recuerdo.

32

Historias en invierno

La casa después del velatorio era como un campo de batalla asolado que, tras la retirada de las tropas, volvía a ver sus tierras florecer. La tormenta hacía horas que había pasado dejando sobre Laguna un manto de frío invernal y las primeras nieves en la cumbre del Cerro Alto.

Ismael estaba solo, tumbado en su antigua cama. Kubrick dormitaba encima de su pecho y ronroneaba con pereza al mismo ritmo de la respiración de Ismael. Había conseguido mantener oculto al animal durante el día y medio que había durado el velatorio, dejando el agua y la comida al fondo de la pajareta y luego cerrando la puerta con el potro de hierro.

—Quédate aquí, que no quiero que te echen a la calle a escobazos —le había susurrado al gato en cuanto pudo abrirse paso entre los besos de pésame, los abrazos de consuelo y las mejillas mojadas de las viejas por culpa de la tormenta, para subir corriendo las escaleras y encontrarse con el animal asustado al fondo de su refugio a causa de aquella invasión doméstica que no conseguía entender.

Ahora estaban los dos solos en la casa esperando el regreso de la tía Juani y el tío Felipe. Habían ido con Fran y Salva a recoger las cenizas de Cati al tanatorio de Robles, pero Ismael alegó una repentina migraña para quedarse en Laguna.

Había gastado la poca fuerza que le quedaba en reconocer el cadáver de su madre antes de que la internaran en el horno crematorio y ahora se le hacía insoportable pasar por el trámite de que le pusieran una urna verde en los brazos y le dijeran que eso era ella, como cuando en los hospitales ponen los bebés en los brazos de las recién paridas.

«Enhorabuena, Ismael, aquí tiene a su madre. Ha pesado dos kilos

setecientos y, como podrá comprobar, la superficie tiene el mismo color que sus ojos, verde botella con un toque azulado en verano. No llora, no se mea ni se caga; ahora es perfecta para desplazamientos y, por su innovador diseño, encaja con cualquier decoración funcional de un piso común y corriente».

En cuanto su familia salió para Robles, hacía unas dos horas, subió al dormitorio y abrió la puerta de la pajareta con un plato de caldo de cocido en la mano.

—Kubrick...

El sonido de los pasos llegó antes que el gato, que apareció al poco de entre la oscuridad. Avanzó hacia Ismael y se enroscó entre sus piernas maullando con delicadeza y agradecimiento.

Después de dar buena cuenta de la comida, el gato saltó a la cama donde descansaba Ismael y se sentó en el pecho del hombre mirándolo fijamente. Luego se tumbó sobre él y se enroscó suspirando y cerrando los ojos.

Así permanecieron un rato, el gato dormido y el humano despierto sin otra cosa que hacer que ver cómo la luz de la tarde iba cambiando y dejando en penumbras el dormitorio. Y, mientras tanto, la palabra *Fidelio* y una dirección de un piso en un pueblo de Almería revoloteaban en el silencio agrandándose cada vez más hasta dejar poco espacio a cualquier otro pensamiento.

¿Qué extraño giro de guion había ocurrido, sin que él se enterara, para que aquella fuera la última palabra de su madre? ¿Y a quién pertenecía esa dirección?

Alguien llamó a la puerta de la calle, pero Ismael no movió ni un dedo. Dio por hecho que sería alguna de las pocas vecinas que quedaban en la calle Fuente.

Más golpes. Y la misma respuesta por parte de Ismael.

Al ruido de la puerta del zaguán al abrirse le siguió el de unos pasos rápidos, como si corrieran por el piso inferior. «Debo de haber olvidado echar el pestillo», maldijo Ismael.

Fue un grito ahogado el que le hizo incorporarse tan rápido que Kubrick cayó de la cama abriendo los ojos y bufando enfadado.

—¡Estrella! ¡Ven aquí, que no es tu casa!

La voz de Natalia.

Una risa infantil llegó flotando en el aire, pura y limpia como el agua que bajaba de la sierra en los deshielos de primavera. Un

elemento disonante en esa casa que tanto dolor había soportado en los últimos años.

—¡Natalia! ¡Estoy arriba, ya bajo! —gritó Ismael.

Kubrick se estiró, bostezó y, de un elegante salto, se internó en la pajareta.

Al bajar las escaleras, el recuerdo de una Natalia de hacía mil años, el pelo recogido en una cola de caballo y enfundada en sus inseparables pantalones de pana, esperándolo en la plaza para ir juntos al Cerro Alto acarició a Ismael con la ternura de los buenos recuerdos. La niña que tenía ante sí era una copia exacta de su amiga, tan perfecta que podría contarle las pecas de la cara y serían exactamente las mismas que las de la Natalia adulta, colocadas hasta en el mismo lugar.

Estrella se escondió detrás de su madre, el descaro con el que había abierto la puerta del zaguán borrado de un plumazo.

—Hola —se limitó a decir Ismael sonriendo como pudo. Era consciente de que su barba, unida al indomable pelo castaño y el cansancio imborrable bajo sus ojos verdes, no inspiraban confianza en los críos.

Ella no contestó. Ismael vio que su manita buscaba a tientas la de su madre.

—Perdónanos. Hemos llamado, pero ella está acostumbrada a empujar y entrar. No queríamos molestar —se excusó Natalia.

—No ha hecho nada que nosotros no hiciéramos cuando éramos niños. Yo no usé una llave hasta que me fui a estudiar a la universidad, igual que tú, seguro —contestó Ismael, la mirada fija en los ojos, ávidos de curiosidad, de Estrella.

—Y tanto. Ni te cuento la de veces que me dejé las llaves del piso compartido dentro de lo poco acostumbrada que estaba a llevarlas encima.

Estrella tiró de la manga de la trenca de su madre y la obligó a agacharse. Sin perder de vista a Ismael, puso la mano a modo de pantalla protectora entre su boca y el oído de Natalia, y le susurró algo durante unos segundos.

—Sí, es él —le contestó la madre en voz alta, incapaz de disimular una sonrisa.

—¿Y quién soy yo? —preguntó Ismael, las manos en los bolsillos y balanceándose de delante atrás. De pronto, parecía que en la salita

había una sola adulta y dos niños pequeños.

—No se lo digas, que me da vergüenza —rogó Estrella ruborizada hasta la última peca.

—¿Qué más te da? Querías conocerlo porque era como tú... Pues ahí lo tienes —argumentó Natalia, la voz clara y firme, carente del tono ridículo con el que muchos padres tratan a sus hijos pequeños, como si fueran cachorros a los que hay que enseñar a mear y cagar en la calle. Natalia hablaba a su hija de igual a igual, tratándola con inteligencia y, casi se diría, desafiándola a que ella hiciera lo mismo con el mundo.

Ismael se acercó a Estrella y se agachó para estar a su altura. Había estado bebiendo cerveza toda la tarde y no pudo evitar sentirse avergonzado delante del suave olor a regaliz que ella desprendía. Notó que arrugaba la nariz, pero que anteponía la educación a la sinceridad desbordante de los niños... Y él lo agradeció.

—¿Tú y yo somos iguales? —le preguntó Ismael.

—Sí —contestó, la mirada tan sincera que le dieron unas repentinas ganas de abrazarla a pesar de que ni sabía el motivo de esa supuesta semejanza entre los dos.

—¿Me puedes contar por qué? ¿O es un secreto entre tu madre y tú?

Estrella levantó la vista y se encontró con la sonrisa de Natalia. Eso le dio la confianza que necesitaba.

—Yo tampoco tengo padre. El mío se perdió en el mar, como en *La sirenita*. ¿Has leído el cuento?

—Hace mucho tiempo. Pero la película me la sé de memoria, ¿vale con eso?

—Sí, aunque el final del cuento es mucho más triste porque cuando consigue sus piernas siente que se le clavan cristales en los pies al caminar. Y al final se convierte en espuma del mar porque el príncipe no la reconoce.

Ismael se preguntó si Estrella comprendía el subtexto del cuento. O si desconocía la crueldad que el relato de Andersen escondía bajo su «Érase una vez...». Él siempre había pensado que todas aquellas historias infantiles eran perfectos mecanismos de terror y angustia, con padres capaces de abandonar a sus hijos en el bosque o sirenas suicidas. Decidió hablarle a la niña como lo hacía su madre, como a alguien inteligente:

—Es cierto, sus hermanas en el cuento intentan salvarla cuando ella ya es humana, pero no consiguen convencerla. ¿Y dices que tu padre se perdió en el mar, como en el barco en el que viajaba el príncipe?

—Sí, me lo contó mi madre. Pero él no era valiente como los que salen en mis cuentos, por eso nadie lo rescató cuando el barco se hundió. Ahora estará en el fondo del mar, atrapado entre las criaturas que mis abuelos dicen que nadie conoce, porque viven muy profundo, en lugares donde no llega ni la luz.

Ismael dejó que la historia siguiera el curso que la niña quisiera darle. Él, mejor que nadie, conocía el poder que un buen relato era capaz de otorgar a una realidad sórdida y poco memorable.

Natalia miró a Ismael y le hizo una señal diminuta para prometerle que luego ella le narraría el cuento real. Sin arquetipos imaginarios ni mares simbólicos.

—Cuentas muy bien la historia. ¿Nadie te lo había dicho nunca? —le dijo Ismael a Estrella disimulando una sonrisa enorme de oreja a oreja, aunque las manos le temblaban.

La niña asintió orgullosa.

—Quiere ser escritora de cuentos, lo tiene tan claro como tú el cine. Cuando la oigo suplicarme que le cuente la misma historia cada noche es como si te viera a ti con la boca abierta alquilando película tras película en el videoclub de Severo.

Ismael se levantó y quedó frente a Natalia, con los ojos le pidió —le rogó— perdón por no tener ni la más remota idea de la realidad que la fábula ocultaba.

—Es una historia triste —acertó a decirle Ismael, los ojos brillantes de pena.

—Puede. Depende de quien la cuente, ¿no era eso lo que tú siempre decías? Que cada relato vuela libre hasta que alguien lo captura y lo hace suyo porque siente que habla de sí mismo y de nadie más en el mundo. Que le pertenece...

—¿Eso decía yo?

—Sí, Ismael, sí...

—Te puedo prestar la historia de mi padre si te gusta —ofreció Estrella.

Ismael sonrió, se volvió a agachar para que la niña sintiera que hablaba con alguien como ella y no un adulto que la observaba desde

su posición inalcanzable.

—No, es tuya y la tienes que guardar dentro de ti siempre —le dijo—. Y quiero que recuerdes algo muy importante, ¿me harás ese favor? —La niña asintió—: Los padres a los que se los traga el mar, como el tuyo y el mío, no merecen volver a la tierra; mejor que se conviertan en espuma que desaparece con las olas. Nadie los va a echar de menos. ¿Lo vas a recordar?

Estrella dijo que sí con la cabeza. El miedo inicial a aquel hombre de pelo alborotado y aliento extraño había desaparecido.

—Ismael, quiero que me acompañes a un lugar. Raúl ya nos está esperando allí —pidió Natalia.

Fuera, las calles estaban oscuras a pesar de que los relojes marcaban poco más de las seis y media de la tarde.

Natalia caminó muy cerca de Ismael cuidándose mucho de que Estrella lo hiciera unos pasos por delante y estuviera entretenida intentando saltar la calle de escalón en escalón. Fue así como le susurró a su amigo que el padre de Estrella era un pescador de Cádiz al que había conocido durante un breve viaje a la costa y con el que había compartido cinco días de caricias saladas, siempre al amparo del mar abierto hacia donde él llevaba su barca de faena. La historia fue tan sencilla que a Natalia le bastaron dos minutos para rematarla: cuando ella regresó ya llevaba a Estrella en el vientre, a los dos meses lo confirmó y el pescador, al que no quiso poner ni nombre en el relato que le había contado a Ismael, se ofreció a pagarle la clínica que arrancaría aquel error, porque así lo llamó él, de su interior. Nadie se enteraría y era lo mejor para todos. Siete meses después nació Estrella. Y, cuando se la pusieron en brazos por primera vez, las pecas de la madre pasaron a la hija como si crearan un lenguaje común entre las dos que parecía susurrar que aquella niña solo era de ella, era el mar quien la había dejado embarazada y las pecas eran la señal inequívoca de que ningún padre había participado en aquella creación.

Ismael no dijo nada, se limitó a pasarle el brazo por los hombros.

* * *

Una sola hilera de sillas azules estaba colocada en mitad del solar, frente a la pared en blanco. Hacía dieciocho años que el cine de

verano había cerrado, pero Santiago se había preocupado de no dejarlo abandonado, aunque solo fuera porque lo seguía alquilando de vez en cuando para fiestas y mítines políticos. Así que una vez al año se plantaba allí con Anita y Natalia y, entre los tres, encalaban las tapias y lo que una vez había sido la pantalla de cine.

Frente a ella estaban sentados ahora Ismael, Raúl y Natalia, los tres enfundados en sus respectivos abrigos, guantes y bufandas, porque los termómetros apenas rozaban los cinco grados pese a que eran las siete y media. Solo había una hilera de sillas que Natalia había colocado justo en el centro, conocedora de que era la fila favorita de Ismael para ver películas. «Ni muy cerca ni muy lejos. Justo en medio; así los protagonistas se aprecian con el tamaño perfecto», solía decir.

Natalia había dejado a Estrella con sus bisabuelos y después había caminado junto a Ismael por el pueblo negándose una y otra vez a decirle adónde se dirigían.

—¿Nunca volviste a saber del padre? —aprovechó para preguntar Ismael.

—Ya te ha contado Estrella lo que ocurrió: se lo tragó el mar —contestó Natalia. Al reírse, una nube de vaho le salió de la boca.

—Vale, entonces me quedo con su versión. Es mucho más interesante.

—¿No te has fijado en sus ojos?

Ismael dijo que sí con la cabeza.

—Grises, como el cielo de la sierra cuando anuncia malo.

—Exactamente, grises. Transparentes casi. Puedes mirarla y ver qué está tramando. Va a ser muy mala mentirosa —confirmó Natalia —. Y ya has visto de qué color tenemos en mi familia los ojos, marrones como la arenilla del campo.

—La maldición de los padres cobardes —sentenció Ismael.

Cuántas veces había escuchado Natalia aquella curiosa teoría en su adolescencia de boca de su amigo y cuánto se acordó de ella tras ver crecer a Estrella y contemplar sus ojos grises ya formados, igualitos a los del pescador cobarde que se había tragado el mar.

—Hemos llegado —anunció Natalia delante de la cancela azul del antiguo cine de verano.

—¿Aquí? ¿Con este frío?

—¿Cuándo te ha importado a ti el tiempo para ir al cine? Si una

vez te plantaste aquí en mitad de una tormenta de julio y le pediste a mi abuelo que pusiera la película, que tú habías traído paraguas...

Ismael recordó aquella imagen de sí mismo solo, sentado en las sillas azules bajo su paraguas abierto, mientras veía *Los puentes de Madison*. Clint Eastwood pidiéndole con la mirada a Meryl Streep que se fuera con él bajo la lluvia. Ella sentada en la camioneta, la mano en la portezuela dudando si abrirla o no; si irse y ser feliz o quedarse con su familia y convertirse en una desgraciada a cambio de no hacer sufrir a su marido y a sus hijos. La lluvia en la pantalla y sobre Ismael, y en ambos casos a ninguno de los protagonistas le importaba lo más mínimo.

Raúl los esperaba dentro abrigado hasta las cejas con un gorro de lana a juego con sus guantes y su bufanda.

—¡Bienvenidos al mayor espectáculo del mundo! —gritó extendiendo los brazos a modo de maestro de ceremonias.

El tiempo se detuvo. No, corrió hacia atrás a tal velocidad que Ismael se mareó.

Los tres se sentaron frente a la precaria pantalla. No había película que ver, el proyector hacía años que no funcionaba y Santiago lo mantenía en la cabina de proyección solo para recordar la mejor época de su vida. Pero estar allí, aunque fuera temblando de frío, tenía algo de curativo para Ismael.

Hablaron como solían hacer antes de que empezara la proyección. Les encantaba llegar los primeros y coger el mejor lugar en la fila del centro. Natalia se les unía cuando cerraba la taquilla y luego los abandonaba en el descanso porque tenía que ayudar a su abuela con la venta de chucherías, pipas y palomitas. Había algo mágico en ese lapso en que las luces aún estaban encendidas, los lagunenses empezaban a llenar el solar y ellos podían entretenerse en buscar estrellas fugaces.

Dieciocho años después de la última proyección, allí estaban los tres sentados en su lugar favorito. Esperaban que empezara una película invisible, pero no tenía importancia porque lo que de verdad merecía la pena era el tiempo que habían perdido y ahora recuperaban.

—¿Tus padres conocen a Estrella? —preguntó Ismael buscando la mejor posición en el incómodo asiento de hierro.

Raúl abrió una lata de cerveza y se la pasó a Natalia.

—Mi padre murió antes de que ella naciera. Está enterrado en Buenos Aires.

—Lo siento mucho —dijo Ismael, aunque notó que en la voz de Natalia no había ni pizca de tristeza o amargura. Había mucha más en la de él por desconocer que algo así había pasado en la vida de su amiga.

—Te lo conté. Te mandé un mensaje, pero me contestaste con frases que no pude saber lo que significaban.

Ismael sintió la vergüenza calentándole como un brasero. Rebuscó en su memoria, pero solo vio lagunas y noches eternas. Aquel intercambio de mensajes tuvo que pertenecer a una de ellas, estaba seguro, mucho antes de que cambiara de número y solo le diera el nuevo a Raúl.

Natalia dio un trago a la cerveza, miró al cielo en busca de una estrella fugaz, y continuó hablando:

—Una noche se acostó y ya no despertó. Los médicos dijeron que su corazón había dejado de funcionar mientras soñaba, así de simple. Quise ir al entierro, pero estaba ya muy preñada y el médico me aconsejó no ir. Si te soy sincera, tampoco insistí mucho en que me dijera lo contrario. Mi madre se casó un par de meses después con el dueño del asador donde trabajaban; hasta tomó su apellido, como si fueran americanos en una película. No conoce a Estrella más que de fotos y algún vídeo que le hemos mandado...

Ismael tomó el relevo de la cerveza:

—¿Y tu hermano?

—Allí está, con mi madre; es un cerebrito que va a estudiar algún tipo de ingeniería el año que viene. Hablamos de vez en cuando, pero poco más. Es alguien que tiene mis apellidos y que vive al otro lado del mundo. Vino a Laguna alguna vez con mis padres, hace mucho, y luego se convirtió en otro nombre en la agenda del teléfono. Marcelo. Alguien a quien felicitar en su cumpleaños y en Año Nuevo.

Ismael sabía que los tres estaban pensando lo mismo. La ironía de que Santiago y Anita ya superaran los noventa años mientras que Cristóbal hacía cinco que no era más que pasto de gusanos argentinos. Si alguien hubiera podido decirle eso a la Natalia adolescente que preguntaba en los recreativos cómo se debía querer a unos abuelos que se presuponía iban a morir pronto...

El tiempo, tan relativo como el amor. Y que igual da tanto miedo.

Natalia nunca fue a Argentina, se limitó a marcharse a Cádiz a finales de aquel lejano septiembre para estudiar Enfermería. Y dejó de tener miedo a querer a sus abuelos con el mismo amor que se les reserva a unos padres. Cuando el temor desaparece, también lo hacen las expectativas construidas sobre mentiras y falsas promesas. Buenos Aires se convirtió, después de descubrir las cartas inventadas del abuelo, en un lugar ficticio, dos palabras repetidas hasta la extenuación que, de golpe y porrazo, perdieron todo su brillo e importancia.

La estela de un avión pasó sobre ellos en el cielo de Laguna.

—¿Adónde creéis que irán? —preguntó Raúl.

Les encantaba jugar a aquello cuando eran unos críos, sentados en el cine.

—Al fondo del mar —contestó Natalia.

Ismael sonrió.

Y los tres siguieron con la vista las luces del avión hasta que se perdió en la noche. Cada uno imaginó el lugar adonde le gustaría ir en caso de estar dentro de ese avión mágico capaz de atravesar fronteras entre la realidad y la ficción.

Ismael pensó que un lugar sin madres muertas sería un destino perfecto.

Natalia creyó viajar hacia el fondo de un pantano, flotando en ese espacio seguro mientras en el exterior azotaba una tormenta de verano.

Raúl fue al segundo piso del abuelo Cesáreo, cuando follar y hacer el amor eran lo mismo.

—La película va a empezar —susurró Natalia bajando la voz.

—¿Cuál vamos a ver? —preguntó Raúl.

Los dos miraron a Ismael, que no entendía la seguridad que veía en sus ojos.

—¿Qué pasa?

—Tú eres director y escritor. Dinos qué vamos a ver, qué ocurre, quiénes son los personajes, dónde viven... Imagina que somos ciegos, como Carlos, el que vende los cupones, y cuéntanos la película —pidió Natalia.

—Yo... No puedo. Creo que se me ha olvidado cómo hacerlo. —La voz de Ismael temblaba, estaba muerto de frío y de angustia. Hacía meses que le resultaba más fácil beber que inventar.

—No se olvida uno de respirar —susurró Raúl.

Ismael se dio cuenta de que lo habían dejado aposta en el centro. Si quería levantarse y salir corriendo, tendría que saltar por encima de uno de los dos.

—No he tenido un año fácil, perdonadme —se excusó.

Durante un rato no hablaron.

—Vamos, que se hace tarde y ya están los anuncios —recordó Natalia. La boca de Ismael se abrió para lanzar una queja...—. No, no te hagas el mártir, que con nosotros no funciona —lo cortó antes de que él pudiera reaccionar—. Sabemos perfectamente quién es en realidad el hijo de Catalina Sánchez Roldán. Conocemos mejor que nadie las historias que le gustaba contar, y tu *Verona* no tenía nada de eso. A ti nadie te enseñó a ser director, lo aprendiste viendo lo que te rodeaba y contándolo a tu manera. Pero ya no miras.

Raúl asintió. Y añadió:

—Natalia tiene razón. Escribe de lo que conoces: de cómo los pies se separan de la hierba en el Cerro Alto y echan a volar en parapente vomitando hacia abajo en dirección del viento. De cómo los hijos de las madres solteras sacan los ojos del padre cabrón que se escapa. De los zaguanes y de las viejas abanicándose en verano. De cómo se ve el cielo tumbado desde la orilla del pantano cuando piensas que nada de lo que planeas puede salir mal. De las mujeres valientes y los fuegos fatuos. Habla de eso, ¡no del puto Shakespeare!

Ismael iba a revolverse enfadado, a decirles que qué coño sabían ellos de lo difícil que era sacar adelante una película y tener que sentarse a ver cómo la masacraban y le gritaban que no tenía talento alguno, que su única virtud había sido un golpe de suerte que otra persona habría aprovechado mucho mejor que él. Pero se calló, porque Natalia y Raúl estaban en lo cierto.

—Va con retraso la película, ¿no os parece? —dijo Natalia.

—Sí. Pero me han dicho que es muy buena, que merece la pena —contestó Raúl.

Ismael iba a decirles que se iba, que estar allí no era una buena idea. Y, sin darse cuenta, lo que salió del fondo de su garganta, conectada con un corazón nervioso y un cerebro que desempolvaba feliz los antiguos hábitos, fue:

—La pantalla está en negro. Una voz de hombre, profunda, como la de Constantino Romero, lo llena todo. Dice «siempre hubo un final

antes de todo nuevo comienzo». Y aparece, muy lentamente, la imagen de un pantano, las aguas inmóviles y el sol reflejado en ellas... Es una mezcla de azul y naranja, no se podría decir con claridad si se trata de un amanecer o un atardecer. La cámara sube, solo un poco, lo justo para descubrir que hay alguien flotando a lo lejos, el rostro vuelto hacia el cielo, los brazos extendidos en cruz. Podría ser alguien que se ha cansado de nadar y ha dejado que la corriente lo arrastre así, tranquilo... O quizá un muerto, un cadáver que lleva solo unas cuantas horas en esas aguas que no suelen ver nada más emocionante que las discusiones entre los pescadores por quién ha atrapado la carpa más grande...

Natalia y Raúl no miraron en ningún momento a Ismael; para ellos era mucho más importante lo que las palabras dibujaban en su imaginación.

Ismael continuó hablando durante una hora y media sin parar de construir imágenes con frases que escapaban de su boca encima del vaho, como amazonas expertas que cabalgaban valientes de sus labios a la pantalla.

Se sintió bien.

Muy bien.

33

Septiembre

—¿Adónde creéis que irán?

Raúl lo preguntaba, mucho más serio de lo habitual desde la feria, mirando las luces del avión que pasaba sobre ellos.

Ismael prefirió no decir nada. El Zapata lo observó fruncir el ceño mientras picoteaba de la bolsa de palomitas rancias que Anita cobraba a cinco duros.

Era el último día en que el cine de verano abriría sus puertas y todo Laguna parecía querer estar allí, a pesar de que, a esas alturas, a principios de septiembre, la sierra ya empezaba a obsequiar al pueblo con una *pelusa* que obligaba a sacar del armario las finas rebecas que las abuelas habían tejido durante el otoño anterior.

Ismael estaba ya cansado de pasarse todo el santo día malhumorado, pero no se le iba de la cabeza que aquel verano estaba lleno de cosas que ya no vería más. Primero Jero y ahora el cine de los abuelos de Natalia.

Un hombre con sueños y un lugar donde se proyectaban sueños... Las dos cosas borradas de un plumazo de aquel agujero.

Las luces aún no se habían apagado, pero el ambiente era de jarana y fiesta. Apenas quedaba un asiento azul libre. La película que verían, *Gladiator*, no era más que un pretexto para que todo el pueblo se encontrara.

—Isma, alegra esa cara. En un mes vas a poder ir al cine siempre que quieras. Y a uno de verdad, donde ponen estrenos sin que tengas que esperar siete meses a verlos. No vas a echar nada de menos este solar de mala muerte —dijo Raúl.

—Todo lo que ocurra en este pueblo me importa una mierda ya —ladró.

El Zapata se encendió otro cigarro, no estaba muy hablador. Ni

Ismael ni Raúl habían reparado en que ya no llevaba su inseparable cordón rojo atado a la muñeca.

Desde la última fila llegaba el jaleo organizado por el Maño y sus acólitos. En el cine, como en el colegio, la última bancada se reservaba siempre para las ovejas negras. Lo mismo daba que fuera entre libros o películas; allí siempre se sentaban el Maño, Borja, Tito y el vago de turno que los acompañara ese día. Se pasaban toda la proyección silbándole a la pantalla si aparecía una actriz de buen ver, Borja y Tito rebuznando con cada gracia del guion, fumando un porro tras otro, pelando pipas y molestando a los más pequeños cuando estos cruzaban para ir al baño, justo detrás de donde ellos se encontraban.

—Santiago, ¡pon ya la película, viejo cabrón! ¡Que nos vamos a pelar de frío a las doce! —gritó Borja coreado por la risa de hiena de Tito.

Ismael se giró, pero se encontró con la mirada sin emoción del Maño, que se limitó a hacerle un gesto de desprecio. ¿Desde cuándo ese sádico eludía cualquier bronca con ellos? ¿Era un atisbo de respeto, o de cierto miedo, el que había visto cruzar por su cara que parecía hecha a martillazos? Ismael, sin pensárselo, volvió a mirarlo porque algo llamó poderosamente su atención en el rostro del Maño. La nariz la cubría una especie de gasa pegada con esparadrapo a la piel y bajo los ojos dos profundos arcos amoratados. ¿Se habría roto ese animal la tocha al caerse de la bicicleta, borracho como solía estar de viernes a domingo? Estaba pensando en esa posibilidad cuando se percató de que llevaba ya un buen rato mirando fijamente al Maño y este, por primera vez desde que Ismael podía recordar, bajó la vista y disimuló estar concentradísimo en el cigarro de marihuana que se estaba liando. No, aquello no era un tropiezo con la bicicleta; aquella nariz rota era una rebelión. Pero ¿quién había sido el encargado de comenzarla? Sin duda, el Zapata, silencioso e invisible.

Nada parecía tener sentido ese año en Laguna esos primeros días de septiembre.

Las luces se apagaron y se oyeron silbidos y aplausos. Un haz de luz sobrevoló las cabezas y proyectó sobre la pared encalada los anuncios de unas películas que ya no se verían allí. Poco a poco se hizo el silencio, roto solo por el ruido de quienes pelaban pipas y por los ocasionales susurros del Maño lanzando obscenidades a la pantalla con aquella voz insoportablemente dulce, aunque esa vez fueron leves

porque no se atrevía a armar demasiado jaleo estando el cine tan lleno, no fuera a ser que preguntaran de más por su nariz destrozada.

Natalia se abrió paso con destreza entre las filas y se sentó al lado del Zapata. Por ser el último día, su abuela le había dejado arrasar con el bar del cine y llevaba con ella bolsas de palomitas, polos flash, pipas y paquetes enteros de regalices negros, rojos o rellenos con nata. Las repartió entre sus amigos y los cuatro se acomodaron frente a la historia de Máximo, el general romano reducido a gladiador en busca de venganza. Hacía ya días que ninguno de los amigos bromeaba sobre la nueva ropa de Natalia, que habían asumido como un elemento extraño más en aquel verano de locos. Raúl fue el primero que le dijo que le favorecía el cambio, que por fin vestía como si el mundo no se hubiera parado en el momento en que sus padres se habían ido del pueblo. Natalia se encogió de hombros y le quitó importancia. Ni Ismael ni Raúl se dieron cuenta de la brevísima mirada que el Zapata cruzó con ella.

Ismael, cuando la película ya casi llegaba a su fin y Russel Crowe caía sobre la arena mientras recordaba a su familia muerta, sintió que los ojos le escocían. Sabía perfectamente que no era por la película, por eso no le sorprendió sentir que la mano de Raúl buscaba la suya y la apretaba fuerte. De las otras filas llegaba el sonido de los pañuelos sonándose la nariz y los hipidos de las señoras mayores llorando a lágrima viva cuando el gladiador se reúne con los suyos en el más allá. Y, aprovechando que todos pensarían que lloraba por el final de la película, Ismael dejó que el escozor en los ojos diera paso a las lágrimas.

Y lloró. Lloró porque ya nunca más vería ese cine donde había aprendido a amar las películas. Lloró por Jero y todos los sueños que no cumplió. Lloró porque tenía miedo de que a él le pasara lo mismo. Lloró porque sentía que nunca iba a tener amigos como Raúl, Natalia y el Zapata. Lloró sintiendo una nostalgia insoportable por recuerdos que aún no tenía. Y entonces sintió que la mano de Natalia se unía a la de Raúl, y la del Zapata a la de ella. Y las lágrimas se secaron, el corazón dejó de latir fuerte y, entrelazadas las manos, se sintieron a salvo.

Ninguno abrió la boca para ponerle nombre a ese momento. Aquella noche de septiembre, las manos entrelazadas barruntaban, aunque en aquel momento no eran conscientes, que era la última vez

que estarían juntos. Algo dentro de ellos había querido avisarlos de que, una vez que las luces del cine se encendieran, la vida ya no volvería a ser la misma. Como si hubieran asistido a la última proyección de su propia historia. Y ese algo misterioso les quiso regalar ese último momento de seguridad ante la pantalla de un cine de verano agonizante.

Quizá la sierra estaba viva y los avisaba de algo con un aliento mágico que solo los que habían nacido allí podían percibir.

La película terminó y Santiago encendió, mientras se secaba los ojos de sus ancianas lágrimas sabiendo que no volvería a hacerlo, las luces del cine de verano de Laguna. Ismael, Raúl, Natalia y el Zapata se quedaron sentados en silencio mientras los vecinos abandonaban el solar y la pantalla en blanco enmudecía para siempre convirtiéndose en una pared encalada corriente, como todas.

Natalia avisó de que tenía que ayudar a recoger a sus abuelos; se levantó y se despidió hasta la mañana siguiente. Al pasar junto al Zapata aprovechó la estrechez de la fila para que los cuerpos se juntaran durante tres escasos segundos, la mano de ella apoyada en el brazo de la silla azul de hierro y buscando rápidamente el dedo de él, haciéndole una fugaz caricia que nadie vio. Habían tenido pocas oportunidades de estar a solas después de la tormenta de verano, pero cuando lo habían conseguido habían pasado horas y horas en la parte más oculta del Cerro Alto. Allí se miraban como si se hubieran conocido el día anterior y no desde que apenas levantaban un palmo del suelo, descubriéndose con palabras y caricias torpes y poco entrenadas. Una nueva Natalia para el Zapata. Un nuevo Zapata para Natalia.

Raúl, por costumbre, echó una mirada rápida a la última fila y comprobó que el Maño se había ido y no se le veía por los alrededores. Pero lo más extraño fue que no le importó demasiado. Dijo *adiós* y se demostró a sí mismo que podía regresar solo a La Posada, la cabeza bien alta y los puños apretados, por si acaso. Ismael y el Zapata caminaron juntos, en silencio, hasta la plaza de los Naranjos. Ahí se dijeron:

—Hasta mañana, Zapata.

—Nos vemos a mediodía, cuando salga del taller, que va a hacer un día bueno para ver volar en el Cerro Alto.

El Zapata enfiló la plaza hacia su casa. Ismael subió hacia la calle

Fuente. Ninguno se volvió para lanzar un último vistazo al otro. De haberlo hecho habrían visto a un chaval normal andando por una calle normal en un pueblo normal. Nada especial que presagiara lo que iba a ocurrir esa noche.

El Zapata se perdió en la oscuridad de la madrugada, giró en su calle y entró en el taller de zapatería.

* * *

—Ismael, despierta.

Una mano le zarandeaba el cuerpo. La persiana estaba levantada y atada a la reja de la ventana, pero el sol aún no golpeaba con fuerza la calle Fuente. Mientras abría los ojos desorientado, calculó que no debían de ser más de las ocho de la mañana.

Cati estaba sentada junto a él en la cama, el pelo revuelto y los ojos enrojecidos. Un cigarrillo le temblaba entre los dedos, la ceniza cayendo sobre las sábanas sin que ella se preocupara de apartarla. La imagen hizo que Ismael se espabilara de golpe intuyendo que algo terrible les había tenido que ocurrir a la abuela Inés o al abuelo César para que su madre hubiera ido allí desde su casa a despertarlo así.

—¿La abuela está bien? —preguntó Ismael con los ojos abiertos de golpe.

Cati le dio una calada al cigarro.

—Ismael, cariño...

—¡Mamá! ¿Qué pasa? Cuando llegué del cine estaban bien, ¿les ha ocurrido algo?

Ismael se martirizó durante unos segundos pensando mil maneras terribles en que sus abuelos podrían haber muerto en la madrugada mientras que él dormía en el piso de arriba a pierna suelta sin enterarse de nada. Un resbalón en la bañera, un infarto traicionero...

Pero Cati solo dijo:

—La Guardia Civil se ha llevado al Zapata.

—¿Cómo? ¿Qué le han hecho? ¿Dónde se lo han llevado?

—Está en el cuartelillo, esperando que venga un mando de Cádiz a interrogarlo.

—¿Interrogarlo para qué? Él no ha hecho nada; que se lleven a rastras al Maño si quieren, ¡pero si el Zapata es un santo!

Cati se preparó para lo que había ido a hacer. Aun así, le costó la

misma vida, más que cuando le parió en mitad de una tarde de julio donde hasta el asfalto ardía:

—El padre encontró el Zippo de Jero detrás de un falso fondo del armario del Zapata.

Ismael no entendía quién podía haber dejado semejante trampa en el dormitorio de su amigo. Nadie lo odiaba tanto, a no ser que hubiera sido el Maño el asesino y hubiera ido a traición a cargarle el muerto...

Cati continuó, la voz le temblaba:

—Lo ha confesado. Todo. Hasta la última palabra. Se lo han llevado a las seis de la mañana y en cuanto den orden lo trasladan a El Puerto de Santa María. Dicen que no recuerda mucho, que en la feria también casi mata al padre sin darse cuenta, pero que sí recuerda cómo tiró el cuerpo al agua y cómo lo lavó antes con lejía para que no lo pillaran... Un trapicheo pequeño de drogas que, al parecer, se les fue de las manos.

La habitación había empezado a dar vueltas e Ismael tuvo que apoyarse en el cabecero para no caerse. Tenía que estar soñando... Eso era, aquello tenía que ser una pesadilla de la que lo despertaría la abuela Inés avisándolo de que ya tenía el café hecho y que ella se iba a comprarle pescado a la Remedios, la Boquerona.

No. No. No. El Zapata no podía haber hecho eso. Mucho menos haberle estado mirando a la cara todo el verano como si nada hubiera pasado.

—Tiene que ser un error. Se tienen que haber equivocado, Fernando y Eduardo, por muy guardiaciviles que sean, no han salido del pueblo nunca y lo que le pasó a Jero les queda muy grande. Y... —balbuceó Ismael incapaz de encontrar un mínimo saliente al que agarrarse.

—Lo ha confesado todo, mi vida. Y tenía el Zippo de Jero escondido. Él mismo se lo ha dado a Fernando y Eduardo.

La habitación seguía girando sin control. Hasta que se paró de golpe.

—¿Dónde has dicho que lo han llevado?

—Al cuartelillo. Pero no vayas, Ismael, está todo el pueblo allí y no es un espectáculo agradable. Le están gritando de todo...

Ismael se vistió a toda prisa con la ropa de la noche anterior y bajó las escaleras saltando los peldaños de dos en dos. No oyó la

súplica de su madre de que se quedara con ella ni tampoco vio al abuelo César sentado en la salita, la atención puesta en la pantalla apagada del televisor porque seguramente ya conocería él también la noticia. La abuela Inés estaba en la calle, con el delantal de faena puesto, y hablaba muy seria con María, la vecina, mientras negaba con la cabeza. Ismael la vio llamándolo, pero hizo oídos sordos mientras doblaba la esquina de la calle Fuente y apretaba el paso para llegar cuanto antes el cuartelillo de la Guardia Civil, un viejísimo edificio de dos plantas, en la última calle de Laguna, que se había construido sobre los restos del antiguo matadero del siglo anterior.

Le faltaba ya el aire cuando vio a la muchedumbre agolpada frente a las puertas del cuartel. Y solo entonces oyó la voz, más bien el grito:

—¡Ismael! ¡Para!

Natalia lo alcanzó a duras penas jadeando y empapada en sudor. Llevaba llamándolo un buen rato, pero Ismael estaba tan rabioso que durante su frenética carrera solo había sido capaz de oír el insoportable martilleo de su corazón en el pecho, en los oídos, en la cabeza y en la garganta.

—¿Qué está pasando, Ismael? Mis abuelos me han contado que se han llevado al Zapata preso, que... —preguntó Natalia. No pudo terminar la frase, como si temiera que, diciendo la causa, esta se haría más realidad de lo que ya era.

—No lo sé, tiene que ser un error, una trampa de alguien que le está cargando con las culpas. Es imposible —contestó Ismael, la duda desbordándole los ojos.

—Manuel no es capaz de hacer eso, menos a Jero...

Era la segunda vez en pocos días que uno de ellos llamaba al Zapata por su nombre real. Natalia había pronunciado su nombre en un acto desesperado, inconsciente, por separar en dos a su amigo. Tal vez así uno de ellos aún fuera inocente. Quizá se podían llevar al Zapata y dejar a Manuel.

Ismael la cogió de la mano y se acercaron a los vecinos que gritaban insultos contra el cuartelillo de la Guardia Civil, por lo general vacío. En su fachada, blanca y punteada de rojo por las macetas de geranios que colgaban de las rejas en las ventanas, se veían restos de lo que parecían ser huevos.

—¡Hijo de puta!

—¡Malnacido!

—¡Desgraciado, que eres un asesino sin corazón!

—¡Así te revienten la cabeza como le hiciste al pobre Jerónimo!

Natalia tuvo que sujetarse con más fuerza al brazo de Ismael; este se abrió paso a codazos entre los lagunenses y consiguió llegar casi a la puerta, hasta que un guardiacivil al que no había visto en su vida lo paró en seco empujándolo hacia atrás.

—No se puede pasar de aquí, que esto no es una feria, coño.

Aquel hombre no era de Laguna e Ismael pensó que fea tenía que estar la cosa para que hubieran tenido que acudir más guardiaciviles de Robles y de los otros pueblos cercanos a echar una mano.

Y entonces Fernando y Eduardo sacaron al Zapata del cuartelillo, esposado y con toda la prisa que pudieron, para meterlo en el coche todoterreno aparcado en la puerta. Los dos hombres iban descompuestos, el rostro angustiado y sudado, la sorpresa todavía en los ojos por llevar en volandas, convertido en un asesino, a un chaval al que habían visto crecer y jugar en la plaza.

Los gritos crecieron hasta hacerse insoportables. Alguien empujó a Natalia, que chocó contra Ismael y este contra el guardiacivil que los mantenía a raya, casi haciéndole perder el equilibrio. Solo se oía «¡HIJO DE PUTA!» repetido hasta la locura.

Ismael agarró fuerte a Natalia y los dos llamaron a gritos al Zapata. Y él los miró, los ojos marrones cansados y envejecidos de pronto, sin un atisbo de la vida que siempre se agolpaba en ellos.

El contacto visual duró ocho segundos durante los cuales Ismael dejó de oír insultos y gritos. Todo quedó en silencio, a la espera de que su amigo le hiciera un gesto con la cabeza, le suplicara ayuda, le dijera que él no había sido... Cualquier señal que indicara que todo era un error y una pesadilla.

Pero nada de eso llegó.

El Zapata bajó la mirada y dejó que Fernando le empujara con cuidado la cabeza antes de entrar a la parte trasera del todoterreno. Ya allí, dejó que los ojos se clavaran en la nuca de Eduardo, que arrancó el coche y tuvo que bajar la ventanilla para gritarles a los vecinos que lo dejaran pasar.

No había pedido ayuda. Ni perdón. Ni suplicado que lo creyeran.

Nada.

Ismael se soltó de Natalia y, con los ojos cerrados, escupió sobre

la ventanilla detrás de la que estaba esposado el Zapata. La turba enfurecida de lagunenses corrió detrás del todoterreno y nadie vio cómo Natalia se abrazaba a los pedazos rotos de Ismael. Tampoco vieron que ella mantenía la mirada fija en la carretera por la que desapareció el Zapata hasta mucho tiempo después de que el vehículo se perdiera en la distancia.

34

Una visita inesperada

Kubrick bostezó y volvió a hacerse un ovillo sobre sí mismo, cómodamente instalado en el asiento del copiloto. Detrás permanecía intacto y abandonado el transportín que Ismael había comprado en el veterinario de Laguna y donde había desistido de meter al gato una vez que este dejó claro, uñas y bufidos mediante, que no estaba dispuesto a entrar en ninguna «cárcel» por muy cómoda y cara que fuera.

El gato era macho, por lo que la cuestión de la preñez quedaba descartada, así como la de tener que buscarle otro nombre más apropiado para su sexo. Bañarlo había sido una misión mucho más complicada, que rozaba la locura, pero entre él y Raúl habían conseguido retenerlo unos cuantos segundos bajo el grifo de la pila. Kubrick, con las patas enfundadas en cuatro calcetines atados con cordones, se había revuelto como si se lo llevara por delante el mismísimo demonio, pero el poco tiempo que les dejó fue suficiente para enjuagarlo con un gel y quitarle, al menos, la insoportable peste que arrastraba de la pajareta.

—¿Estás seguro de que te lo quieres llevar? Tiene pinta de querer rajarte la garganta mientras duermes. Qué mala leche tiene el *condenao* —gruñó Raúl, al que el gato le había destrozado a arañazos un carísimo jersey de hilo.

—Es arisco porque la gente le asusta. Y tú mismo lo has dicho: está castrado, por lo que tiene que haber pertenecido a alguien que lo ha abandonado... Normal que odie a las personas.

—A lo mejor se ha perdido.

—¿Te suena a ti alguien en Laguna que haya preguntado por un gato extraviado?

—La verdad es que no...

—Pues ahora está conmigo.

Las despedidas con su familia, y con Raúl y Natalia, duraron poco. Precisamente porque no supieron a *adiós,* sino a *nos veremos pronto*. Los abrazos y los besos no tuvieron el mismo significado que otras veces, cuando Ismael los daba como una liberación con la que escapar a una ciudad donde nadie le preguntaba más de la cuenta. No; los abrazos esa vez duraron lo que tenían que durar porque la intención era regresar a ellos cuanto antes.

Ismael solo miró una vez atrás cuando su coche pasó junto al pantano. En el espejo retrovisor vio alejarse las casas blancas del pueblo y el Cerro Alto, ya manchado de nieve. Pensó que Laguna seguiría estando allí sin su madre, igual que siguió en pie cuando murió la abuela Inés. Y que haber muerto allí era una suerte.

En un pueblo tan pequeño, lo más valioso que tienen las personas son sus recuerdos. Los mismos que hacen que los zaguanes siempre queden abiertos y nunca se pierda la oportunidad de sentarse en un banco de la plaza para compartir unos minutos en los que hablar de todo y de nada. Allí cada nombre era algo más que unas cuantas letras juntas. Detrás había recuerdos y una vida que pasaba de boca en boca, como los cuentos que nunca mueren porque siempre hay un padre o una madre dispuesto a contárselos a su hijo antes de dormir.

Nadie muere en Laguna porque nadie olvida en Laguna.

El paisaje poco a poco fue cambiando, del verde moteado pasó al marrón de los olivares y a los rojos brillantes de los campos de amapolas, luego al blanco de las salinas y, al final, al amarillo árido del desierto de Almería.

Ismael había dudado mucho e incluso se había montado en el coche con la firme decisión de conducir sin parar hasta Madrid y olvidarse de la misteriosa dirección que su madre le había escrito en la carta. Pero, cuando se quiso dar cuenta, había pasado de largo Despeñaperros y girado hacia Jaén, dando un rodeo tremendo para poner rumbo a Gádor, a quince kilómetros de Almería capital.

Kubrick se quejó, aburrido del viaje sin rumbo, y saltó al asiento trasero y de ahí se colocó en la bandeja para mirar el paisaje que iban dejando atrás, lleno de espinares que recordaban por qué tantos directores habían cruzado el Atlántico para convertir aquellas tierras en un segundo Hollywood.

—Ya estamos llegando, no te quejes o vas de cabeza al

transportín.

Un bufido cortó de raíz cualquier nuevo intento de intimidación. Las bases de aquella relación tenían una clara advertencia: nadie era el dueño de nadie allí. No tardaron mucho en pasar por un cartel que anunciaba la entrada a la ilustre Villa de Gádor.

Ismael había leído algo en Internet sobre ese lugar la noche anterior; en aquella villa de apenas tres mil habitantes se ubicaba el origen de la leyenda española del hombre del saco o sacamantecas. A principios del siglo XX unos vecinos secuestraron a un niño de la zona para asesinarlo en un cortijo en las afueras del pueblo, mandados por una vieja que se decía era curandera. Allí lo apuñalaron y extrajeron su grasa para preparar ungüentos con los que un hombre adinerado de la zona esperaba curarse de una tuberculosis. Todos acabaron pasando por el garrote vil.

La historia del hombre del saco almeriense era jugosa y desconocida. Ismael no había podido evitar tomar notas mentales mientras leía la historia en la pantalla rota de su teléfono móvil con un interés que hacía tiempo que había olvidado. El instante fugaz de magia que Raúl y Natalia habían provocado en el vacío cine de verano le había hecho recuperar cierta confianza en que sabía y podía contar historias, o al menos que quería intentarlo de nuevo. Y ahora él estaba allí, en Gádor, sin entender nada. ¿Qué interés podía tener su madre en ese pueblo, más allá de sus leyendas locales, que a ella poco le podían importar?

Ismael aparcó frente a una sucursal del banco Unicaja, junto a una plaza llena de jubilados y señoras que empujaban carritos de la compra. Había salido pronto de Laguna y había llegado a Gádor al mediodía. Allí, como en cualquier pueblo pequeño, la vida a esa hora giraba en torno a los que ya hacía mucho tiempo que habían dejado de tener horarios y rutinas laborales.

La carta de Cati estaba guardada en su mochila, arrugada de tantas veces que la había leído en los últimos dos días. La sacó y comprobó la dirección a la que tenía que ir, a pesar de que ya se la sabía de memoria: carretera de las Minas, 2, 3.º G. Suspiró resignado y miró a Kubrick, que tumbado a lo largo de la bandeja trasera le devolvió una mirada curiosa: «¿Qué vas a hacer, Ismael? ¿Plantarte allí y tocar al timbre para decir, a quienquiera que sea, que te abra, que tu madre muerta te ha enviado?».

—¿Qué hago contigo? —le preguntó Ismael.

Podía dejarlo allí encerrado, era invierno y no había peligro de que el gato muriera asfixiado por golpe de calor alguno. Sin embargo, su pesimismo le hacía imaginar la terrible situación de volver y encontrarse con que alguien había reventado la luna trasera de una pedrada y se había llevado a su amigo, a lo mejor para despellejarlo vivo, como decían que hacía el Maño de niño con los gatos callejeros que abandonaban junto a la cooperativa de aceite. Así que optó por coger en brazos a Kubrick. Salieron del coche juntos, el gato apretado contra el pecho de Ismael para evitar posibles intentos de fuga.

Algunos vecinos saludaron con ironía al forastero de pelo alborotado que se paseaba por Gádor abrazado a un gato atigrado. «Vayan usted y el gato con Dios», le decían mirando con curiosidad al animal, que les devolvía un gesto altivo y desafiante desde los brazos de Ismael.

No tuvo que caminar mucho para llegar al portal que buscaba. El bloque de pisos, de apenas tres alturas, estaba en una cuesta poco pronunciada del pueblo, coronado por una inmensa azotea donde el viento de la cercana costa hacía bailar unas sábanas de flores en un tendedero de cuerdas rojas.

Ismael miró a Kubrick, dudó y buscó en sus ojos una aprobación que él mismo se negaba a darse. Tomó su silencio como un «adelante» y llamó al telefonillo del 3.º G.

—¿Sí? —contestó una voz de mujer.

¿Y ahora qué? Se dio cuenta de que no se había parado a pensar en qué le diría a la persona que vivía allí. Él, que vivía de inventar historias, no había sido capaz de pensar en fabular nada con un mínimo de coherencia para que le abrieran la puerta.

—Yo... ¿es el 3.º G de la carretera de las Minas? —balbuceó.

Iba a seguir improvisando estupideces cuando la voz le cortó y preguntó:

—¿Ismael? ¿Eres tú?

35

La verdad

El espejo de cuerpo entero del ascensor le devolvió una imagen desconcertante. Alguien había reconocido su voz y le había abierto sin preguntar más, casi podría decir que con ansia. Y lo que él vio en el reflejo era la imagen opuesta a la confianza: un hombre desorientado, con el agotamiento escrito en el rostro y con un gato nervioso en los brazos, que no paraba de querer subírsele a uno de los hombros.

La puerta del ascensor se abrió e Ismael salió al descansillo del 3.º. Localizó la puerta que buscaba. Había una plaquita junto a ella, atornillada a la pared, tan limpia que uno podía verse en su superficie bajo las letras grabadas. La leyó:

INMACULADA ÁLVAREZ ACUÑA
ABOGADA

Ismael casi dejó caer a Kubrick del susto.

La puerta se abrió y la hermana del Zapata salió a recibirlo vestida con un elegante pantalón negro y una blusa rosa sencilla, pero que, en su cuerpo lozano y saludable, daba la impresión de ser alta costura. Estaba irreconocible, la cara apenas maquillada y el pelo corto teñido de rubio y peinado al estilo de Jean Seberg, guapísima sin artificios ni complementos. Si no hubiera sido por el nombre en la placa, a Ismael le habría costado reconocer en esa mujer a la asustadiza y apagada adolescente que solo salía de su casa para ir al colegio o al mercado.

—Hola, Ismael. Cuánto tiempo —dijo Inma, una cálida sonrisa le iluminaba los labios.

Kubrick maulló y, aprovechando la confusión de su dueño, saltó al suelo y se coló en la casa abierta, arqueando el lomo para rozarse

contra la pierna de Inma cuando pasó junto a ella.

Una risa infantil llegó de dentro. Se le unió una segunda, acompañada de gritos y varios «oohhh» y «uhhhh».

—Son mis hijos, les chiflan los bichos —explicó Inma—. ¿Cómo estás?

No hubo respuesta. Al desconcierto inicial le siguió la plena consciencia de quién tenía enfrente. Y eso dio paso al rencor, meticulosamente cultivado durante años.

—Pasa, por favor —pidió Inma abriendo por completo la puerta.

Ismael no se movió. Si no salía corriendo era porque el puñetero gato había decidido convertirse, de buenas a primeras, en un ser sociable. Y por el alboroto infantil parecía estar pasándoselo en grande.

—Ismael, no hagas el viaje en balde. Entra...

La voz de Inma había cambiado. Seguía siendo afable y apagada, como si se sintiera culpable por salir del cuerpo, pero ahora arrastraba las vocales y su acento, suavizado por una indiscutible formación académica, era una mezcla entre dos sierras, la gaditana y la almeriense.

—Es mejor que me vaya —consiguió decir él poniendo cuidado en no mostrarse demasiado hostil. Quería creer en lo que Raúl le había dicho hacía dos días durante la cena en su casa, que los padres no deberían cargar con los pecados de los hijos... En este caso, de los hermanos asesinos.

—Es importante que hablemos...

—No tengo nada que decirte, Inma. Lo siento, no es por ti...

—Es por mi hermano, lo sé. Pero yo sí tengo algo que contarte.

—No tengo tiempo.

—Lo has tenido para conducir desde Laguna hasta Gádor, de una punta a otra de Andalucía. Yo te estoy pidiendo un café, cinco minutos de tu vida...

—Eso es mucho dependiendo de quien lo pida. En cinco minutos se puede hasta matar a una persona —contestó Ismael. Ya le daba igual sonar hiriente.

Una niña apareció por detrás de Inma, el pelo rizado como hacía años lo llevaban el Zapata y la mujer que Ismael tenía delante en ese instante. Cargaba a Kubrick y tenía la cabeza del animal apoyada en el hombro.

—Mamá, ¿nos lo podemos quedar? Ha entrado en casa y le gusta —preguntó.

—Tiene dueño, Manuela, no puede ser tuyo —contestó Inma apoyándose en el quicio de la puerta para evitar dar por terminada su charla con Ismael.

Manuela. ¿De verdad la niña llevaba el nombre de un criminal? Ismael sintió que se le revolvían las tripas.

—¿Es tuyo? —le preguntó la niña.

—Sí. Y nos tenemos que ir ya.

—Pero ella no quiere irse, ha saltado adonde estábamos Eze y yo jugando y se ha sentado muy quieta a mirarnos. Ya le hemos puesto nombre, se llama Margot —sentenció muy seria.

Ismael le calculó unos siete años. Junto a ella apareció otro chiquillo con el pelo igual de rizado. Eran del mismo tamaño, mellizos sin duda.

—Es un chico y se llama Kubrick —explicó Ismael, ajeno discutir de tú a tú con una niña.

Manuela miró al enfadado hombre de pelo revuelto y salió corriendo hacia el interior de la casa, el gato sujeto contra ella. Eze la siguió sin abrir la boca.

—Déjalos que se entretengan un rato y luego os vais. Ni siquiera tienes por qué responderme a lo que te diga, solo quiero que me escuches —volvió a pedir Inma.

Ismael suspiró contrariado. Nunca había destacado por su paciencia y en aquel rellano ya había agotado la poca que tenía.

—Tu madre al principio hizo igual y luego era ella la que estaba ansiosa por entrar y hablar.

Era obvio, por cómo la boca de Inma se había abierto y cerrado un par de veces antes de decir la frase, que no había querido usar ese comodín hasta que no le fue inevitable.

Pero funcionó.

Ismael agachó la cabeza y entró. Había una puerta corredera abierta a la izquierda; allí se veía un enorme despacho, las paredes forradas de estanterías con libros de derecho y una enorme mesa de madera en el centro; encima, carpetas meticulosamente ordenadas junto a un ordenador Mac. Inma trabajaba en casa... Y le iba bastante bien, al parecer.

Un kilométrico pasillo se encargaba de mantener separado el

lugar de trabajo del resto de la vivienda, un piso de más de cien metros cuadrados donde se combinaba el buen gusto con cierto desorden infantil. Era agradable. No se quería ocultar que allí vivía una familia con niños que tenían sangre en las venas y que los padres no temían dejar un juguete más tiempo del necesario en el suelo. Allí no pasaba nada porque una muñeca y un velocirraptor de goma durmieran juntos sobre la alfombra del salón. Había vida real entre esas paredes, caótica, desordenada e imprevisible.

Inma condujo a Ismael hasta la cocina y le ofreció una taza de café. Él prefirió preguntarle, sin miedo al ridículo, si no tenía algo más fuerte que le calentara el ánimo.

—Yo no entiendo de vinos, pero a mi marido le gusta mucho este. Así que probemos —dijo Inma abriendo una botella de Rioja y sirviendo dos copas.

Ismael no hizo ademán de brindar. El alcohol solo era un aliciente para capear el temporal; en ese momento sobraban los gestos de cortesía y amabilidad. De un trago vació la mitad de la copa, casi sin saborearla.

Inma le contó que llevaba diez años viviendo en Gádor, desde que se casó con Antonio, un funcionario de la Diputación de Almería que iba a trabajar a la ciudad desde el pueblo todos los días. Los mellizos nacieron tres años después de la boda y el matrimonio decidió que Inma abandonara el despacho donde trabajaba, en Almería capital, y se instalara en la casa para poder ser su propia jefa. Allí se encargaba del papeleo de muchos vecinos, de algunos casos pequeños, de las declaraciones de la renta y de ayudar a aquellos que no tenían nada, pero que necesitaban apoyo legal para solucionar los problemas y dolores de cabeza que da el, precisamente, no tener nada. Esto último era lo que más disfrutaba de su trabajo, según le confesó a un Ismael que no dudó en rellenarse él solito la segunda copa.

—Inma, ¿qué hago aquí? —preguntó a bocajarro Ismael, harto ya de la cortesía de aquel reencuentro.

—Siento tanto lo de tu madre..., de corazón. He llorado muchísimo estos días acordándome de ella. Tan joven... Pero imagino que estás en Gádor porque ella te ha pedido que vengas —contestó con dulzura Inma.

—¿Y qué tiene que ver mi madre contigo?

Inma sonrió antes de contestar:

—Cati siempre decía que, con lo peliculero que eras, te encantaría esto. Pero no fue por eso por lo que te escribió la carta ni por lo que no te contó nada antes. Simplemente nosotros le pedimos que guardara el secreto que ella, sin querer, averiguó un poco después de aquel verano que nos cambió a todos...

Ismael agarró tan fuerte la copa de vino que pensó que le estallaría en la mano.

—Ella me dijo que no podría morirse tranquila si no te ayudaba, lo único que nos pidió fue que habláramos contigo cuando ya no estuviera. Los últimos años han sido muy difíciles para Cati, tuvo que dejar de venir y solo hablábamos por teléfono... Últimamente ni eso, le costaba muchísimo poder hilar dos frases seguidas sin ahogarse. Qué injusto, Ismael; era una mujer tan libre, tan fuerte...

—Y con tantos secretos, al parecer —dijo Ismael incómodo—. Inma, no es fácil para mí estar aquí hablando de mi madre como si la conocieras mejor que yo. Dime lo que tengas que decirme, quiero irme rápido...

Inma lo entendió y, pese a estar emocionada y a su deseo de seguir hablando de lo que Cati era para ella, se guardó todos sus buenos recuerdos y comenzó:

—Tu madre quería que vinieras a verme, pero sabía que nunca lo harías a no ser que ignorases quién vivía aquí. Jamás habrías llamado a la puerta de haber sabido que dentro estaba la hermana del Zapata, ¿verdad?

Ismael calló.

—Ella era perfectamente consciente de que la curiosidad por lo que decía en su carta te traería aquí. Y ya todo se pondría en su sitio.

—Una trampa...

—No. Una invitación que de otro modo nunca habrías aceptado.

Ismael se aguantó la bilis y se ayudó del vino para empujarla hacia el estómago.

—Raúl me dio la carta. ¿Él también está metido en esta pantomima?

—Él solo le hacía compañía. La verdad solo la sabemos nosotros y ella.

—¿Por qué hablas en plural? Aquí solo te veo a ti —gruñó Ismael cada vez más a la defensiva.

—Sabes perfectamente por qué —susurró ella con cuidado.

—Inma, estoy muy cansado. Han sido días extraños y, por más que lo intento, no entiendo... Fran me dijo que nuestra madre visitaba a tu hermano en la cárcel, quiero saber por qué y volver a casa.

—¿Vas a Laguna?

Ismael iba a contestar que su casa estaba en Madrid. Pero calló. Mató el nombre de la ciudad antes de que naciera.

—No sé...

—Tu madre visitó a mi hermano por primera vez después de encontrar algo que no debería haber visto. Y fue hasta la cárcel de El Puerto de Santa María para mirarlo a los ojos y preguntarle si era verdad o no lo que había encontrado en el dormitorio de Jero. Y lo era. Los dos tenían secretos, Ismael, y eso los unió. Se hicieron amigos.

Ismael enrojeció, sintió en las piernas el impulso de levantarse y echar a correr.

—Mi madre nunca se haría amiga de un asesino, menos del que le reventó la cabeza a Jero.

—No llames así a mi hermano, no se lo merece.

—¿Cómo quieres que lo llame? ¿Hijo de puta, como todos le gritaban en la puerta del cuartelillo? Yo mismo lo vi, que ni se atrevió a negármelo mientras Fernando y Eduardo se lo llevaban. Se limitó a callarse y mirar abajo, confesando...

—Ismael, mi hermano es el mejor hombre que tú y yo hemos conocido en toda nuestra vida.

—¡¿Cómo puedes decir eso?! —gritó Ismael tan fuerte que las risas de los niños jugando con Kubrick se congelaron en el salón—. Tu padre descubrió el Zippo de Jero, lo dijo él mismo a todo el pueblo. Y el Zapata no lo negó, hasta confesó que lo había lavado con lejía antes de echarlo a que se lo comieran los peces... —Inma aguantó la mirada y evitó, en el último momento, que los ojos se le desbordaran de pena y reproche—. Me voy —sentenció Ismael levantándose y volcando la copa vacía sobre la mesa.

Inma se interpuso en su camino y cerró la puerta de la cocina. Fuera, las voces infantiles reanudaron su juego ajenas a la batalla verbal de los adultos.

—Aquel maldito mechero lo encontré yo. Y no lo había escondido mi hermano, sino mi padre.

La voz de ella era un susurro que cortaba almas.

—No. Te lo estás inventando —negó Ismael sentándose de nuevo.

Cerró los ojos y se masajeó la sien como había hecho tantas mañanas de resaca. Estaba mareado, pero no era por el vino.

—Tu madre también descubrió algo que no debería haber visto. Pero eso fue unos años después. Mantuvo el secreto porque comprendió todo lo que implicaba contar la verdad... Pero nos suplicó que habláramos contigo, al menos cuando ella ya no estuviera, si decidías hacerle caso y venir a esta dirección. Es lo único que nos pidió a cambio de no decir nada durante tantos años. No se lo podíamos negar.

—Deja de hablar en plural, te lo ruego. Por lo que más quieras... —dijo Ismael. Estaba a punto de desplomarse.

—De acuerdo. Yo. Yo, en singular. No se lo pude negar —corrigió Inma—. Nos hicimos amigas, aunque fuera por ser las dos únicas personas que sabíamos que un inocente se estaba pudriendo en la cárcel. Y tener que callárnoslo. Y en esta misma mesa le prometí a ella que sabrías la verdad, aunque eso nos dejara en tus manos para hacer lo que quisieras. Porque también yo estaba cansada de mentiras y de oscuridad. Mi hermano y yo hemos enterrado tantas cosas, Ismael, tantas y tantas, que entre ellas metimos la maldita verdad y ahí se quedó...

—¿Y cuál es esa verdad?

Kubrick maulló desde el salón. Manuela y Eze rieron alegres, despreocupados... Inma encendió un pequeño equipo de música, pulsó la opción del CD y la voz de Carlos Cano cantando *María la portuguesa* se expandió por la habitación como una dulce anestesia cantada en verso.

—Los niños no saben nada. Algún día se lo contaré, tal vez cuando sean mayores, para que sepan quién es su tío y lo que hizo por amor. Pero ahora lo tienes que saber tú, Ismael. Aquella noche, mi hermano y yo nos salvamos la vida el uno al otro. Y el precio que hemos tenido que pagar por ello ha sido más alto de lo que nunca imaginamos. Ahí va mi penitencia, que arrastraré hasta el día en que me muera. No he dejado de sentirme culpable ni un solo segundo de estos dieciocho años, retorcida de dolor, porque si yo no hubiera hecho lo que hice..., entonces mi hermano estaría muerto. Y si él no me hubiera protegido, habría sido un hombre libre. Los dos tomamos decisiones que nos destruyeron... Pero ahora, quizá, podamos tener otra oportunidad.

Inma subió el volumen hasta que se aseguró de que les permitiría hablar tranquilos sin ser escuchados más allá de la cocina.

Y sin rumbo por el río, entre suspiros, una canción comenzó a ir y venir cuando Inma empezó a hablar.

36

La sangre

El cuerpo de Inmaculada Acuña yacía tumbado hacia arriba, la boca abierta y los ojos cerrados. El Zapata le había bajado los párpados incapaz de seguir aguantando la mirada acusadora de la muerta. Hilillos de sangre descendían de los oídos y formaban en el suelo del dormitorio diminutos charcos que se mezclaban con el mar rojo que provenía de la cabeza abierta. Abandonada a un lado estaba la robusta escultura de la Virgen de la Montaña que había puesto punto y final a una vida marcada por el silencio y la servidumbre. La figura, pesada como una roca, había sido el orgullo de la madre, herencia de su devota abuela desde los años de la guerra, ahora partida en dos por el impacto.

«Nos vemos a mediodía, cuando salga del taller, que va a hacer un día bueno para ver volar en el Cerro Alto», había dicho el Zapata a Ismael solo una hora antes, cuando se separaron en la plaza después de haber visto la última proyección del cine de verano. Allí, en lo que ya parecía otra vida, era un chico cuya única preocupación iba a ser aguantar las horas necesarias en el taller para después ir a ver volar parapentes y fantasear con estar atado a uno de ellos. Ahora era un hijo frente al cadáver de su madre.

Manuel, el padre, apareció en la puerta y volvió a ponerse la mano en la boca, el mismo gesto que llevaba haciendo como un autómata desde hacía unos minutos.

—Eres un malnacido. Hacernos esto... —le escupió sin miramientos a su hijo.

—Vuelve a decir algo así y te juro por lo más sagrado que le enseño a todo el mundo la bolsa. Todo lo que hay en ella, hasta el último detalle —amenazó el Zapata lo más entero que pudo.

La bolsa...

La normalidad se rasga en dos por las causas más triviales y absurdas. Y en la casa del Zapata, todo lo que parecía vulgar, normal y corriente voló por los aires por culpa de una bolsa de plástico.

Aquella noche, cuando la brisa de septiembre aún se mezclaba con la de agosto al bajar de la sierra, Inma se cepillaba el pelo en su dormitorio, antes de acostarse, mientras tarareaba despreocupada una versión de *Por una cabeza* que había oído en Radio Guadalete. Iba a apagar la luz cuando la voz del padre, pastosa y demasiado alta a esas horas, le llegó desde el patio de la casa. Solo tuvo que asomarse a la ventana para verlo llegar tambaleándose como un gigante de pies de barro, la camisa manchada por los cubatas volcados en ella y la mano buscando agarrarse a la pared para que el cuerpo no cayera de boca sobre el asfalto. No pudo evitar sentir pena por aquel hombre, tan triste, tan solo, tan borracho... Y, a la vez, sintió pena de sí misma por tener que lidiar con ese sentimiento. Se acordó de cuando de pequeña le mandaban en el colegio escribir redacciones sobre sus padres y ella tenía que tirar de imaginación para poder mostrar un orgullo inexistente en aquellas hojas cuadriculadas que luego leía la maestra.

No habría pasado la cosa a mayores si no hubiera sido por Toño.

El perro estaba tumbado cuan largo era junto al escalón de la casa. No era culpa suya estar allí, a esa hora lo normal era que toda la familia durmiera dentro y él pudiera disfrutar tranquilo de la agradable temperatura de esas fechas. Pero tampoco tenían culpa ella y su hermano de la rabia acumulada del padre, siempre dispuesto a humillar bajo la excusa del buen progenitor. Y con eso tenían que tragar ellos y el perro.

—¡Toño! ¡Quita ya, coño!

A Toño no le dio tiempo a obedecer. La patada que recibió de Manuel lo desplazó varios metros hacia el interior de la casa, haciéndolo chocar contra el mueble de la televisión.

Desde el refugio de su ventana, Inma se llevó la mano a la boca. Por un momento, tuvo la seguridad de que su padre había reventado a su perro querido y que, cuando bajara al día siguiente, se encontraría las tripas de Toño desperdigadas por el salón. Solo fue capaz de respirar cuando oyó el aullido del animal aterrado y sus pisadas subiendo a toda prisa las escaleras. Aguzó el oído y adivinó que Toño se había refugiado en el dormitorio de los padres, no porque le apeteciera estar allí, que el perro no era tonto y sabía que aquel

cuartucho era el de su agresor, sino porque era la única habitación abierta de todo el piso superior.

Inma se descalzó para no hacer ruido y salió al pasillo; desde allí se oía con claridad el cruce de insultos del padre a la madre en el piso de abajo. Esperó un tiempo prudencial, quieta como una estatua, hasta que se aseguró de que el zapatero se había quedado dormido en el tresillo del salón y que la madre calentaba una tila en la cocina. El olor de las flores hervidas le llegó a través de las escaleras y le recordó tiempos lejanos y mucho más felices, cuando la madre le llevaba esa misma infusión a la cama los días en que tenía fiebre y no iba al colegio, y se sentaba junto a ella en la cama para escuchar la radio y las coplas antiguas. ¿Cuándo había dejado de hacerlo? No podía recordar la última vez que en aquella casa no se daba por hecho que los dos hermanos eran un estorbo y el cariño había que reservarlo solo para los vecinos y los desconocidos con los que guardar apariencias. Daba igual, ¿para qué lamentarse por lo que ya no tenía solución? Como le decía el Zapata muy a menudo: «Querer lo que no se tiene no sirve más que para acabar como papá». Inma agradeció el bálsamo que era pensar en su hermano. Volvió a poner la oreja y oyó los ronquidos del padre, y a la madre con el cazo. Eso le hizo atreverse a colarse de puntillas en el dormitorio donde había oído entrar a Toño.

El perro estaba acurrucado contra una esquina, bajo el armario, temblando de miedo. Inma se agachó y extendió la mano con delicadeza:

—Toño, sal, que te dejo dormir conmigo. Ven, bonito, que la bestia ya duerme.

Al animal le costó confiar, la panza aún dolorida, pero la dulzura de la invitación pudo con él y empezó a desplazarse hacia su dueña. A mitad del camino dio un brinco hacia atrás, aterrado por el susto que se dio al mover una baldosa suelta que cedió con un crujido.

—Ven, no seas cobardica; solo es una baldosa rota. Chucho cagón... —lo regañó Inma sin levantar la voz.

Toño no se movió del rincón. Miraba asustado la baldosa traicionera. Inma, para demostrarle que no pasaba nada, pegó la mejilla al suelo y alargó cuanto pudo el brazo para volver a ponerla bien. Tras un intento fallido, consiguió agarrarla con los dedos para intentar encajarla en su hueco..., pero se le resbaló y cedió a un lado, dejando al descubierto un agujero del que asomaba una bolsa de

plástico.

El perro gruñó, las dos canicas que tenía por ojos centelleando en la oscuridad y señalando el descubrimiento.

Inma decidió qué hacer mientras permanecía con la mejilla aplastada contra el suelo y los dedos rozando la superficie de la bolsa. Aquello estaba escondido a conciencia ahí y lo primero que pensó era que quizá se trataba de películas pornográficas grabadas del Canal Plus, como las que le había pillado una vez a su hermano bajo el colchón de la cama. «Te creerás tú que papá y mamá no tienen de esto escondido en su cuarto, me apuesto los huevos si quieres», le había dicho el Zapata en aquella ocasión, riendo como un hombre, pero ruborizado como un niño chico.

Iba a volver a poner la baldosa en su sitio, convencida del contenido de la bolsa, cuando vio un fajo de billetes de mil pesetas dentro del plástico. Y algo que no podía identificar desde su posición, pero que parecían fotografías o dibujos. No eran cintas de vídeo, ni revistas guarras que los padres pudieran comprar en la gasolinera del pueblo, ni ropa vieja olvidada allí. Era dinero oculto en una casa donde siempre había quejas sobre su falta. La curiosidad le pudo y agarró con decisión las asas de plástico para tirar de ellas.

Tardó demasiado en comprender lo que estaba viendo. Y lo que significaban aquellas fotografías de su padre y Jero, los dos desnudos y comportándose como los animales en celo del campo. Había también dos fajos de billetes de mil, dos mil y cinco mil pesetas. Inma era buena con las cuentas y calculó a ojo que habría unas doscientas mil, una pequeña fortuna para ellos. Pero lo que más le horrorizó fue el Zippo de oro con la letra J grabada en la tapa, casi oculta por las manchas pardas de sangre seca.

—Niña, ¿qué demonios haces?

La madre estaba en la puerta, preparada ya para ir a dormir. El olor de la taza de tila hirviendo que la mujer llevaba en la mano debería haber alertado a Inma de su llegada, pero esta estaba tan aterrada por el contenido de la bolsa que se había olvidado de cuanto ocurría a su alrededor.

—¿Qué haces con eso? ¡¿De dónde lo has sacado?!

No se le escapó a Inma que su madre no preguntaba por la bolsa, sino por las razones por las que estaba hurgando en ella. Como si conociera perfectamente lo que allí había y la gravedad no fuera su

contenido, sino que lo mirase.

Inma agarró la bolsa en un acto reflejo. Se levantó y retrocedió hasta que su espalda chocó contra el marco de la ventana. Si quería salir de la habitación tendría que ser empujando a su madre, plantada frente a la puerta.

—Dame eso, que no quiero más desgracias en esta casa —exigió Inmaculada.

—¿Cómo podéis tener esto aquí? Es asqueroso...

—No os importa lo que haya ahí, es cosa del pasado y nada se puede hacer por solucionarlo. Lo que sí podemos es arruinarnos la vida como no me lo des ahora.

—Mamá, no me mientas... —La petición asustada de Inma sonó ridícula en sus temblorosos labios.

—Olvídate de lo que has visto, lo voy a quemar en la lumbre ahora mismo. Es lo que tu padre me juró que haría la noche en que metió la ruina por esta puerta.

La madre cruzó la habitación y agarró a Inma del brazo zarandeándola con tanta fuerza para quitarle la bolsa que se le olvidó la taza que llevaba en la mano y que se hizo añicos contra el suelo. Inma gritó cuando sintió las uñas de su madre clavándosele en la carne, apenas pudo girar el cuerpo lo suficiente para evitar que le quitara la bolsa. No podía explicarse por qué, pero sentía que tenía que proteger su contenido, que todo iría a peor si se lo daba y la madre le pedía cargar con ese secreto durante toda su vida.

El forcejeo les impidió oír las pisadas del padre subiendo a zancadas las escaleras. Entró como un toro dispuesto a acallar de dos gritos el jaleo, pero su cara palideció al entrar en la habitación y ver la bolsa en las manos de su hija.

—¿Qué has hecho, niña? —preguntó blanco como un fantasma.

—Yo no he hecho nada, papá... Estaba buscando a Toño, que se ha escondido debajo del armario porque le has dado una patada, y sin querer ha movido una losa suelta y debajo estaba esto...

—¿Y qué has visto? —la interrumpió Manuel, la cara pasando del blanco al rojo en cuestión de segundos—. ¡¡¿¿Qué has visto??!!

—Manuel, me dijiste que quemarías esa vergüenza de fotos. ¡Me lo juraste cuando entraste por la puerta aquella noche y yo me callé! ¿Y ese dinero qué es? ¿De quién es? —recriminó la madre asustada.

—Inma, es muy importante que me des eso. Y que me escuches

—amenazó el zapatero sin disimular el ligero temblor que se estaba apropiando de su cuerpo. Y sin contestar a las preguntas de su mujer, pasando junto a ella como si fuera invisible.

—Tú mataste a Jero —contestó Inma desde lo más profundo de su ser.

El padre aguantó la acusación de pie, aunque buscó asidero en el tocador que tenía al lado. Tiró, en su primer intento de agarrarse, un bote de perfume barato y un cenicero de cristal lleno de bisutería dorada. El olor fuerte de la colonia de baratillo se mezcló en el aire con el de la tila y el de su propio sudor.

—Yo no he hecho nada malo —balbuceó.

—Papá, lo mataste. Le faltaba media cara cuando lo encontraron en el pantano, me lo contaron en la plaza. —Inma blandió frente a él las fotografías—. ¡Los dos, como bestias!

—¡Dame eso ahora mismo que lo eche a la lumbre! —gritó la madre.

—¿Cómo lo puedes mirar a la cara? Tú lo sabías, mamá...

—Yo solo sé que no iba a dejar que tu padre acabara en la cárcel por ese sinvergüenza. Después del daño que nos ha hecho.

—No he hecho otra cosa que proteger a mi familia, hija, óyeme bien. —La voz del padre sonó mucho más amenazadora que hacía unos segundos. Se recomponía por momentos en el papel de salvaje que tan bien interpretaba—. Esa basura de hombre llevaba meses pidiéndome dinero, como una rata, porque hizo esas fotos sin que yo lo supiera. Amenazaba con enseñárselas a todo el pueblo. Dinero, dinero y más dinero, era lo único que le importaba. Si supieras lo que he tenido que hacer para reunirlo y que se callara, si tuvieras una idea de lo que ese golfo pretendía hacerle a tu familia, hija, cerrarías esa boca para siempre. Lo que le pasó se lo tenía bien merecido, tarde o temprano iba a acabar así...

Inma se sintió mareada.

—En esas fotos no se ve a dos personas obligadas a hacer nada, papá.

Manuel dio unos pasos hacia su hija. Ella, instintivamente, se encogió sobre sí misma esperando el golpe. Pero el hombre se limitó a acercar una de las manazas a su rostro, a acariciarla con los dedos callosos y a obligarla a que lo mirara a los ojos, vidriosos por culpa del alcohol.

—Soy débil, hija mía —lloriqueó sibilino como una serpiente—. Intento con todas mis fuerzas no serlo, te lo juro por Dios, pero a veces tropiezo y me dejo llevar. Ese hombre era una perdición, malo como un demonio. Me invitaba a beber hasta que yo ya no sabía lo que hacía; me engañaba, me llevaba a lugares a los que yo luego no recordaba haber ido... Y cuando quise volver al camino correcto, entonces me amenazó con esas fotos, me dijo que si no le daba dinero las enseñaría a todo Laguna y vosotros no podríais salir ni a la puerta de la calle. Estuve mucho tiempo haciéndole caso, dándole todo lo que podía, hasta vendiendo las joyas de la abuela para poder tenerlo contento y callado... Pero una noche ya no pude más, me pidió todo ese dinero para poder irse a Madrid de nuevo, a seguir haciendo allí vete a saber qué salvajadas... Doscientas mil pesetas. Los ahorros de una vida, que mi trabajo me ha costado deslomarme día y noche para tenerlos. Y acepté dárselos por vosotros. Se los llevé en esa misma bolsa al pantano, y entonces me pidió cien mil más y me enseñó esas fotos. Me gritó, me dijo que si no reunía en dos días lo que me pedía, todo el pueblo se reiría de tu madre. Tu madre, Inma, que es una santa... Y el hijo de la gran puta empezó a carcajearse imitando lo que decía que harían todos cuando se enteraran de que yo había sido débil con él... Lo tuve que callar, aunque fuera con aquella piedra. Lo hice por nuestra familia, ¿me entiendes? Por nosotros... Yo no soy como el amigo de tu hermano, el maricón ese de Raúl, yo solo soy...

Inma se liberó de la mano de su padre.

—Y si tan malo era, ¿para qué guardas esto en la casa de la familia que tanto quieres? Hasta los cazadores del monte saben que si guardas algo de tu presa es porque te ha gustado cazarla. ¡Si no, a santo de qué viene tener su mechero! ¡Y esas fotos! —gritó Inma dejando atrás con esas palabras la niña que aún se negaba a dejar de ser.

El puñetazo la dobló por la mitad. Aferrada a la bolsa, cayó de rodillas y tocó el suelo con un golpe con la frente. La nariz se le aplastó contra una de las baldosas y solo tuvo que mirar un poco a la izquierda para ver a Toño temblando de miedo bajo el armario.

—Manuel, que es una niña —suplicó la madre. La única contestación que recibió fue una bofetada que la sentó en la cama con el labio partido.

—¡Estoy harto ya de que no se me respete en esta casa! ¡¡Harto!!

Dame eso ahora mismo y júrame por tu sangre que no vas a decir ni una palabra. ¡Que te arranco la lengua si hace falta!

Inma intentó levantarse, pero las fuerzas le fallaron. Empezó a gatear hacia la puerta y casi había llegado cuando sintió que su cuerpo se elevaba sin que ella le hubiera dado la orden. Quiso gritar de dolor, pero se quedó sin aire al notar que la garganta se le cerraba y la boca se le abría buscando oxígeno, boqueando como los pececillos que se acercaban demasiado a la orilla del pantano y quedaban atrapados allí, saltando desesperados para volver al agua.

—¡¡Manuel!!

El grito de la madre no fue acompañado de ninguna acción para ayudar a Inma. La mujer se limitó a lamentarse sentada en la cama repitiendo una y otra vez el nombre de su marido.

—Déjame que haga lo que tengo que hacer, ¿es que no ves que lo podemos perder todo si ella no entiende por qué hice lo que hice? ¡¡Tiene que saber que debe estar callada por su familia!!

Sujetaba a Inma por el cuello, empujándola contra una de las paredes de la habitación y levantándola hasta una altura donde los dedos de los pies de la muchacha luchaban por rozar el suelo.

—No puedo respirar —logró decir con las pocas fuerzas que le quedaban.

—Dame la bolsa y júrame que me entiendes, que comprendes por qué lo hice y que no vas a decir nada. Te lo pido por lo que más quieras —dijo Manuel, dos gruesas lágrimas corriéndole por las mejillas y los dedos cerrándose sobre el cuello de su hija con la misma desesperación que se le veía en los ojos.

—Papá...

—¡Dime que me entiendes!

Unos puntos brillantes aparecieron ante los ojos de Inma, pequeños alfileres de luz que empezaron a crecer y a difuminar el resto de la habitación. Todo se volvió borroso, incluso la voz del padre empezó a llegar de muy lejos... Un eco que rebotaba de pared en pared, pero que solo era un ruido indescifrable, un conjunto de gruñidos sin coherencia. Los puntos de luz ya casi se habían unido para crear uno solo, cegador e inmenso, mientras los dedos le apretaban aún más la garganta.

Inma no estaba dispuesta a decir que lo entendía; que iba a callar como le habían enseñado que hacían las mujeres de su familia; que

podía contar con ella para sujetar sobre las espaldas esa pesada losa de secretos y sangre... Pero, aunque hubiera querido darle la razón, las palabras no habrían salido de su garganta porque ya apenas entraba el oxígeno. Cerró los ojos y abrió la boca todo lo que pudo, inspirando con la poca fuerza que le quedaba y dejando caer la bolsa al suelo... No se dio cuenta de que ella también caía, y se golpeaba la cabeza, y volvía a respirar de pronto, con dificultad, pero viva, el aire de repente arañándole la tráquea.

Inma intentó enfocar la vista y notó un dolor agudo en la frente. Cuando la habitación volvió a ser visible a sus ojos, lo que vio fue a su padre tumbado junto a ella, los ojos abiertos y la boca temblando mientras una cascada roja caía desde una herida que ahora tenía en la parte derecha de la cabeza y le pintaba el rostro de un color carmesí.

Alguien le pasó un brazo alrededor de la cintura y la ayudó a levantarse susurrándole palabras al oído que Inma no fue capaz de entender. Sentía que la cabeza le iba a explotar de un momento a otro y, bajo ese dolor, todas las palabras se perdían en el aire hasta que un grito agudo de mujer le taladró el cerebro. La vista volvió a enfocarse en el cuerpo del padre, ahora cubierto por el de la madre, que se arrodillaba chillando junto a él, intentando taparle la herida de la cabeza con la mano y consiguiendo solo que la sangre brotara entre sus dedos.

—Inma, dime algo, por tus muertos. Dime que estás bien.

Era la voz del Zapata envuelta en miedo y preocupación. Su hermano.

—Gracias... —acertó a decir Inma, la garganta dolorida al tragar saliva.

—Ese animal estaba a punto de matarte, ¿se puede saber qué ha pasado? —le dijo el Zapata mientras dejaba que ella apoyara todo el peso sobre él.

La madre aún estaba sobre el cuerpo del padre, que respiraba con ronquidos salvajes y desesperados.

Inma vio en el suelo la escultura de la Virgen de la Montaña rota en dos, la parte de la cabeza cubierta de sangre y vuelta hacia la pared, adonde supuso que había caído una vez que su hermano la estampó contra la frente del padre.

—¡¿Qué le has hecho a tu padre?! —gritaba Inmaculada arrodillada junto a su marido.

El Zapata sintió ganas de zarandear a su madre y abrirle los ojos, metiéndole los dedos bajo los párpados si hacía falta, para que se diera cuenta de que ellos eran sus hijos, a ellos tenía que protegerlos y no al mentiroso que yacía en el suelo.

—Vamos al ambulatorio ahora mismo a que te miren y luego al cuartelillo a dar parte de lo que ha pasado —ordenó el Zapata a su hermana. Aquello sonaba a gloria y a amor, no a imperativo...

Y entonces Inma sintió que perdía el apoyo del cuerpo de su hermano. Este retrocedía unos pasos y se alejaba de ella dejándola desorientada junto a la puerta.

—Manuel, no me dejes sola —rogó Inma.

Pero no había sido decisión del Zapata deshacer el camino. Era su madre quien lo había obligado a hacerlo golpeándole el pecho con los puños cerrados y gritándole que era un salvaje, que mirara lo que le había hecho al padre.

—Mamá, déjame... —suplicó el Zapata, la voz apenas susurrada.

Inmaculada golpeaba y golpeaba, la rabia encendida en los ojos y toda la fuerza que jamás se había atrevido a usar contra el padre descargada contra el hijo.

—¡Tu padre solo estaba intentando que no fuéramos la vergüenza del pueblo! ¡¡Que ese hijo de puta nos quería arruinar la vida!! ¿Es que queríais verlo pudrirse en la cárcel por culpa de ese maricón drogadicto? ¡¡¿¿Es eso lo que le deseáis??!!

El Zapata cruzó los brazos para protegerse de las embestidas, incapaz de levantar la mano contra ella. Podría haberla derribado de un revés si hubiera querido, pero las punzadas que sentía en el pecho —su corazón reventado de dolor por lo que estaba haciendo contra él su madre— le impedían hacer otra cosa que no fuera cubrirse y repetir, con una voz apenas audible, que era su hijo.

Hijo. Qué palabra tan llena de significados.

Inmaculada acorraló al Zapata contra el tocador, golpe tras golpe, hasta que una última bofetada, certera, le hizo golpear con la cabeza y la espalda el espejo donde su madre se peinaba todos los domingos antes de ir a misa. El cristal se hizo añicos y el Zapata notó que diminutas esquirlas le atravesaban la camiseta y se le clavaban en la piel. Aun así le dolían menos que los gritos de la madre. Solo hizo un débil amago de retirarse, el tiempo justo que le dio Inmaculada mientras deliraba y levantaba los puños de nuevo contra él.

Un quejido lastimero que suplicaba atención hizo que el Zapata buscara con la mirada a su hermana. Vio entonces que ella contemplaba aterrada algo situado a su espalda. Le bastó un rápido movimiento de cabeza para comprobar qué era lo que dibujaba tanto pavor en los ojos de Inma: un trozo de cristal se había desprendido del marco y apuntaba, como un cuchillo afilado, al cuello del muchacho. La embestida de la madre, que ya se abalanzaba sobre él, lo empujaría de nuevo contra el espejo roto y aquel puñal de cristal penetraría limpiamente en la carne.

El cuerpo del hijo quiso retirarse, pero ya notaba el aliento encima, los ojos de ella cerrados por la rabia e incapaz de ver que lanzaba a su propia sangre a la muerte.

El Zapata se preparó. Cerró también los ojos. Pero nada ocurrió.

—¡Déjalo en paz!

Un grito y el silencio.

Un segundo. Dos. Tres. Cuatro. Cinco.

Los ojos se abrieron y no vio nada delante de él.

El Zapata pensaría mucho tiempo en esos cinco segundos después de los que nada volvió a ser igual. Ni uno más ni uno menos. Cinco. El tiempo que transcurrió entre que Inma descargó el trozo de escultura de la Virgen de la Montaña contra la cabeza de su madre, produciendo un sonido como de un martillo rompiendo una nuez, para quitársela de encima a su hermano, y esta trastabilló con los pies y tropezó con la bolsa de plástico llena de fotos y secretos. En el trayecto extendió las manos en el aire e, intentando aferrarse a algo, arañó el brazo de la hija dejando en la piel blanquecina cinco surcos perfectos que se abrieron con el rojo de la sangre.

Un segundo. Dos. Tres. Cuatro. Cinco.

En el segundo cuatro, la cabeza de la madre golpeó violentamente el suelo después de haber caído ya muerta tras el impacto de la escultura que le había abierto la cabeza. En el cinco, un ruido sordo partió en dos la vida de todos los presentes en aquel dormitorio.

Nada se oyó en la casa durante el tiempo que transcurrió entre el empujón y la certeza de lo que había ocurrido. El cráneo de la madre roto en el suelo después de que su propia hija lo hubiera golpeado.

Nada, más allá de los bufidos del padre que permanecía en cuclillas en una esquina de la habitación, resoplando como un cerdo,

pero vivo. Testigo de lo que había ocurrido porque no habían reparado en que el golpe lo había dejado inconsciente solo un minuto, la sangre aún manando de la herida abierta, pero el veneno que circulaba por las venas del zapatero disparando la adrenalina para que siguiera en pie.

—¿Qué habéis hecho? ¿Qué habéis hecho? —dijo el zapatero arrastrándose por el suelo y abrazándose al cuerpo sin vida de su mujer. Queriéndola de repente como nunca lo había hecho en vida.

Los hermanos permanecieron abrazados, muy juntos, la respiración de él sobre el cabello de ella. Y solo entonces Inma se percató de que su madre era ya un cadáver y de que sentía un hormigueo insoportable en el brazo derecho, allí donde esta la había arañado. Las uñas de Inmaculada habían arrancado limpiamente la piel de la hija y guardaban esa prueba incontestable bajo su superficie. También se dio cuenta de que su hermano no estaba al tanto de lo que ella había visto bajo la baldosa suelta del suelo. Al llegar, se había encontrado de frente con la pelea familiar, pero poco sabía del origen de aquella demencia.

—Ven que te limpie las heridas —dijo Inma llevándolo de la mano al cuarto de baño de la planta inferior, tan muerta de miedo que su cuerpo entero no paraba de sacudirse. Bajo el brazo se llevó también la bolsa de plástico, a buen recaudo. Se asqueó a sí misma por la frialdad con la que había pensado tan rápido que tenía que alejar aquello del padre.

En el diminuto baño, mientras aplicaba Betadine a la espalda de su hermano y luego a su propio brazo, le contó lo que había descubierto. Y también cómo la madre no había mostrado sorpresa alguna ante la bolsa y su contenido, solo por el hecho de que las fotos no hubieran sido quemadas como se le había dicho y por la presencia de un dinero que, a todas luces, era evidente que se le había ocultado. Fue un relato extraño, salpicado con pocas dudas y muchas certezas, que arrojó luz sobre lo que habían tenido delante de ellos todo el tiempo y ninguno había sabido ver: una vida oculta cuya única vía de escape había sido convertir la real en un infierno, aunque solo fuera porque sus hijos representaban para Manuel todo aquello que odiaba porque eran lo que no quería, pero, mal que le pesara, lo que le habían enseñado que era lo que un hombre de verdad tenía que tener.

El Zapata escuchó en silencio, guardándose de compartir con

Inma lo que se dibujaba con claridad ante él: los dos ya habían cumplido dieciocho años, ella hacía solo unas semanas, y el cadáver de la madre estaba en la planta de arriba, golpeado con saña aparente. Había sido mala suerte, cinco segundos de mal fario, pero los arañazos en el brazo de Inma podían demostrar una pelea entre ambas y, de eso estaba seguro el Zapata, poco iba a hacer el padre para argumentar lo contrario. Manuel había matado a Jero, pero su hermana había matado a su madre. Eso era lo que verían todos. Poco importaba que dijeran lo contrario.

Inma se puso de puntillas para besar al Zapata en la mejilla y, sin poderlo evitar, rompió a llorar y escondió la cara en el pecho protector de su hermano.

—Perdón —gimió Inma.

—¿Qué dices? —contestó el Zapata, la piel mojada por las lágrimas de ella.

—No quería hacerle daño, solo quería apartarla de ti. Mamá no veía lo que hacía, te habría...

Las palabras quedaron suspendidas en el aire como polvo molesto que se niega a retirarse mientras forma una palabra...

—Lo sé... —balbuceó el Zapata, la voz quebrada.

—¿Qué he hecho, Manuel? ¿Qué he hecho?

El cuerpo entero de Inma temblaba. De miedo y culpa.

—¿Y ahora qué va a pasar?

Ninguno dijo nada. Eran demasiado jóvenes y estaban demasiado asustados para poder contestar a una pregunta así.

Y, tal como pensaba el Zapata, al regresar al dormitorio, el padre, arrodillado junto a la muerta, corroboró sus sospechas:

—¡La has matado! ¡La has matado! ¡Y todo por defender a ese desgraciado de Jero, que era un cáncer! —repetía hasta el delirio una y otra vez a su hija.

El Zapata intentaba pensar rápido, pero la única opción que veía posible era tan oscura como la noche.

—Papá, somos tus hijos...

El Zapata, callado, recordó la pregunta de Natalia en los recreativos sobre si se debía querer más a unos abuelos que a unos padres. Y su respuesta: que había padres que no sabían querer por más que fueran a misa, pusieran un plato de comida todos los días sobre la mesa y llamaran a sus hijos con su mismo nombre. Y entonces sintió

una pena tremenda por todo lo que no iba a ocurrir jamás con Natalia, porque el plan para salvar a su hermana ya empezaba a fraguarse en su cabeza e implicaba convertirse en un monstruo para su amiga... Y para Ismael. Y para Raúl. Las personas que más le habían importado en su vida. ¿Cómo recordaría Natalia aquel beso durante la tormenta de verano a partir del día siguiente? Sintió vértigo ante la respuesta.

El padre se levantó a duras penas, se tapó la herida de la cabeza con una mano y avanzó decidido unos pasos hacia sus hijos. El Zapata vio con claridad que se dirigía hacia Inma, los ojos inyectados en sangre clavados en la bolsa que ella aún custodiaba bajo el brazo. Ya se estaba preparando para un nuevo enfrentamiento cuando el silencio de la madrugada se rompió por unos golpes en la puerta del taller.

Dentro de la casa todos enmudecieron. Más golpes. Y una voz familiar que, intentando hablar en un tono bajo, dijo con firmeza:

—Manuel, abre. Soy Fernando.

Los ojos de Inma se llenaron de miedo al saber que uno de los guardiaciviles del pueblo estaba llamando a su puerta. Los del padre, de un rencor infinito. En los del Zapata, en cambio, se reflejó la determinación, porque en ese momento tuvo la seguridad de que su hermana estaba condenada si no ponía en práctica de inmediato su plan. Sabía perfectamente que, si su padre iba a la cárcel, se llevaría por delante a Inma.

Si el zapatero tenía que pagar por quitarle la vida a Jero, no descansaría hasta que Inma también lo hiciera por haber matado a su madre accidentalmente; el Zapata no tenía duda. Es más, sabía que su padre era incluso capaz de exagerar lo que allí había ocurrido para que Inma cargara con más culpa. Ojo por ojo.

—Te has arruinado la vida, te lo juro por lo más sagrado.

La amenaza de Manuel a Inma confirmó sus sospechas. Era su palabra contra la de ellos, pero el cadáver en el suelo con una herida en la cabeza y el brazo arañado de Inma equilibraban más la balanza hacia el adulto. Como siempre.

Más golpes abajo, esa vez decididos.

—Manuel, se han quejado de los gritos. Abre, que no quiero jaleos y te tengo avisado ya de que molestáis. Venga, que veo luz dentro.

La voz llegó clara y, el Zapata estaba seguro de ello, enfadada. Y el pacto de sangre surgió sin más, desde lo más profundo de su

corazón:

—No vas a decir nada, pedazo de cabrón. Porque no quieres que nadie sepa lo que hiciste con Jero y te juro que lo van a saber si abres la boca. —Hablaba rápido, en susurros, con los ojos brillantes, firme, en trance—. Como se te ocurra salir por esa puerta y decir lo que ha pasado con mamá esas fotos van a salir hasta en *El Diario de Cádiz* y vas a cargar toda tu puta vida con la vergüenza de ser un asesino que se follaba a hombres y luego los mataba a pedradas.

El padre abrió los ojos de una manera casi cómica, ridícula.

—Vamos a hacer lo que yo diga. Y, si te apartas solo un poco del camino, se acaba todo para ti. ¿Me oyes?

Y oyó. Y la hermana también. Todos al Zapata, que hablaba claro, determinante, mientras Fernando volvía a llamar a la puerta e Inma comenzaba a llorar.

Lloraría hasta quedarse sin lágrimas, sin voz, sin fuerzas, sin latidos en el corazón. Lloró nada más comenzar a oír el plan de su hermano, tan frío y triste como inevitable, y no dejaría de hacerlo durante mucho, muchísimo tiempo.

Un muerto por otro muerto.

El padre abriría la puerta a Fernando y contaría que había descubierto que su propio hijo era el culpable de la muerte de Jero. Habían peleado, de ahí el golpe en la cabeza del zapatero, porque el pobre hombre quería denunciar a su vástago y este se había negado y se había encarado con él. Pero ya no quedaba más remedio que rendirse y asumir lo que había hecho.

Inmaculada, la madre, siempre había sido una mujer menuda. Todo hueso y piel dedicado al servicio de su marido. Y el Zapata era un joven fuerte, acostumbrado a correr hasta quedarse sin aliento y a levantar a sus amigos por encima de la cabeza cuando se tiraban a las eternas aguas del pantano. No costaría mucho sacarla por el patio trasero y pedalear con su cuerpo apoyado contra él hasta un lugar bien escondido en el monte. Como hacía solo unos días había hecho el Zapata con Natalia, solo que en aquella ocasión era el amor lo que lo impulsaba a pedalear. Ahora era la muerte.

Solo habría que decirle a Fernando que el hijo había huido en dirección contraria. Y que la madre, en un ataque de locura, había corrido tras él para retener a quien había parido de su vientre y ahora se convertía en un asesino. Así, mientras el guardiacivil correría,

superado por una situación que le quedaba grande, hacia el pantano, el hijo pedalearía hacia el camino contrario, hacia las profundidades de un monte que conocía tan bien como si lo hubiera creado él mismo.

El Zapata sabía en qué lugares nunca se revolvería la tierra. Y, cuando escondiera allí su secreto, desharía el camino para aparecer cerca de donde su padre hubiera mandado a la Guardia Civil.

Ya después se tendría que encargar su padre de la última parte de aquel plan que cambiaba a un culpable por un inocente, si quería que la bolsa se mantuviera oculta.

Todo aquello salió de la boca del Zapata mientras Inma, rota de dolor, lloraba amargura.

—Mírate el brazo y tu piel en sus uñas, Inma... Nadie nos va a creer. Y no pienso permitir que te lleven presa, antes me mato... —le explicó el Zapata a su hermana deprisa, la bolsa con las fotos y el dinero bien agarrada.

Un muerto por otro muerto.

Fernando volvió a golpear la verja, la voz ya convertida en orden impaciente.

Padre e hijo se miraron. Y el zapatero, cobarde como una rata, aceptó y selló el destino de toda la familia. Alguien tenía que ir a la cárcel. Y el Zapata decidió que mejor solo una persona, y que fuera él mismo antes que su hermana. Absolvió al padre de todos los pecados y los devoró él para que los de su hermana desaparecieran.

El resto del plan lo trazó deprisa y sin dar opción a réplica, sabiendo que el tiempo, o la falta de él ante la insistencia del guardiacivil en la puerta, era su mejor aliado.

Un muerto por otro.

Cuando era pequeño, al Zapata le fascinaba cambiar cromos en el patio del colegio. Tenía algo de adictivo buscar la pieza más codiciada, esa que tanto costaba que apareciera en los sobres que se vendían a cinco duros en el kiosco de la plaza; regatear con los otros niños para conseguir siete cromos a cambio de uno; guardarse los repetidos en el estuche y desplegarlos ante sus amigos como la cola de un pavo real... El Zapata tenía toda una colección de álbumes de cromos en el altillo del armario, todos completos gracias a su habilidad en el trueque.

Con la cabeza aún dolorida por el golpe contra el espejo del tocador, pensó en esos regateos en el patio del colegio cuando miró a

su padre e intercambió con él la muerte de la misma manera en que de pequeño mercadeaba con cromos.

Un muerto por otro.

—Si me entero de que le haces la vida imposible a Inma, y puedo hacerlo, todo esto se va a la mierda y ya me encargo yo de que se sepa la verdad, que para eso me guardo esto —sentenció con toda la frialdad que un buen hombre puede reunir para amenazar a un padre, por muy cobarde que esta sea, mientras le enseñaba la bolsa de plástico y le juraba que la enterraría en un lugar que solo él sabría y, a la mínima noticia de algún desliz con Inma, revelaría a la policía su paradero con las pruebas que lo incriminaban a él en la muerte de Jero.

Un muerto por otro.

No hubo ganadores en aquel trato. Sí un perdedor.

Inma, sin dejar de llorar, rogó de rodillas al Zapata que no siguiera adelante:

—Tiene que haber algo que podamos hacer... Ha sido mala suerte, alguien nos tiene que escuchar...

—Inma, tú no aguantarías ni un día presa.

—¡Pero tú no has hecho nada! ¡¡No puedes cargar con esta culpa!! Yo sí. Fui yo quien le hizo eso a mamá.

—Lo acabas de decir. Ha sido mala suerte.

—No, por favor. Digamos la verdad.

A Inma le costaba respirar. Y el Zapata la miró serio y decidido:

—Si dices la verdad, te juro que el día siguiente de que os lleven presos voy al Cerro Alto y me tiro de cabeza. Yo no soportaría saber que estás encerrada y consumiéndote viva, ¿me oyes? Aunque no hayas querido hacerlo, lo que van a ver todos es que has matado a nuestra madre.

La boca de Inma no se abrió. Le temblaban los ojos.

—¡¡Inma!! ¿¿Me oyes?? Te juro que lo hago. ¡Salto desde el Cerro!

Ella supo que él decía la verdad.

Un muerto por otro.

El Zapata perdería la libertad, pero salvaría a su hermana.

Los golpes abajo, ya con el puño cerrado, denotaban preocupación. Si se demoraban más, Fernando haría demasiadas preguntas.

El contrato de sangre se firmó en el mismo momento en que el Zapata abrió la ventana y saltó al campo de atrás de la casa con el cuerpo en brazos de la madre muerta, la bolsa a buen recaudo debajo de la camiseta. El padre no tenía más que bajar las escaleras e interpretar sin errores su papel, contarle a Fernando lo que había descubierto —para eso su hijo le había dado el mechero como única prueba y habían acordado decir que el zapatero lo había encontrado en un falso fondo del armario del adolescente; el resto lo había guardado en la bolsa— y gritar que el hijo se acababa de escapar al pantano tras golpearlo, mientras la madre corría tras él. Y Fernando también correría deprisa tras el Zapata sin saber que su presa se alejaba en dirección opuesta. Aquello sería tiempo más que suficiente para que la escultura de la Virgen de la Montaña desapareciera y la pared quedara desnuda allí donde una vez hubo un espejo que nadie recordaría.

Un muerto por otro.

Eran las cinco de la mañana cuando el cuerpo de Inmaculada Acuña desapareció en las profundidades de una zanja cavada en un bosquecillo de pinos de la sierra, lejos de los caminos principales del monte y del Cerro Alto. El Zapata permaneció unos minutos frente a la tierra removida, los ojos cerrados y la mente intentando entonar una plegaria que suplicaba descanso para la pobre mujer. Pero que sonaba a expiación. Se despidió de su madre y de su antigua vida a la vez. Dolido. Resquebrajado. Arrepentido. Solo se permitió llorar por la mujer.

—Adiós, mamá. Y perdónanos. Perdónanos, por favor. Aunque no se pueda, perdónanos.

La despedida y la súplica se perdieron entre las copas de los árboles. Y allí se quedaron.

Había una última cláusula en el contrato de sangre. Y la tuvo que cumplir el padre un día después de la detención del Zapata, cuando la Guardia Civil ya se planteaba hacer una batida del monte para buscar a la madre que había ido tras el hijo. Sirviéndose de la madrugada, condujo rumiando odio hasta el Tajo de Ronda y dejó la documentación de su mujer muerta en uno de los bancos de piedra del Puente Nuevo. Como todos los lagunenses que habían acabado con su vida lanzándose a un vacío que se los tragaba para no devolverlos nunca.

Y a nadie le extrañó que aquella pobre mujer decidiera saltar después de haber parido a un asesino.

Igual que Ignacio, que Lourdes, que Manchado, que Concepción... Igual que tantos en la historia de Laguna, nunca apareció el cuerpo. Aunque, en ese caso, solo tres personas sabían que el traicionero río nada tenía que ver. La tormenta de verano que había cubierto la zona unos días antes pareció ser un aliado más en el pacto, porque hizo crecer el río bajo el Puente Nuevo como pocas veces se había visto en un verano.

El Zapata cargó con la muerte de Jero y apenas balbuceó que había sido por un pequeño trapicheo de drogas que se había convertido en pelea, luego en enfrentamiento y más tarde en una muerte accidental de la que apenas podía recordar nada porque aseguró ir muy borracho.

Nadie de la zona cuestionó que, solo unas semanas después, el zapatero y su hija se fueran de su casa y del pueblo para no tener que soportar las miradas de compasión por haber criado un monstruo y haber perdido a una madre. Y aquello de lo que nadie habla deja de existir. Y lo que no se recuerda, se muere.

Hay padres que no quieren a sus hijos. Y hermanos que aman tanto que se salvan del infierno aun a costa de sí mismos.

Un muerto por otro muerto.

Un hermano que ama con todo su corazón por un padre que no es capaz de hacerlo.

37

Ismael

Dejó el coche delante de un bar de carretera, aparcado junto a varios todoterrenos y una caravana que lucía en las ventanas cortinas con dibujos de duendes borrachos vestidos de verde y elevando al cielo jarras de cerveza. Ingleses o irlandeses de turismo aventurero, dedujo. También se percató, al ver el color anaranjado de las bebidas que sostenían los duendecillos, de que hacía más de dos meses que no probaba ni gota de alcohol, por mucho que lo hubiera echado de menos cuando repasaba mentalmente en su piso de Madrid todo lo vivido en Laguna y la puerta abierta que aquel diciembre, rodeado de muerte convertida en esperanza, había dejado en su vida. Siempre que pensaba en volver a beber recordaba la tristeza con la que Inma describía a su padre y se le cortaban las ganas.

Empezó a caminar por una carretera ascendente de tierra muy mal señalizada que se internaba en un bosque de abetos. En el centro de información turística le habían advertido que su Ford Focus de ciudad no aguantaría los senderos de la montaña, así que había optado por dejarlo en el parking del bar y emprender el camino a pie. Pensó que el aire frío de los Pirineos y su olor a tomillo y a lavanda le vendría bien para ordenar su mente y lo que tenía por delante. Con los pies mal calzados con sus Adidas viejas en lugar de con unas botas adecuadas para aquel terreno montañoso, tropezó con una raíz traicionera y cayó cuando apenas llevaba unos metros recorridos. Parecía mentira que se hubiera criado dando brincos en el Cerro Alto, saltando de piedra en piedra. Adelantó las manos en la caída y se arañó las palmas, rasguños sin importancia que dejaron asomar en la piel desgarrada unas gotas de sangre.

Pensó que un buen título para la historia que le había relatado Inma sería *La sangre*, pero dio por hecho que alguien antes que él lo

habría usado y lo descartó mientras se limpiaba las heridas de las manos en un riachuelo que corría entre unos árboles retorcidos y negros como el carbón. Una fila de hormigas rojas subía por la corteza y se perdían en un agujero del tronco, uno de esos círculos mágicos que en los cuentos siempre esconden secretos. Ojalá poder esconder los suyos allí y dejarlos morir lentamente, hasta que las hormigas los despedazaran y se los llevaran a su nido para comérselos.

Reanudó el camino mientras recordaba las amargas lágrimas de Inma sentada a la mesa de su cocina. Aquella mujer fuerte, construida de las ruinas de una chiquilla asustada y débil, terminó de contarle su terrible historia sin ahorrar ni un detalle que los protegiera a ella y a su hermano. Ni siquiera la ubicación exacta del cuerpo de la madre, que a esas alturas ya solo sería un conjunto de pequeños huesos en mitad de la sierra de Laguna. Había puesto su vida en manos de Ismael, y no era poca cosa. Él, si quisiera, podía destruirla con una simple llamada de teléfono al mismo cuartelillo donde una vez vio cómo se llevaban preso a su hermano.

—¿Por qué me cuentas todo esto? Podría arruinarte la vida —le dijo Ismael sentado en aquella cocina, tras la confesión.

—Se lo debo a tu madre. Y a mi hermano. Porque los quiero.

—Lo haces por amor... —La última palabra la pronunció como si ese sentimiento fuera un insulto.

—Sí. Por amor. Soy abogada, Ismael, sé que por esa palabra se levantan y se caen las personas. Se vive y se mata por lo que uno entiende que es el amor. Por eso es tan peligroso cuando lo usas mal; tú eres guionista, deberías saberlo. Me costó muchos años comprender que, por eso mismo, por lo que él entendía que era querer a alguien, mi padre nunca había quemado las fotos como le había prometido a mi madre la noche en que mató a Jero... Porque quería a ese hombre; como se quiere a las bestias del campo, pero lo quería. Como le habían dicho que un hombre tiene que amar a una mujer, pero no a otro hombre. Escondió aquella bolsa porque era lo único que le quedaba de Jero para siempre.

—Un trofeo...

—Lo único que tuvo de verdad en su vida el pobre desgraciado. Ya demasiado daño hizo vivo... A todos.

Ismael calló unos segundos, dejó que la copla que sonaba en aquel momento, *Luna de abril*, llenara cada recoveco de la cocina.

Cada confesión. Cada secreto.

—¿Cómo puedo saber que todo lo que dices es verdad, Inma?

—¿Crees que podría inventar algo como esto?

—Solo tengo tus palabras. —Las manos de Ismael estaban aferradas a su copa de vino vacía. No lo sabía entonces, pero aquella sería la última vez que probaría el alcohol.

Inma tenía la cara surcada por las marcas del río de sus lágrimas. Se limitó a levantarse y a volver con una vieja carpeta azul de cartón. Dentro estaban las fotografías que ella había mencionado en su historia, el detonante de todo. No había duda alguna de lo que allí se veía ni de que habían sido hechas a traición sin que el zapatero lo supiera.

Ismael se quedó sin nada que decir. Volvió a meter las fotos en la carpeta, la cerró y la empujó de nuevo hacia su dueña. Inma negó con la cabeza y se cruzó de brazos:

—No las quiero. Demasiado tiempo las he tenido ya, siempre con miedo a que alguien las descubriera y preguntara por ellas. Estoy harta de tener miedo, Ismael, harta. Pero mi hermano insistió en que las teníamos que proteger y guardar, era la única manera de que mi padre supiera que tenía que estar callado... Él se las llevó aquella noche para asegurarse de que la Guardia Civil no las encontrara en la casa si la registraba. Tiempo después, durante una de mis visitas a la cárcel, me dijo dónde estaban y me obligó a ir por ellas y mantenerlas a buen recaudo, cerca de mí. Eran mi seguro contra mi padre. Ahora ya da igual, al viejo lo encontraron hace dos inviernos muerto en el piso de mala muerte que tenía alquilado en Córdoba... Llevaba una semana con la cabeza metida en una sopa que se estaba comiendo cuando le dio un infarto, y así se quedó. Nadie lo echó de menos. Nadie. Me dijeron que los vecinos avisaron a la policía solo por la peste que salía de la casa.

La última frase la dijo sin una pizca de dolor. Era tanto el que acumulaba por aquella noche de septiembre de 2000 que en su corazón solo había espacio para querer a su hermano.

Inma lamentó no poder darle a Ismael, además de aquellas fotos, el Zippo bañado en oro de Jero. Sabía que le encantaría tenerlo, pero se lo había quedado la Guardia Civil como prueba de la «culpabilidad» del Zapata, a pesar de que no tenían ni idea de que este simplemente había manoseado el mechero para que tuviera sus huellas la misma

noche en que se inculpó del asesinato.

—¿Y mi madre qué tiene que ver con todo esto, Inma? —preguntó Ismael.

—Ella fue a ver a mi hermano a la cárcel unos años después de que se lo llevaran —le confesó Inma—. Lo hizo porque encontró también las fotografías, pero en un lugar muy diferente adonde las vi yo. Quería tener respuestas y, como te he dicho, acabó encontrando un amigo.

La voz de Inma continuó un relato que Ismael pensó que nunca acabaría. Un bucle eterno de muerte y de secretos. En 2002, los padres de Jero llamaron a Cati para avisarla de que vendían la casa donde habían criado a sus hijos. Se mudaban a un cortijo a las afueras de Laguna, cerca de unos campos de labranza que el padre había comprado con sus ahorros para pasar sus últimos años trabajando la tierra que tanto amaba. Iban a llevárselo todo, menos las cosas del hijo muerto por quien ya demasiadas lágrimas habían vertido.

—Le dijeron a tu madre que se pasara por la habitación de Jero y cogiera lo que quisiera, que ellos no habían tocado nada desde que él se había escapado a Madrid con el dinero robado del costurero —siguió narrando Inma—. Cuando él regresaba todos los años a Laguna se quedaba en ese mismo cuarto, rodeado de sus carteles de Mecano y de los actores a los que soñaba parecerse...

—Lo sé: James Dean, Jack Nicholson, José Sacristán, Al Pacino, Christopher Walken, que le encantaba cómo se volaba la cabeza en *El cazador*... —replicó Ismael.

—No sé, yo entiendo de leyes. Tú siempre has sabido más de eso, era tu mundo.

Inma continuó su historia, aunque Ismael reconoció en las palabras de la hermana del Zapata expresiones de Cati y palabrotas usadas por ella. A ratos incluso pareció que era su madre quien estaba sentada frente a él en esa cocina hablándole. La imaginó allí, con su eterno uniforme de limpiadora, encendiéndose un cigarro tras otro mientras lo miraba con sus ojos de superviviente y le decía:

—Hijo, yo solo fui a la casa de sus padres para tener algo de Jero, que ya sabes que lo echaba de menos una cosa mala. No sabía qué coger, porque casi todas sus cosas importantes las tenía en Madrid y me contaron que su casero las había vendido para no perder el dinero que le había dejado a deber cuando se murió. Ya ves cómo es la gente

en la capital, que la muerte la ven como una oportunidad de saldar las deudas pendientes... Pero el caso es que me senté allí, en la cama en la que tantos y tantos planes habíamos hecho cuando no teníamos ni idea de que la vida, al final, te acaba dando el suyo propio, lo quieras o no, y me quedé dos horas como una boba mirando las paredes, los pósteres, los vinilos amontonados y cogiendo polvo porque ya nadie los sacaría de la funda y daría saltos por la habitación a golpe de *Hoy no me puedo levantar*. Qué extraño, hijo mío, estar en la habitación de alguien a quien quieres tanto y saber que esa persona ya nunca entrará a coger las gafas que dejó encima de la mesita de noche, a abrir el libro por la página que dejó marcada, a recoger los calcetines abandonados debajo de la cama... Todo estaba como él lo dejó porque nadie piensa que no va a volver una vez que sale por la puerta. Y a veces no se vuelve, vida mía...

Ismael veía a Inma mover los labios, pero a quien escuchaba era a Cati. La voz ronca por el tabaco:

—Y entonces me acordé del lugar secreto de Jero. Era un hueco de la estantería, detrás de la *Enciclopedia ilustrada de las aves* que su padre le había regalado por la primera comunión. Él siempre dejaba el libro un poco más salido en la balda y ocultaba detrás los cigarros sueltos que nos fumábamos cuando aún éramos zagales... Nos metíamos allí, en el cuarto, y Jero siempre tenía a buen recaudo dos o tres Marlboro listos para que nos creyéramos mayores e importantes. Me levanté de la cama y fui directa a la enciclopedia para ver si, por alguna casualidad, aún tenía algún tesoro detrás... Pero pensé que, si se había olvidado un cigarro de nuestra época de niños, me lo fumaría allí y eso sería lo que me llevaría de su dormitorio. Porque no hay nada más poderoso que un recuerdo, Ismael... Nada, acuérdate de mí siempre por eso mismo. Las cosas materiales se pierden o se destruyen; los recuerdos no. Es como si estuvieran bañados en oro y guardados en plata, por eso valen tanto. Aunque hubiera encontrado en aquella habitación tres maletines llenos de billetes, no los habría cambiado por recordar el sabor de un Marlboro fumado a escondidas.

Inma continuó poniendo en su boca las palabras de Cati. Y a Ismael no le fue muy difícil adivinar lo que vendría a continuación:

—Encontré aquellas fotos terribles donde antes solo había cigarros comprados con nuestra paga. Jero con Manuel, el zapatero, formando figuras grotescas encima del suelo de una caseta de la

sierra. Yo no supe qué hacer, las miré y remiré y volví a mirar... Hasta que llamaron a la puerta y la madre de Jero me preguntó si había decidido ya qué llevarme, que la pobre mujer pensaría que me había vuelto loca porque llevaba ya allí unas cuantas horas encerrada. Me asusté tanto que las metí en mi bolso y salí descompuesta...

Ismael notó que Cati desaparecía e Inma volvía a retomar la historia.

—Jero había hecho copias de las fotos para tener su propio seguro de vida, ya ves tú la ironía. Tu madre estaba muy desorientada. No sabía a quién contarle aquel descubrimiento y entonces decidió ir al origen del problema: consiguió reunir la valentía necesaria para pedir ver a mi hermano en la cárcel y se plantó allí con algunas de las fotos metidas en la cartera. Se las enseñó y le pidió explicaciones...

—¿Y el Zapata le dijo la verdad?

—Cati estaba furiosa. Mi hermano no quiso decirle nada y le pidió que quemara las fotos, que seguramente no serían más que una aventura mal tapada. Pero ella insistió en que las llevaría al cuartelillo para que, si al menos había otro implicado en la muerte, se llevara su merecido. Y él vio en sus ojos que estaba dispuesta a hacerlo... Igual que yo vi en los suyos que se tiraría del Cerro Alto si no aceptaba su trato. Así que supo que era sincerarse o que todo se descubriera. No había solución fácil, Ismael. Pero tu madre escuchó y supo entender lo que pasaba. Y guardó el secreto sabiendo que mi padre aún vivía. Lo hizo por Jero, porque ella no quería que nadie recordara a su amigo de una manera tan oscura si toda la verdad salía a la luz. Con la historia que todos conocían, Jero no había sido más que una víctima de una trifulca con muy mala baba con un chaval que había perdido la cabeza. Mala suerte, pasa todos los días en cualquier ciudad del mundo. No hacía falta escarbar más en lo que había hecho... Cati entendió que, si tenía que elegir una desgracia, mejor que fuera una menor. Soy abogada, Ismael, sé que a veces no hay buenas soluciones, ni siquiera justicia. Y mi hermano lloró delante de ella hasta liberar todo lo que llevaba años ocultando. Quería protegerme y le suplicó que no dijera nada... Él quería darme una oportunidad, como una madre haría a un hijo. Como ella habría hecho por ti. Eso fue lo que le dijo... Que ella habría hecho lo mismo si hubiera tenido que elegir entre ella y tú para ir a la cárcel. Sin dudarlo.

Ismael se obligó a detenerse para coger aire y descansar al

tiempo que dejó de recordar un instante para admirar el paisaje. El camino de la montaña subía cada vez más y su cuerpo pedía a gritos un trago de agua (mentira, de cerveza, vino o ginebra) y cinco minutos en punto muerto. Buscó un buen lugar para descansar y encontró una enorme roca plana desde donde se divisaba el comienzo de Francia. Sacó de la mochila una botella de agua cuyo contenido bebió casi por completo de un trago. Luego se tumbó y, con la mirada perdida en el cielo azul de los Pirineos, pensó en la de veces que él mismo, junto a Raúl, Natalia y el Zapata, había estado en posiciones similares en el dolmen caído del Cerro Alto, viendo cómo volaban los parapentes y fantaseando con tener alas y acompañarlos.

Se quedó traspuesto una media hora larga en la roca, ajeno al peligro de que, solo con haber dado una vuelta sobre sí mismo en sueños, se habría despeñado montaña abajo. No llegó a soñar con nada, aunque al abrir los ojos habría jurado que los dedos le olían a tabaco, como si hubiera estado agarrando la mano de su madre. Igual que le olían cuando era un niño y Cati lo cogía de la manita y los dos salían juntos a caminar por la plaza de los Naranjos.

Ismael reanudó el camino. Hacía frío, pero la caminata le hacía entrar en calor, aunque se maldijo a sí mismo por las agujetas que sufriría al día siguiente. Creyó oír un águila en la lejanía, un graznido que, en su memoria, se mezcló de nuevo con la voz de Inma en la cocina de Gádor:

—Cati empezó a visitar a mi hermano con frecuencia. Imagino que se sentía culpable por lo que oía en el pueblo sobre él, lo tildaban de monstruo inhumano... Demostrarle que ella aún lo trataba como el buen hombre que era le dio un propósito, y eso le gustaba, Ismael. Y, sobre todo, empezó a conocerte a través de mi hermano, como si te pariera por segunda vez. Ellos dos hablaban mucho, de las vejaciones que él y yo habíamos pasado en nuestra casa y de lo que ella había sentido con la muerte de Jero. Y de ti, Ismael. Manuel le contó cómo te sentías al no tener padre y cómo notabas que ella, a veces, te miraba como alguien indescifrable. Él le enseñó a entenderte.

El resto de la historia que le contó Inma era sencillo e inevitable, tal y como Cati había aprendido, desde muy niña, que era la vida misma. La hermana del Zapata había tenido que desenvolverse sola después de marcharse de Laguna porque padre e hija dejaron de serlo aquella noche de principios de septiembre. El zapatero, como su hijo

le había ordenado antes de saltar por la ventana y desempeñar su papel, le dio a Inma las doscientas mil pesetas que contenía la bolsa de plástico —más bien se las arrojó a la cara— y le dijo que hiciera lo que le diera la gana, que ya no eran familia y que ojalá ese dinero le trajera la ruina como sus hijos la habían llevado a su casa.

Inma lo cogió, aunque fuera solo porque sabía perfectamente que el Zapata montaría en cólera si descubría que el dinero había acabado en manos del padre. Y con el primer empujón de esos billetes arrancados a un muerto se pudo buscar un piso en Córdoba, y más tarde en Almería, y aprender a vivir por sí misma. En Laguna fue una niña que se preparaba para ser un ama de casa sin más futuro que el de cuidar de una familia donde ella sería un elemento decorativo más; en Almería se convirtió en una universitaria seria, tímida, pero al final fuerte y valiente.

Un solo segundo y una noche de final de verano sirvieron para separar los caminos de la Inma que podría haber sido y la que finalmente fue. Y no resultó fácil ni se pagaron pocas consecuencias por ello, pero así ocurrieron las cosas.

Inma, al igual que su perro Toño, había aprendido en Laguna a temer a los hombres y a desconfiar de lo que todo el mundo le había enseñado que era el origen del amor: la familia. Lo que nadie le contó era que hay una segunda opción donde se recibe el mismo tipo de afecto, incluso más, porque surge de la propia elección y de lazos tejidos bajo la voluntad de elegir a quien se quiere amar: los amigos. Y, sorprendentemente, Cati y ella se hicieron inseparables a pesar de tener que mantener su afecto en el más completo de los secretos.

—Mi hermano, después de muchos años de visitas, le dijo que yo había conseguido ser abogada. Y que era una buena mujer gracias a lo que había ocurrido aquella noche, por muy retorcido que sonara eso —explicó Inma.

Ismael escuchó cómo su madre se había presentado un día, sin previo aviso y gracias a la información facilitada por el Zapata, en la puerta del piso de Gádor. Y allí, sentada a la misma mesa y en el mismo lugar que unos años después ocuparía él, escuchó la misma historia del intercambio de culpas y muertos de boca de Inma. Vio las mismas lágrimas en los ojos de ella que en los del Zapata, la abrazó de la misma manera y volvió a prometer no decir nada a cambio de que le dejaran seguir visitándolos.

El Zapata e Inma habían crecido amparados por una madre que acabó siendo solo un nombre sin significado. Con Cati se sintieron en un nuevo lugar, desconocido para los dos, donde no había dolor, ni insultos, ni indiferencia, ni hijos que tienen que protegerse entre ellos de quien debería hacerlo en su lugar. Los hermanos, por primera vez, se sintieron escuchados y amparados por una madre que no los había parido, pero que, a su manera, había empezado a quererlos. Y aquello fue suficiente.

Gracias al Zapata y a Inma, Cati también supo que Fidelio era otro lugar seguro donde tampoco nada malo ocurría, que las historias vuelan libres y curan heridas, que los sueños son poderosos y que ella, sin saberlo, había parido un hijo capaz de burlar a la muerte. Porque cuando una persona escribe es capaz de convertir la vida de quien quiera en un presente eterno.

—Solo nos pidió que te revelásemos la verdad cuando ella ya no estuviera. No quería que te quedaras con una historia a medio contar dentro de ti... —terminó Inma, aún temblando porque sabía que nadie era bueno o malo del todo en aquel relato.

Inma e Ismael se despidieron en la puerta del piso dándose un abrazo que duró tanto que los hijos de ella bostezaron al verlos. Solo entonces, después de la verdad, la hermana del Zapata pudo llorar tranquila.

—No he dejado de sentirme culpable desde aquella noche. Cada día, cada hora... —gimió Inma en voz muy baja al oído de Ismael.

—Le salvaste la vida al Zapata. En muchos sentidos. No solo en aquel dormitorio, también cada vez que lo abrazabas y le hacías sentir que había alguien que lo quería, que lo necesitaba. Fuiste su mundo...

—¿De verdad?

Un leve asentimiento de cabeza lleno de genuina comprensión. Pocas cosas unen a dos personas rotas tanto como eso.

—Puedes hacer lo que quieras con lo que sabes. Incluso hacerlo público. Quizá así me quite la culpa: pagando por lo que hice —dijo Inma.

—Ya habéis pagado suficiente. Quizá lo que necesitemos todos es perdonar.

Silencio.

—Cuenta tú la historia, Ismael. Dale a mi hermano todos esos años que no ha tenido encerrado allí dentro.

—Estoy seguro de que él odiaría convertirse en uno de mis personajes. Era demasiado libre...

Inma asintió.

Y respiró sin culpa por primera vez en dieciocho años.

Ismael condujo desde Gádor hasta Madrid sin pronunciar una palabra. Tenía que poner en orden su nuevo universo, un lugar donde su amigo no era un monstruo y su madre había descubierto una cruel realidad que, sin embargo, la había empujado a conocer mejor a su hijo. Quizá por eso ella lo había animado en el hospital a pelear por lo que había sacado de sus entrañas, aunque fuera una película vapuleada por crítica y público. Quizá por eso Cati quiso que su última palabra lanzada al mundo fuera un recordatorio de lo que más le importaba a Ismael antes de que la amargura, y su desmesurada ambición, devoraran la bendita ingenuidad llena de posibilidades y nuevos comienzos. Fidelio... Quizá por eso, en los últimos años, se habían intensificado las llamadas de teléfono de Cati a Ismael, aunque este rara vez contestara y, cuando lo hacía, no estuviera más de cinco minutos al teléfono, extrañado de que su madre se limitara a decirle «solo cuéntame lo que haces, aunque sea aburrido...». Quizá, gracias al Zapata, Cati supo perdonar siempre el frío glacial de los ojos de su hijo, demasiado ocupado en querer olvidar Laguna y todo lo que el pueblo representaba.

Un microbús de excursionistas tocó el claxon al pasar junto a Ismael. Este levantó la mano y se apartó del camino para dejar pasar al vehículo. Un adolescente con gafas y la cara picada de acné le sonrió desde una de las ventanas y levantó la mano enguantada a modo de saludo. Ismael le devolvió la sonrisa y continuó avanzando por el sendero ascendente, el frío aire de los Pirineos calándole en los huesos. Recordó el día en que él mismo había subido al autobús para irse, al fin, de Laguna. Era mediados de septiembre y el pueblo aún hervía de ira por la confesión del Zapata sobre su culpabilidad en el asesinato de Jero y el suicidio de la abnegada y dolorosa madre. Las cosas con Natalia y Raúl se habían vuelto raras en esos últimos días, como si la falta del cuarto amigo, de repente preso en una cárcel que antes solo existía para ellos en las películas, hubiera roto el vínculo existente. Las piezas se habían caído y vuelto a poner, pero algo fallaba en lo que antes era belleza y equilibrio.

Ismael, como siempre hacía cuando las cosas no iban bien, se

había refugiado en sus películas y en sus fantasías. Así que, si Raúl abría la puerta del zaguán de la casa de la abuela Inés y lo invitaba a ir con las bicis hasta la Fuente del Tajo, Ismael respondía que le dolía la cabeza y que aún tenía que organizar muchas maletas de cara a su marcha a la universidad. Y si Natalia llamaba por teléfono, Ismael siempre advertía a quien lo cogiera que le dijera que había salido a dar una vuelta y que en casa no sabían dónde había ido.

El día de la marcha a la universidad, Ismael mintió a Raúl y Natalia y les dijo que cogería el autobús a Málaga de las siete menos cuarto de la tarde. Cinco horas antes estaba ya en la plaza para montarse en el de las doce de la mañana, acompañado de su madre, de Fran y de tres maletas enormes a sus pies con toda la vida dentro que creía merecedora de acompañarlo a su nueva ciudad. Antes se había despedido a toda prisa de sus abuelos y del tío Felipe y de la tía Juani, asegurándoles que los llamaría en cuanto llegara y sabiendo que ya tendría tiempo de inventarse una buena excusa para justificar por qué no lo haría.

Cati abrazó a su hijo mayor y Fran le echó los bracitos al cuello llorando a moco tendido porque no entendía que su hermano tuviera que irse a vivir a un lugar tan lejano como esa Málaga de la que su madre le hablaba. En Laguna había colegio y guardería, no era capaz de asimilar qué necesidad había de irse a la tal universidad, con la de cosas que se podían aprender en las clases de la señorita Ana. Pero Ismael, serio y cabizbajo, se limitó a darle dos besos a cada uno, subir las escaleras del autobús Gómez y sentarse en uno de los asientos de ventanilla más alejados del conductor. Creyó sentirse bien al momento, como si al dejar de tocar el asfalto del pueblo le hubieran quitado un grillete invisible que le amarraba los dos pies y apretaba un cordel que se le metía dentro de la boca hasta la garganta y el corazón. Cati y Fran se quedaron de pie en la plaza, despidiéndose con la mano, mientras él cerraba los ojos y se imaginaba que aquellos dieciocho años que había pasado en Laguna no habían sido más que una introducción a su vida real, la que estaba a punto de comenzar...

Ismael agradeció dejar de ver, mientras el autobús iba aumentando la velocidad, a su madre, a su hermano, la plaza de los Naranjos, la avenida de la Constitución y, por último, la cooperativa de aceite y el cementerio, que ya ponía punto final al pueblo en sí.

Dieciocho años después, desenterrar la parte oculta de aquel

verano de 2000 le había removido por dentro lo suficiente como para desear volver atrás en el tiempo y repetir aquel abrazo en la plaza con su madre y su hermano. Si pudiera hacerlo, a Cati le diría que no se esforzara por comprenderlo, que no hacía falta entender los sueños de otra persona para quererla hasta la locura. Y que ellos dos se querían, a pesar de ser una limpiadora huraña que había alumbrado a un contador de historias igual de huraño que ella. A su hermano pequeño lo rodearía con los brazos y le susurraría que no llorara, que ellos dos tenían un vínculo invisible que los uniría para siempre, un viento de la sierra que los avisaría de cuándo tenían que estar preparados para ser fuertes y valientes. Y, por supuesto, correría veloz por la plaza, antes de que llegara el autobús Gómez, para gritarles a Natalia y Raúl que nunca tendría amigos como ellos y que, pasara lo que pasara, siempre asociaría ser feliz con sentir el calor sobre la piel del dolmen caído del Cerro Alto mientras veían volar parapentes.

Qué fácil sería todo si se pudiera, en el momento en que uno nace, saber de antemano qué cosas son las que realmente importan en la vida. Esos instantes que, solo con el paso de los años, se quedan congelados en la memoria para brillar como las estrellas muertas que se niegan a ser olvidadas.

El calor del sol sobre el dolmen del Cerro Alto, la sensación de frío al lanzarse de bomba en las aguas del pantano, el olor a nicotina de Cati cuando besaba y aún no dormía dentro de una urna, el color de los fuegos fatuos, las risas de cuatro amigos al descubrir que se podía vomitar en el cielo...

El cinéfilo corazón de Ismael rememoró el Rosebud de *Ciudadano Kane*, el tarro de miel en la tumba de *Tomates verdes fritos*, el colgante dejado sobre el retrovisor de la camioneta de *Los puentes de Madison*, el libro de aventuras de *Up*, el mokusha de *Million Dollar Baby*, Marilyn intentando salvar de la muerte a los caballos salvajes en *Vidas rebeldes*, los pétalos de rosa cayendo sobre las muñecas de trapo de Beth en *Mujercitas*, los dos hermanos abrazados en *La tumba de las luciérnagas*... Todos esos momentos que cada uno de esos personajes a los que tanto amaba recordaba al final de su vida. Detalles aparentemente sin importancia que, sin embargo, eran los que acababan definiendo toda una existencia.

Ismael sintió cómo la garganta se le cerraba y los ojos le escocían. Apartó el cine de su cabeza y llegó a su destino.

El camino de montaña terminaba en un claro de una belleza sobrecogedora desde el que se divisaban algunas cimas blancas y las copas de los árboles mecidas por el viento. Resopló agotado y se detuvo muy cerca de un grupo de gente que conversaba a voz en grito, con la risa floja. En la venta donde había aparcado el coche lo avisaron de que no hacía buen tiempo para volar y era probable que los monitores estuvieran en esa zona de encuentro, donde uno de ellos había instalado un camión con bebida y comida para vender a los turistas. Y allí, frente a las impresionantes vistas de los Pirineos franceses y el cielo infinito bajo el que ellos mismos se criaron en el sur, lo vio...

Llevaba el pelo rapado al uno y su fibroso cuerpo adolescente se había convertido en una mole bien alimentada de treinta y siete años, los músculos marcados por el continuo trabajo con los parapentes y no por el gimnasio. Tenía la misma vivacidad que siempre en los ojos y en las orejas una colección incontable de aros de todos los tamaños. Fumaba un cigarrillo y aún lo cogía de la misma forma en que lo hacía cuando jugaban al futbolín en los recreativos, con una desgana aparente que hacía parecer que el Fortuna le flotaba entre los dedos. Se había dejado una tupida barba que le crecía sin cuidado alguno y ocultaba unos dientes mucho más blancos de lo que Ismael recordaba.

La última verdad revelada por Inma había sido que su hermano había salido de la cárcel hacía cinco años, pero los dos se habían encargado de que aquella noticia nunca llegara a Laguna. A nadie le interesó tampoco, porque para el pueblo aquel tema ya se había quedado enterrado en el olvido y en el pasado, y allí debía quedar.

Matar a una persona es una marca de por vida. Pero a Ismael se le había olvidado que incluso los asesinos, aunque sea por el crimen equivocado, acaban cumpliendo su pena y regresando a la calle. O al monte, a cumplir el sueño de una vida de dedicarse a volar en el cielo, con los pájaros.

El Zapata se volvió y se encontró con Ismael.

Eran dos hombres frente a frente, pero en aquel momento se convirtieron en dos muchachos con pantalones cortos que salían de la última proyección del cine de verano comentando de manera atropellada una película de gladiadores. La última vez que se vieron en persona antes de la detención, el Zapata había dicho «nos vemos a mediodía, cuando salga del taller, que va a hacer un día bueno para

ver volar en el Cerro Alto». No era mediodía de septiembre de 2000, sino la última hora de la tarde de febrero de 2019. Nadie había salido de un taller que encerrara un trabajo odioso; al contrario, los dos trabajaban en lo que más amaban, y no estaban en el Cerro Alto, sino en los Pirineos... Pero, mientras Ismael avanzaba hacia el Zapata, el universo giró y regresó a aquella noche en que Laguna le dijo adiós al cine de verano, el Zapata a su libertad e Ismael a su inocencia.

Sonrieron.

El sol decía ya adiós y lo teñía todo de naranja en el momento en que Ismael y el Zapata se abrazaron.

38

Principios y finales

El cursor parpadeaba en mitad de la hoja en blanco de la pantalla. Al lado del ordenador estaba el diario de Cati que Raúl le había dado después del velatorio, abierto por la última página escrita. Un dieciséis de marzo de 1982, cuatro meses antes del nacimiento de Ismael. Las palabras apretujadas de la madre, y dedicadas al padre ausente del niño que ya le crecía en el vientre, terminaban el diario a medio escribir:

> No sé qué motivos tenías y tienes para querer hacerme tan desgraciada. Nunca imaginé que alguien pudiera hacer tanto daño, y ahora no solo es a mí a quien se lo haces... También es a tu hijo, que lo llevo en las entrañas. Ni él ni yo nos merecemos que nos trates como a perros. Aunque tú creas que yo no valgo nada como mujer, soy un ser humano que tiene un corazón y que siente las cosas.
>
> Pero ¿sabes qué te digo? Que tu hijo, porque estoy segura de que será un niño, y yo te deseamos lo mejor, porque sé que quien crece dentro de mí me hará olvidar todo lo que has hecho. Y sacará tus ojos para que todos en el pueblo sepan de la vergüenza que has hecho.
>
> En la misa de los domingos dijo el cura que Dios advertía que con las mismas medidas que midas serás medido. Pero fíjate que ojalá no sea así. Porque me has dado algo que ya nunca me podrás quitar, a mi niño. Y ya es tanto mi amor por él que nada de lo que pase podrá hacerme infeliz.
>
> Tu hijo y yo te llevaremos siempre en nuestro corazón, aunque sea por habernos convertido a él y a mí en una familia.

Aquella despedida nunca llegó a su destinatario. Cati prefirió dejar esa página en su diario como punto y seguido a una vida que Ismael cambiaría para siempre. El padre ausente nunca leyó cómo se sentía la madre presente... Puede, solo puede, que aquellas letras no enviadas fueran un buen final para comenzar una nueva historia.

Kubrick dormitaba en el regazo de Ismael enroscado y oliendo a jabón de aloe vera y a las barritas de salmón que le había dado después de la cena. Hacía ya tres meses que vivían juntos y el gato se

había acostumbrado a dormir en posturas imposibles sobre las rodillas de Ismael igual que este se había habituado en tiempo récord a leer y escribir sintiendo los latidos del pequeño corazón de Kubrick junto a las piernas.

Los dedos de Ismael acariciaban el pelaje del gato, ahora sedoso gracias a la misión suicida que había aceptado la veterinaria de su barrio de bañarlo a conciencia. Los ojos amarillos del animal estaban cerrados de puro placer; los ojos verdes de Ismael pasaban del blanco de la pantalla al blanco de las páginas por escribir del diario. De 1982 a 2018. Treinta y seis años de la vida de una mujer que esperaban ser contados, como en aquellos juegos infantiles donde no se veía la tinta del folio hasta que no se ponía cerca de una vela y, bajo la llama, aparecían misteriosamente las letras.

Si nadie recuerda una vida y esta desaparece en el silencio, ¿de qué ha servido vivirla?

¿Y cuál era la historia de Jero? Ismael no sabía que, de haber podido hablar con él, este le habría contado que entabló conversación por primera vez con el padre del Zapata una noche cualquiera de verano, un año antes de su muerte. Los padres de Raúl estaban ya recogiendo la terraza de La Posada cuando Jero, cigarro en boca y codos apoyados en la siempre reluciente barra de madera, vio de reojo el deseo ardiendo en los ojos del zapatero sentado junto a la máquina tragaperras y apurando ya el cuarto licor de hierbas. Nadie más en el bar, aunque estuviera lleno a rebosar, y no era el caso, se habría dado cuenta del segundo de más que duró aquella mirada, pero Jero tenía ya la experiencia del zorro viejo que aprende a follar antes que a hacer el amor y que sabe perfectamente lo que significa una mirada alargada más de lo debido en un lugar donde las palabras no se pueden usar.

Jero folló aquella noche con Manuel por la pura necesidad de sentir la piel de otro ser humano. En Laguna, a pesar del cambio de siglo, los deseos ocultos seguían siendo igual de secretos que hacía décadas. No solo se cerraban las puertas de los zaguanes a la hora de la siesta, en el pueblo también permanecían siempre cerradas las de las vergüenzas y los pecados, y en la casa del zapatero no había discusión alguna sobre que el taller era cosa de los hombres, el cuidado de la casa de las mujeres y que los primeros solo se acuestan con las segundas.

También le contaría Jero a Ismael, si pudiera, que el chantaje llegó meses después, tras muchos polvos furtivos en los que apenas cruzaban cinco palabras seguidas. Y si le dejaran poner la mano sobre el hombro del hijo de Cati, que en ese momento seguía mirando hipnotizado el cursor de la pantalla en blanco, seguramente le diría que lo hizo así porque no supo hacerlo de otra manera: Manuel era un ser humano terrible y por eso Jero sintió que era justo jugar con sus mismas cartas, igual de terribles pero convenientemente marcadas.

¿Y si fuera posible decírselo de alguna manera?

Un viento gélido, con olor a menta, atravesó la habitación y alborotó el pelo de Ismael. Este se estremeció y Kubrick se despertó y maulló a una esquina vacía de la habitación.

Si por un casual Jero estuviera allí, en aquel rincón hacia donde miraba el gato, le podría decir que el último año de su vida sentía que los sueños se le escapaban como arenilla entre los dedos. Que se iba a volver loco porque los notaba dentro de él, vivos y desesperados, y él los intentaba retener, pero estos lo arañaban desde dentro del estómago para salir y escaparse lejos. Y que pedir dinero para darse una última oportunidad en Madrid, la última de verdad antes de volver a Laguna para siempre, le pareció entonces un plan tan bueno como cualquier otro.

Jero solo quería dinero para seguir mintiéndose a sí mismo. Manuel solo quería que Jero lo deseara y decidió destruirlo cuando se dio cuenta de que nunca lo poseería.

Kubrick siguió mirando la esquina desierta del despacho de Ismael. No había nada allí más que un cajón de fruta reconvertido en estantería de ediciones viejas de libros compradas en el Rastro los domingos. Pero el olor a menta flotaba en el aire.

Ismael sonrió al cursor. ¿Cuál era la historia de Jero? ¿Y de su madre? Qué sabía él; solo había una manera de descubrirlo para que no se olvidaran. Escribirlas. Darles una segunda oportunidad a través de la ficción para que ellos pudieran vivir todo lo que se les negó.

Kubrick maulló de nuevo y el olor a menta, y ahora también a nicotina y a Nenuco, le llegó a Ismael en una oleada tan intensa que se giró bruscamente para enfrentarse a Cati y a Jero. Ninguno de ellos estaba allí, por supuesto... O quizá sí, porque una extraña descarga eléctrica le recorrió la espina dorsal al mismo tiempo que su teléfono vibraba sobre el escritorio.

Fran, su hermano, lo llamaba.

—Hola —contestó Ismael extrañamente sereno, aunque con el vello de la nuca erizado.

—¿Cómo estás? —preguntó Fran.

—Bien, bien...

Y el silencio pareció hacerse palpable, envuelto en menta, colonia y nicotina.

—Lo has sentido, ¿verdad?

Fue Fran quien lo dijo, con la misma normalidad que si le hubiera preguntado qué había desayunado esa mañana. Y de igual manera le contestó Ismael:

—Sí, claro que lo he sentido.

Los dos hermanos no se veían la cara, pero ambos sabían que el otro sonreía.

—¿Y qué haces ahora? —quiso saber Fran.

—Pues... Creo que voy a empezar a escribir.

—¿Ah, sí? ¿Un nuevo guion?

—Sí.

—¿Y de qué va?

Ismael le contó a Fran que su historia empezaría con una niña sola y embarazada que quería ser escritora. Narraría su viaje hacia la vida adulta rechazando todo lo que los demás le decían que sería su destino. La chiquilla, fumadora compulsiva, escaparía de un trabajo impuesto de limpiadora en un colegio y viajaría por el mundo entero descubriendo cada rincón del que mereciera la pena hablar en sus libros. Tendría tantas cosas que contar dentro de la cabeza que su hijo nacería con manchas de tinta en las pupilas de los ojos. Pero en su relato no habría espacio para un padre que abandona a una chiquilla asustada y embarazada. Eso no. Lo volvería invisible, ese sería su castigo. No existiría, nadie lo recordaría.

Sí habría en la historia un aspirante a actor que roba dinero del costurero de su pobre madre para poder viajar a Madrid. Y allí, lejos de los zaguanes cerrados llenos de mentiras de su pueblo, aprendería a amar y a ser amado. Nadie lo olvidaría nunca porque, como las estrellas del cielo en una noche de verano, su nombre brillaría en las marquesinas de los grandes teatros del país. Moriría de viejo sobre las tablas, interpretando a un pobre actor sin suerte al que abren la cabeza en un pantano del sur.

Además, sería una historia sobre una adolescente de cara pecosa y vestida siempre con pantalones de pana, que viviría en un mundo de fantasía construido en las cartas de mentira que su abuelo le enviaba. La chica era capaz de volar porque su trabajo consistía en cabalgar sobre un haz de luz que dibujaba historias sobre una pared encalada de blanco.

Habría también un chico tatuado que viviría en una casa frente al mar con un profesor de lenguas muertas. Sería un chiquillo fuerte, capaz de partirle la crisma a alguien solo con cogerlo entre las manos y apretarlas una contra otra. Pero igual de robusto sería su corazón, capaz de ir borrándole poco a poco la palabra *maricón* que llevaba tatuada, como una legendaria maldición, en la frente desde que lo parieron los dueños de una posada al lado de un camino.

Incluso había lugar en la historia para el hijo de un zapatero que era capaz de desplazarse por todos los cielos conocidos a lomos de un enorme globo rojo y blanco. Un hombre justo y bueno con un secreto que lo obligaba a convertirse en una bestia temida por todos para poder salvar a una niña que solo era feliz cantándole coplas abrazada a su espalda.

No sería una historia fácil la de estos personajes, eso desde luego. Pero habría un narrador que los uniría, un triste y huraño borracho que encontraría en esas vidas una tabla de salvación. Y que, a través de sus letras, les regalaría unas vidas que siempre merecieran la pena ser escritas, escuchadas y recordadas.

Quizá no sucedió tal y como él lo iba a contar, pero sin duda aquella ficción sería mucho más justa para esos personajes que la realidad.

No hay nada más importante para una historia que no morir nunca.

Y para una vida.

Sonrió. Sabía que en aquel momento Natalia y Raúl conducían hacia el norte muertos de miedo y de nervios. Juntos. El Zapata los esperaba en su apartamento.

Una segunda oportunidad. Para un amigo. Para un beso en una tormenta de verano.

Ismael aspiró el olor a menta, colonia y nicotina. Y escribió, sin pensar, el título:

FIDELIO

Agradecimientos

Esta novela no existiría sin el dolor de la pérdida y la necesidad de hacer que mi madre viva para siempre en una historia a ratos verdadera, a ratos ficción. A ella le debo la vida, también la fuerza con la que me enseñó a pelear y a levantarme siempre que me caigo. Y suelo caerme mucho. Gracias, mamá; espero que estas páginas vuelen alto, al rincón del universo donde estés ahora mismo, y te sientas orgullosa de tu trocito de vida que he dejado escrito para que todos te conozcan. Sé que hay mucha verdad y mucha imaginación, pero ¿quién quiere que alguien cuente su vida tal y como ocurrió, pudiendo darle un poco de emoción? Quizá esta es la historia que merecías. Te quiero. Y te echo tanto de menos que a veces es insoportable.

Gracias a Emilio Albi y Raquel Gisbert, de Planeta, por ofrecerme esta oportunidad y, con aquel lejano café, cambiarme un poco la vida. Y a Mercedes Castro, que ha sido mi luz durante todo el proceso. Gracias, Leo Felipe Campos, por darme el empujón final que necesitaba.

Esta historia nunca la habría podido escribir sin la ayuda de Lydia, Paco, Ali y Pili. Gracias por simplemente estar, soportarme y nunca juzgarme. Vosotros sois mi Raúl, mi Natalia, mi Zapata... Nunca vimos volar juntos parapentes, pero sí me enseñasteis cuál era mi lugar en el mundo. Vosotros.

Gracias a Jose Ponce, a Víctor, a Cristina, por leer estas páginas cuando solo eran un boceto. Y por tanto cariño en vuestras palabras. Convertisteis Laguna en real cuando solo existía en mi imaginación. Y a Pedro Garay y todo su equipo por confiar en mí más que yo mismo; sois los mejores representantes que alguien puede soñar.

A ti, Pedro Ángel, gracias por darme un hogar y enseñarme lo que es una familia. Te quiero desde la primera vez que te vi y este viaje no sería nada sin ti.

Y, por último, gracias a mi familia: mis tíos, mi primo y mi hermano. Y mis abuelos y mi bisabuela, que leerán esta novela desde

las estrellas. Porque ellos son el principio de todo y esto tenía que acabar con ellos. Gracias por no convertirme en un marciano en Algodonales, a pesar de que lo era. Gracias por hacer que me sintiera querido solo con mirarme en vuestros ojos. Gracias, familia Linares, sois mi todo.

El último verano antes de todo
Jota Linares

No se permite la reproducción total o parcial de este libro,
ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión
en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico,
mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos,
sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción
de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito
contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes
del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos)
si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© del diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño
© de la ilustración / fotografía de la portada, © Lyn Randle / Trevillion

© Jota Linares, 2022

© Editorial Planeta, S. A., 2022
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

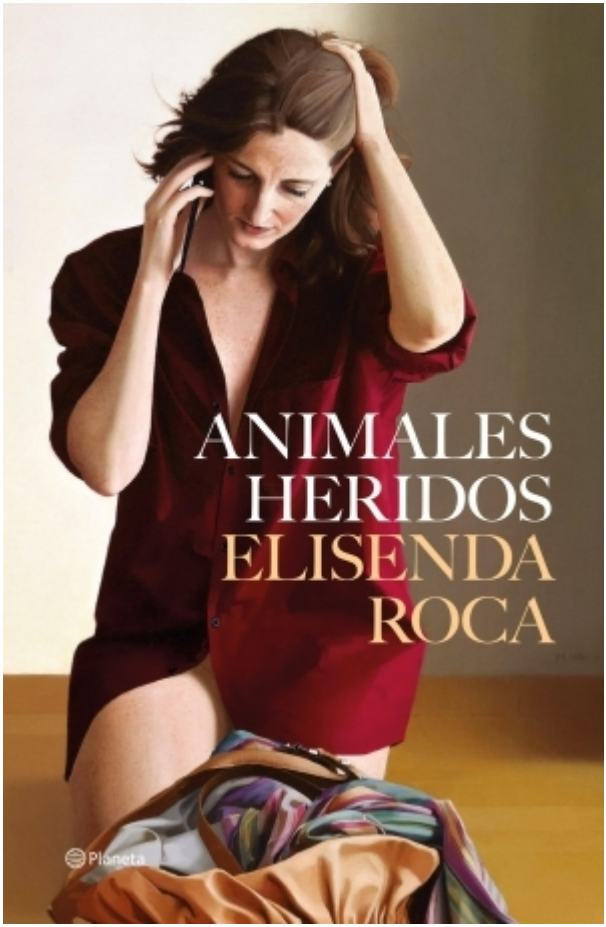
Primera edición en libro electrónico (epub): octubre de 2022

ISBN: 978-84-08-26442-2 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

¡Síguenos en redes sociales!


ANIMALES
HERIDOS
ELISENDA
ROCA
Planeta

Animales heridos

Roca Palet, Elisenda
9788408265269
240 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Nora, con su madre mayor, afronta un divorcio después de un largo matrimonio tóxico. Con la ayuda de los amigos, intentará deshacerse de todo lo que durante quince años la ha mantenido atrapada en una mentira. Daniel y sus hijos también deben afrontar una pérdida irreversible y trágica. Como Anna, la madre de Nora, que desorientada afronta los primeros síntomas graves de la pérdida de la memoria.

Una casa en medio del bosque, donde la madre de Nora fue feliz en su juventud, será el refugio de esta extraña nueva familia, que durante unos meses convivirá bajo el mismo techo. Durante la convivencia, de los más pequeños a la mayor compartirán confidencias y cada uno a su manera intentará reubicar el pasado y recuperar la energía que les permita encontrar el norte y rehacer sus vidas.

Un grupo de desconocidos heridos por un pasado que pesa. Una casa en medio del bosque. Una segunda oportunidad.

Cómpralo y empieza a leer

katmere

La guía secreta del universo Crave

El instituto más bestial.

TRACY WOLFF

Planeta

Katmere

Wolff, Tracy
9788408263302
312 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Llega la guía secreta de la Serie Crave, la saga juvenil del momento.

¿Siempre quisiste ser estudiante en el instituto Katmere? Con esta guía descubrirás todo lo que pasa entre sus paredes, y además con muchos contenidos inéditos. *En Katmere. La guía secreta del universo crav*e encontrarás biografías completas de los personajes, desde Grace, los hermanos Vega, Macy, Eden, Remy e incluso Byron. También aprenderás la historia de algunas de las tradiciones más singulares y emocionantes de Katmere y podrás descubrir a qué corte pertenecerías; y encontrarás escenas inéditas, un capítulo inédito desde el punto de vista de Hudson, tests y más sorpresas junto con una entrevista en la que la autora desvela los secretos mejor guardados de la serie. ¡No te la pierdas!

Serie Crave. Ya forma parte de ti.

Cómpralo y empieza a leer

JULIE
ANDRIEU
LAS
RECETAS
DE
JULIE
150 ideas para cocinar
en tu día a día
Planeta

Las recetas de Julie

Andrieu, Julie

9788408266228

352 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

¿El boniato? Cuando se carameliza queda sublime.

¿El arroz? Cocinado a la manera iraní es una verdadera delicia...

¿El pollo? ¡Cuando se prepara con cerveza, adquiere un perfume maravilloso!

Julie Andrieu, creadora y presentadora de *Las recetas de Julie,* revela sus secretos para sacar el máximo partido de los productos que todos tenemos en nuestra nevera mediante 150 recetas imprescindibles, para el día a día, así como para momentos más excepcionales. ¿El compromiso de Julie? Recetas universales, fáciles de cocinar, que ponen en valor las verduras de la huerta y los ingredientes de proximidad.

¡La referencia de la cocina cotidiana que no te puedes perder!

Cómpralo y empieza a leer

JORDAN B. PETERSON

12 REGLAS PARA VIVIR

UN ANTÍDOTO AL CAOS

«El pensador más polémico e influyente de nuestro tiempo.»
THE SPECTATOR

Planeta

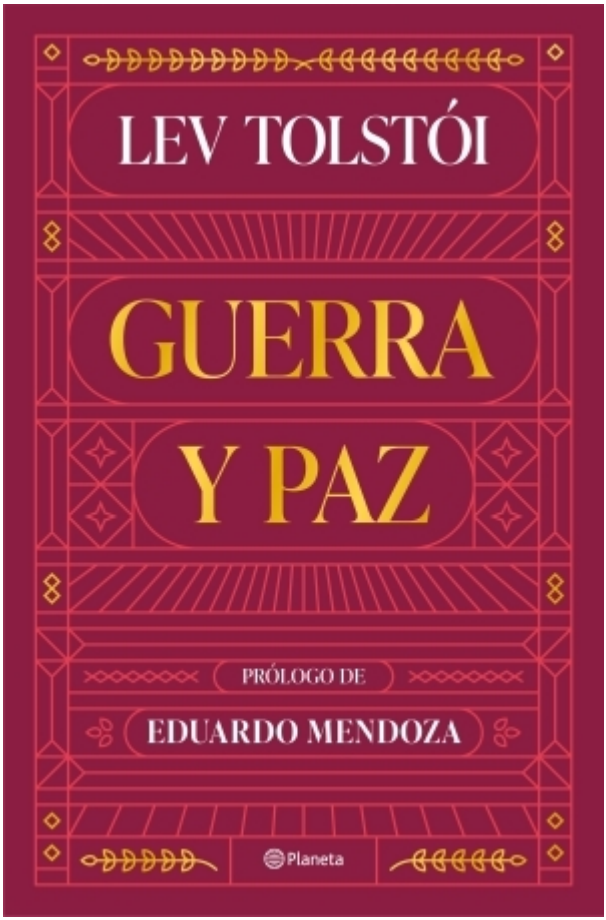
12 reglas para vivir

Peterson, Jordan B.
9788408200314
512 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

¿Cuáles son las reglas esenciales para vivir que todos deberíamos conocer? Regla n.° 1: mantente erguido con los hombros hacia atrás…, como las langostas; regla n.° 8: di la verdad, o por lo menos no mientas; regla n.° 11: no molestes a los niños cuando montan en monopatín; regla n.° 12: cuando te encuentres un gato por la calle, acarícialo. Jordan Peterson, «el pensador más polémico e influyente de nuestro tiempo», según el Spectator, nos propone un apasionante viaje por la historia de las ideas y de la ciencia —desde las tradiciones antiguas a los últimos descubrimientos científicos— para tratar de responder a una pregunta esencial: qué información básica necesitamos para vivir en plenitud. Con humor, amenidad y espíritu divulgativo, Peterson recorre países, tiempos y culturas al mismo tiempo que reflexiona sobre conceptos como la aventura, la disciplina y la responsabilidad. Todo con el fin de desgranar el saber humano en doce hondas y prácticas reglas para la vida que rompen radicalmente con los lugares comunes de la corrección política.

Cómpralo y empieza a leer


LEV TOLSTÓI
GUERRA
Y PAZ
PRÓLOGO DE
EDUARDO MENDOZA
Planeta

Guerra y paz

Tolstói, Lev
9788408266341
1376 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

La novela más ambiciosa de Tolstói en una edición irresistible con prólogo de Eduardo Mendoza.

Guerra y paz es una de las grandes novelas de la historia. De las suntuosas fiestas de San Petersburgo y Moscú, al frente ruso de la batalla de Austerlitz, Tolstói nos presenta un amplio fresco de la sociedad rusa del momento y lo hace a través de las vivencias de varias familias rusas. Esta épica novela aborda cuestiones esenciales de la condición humana, como las consecuencias devastadoras de la guerra, y las irremediables transformaciones que sufren con ella las familias y el conjunto de la sociedad.

Guerra y paz no ha perdido un ápice de actualidad y conserva la capacidad de deslumbrar a cualquiera que decida abordar su lectura hoy.

«Hay que reconocer en *Guerra y paz,* la fuerza sobrehumana, casi física del relato, la vivacidad de algunos pasajes que impresionan la imaginación del lector con la agudeza y precisión casi dolorosas de una luz repentina, demasiado potente.» **Eduardo Mendoza**

«*Guerra y paz* es uno de esos raros milagros que, de siglo en siglo, ocurren en el universo de la literatura.» **Mario Vargas Llosa**

Cómpralo y empieza a leer